



servicio ~~completo~~

nina minina

vuelve el chick lit destroyer

servicio
N completo

nina minina

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Título original: Servicio ~~in~~completo

Nina Minina©, febrero 2020

Imagen de portada: Freepick

ISBN: 9798619438017

Índice

- [1 Yo para ser mayor necesito currar](#)
- [2 Trabajo nuevo, zuecos usados, pero..., *me da igual, ¡ me encanta!*](#)
- [3 El arisco y enigmático señor Expósito](#)
- [4 Por los pelos de mis piernas](#)
- [5 Sábado, sabadete, el que pueda que eche un eructete](#)
- [6 La llamada](#)
- [7 Pernicio por oficio](#)
- [8 Flash se va de viaje](#)
- [9 Servicio bárbaro y servicio incompleto](#)
- [10 La rellamada y una visita inesperada](#)
- [11 ¡ Hostia, donuts! Que están tan buenos. ¡ Me encantan!](#)
- [12 Iván el Terrible](#)
- [13 ¿ Viernes o te vas?](#)
- [14 ¿ Sincroni ... qué?](#)
- [15 Precaución, amigo follador ... \(lililili\)](#)
- [16 Nadie es perfecto](#)
- [17 Sofía es una arpía](#)
- [18 Dar cera, pulir cera](#)
- [19 Yo no soy esa ...](#)
- [20 La declaración](#)
- [21 *Pornhube star*](#)
- [22 *Sevilla tiene un olor especial ...*](#)
- [23 Doctor House, abandone la sala](#)
- [24 Puta, cruda, horrible realidad](#)
- [25 Adiós, mi cariño](#)
- [26 Fuera de combate](#)
- [27 Maldito resacón](#)
- [28 El fantasma de las semanas pasadas](#)
- [29 Endodoncia al corazón](#)
- [30 La vida sigue igual](#)
- [31 La cocina infernal](#)

32 Toda la verdad de nuestra miseria y compañía

33 Explota, explótame, expló ...

FIN

1

Yo para ser mayor necesito currar

—Tengo que encontrar un trabajo como sea o no podré pagar mi parte del alquiler este mes — dije, presa de la desesperación, mientras me introducía angustiada en la boca un puñado de ganchitos de queso; Clara, tirada en el sofá, hojeaba una revista a su aire.

—No te preocupes más por eso, no me importa prestarte el dinero otra vez, además, con tanto currículo que has echado seguro que pronto te llamarán de algún sitio. —Clara pasó varias páginas y levantó la vista por si tenía que practicarle la maniobra de Heimlich. Cuando comprobó que medio conseguía engullir la pelota (los ganchitos eran de esos naranjas, gigantes y pegajosos) sin quedarme atascada con los ojos en blanco por la asfixia, volvió a su revista despreocupadamente. Claro, como su cuenta no pendía de un hilo, podía permitirse esa actitud pasiva, pero yo no, yo estaba lo que se dice al borde del desastre.

Asentí y me metí otro puñado de ganchitos en la boca. Mientras los masticaba, pensaba en mi patética situación financiera y que se debía en gran parte a mi culpa: no tenía oficio ni beneficio y, reconozcámoslo, siempre había sido un culito de mal asiento y acababa dejando los empleos antes de terminar el mes.

No era esa la idea de vida que había pensado que tendría a los veintiocho. Cuando uno es pequeño y se imagina su futuro tiende a pintarlo (en toda su inocencia cándida) con todos los colores del arcoíris: trabajo estupendo, apartamento superequipado con terraza y novio maravilloso (superequipado también) que te hace la cena y masajes en los pies antes de dormir (y echar un polvo de esos que te hacen los ojos chiribitas), la cruda realidad, sin embargo, es que los años van decolorando el dichoso arcoíris hasta convertirlo en un triste cielo plomizo, donde el trabajo estupendo, el apartamento superequipado con terraza y el novio maravilloso que te hace la cena y masajes en los pies antes de dormir (del polvo ni hablamos) se reducen a un piso compartido con tu mejor amiga desde el instituto y un perro mil padres que no te hace masajes en los pies ni la cena, pero que tiene el poder de lanzar ventosidades que te quitan las ganas de respirar durante una semana y media.

Llegados a este punto, debería mencionar que mi nombre es Marta Guerrero y que, como ya suponéis, en ese momento exacto de mi vida me encontraba buscando desesperadamente trabajo. Aunque compartía piso con mi amiga Clara Torres, no podía decir con orgullo que fuera autosuficiente, puesto que era ella quien se ocupaba en gran parte de pagar el alquiler, las facturas y llenar la nevera de víveres. Clara, a diferencia de mí, tenía y tiene un buen curro: es odontopediatra. A mí, siendo sincera, no es me gusten especialmente los niños y mucho menos las caries, pero no se trataba de eso, estamos hablando de dinerito-dinerito, de ese que entraba cada mes en su cuenta bancaria, y en la mía, sin embargo, no hacía otra cosa más que salir sin freno.

La necesidad de encontrar un trabajo lo antes posible era extrapolable a la necesidad de respirar cada día (a riesgo de morir intoxicada por una ingesta masiva de metano) o tendría que declararme en bancarrota en cuatro días contados. Necesitaba que ocurriera un milagro o tendría que volver con el rabo entre las piernas a Cerrato de Cabrales, y eso sí que no.

El porqué de cómo había llegado a esta situación tan ruinoso en el primer tercio de mi vida, tenía que admitir (cabeza gacha): era *mea* culpa, toda, todita *mea*. No fui a la universidad, vale, a diferencia de Clara que sí que fue. Ella se mataba a estudiar Medicina de bocachas en León y yo mientras me dedicaba... Me dedicaba... ¿A qué ñoquis me dedicaba yo!? Podría decir vulgarmente que a rascarme el hongo, pero la verdad es que ni me acuerdo bien de lo que hacía yo entretanto. Y lo único que tenía claro era que sentía que había desperdiciado todo ese valioso tiempo en hacer cosas tan infructuosas como ver culebrones sudamericanos (mientras me rascaba el hongo a dos manos), comer pipas en el parque y escuchar *bacalao* en un radiocasete de teclas gordas. En resumidas cuentas: en pegarme la vida padre, pero la cosa no termina ahí. Fue a peor, mucho peor, y fui perdiendo el norte y el sur (y la brújula al completo).

No sé, me gustaría pensar que me junté con quien no debía, mala gente o gente sin aspiraciones en la vida, y achacarles la culpa de mi fracaso, pero no lo haré, no soy tan hipócrita, el fracaso era mío, todo mío. Nadie me puso una pistola en la sien ni me obligó a cambiar el sofá y el banco del parque por el parking de una discoteca, cuando se le quedaron pequeños a mi culito de mal asiento, y empecé a salir de fiesta todos los fines de semana y a beber cantidades ingentes de alcohol que me dejaban fuera de combate hasta el martes (o miércoles).

Por supuesto que en esta vida nada se regala, así que no tuve más remedio que, para poder sufragarme los gastos, trabajar a tiempo parcial como camarera en una cafetería de mi pueblo y ayudar a ratos a papá en el taller mecánico con las facturas, mientras seguía pensando ilusamente que no era necesario matarse a estudiar para triunfar en esta vida. Ya lo veis, me creía la Tess McGill de Cerrato de Cabrales, el minúsculo pueblo de Burgos donde nací y crecí. Cerrato de Cabrales no tenía nada de malo en realidad, todo lo contrario, gozaba de un ambiente sano de esos que curan por dentro y un tosco clima en invierno que te hacía fuerte a golpe de catarros, pero era, digamos sin ser controvertida, muy rural, tan rural que el olor a boñiga de vaca era el ambientador natural impregnado en sus pequeñas callejuelas empedradas y un señor con boina te saludaba alegremente cuando tu coche cruzaba el linde de la carretera.

Los años pasaron, sin pena ni gloria, Clara en León se quemaba las pestañas sacándose la carrera; mientras tanto yo seguía llevando una existencia en pro de la desocupación y la deformación laboral, y no había conseguido triunfar por arte de magia y mucho menos ser especialista en nada, excepto en tragar cantidades indecentes de comida basura (en eso tenía nivel máster).

Por eso cuando Clara terminó la universidad y me propuso mudarme con ella a Madrid, para rescatarme de las garras del analfabetismo rural buscando un futuro mejor, no me lo pensé e hice las maletas. Al día siguiente me despedí de mis padres asegurándoles que la capital de España era una ciudad llena de buenas oportunidades para alguien como yo.

Madrid iba a ser mi oportunidad de triunfar, una gran urbe, cosmopolita, en auge... Así es Madrid y así fue..., para otros, llámense Clara. Su entrada en el mundo laboral no le supuso ningún problema, pues contaba con su precioso título universitario bajo el brazo y unos refinados modales que vete tú a saber de dónde le venían. Consiguió la primera semana un puesto bien remunerado en una clínica del centro. Me alegraba por ella, claro que me alegraba. Aunque me provocaba mucha impotencia sentir que yo estaba en un punto muerto, por no decir sin freno y cuesta abajo, mientras ella iba hacia arriba, ya que lo mío fue otro cantar.

Durante el primer año pasé por muchos trabajos de lo más variopintos, incluidos el de vendedora de perritos calientes en un puesto ambulante con gorrito ridículo incrustado en el cráneo y el de revendedora de lotería de Doña Manolita en Puerta del Sol durante la campaña de Navidad. No es que no fueran empleos dignos, pero a mi edad y viviendo en Madrid (*ciudad llena*

de oportunidades, notad aquí el sarcasmo), esos trabajos aportaban poco o nada a mi vida, más que catarros a sumar a mi historial clínico.

Ya veis, y es que yo, a pesar de lo poco que había hecho por labrarme un futuro profesional, no podía evitar tener ambiciones, aspiraciones y ensoñaciones. Sin embargo, mi pasado laboral impreso no acompañaba a mis irreales sueños en los que me convertía en una mujer de éxito a lo *Armas de mujer* (volvemos a Tess McGill).

Menos mal que Clara no me culpaba y casi siempre acababa pagando ella el alquiler sin rechistar, lo que me convertía en la imagen andante de «adopta a un fracasado» si existiera dicha organización. Quizá podría fundarla y ser mi gran proyecto de éxito; pasaría de fracasada a empoderada. Pensándolo bien, tenía que darle unas vueltas a esa idea.

En esas estaba cuando Flash vino a interrumpirme saltando sobre mi estómago para birlarme el puñado de ganchitos que iba a meterme en la boca.

—No le des de comer garradas al chucho, que le provoca diarrea —me regañó Clara sin despegar los ojos de la revista.

—No es por culpa de los ganchitos. Le sientan bien, ¿verdad, Flash? —Bajé el perro al suelo y le di mimosas un par de gusanitos. Se los zampó de cuajo y levantó el morro pidiéndome más. Qué perro más ansias.

—Si le entran cagaleras, tú te ocupas. —Clara alzó la mirada y la fijó en mí—. Tú tampoco deberías comer tantas garradas, se te va a poner el culo gordo.

—Lo sé —me lamenté, no tanto por el futuro de mi trasero sino por el de mi existencia en general—. Necesito trabajar, Clara. Lo de comer sin control no es más que la ansiedad que tengo dentro. Es mi ansiedad la que tiene hambre a todas horas.

—Tranquila, te llamarán —aseguró apaciguándome mientras me quitaba la bolsa de las manos con un gesto retador en la mirada.

—Eso espero. Me he recorrido todas las calles de Madrid y he entregado la friolera de ciento veinte currículos. —Me erguí en el sofá y limpié los restos de gusanitos naranjas de los cojines.

—No seas tan cochina —bramó Clara, intentando hacer desaparecer los residuos pegados de un cojín peludo con la mano—. Ciento veinte currículos son muchos, seguro que te sale algo pronto. Yo te contrataría solo con ver tu foto. Eres muy mona.

—Yo sí lo entiendo, he tenido quince trabajos en un año, eso no da buena impresión. —Me tapé la cara con las manos.

—Ya te he dicho que eres muy mona y causas buena impresión. Si yo fuera un hombre y tuviera que contratarte lo haría —sentenció mi amiga cerrando la revista.

—¡No digas tonterías! Si alguien me contratara por eso sería aún más patético. —Puse cara de asco.

—Lo sé, solo pretendía animarte. ¿Qué tal si te invito a una hamburguesa? Las oportunidades están en la calle, no aquí tirada comiendo porquerías.

—¿Y qué coño es una hamburguesa grasienta? ¿Alta cocina?

—¿¡Encima te pones exquisita!? —Clara tiró la revista sobre la mesa de centro y se puso en pie—. Además, no será cualquier hamburguesa grasienta. —Alzó las cejitas un par de veces.

—No tengo hambre —dije mintiendo como una bellaca. Siempre tenía hambre. Vale, yo no, mi ansiedad. Me puse en pie y la seguí hasta la entrada.

—Pues no comas, pero saldremos a que nos dé el aire, aquí no huele a heces de ganado.

—¡Caca de vaca! Habla con propiedad, Clarita.

—Venga, Heidi, coge el abrigo. —Clara puso los ojos en blanco y, antes de que pudiera terminar de meter el brazo por la segunda manga, tiró de mí y cerró la puerta de nuestro piso en la

calle de la Espada, a unos metros de la plaza Tirso de Molina.

Salimos a la calle dispuestas a comernos un par de hamburguesas y un helado con sirope de caramelo y extra de *topping* en el Mercado de San Miguel. Me sentía ridícula, ¿lo he dicho ya? No podía consentir que mi amiga pagase hasta mis caprichos alimenticios: esas hamburguesas serían mi segunda cena ese día. Pero, a decir verdad, a Clara el dinero no le suponía ningún problema. Aparte de ganar un buen sueldo quitando caries a los niños y corrigiendo sus deformaciones congénitas, sus padres le giraban una buena cantidad de dinero cada mes por su cara bonita.

El hedor de nuestro pueblo natal se debía principalmente a su familia, los Torres. Eran ganaderos, unos de los más importantes de la región, y aquel giro monetario, en parte, también me pertenecía (por derecho legítimo) a mí, pues oler a mierda día sí y día también durante veintisiete años te destruye las narinas, así que yo me lo tomaba como una especie de indemnización por daños y perjuicios a mi pobre napia.

Mis padres no podían hacer lo mismo por mí: mamá siempre ha sido un ama de casa corriente y papá, chapista de taller de coches. Gente sencilla de un pueblo sencillito de Burgos, compuesto por menos de mil habitantes sin pituitaria.

Íbamos andando por la calle agarradas del brazo, viendo escaparates y soñando, yo particularmente con unos zapatos carísimos que había visto en una de esas tiendas de diseñadores emergentes. Clara me estaba contando no sé qué cosa de su trabajo, no sabría decir qué con exactitud, pues había dejado de escucharla hacía media hora (vale, lo sé, también soy una pésima amiga), cuando vi un cartel en un escaparate. Era un centro de masajes de esos con aspecto zen y vanguardista muy coqueto, y en uno de sus ventanales había colgado un anuncio ofertando un puesto de recepcionista.

—Así que yo le dije, mira, Pedro, no me interesa para na... —Tuve que darle un codazo para interrumpirla, Clara iba ensimismada en su oratoria.

—¿Qué es lo que pasa? —Le señalé la oferta de trabajo y alcé la barbilla. Clara miró el escaparate y dijo—: Es genial, Marta. Deberías hacerte un masaje desestresante, le vendría bien a tu ansiedad. —Me agarró del brazo para instarme a entrar en el local.

—No. Mira. Buscan recepcionista. —Le indiqué esta vez con el dedo concretamente el cartel para que lo leyera.

Clara asintió y volvió a cogerme del brazo para hacerme entrar.

—Vamos a preguntar, ese trabajo tiene que ser tuyo.

—Ahora no. No he traído el currículum y mira qué pintas. Quizá mañana. —Le señalé mi pelo y emprendí de nuevo el paso, pero Clara me detuvo con voz cortante.

—Oh, no, Marta Guerrero, esta vez no te vas a escapar ni a poner excusas. —Sin darme tiempo a otra réplica, Clara abrió la puerta y me empujó como a un balón de pilates dentro del local.

La recepción estaba vacía, obvio (de ahí el anuncio del escaparate) y, de detrás de una cortina oscura, apareció una señora con uniforme de masajista china, muy elegante y bien maquillada.

—Bienvenidas a Paz y Salud, ¿en qué puedo ayudarlas? —dijo con una amplia sonrisa y ensayado aplomo.

—Venimos por lo del cartel de la puerta —soltó Clara a las bravas volviéndome a empujar hacia el mostrador. No tenía más opción que hablarle a aquella señora que imponía bastante.

—Si buscan recepcionista, yo puedo cubrir ese puesto. No he traído mi currículum, pero puedo darle referencias. —Miré a la opulenta señora esperando una respuesta.

—No importa, querida, el puesto es bien sencillito y no necesita de una experiencia previa. Acabamos de poner el cartel y nos urge una nueva recepcionista cuanto antes. ¿Qué edad tienes?

—preguntó juntando las manos y posándolas con parsimonia sobre el mostrador.

—Veintiocho recién cumplidos. Mi nombre es Marta Guerrero.

—Encantada, Marta. Mi nombre es Berta. ¿Podrías empezar mañana? Lo cierto es que nos urge mucho cubrir el puesto.

—Claro, sí —respondí de prisa, mostrándome muy solícita.

—¿Podrías venir mañana a las diez? Estarás durante una semana en calidad de prueba y, si ambas estamos satisfechas y contentas con nuestra relación laboral, el puesto será tuyo. ¿Te parece bien?

No podía creérmelo, qué suerte la mía: un trabajo cerca de casa, a cubierto y sin tentaciones alimenticias a mi alcance. Podría funcionar. Llevaba dos meses entregando currículos sin ningún éxito y así, de repente y gracias a Clara, por obligarme a salir de mi agónica existencia entre las cuatro paredes de nuestro apartamento, había encontrado uno. En cuanto cobrase mi primer sueldo en Paz y Salud le compraría un regalo de agradecimiento.

—Me parece estupendo, Berta. Muchísimas gracias, mañana estaré aquí a las diez como un clavo —respondí entusiasmada.

—Espero que mantengas ese entusiasmo, los trabajos cara al público requieren buen humor y amplia sonrisa.

—Así soy yo, toda simpatía y entusiasmo. Hasta mañana, y gracias de nuevo.

—Gracias a ti, me sacas de un apuro. —Berta nos abrió la puerta del centro de masajes y colgó el cartel de cerrado cuando nos despedimos de ella.

Clara y yo anduvimos unos metros en silencio, los suficientes para que Berta no nos oyera gritar de euforia mientras botábamos en medio de la calle, abrazadas, igual que dos enfebrecidas fans de Maluma.

En cuanto llegamos a casa, elucubrando animadas sobre qué clase de gente acudiría a ese centro de masajes tan distinguido, estábamos tan felicísimas que Clara decidió abrir una botella de vino blanco para celebrarlo.

—¿En serio vas a beber alcohol entre semana? —La miré sorprendida mientras ella servía un par de vasos (las copas todavía no habían llegado a nuestro apartamento-city).

—Es una gran ocasión.

—Espero que mi brillante futuro profesional que mañana empieza no sea el pistoletazo de salida para apuntarte a las listas de alcohólicos anónimos.

—Calla, tonta —se rio pasándome mi vaso lleno hasta los bordes. Si me calzaba todo ese vino iba terminar el día echando el ancla.

—¿Brindamos? —Alcé el vaso en alto.

—Espero que no dejes el trabajo al primer bajón que te dé —dijo mi amiga, conocedora de mi persona a la perfección.

—Esta vez no, confía en mí, además, este trabajo no es como ningún otro trabajo que haya tenido.

—Está bien, en ese caso brindemos por que hayas encontrado un trabajo que te satisfaga muchos años.

Trabajo nuevo, zuecos usados, pero..., *me da igual, ¡ me encanta!*

A las 9:45, el centro de masajes todavía permanecía cerrado, así que esperé en la puerta mientras sorbía un café del Starbucks que había pillado de camino y había financiado con los últimos cincuenta euros que me quedaban orbitando en la cuenta corriente, hasta que vi aparecer a Berta.

Corría sobre unos tacones que la hacían tambalearse como un tentetieso. La verdad es que siempre había envidiado a esas mujeres de tobillos robustos, capaces de soportar todo su peso sobre tacones de vértigo, y ella lo hacía con un aplomo impresionante. Lo mío era otro cantar. Mis piernas no estaban mal, pero sufría el mal del tobillo delgado y huesudo, de esos que crujen por la noche cuando vas al baño y alertan al resto de la casa de que tienes problemas de incontinencia nocturna.

—Buenos días, Marta. ¿Desde cuándo llevas aquí? Tienes la nariz más roja que un tomate. — En la calle hacía un frío que pelaba y mi cuerpo empezaba a sufrir las consecuencias, llevaba algo así como tres estornudos seguidos y me temblaba el labio inferior (no penséis mal, el labio de la boca de la cara).

—Acabo de llegar, no te preocupes —mentí educadamente para no hacer sentir mal a aquella señora que había salvado mi cuenta corriente de morir por números extrarrosjos.

Esperé a que desconectara la alarma de seguridad y me indicase que ya podía pasar. La necesidad de entrar en calor era extrapolable a la necesidad de dinerito-dinerito a final de mes.

—Adelante, Marta. —Me sujetó la puerta para que pasara delante y luego me pidió que la acompañase a la parte de atrás del local—. Aquí nos cambiamos y guardamos nuestras cosas, el móvil lo tienes que dejar aquí. No está permitido su uso durante la jornada de trabajo. Esta es tu taquilla. —Me señaló una en la que ponía Amanda y la abrió mostrándome el interior—. Este es tu uniforme. Póntelo y ven a la recepción. Te espero allí para comentarte tus tareas. —Berta abandonó el vestuario para darme intimidad y que me situara en aquella sala, un vestuario normal y corriente, cuatro taquillas y dos sillas, nada más, lo justo y necesario, no demasiado acorde con la estética lujosa cara al público del resto del establecimiento.

Tras asegurarme de que aquella señora no podía verme desnuda, dejando a relucir mis imperfecciones estéticas, me cambié la ropa de calle por el uniforme que había doblado dentro de la taquilla. Era totalmente negro, cosa que agradecí, pues estilizaba mi figura, y con el pantalón anchito y unos detalles orientales bordados en la parte superior de la casaca. Era mono y cómodo. También me había dejado unos zuecos rosas en el estante inferior. Estaban usados, pero decidí ponérmelos porque mis botas de cowboy quedaban fatal con el conjunto. No quise pensar en los pies que habían sudado aquel calzado antes que yo. Pillar unos hongos podía pasarse por alto si conseguía superar la primera semana de prueba. Si lo hacía, ya me preocuparía de comprarme unos a mi gusto.

—Te queda bien el uniforme, querida. —Berta aplaudió sin hacer apenas ruido cuando me vio aparecer en la recepción con aquellos zuecos cargados de armas de destrucción podal—. Ven — me indicó que me acercará—, este será tu lugar de trabajo. Aquí, como ves, tienes una agenda con

las citas de los clientes. Enseguida llegarán Sofia y Catalina, son las otras masajistas.

—¿Quién es la otra?

—Yo, querida. —Berta ladeó la cabeza para responderme aquella obviedad, obviedad para ella, claro está, pero no para mí, que no imaginaba a aquella mujer, que parecía ser la dueña y señora de aquel lugar tan ecléctico, ensuciándose las manos tocando sebo ajeno.

—Por eso tendrás que gestionar tres agendas. —Dejó caer dos más sobre el mostrador con gracia, pero el peso de estas hizo que el cristal se tambaleara.

—¿Y cómo debo contestar el teléfono? —pregunté para no cagarla más y manifestar un poco de iniciativa.

—Puedes decir: «Ha llamado a Centro de masajes Paz y Salud, dígame» o «Paz y Salud, ¿en qué puedo ayudarle?».

—Genial. Me quedo con la última.

—Estupendo pues. ¿Está todo claro? —Asintió sin perder la sonrisa y yo a su vez asentí sonriendo también—. Voy a cambiarme, mi primer cliente llegará en media hora. ¿Ves esos botones con nombres? —Me fijé fugazmente en que había tres interruptores con pegatinas y los nombres de las tres masajistas escritos. Volví a asentir predispuesta—. Pues, cuando llegue mi cliente, pulsas donde pone Berta y sabré que ha llegado y saldé a buscarlo.

—De acuerdo —dije, pensando que no sería tan complicado, hasta un mono de laboratorio sabría pulsar botones tras un arduo entrenamiento. Además, se me veía bastante mona con el uniforme. Sonreí mientras me observaba de lado en el espejo de pared con marco dorado que había a la derecha de la sala, justo enfrente de unos cómodos divanes de terciopelo negro, vestido con unos cojines de plumas blancas de lo más ostentosos. No había preguntado el sueldo ni el horario, pero prefería esperar a que me lo dijera Berta si me quedaba definitivamente tras la semana de prueba. Tampoco debía estar mal, viendo el glamur de aquel negocio, y yo a malas estaba acostumbrada a trabajar por menos del mínimo interprofesional.

Me quedé sola, mirando a todos lados, tocando cosas sin ninguna finalidad en particular más que la de no parecer una inútil, temiendo el momento en que el teléfono sonara por primera vez. Por el tamaño de las agendas, intuía que era un lugar muy concurrido, tal vez por altos ejecutivos de Madrid sedientos de unos momentos de relax entre jornadas, jubilados doloridos y alguna ama de casa con codo de tenista de tanto apretar el mocho. Cogí un boli y garabateé sobre un papel para comprobar que pintaba. Estaba terminando de dibujar una cara, que parecía una pilila con gafas más que otra cosa, cuando dos chicas bastante cucas entraron por la puerta principal, haciendo que me irguiera como un palo selfie apuntando al cielo. Venían juntas y charlaban entre risas. Debían ser amigas o al menos parecían llevarse bien.

—Bienvenidas a *Salud y Paz*, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Tú debes ser la nueva recepcionista. Mi nombre es Sofia, trabajo aquí —una de ellas se adelantó muy digna con la mano extendida hacia mí— y esta es Catalina, y también trabaja aquí en *Salud y Paz* —añadió, recalcando el nombre del centro, mientras nos saludábamos con aquel estrechón de manos tan formal.

La otra chica, en cambio, se acercó y me soltó dos sonoros besos muy cerca de las orejas.

—Es Paz y Salud, pero no tiene importancia —dijo Catalina con una agradable sonrisa, después de haberme dejado dos zumbidos molestos en los oídos.

—Encantada de conoceros, mi nombre es Marta, Marta Guerrero.

—Igualmente, espero que te guste el puesto y dures mucho.

—Yo también lo espero. —Dibujé una amplia sonrisa.

—Cualquier duda o ayuda que necesites nos lo dices y te echaremos un cable. —Sofía tenía

una estúpida sonrisa de autosuficiencia en la cara, algo que lejos de tranquilizarme me impuso mucho respeto.

—Muchas gracias, espero aprender rápido y no molestaros mucho.

Ambas asintieron y, sin más dilación, se marcharon por el pasillo que llevaba a los vestuarios. De nuevo estaba completamente sola.

Me encontraba pensando en qué podía hacer mientras tanto, cuando la temida puerta principal se abrió ante mis ojos y vi entrar al primer cliente. Era un señor mayor. No mayor en plan decrepito, pero mayor, sí. Y, tal y como había yo previsto, era un jubilado achacado de dolores típicos de su edad.

—Buenos días, señorita, tengo una cita a las once.

—Me puede decir su nombre para que avise a su masajista. —Me sentí tan profesional al decir aquello. Estaba por completo metida de pleno en el papel de amable recepcionista, llena de dignidad y saber estar así, por arte de magia.

—Mi nombre es Gualdo Ronaldo.

Tuve que inspirar disimuladamente para no reírme del nombre de aquel buen hombre en su cara. ¿Quién en su sano juicio pondría a su hijo un nombre como ese, que encima hacía rima con su apellido? ¿Era el abuelo de Coque Maya de Los Ronaldos? ¿Gualdo, en serio?

Busqué en las agendas, en las tres, hartando la paciencia de Gualdo que deseaba sentarse para esperar cómodamente.

—Señorita, no tengo todo el día. —Vaya, qué impaciencia se gastaba Ronaldito.

—Disculpe, Ronaldo —dije sin alterarme ni un poco.

—Me llamo Gualdo —me corrigió guardando las formas.

—*Gualdo* esta agenda y seguro que lo encuentro en la otra.

—¿Disculpe?

—Que guardo esta agenda —levanté el pedazo libro de apuntes que acababa de revisar— y seguro que lo encuentro en la otra.

—Tengo cita con Berta, si eso le facilita la tarea.

—Mucho, gracias, Ro... Gualdo —dije nerviosa y sintiéndome tonta por no habérselo preguntado al llegar y haberme ahorrado el bochorno.

—Dele al interruptor, señorita. Seguro que me está esperando. Vengo cada jueves desde hace cinco años.

—Descuide. —Intenté no perder la sonrisa y pulsé el botón donde ponía Berta.

Ella apareció glamurosa poco después por el pasillo, con el mismo uniforme que yo llevaba, pero con zuecos plateados, y con voz suave dijo:

—Gualdo, adelante.

El jubilado de nombre ridículo me dedicó una mirada cargada de odio y me sacó la lengua antes de marcharse siguiendo a la imponente Berta, incluso con zuecos. Menuda educación senil, luego dicen de los jóvenes.

Las horas pasaron deprisa entre el ir y venir de las decenas de clientes y otras tantas llamadas telefónicas para pedir cita a un mes vista. Parecía un negocio bastante próspero, de esos con solvencia y capacidad de pago, algo que me interesaba y mucho. Me alegré de nuevo de que me hubieran cogido a mí para cubrir el puesto y solo esperaba que Berta no se arrepintiera de su pronta decisión, puesto que me había equivocado varias veces con los botones, haciendo aparecer y desaparecer masajistas como en una cinta transportadora de la fábrica de Willy Wonka.

—¿Cómo lo he hecho? —le pregunté mientras se limpiaba las manos con un papel tras despedir

al último cliente del día.

—Marta, lo has hecho muy bien, no te preocupes si alguna vez te equivocas, es normal. —Su voz sonó alentadora y serena, cosa que me tranquilizó.

—Gracias por la comprensión, mañana lo haré mejor.

—Estoy segura de ello. Puedes irte a casa, nos vemos mañana a la misma hora.

—Gracias de nuevo, te prometo que estaré a la altura. —Y quería estarlo. Aquel trabajo era la leche. La calefacción funcionaba perfectamente y me sentía muy cómoda en mi lugar tras el mostrador cogiendo el teléfono cuando sonaba y recibiendo a los clientes en cuanto traspasaban las puertas de cristal.

—Lo sé. —Me sonrió ampliamente y desapareció de nuevo por el pasillo.

Cuando pisé la calle, eran las siete de la tarde. Había pasado la friolera de nueve horas en el trabajo, pero con el ajetreo de la clientela el tiempo se me había pasado volando. Solo había parado media hora para ir al Starbucks a comprarme un bocadillo que, además de gomoso, costaba un riñón, ya que con los nervios del primer día se me había olvidado llevar algo para comer, así que de camino a casa pasé por el súper y compré algunas cosas con la idea de prepararme esa noche algo rápido que llevar al día siguiente, dilapidando los pocos euros que me quedaban en la cuenta. Menos mal que tenía un trabajo y pronto cobraría mi primer sueldo.

Clara estaba frente a su portátil y me echó un vistazo rápido en cuanto me vio entrar en el piso con mi mísera bolsa del Lidl. Dos botes de maíz, un paquete de latas de atún y una bolsa de lechuga cortada y lavada componían todo el menú que degustaría al día siguiente. Era pobre, y mi compra era de pobre.

—Cuéntame, Marta, ¿cómo son tus compis y tu jefa? —me preguntó al verme pasar frente a ella en dirección a la cocina.

—Son todas muy amables y se han portado genial conmigo. —Me acerqué a ella, le quité el bote de Coca cola que llevaba en la mano y le di un trago.

—¿Son todo mujeres?

—Sí, todo mujeres incluida yo.

—Qué pena. —Se encogió de hombros y me arrebató la lata de las manos.

—¿Y eso por qué? —Me tiré en plancha en el sofá esperando una respuesta a aquello.

—Esperaba un poco de emoción. Como que vinieras contándome lo bueno que está tu compañero David.

—¿David?

—Solo es un nombre, ya me entiendes.

—Pues no hay compañero y, mirándolo bien, mejor así. Quiero centrarme en mi trabajo que no estoy para perderlo.

—Has madurado, Marta. Es la primera vez que te oigo decir algo así.

—Eso no es cierto.

—¿Quieres que te recuerde lo de Pablo, Marcos, Mateo y Santiago?

—Parece que estés recitando el Nuevo Testamento —me reí.

Clara volvió a encogerse de hombros y me repuso:

—Todos eran compañeros tuyos y de todos estuviste locamente enamorada, aunque no correspondida. Tú verás de quien te enamoras, debe ser que padeces una extraña filia bíblica.

—Habla chucho que no te escucho. —Me levanté como un resorte y me tapé los oídos repitiendo aquello hasta el baño, necesitaba una ducha.

—Lo retiro, sigues sin madurar, Martita —me gritó antes de cerrar su portátil y hacerme una

peineta.

El calorcito de la ducha y el albornoz mullido me sentaron de maravilla, también el masaje erótico que me había dado con la alcachofa a gran presión de la ducha. Estar soltera tenía sus ventajas, pero otros muchos contras que el agua caliente suplía con bastante eficacia, a falta del Satisfayer del que todo el mundo hablaba y que yo no podía comprarme de momento.

Me quedé superrelajada, la verdad, y, sin venir a cuento, tal vez estimulada por el onanismo previo, me puse a pensar. Algo que hacía con poca asiduidad y que debería hacer más a menudo, pues me hubiera venido de perlas para no cagarla con mi impulsividad supuestamente heredada, o eso era lo que declaraba mamá cada vez que me metía en problemas o me metía otras cosas (mejor dejemos ese tema para otra ocasión, si se tercia).

El caso es que de repente estaba pensando en quién ñoquis era Amanda (os recuerdo que su nombre estaba escrito en la ahora *mi* taquilla. Nota mental: poner *mi* nombre en *mi* taquilla). Suponía que se trataba de la antigua recepcionista, algo obvio, pero también debéis saber que soy experta en obviedades, como los nuevos poetas de Instagram que crecen bajo las piedras y nos alumbran cada día los intelectos con sus obvias chorradas. Me escamaba mucho la verdad el no saber por qué se había ido o... ¿Acaso la habían echado? (tachán, ojos de sospecha).

Me respondí a mí misma que no me importaba una mierda, vale, tía, déjalo estar. Pero mi mente quería saberlo (tenía que saberlo, ojos de intriga) y me ordenó acto seguido preguntárselo a Sofía en cuanto tuviera ocasión. Quería dar la talla en mi nuevo empleo, y conocer el motivo de la marcha de esa chica me ayudaría a hacer mejor mi trabajo, o quizá no, y simplemente era curiosidad (otra, ojos en blanco, de mis virtudes heredadas), pero, en cualquier caso, mi necesidad de información se vería saciada.

—Qué gusto de ducha. ¿Qué hay para cenar? —le pregunté desganada a mi amiga, pero es que la cocina no era lo mío y Clara siempre cocinaba cosas ricas de las que podía aprovecharme.

—Me ha sobrado un poco de tallarines con gulas y gambas, ¿quieres?

Lo acepté, cómo no. Era eso o zamparme mi ensalada con atún y maíz dulce, lo que me dejaba un saldo de una lata de maíz dulce para la comida del día siguiente (mmm). Además, no le había sobrado, Clara siempre hacía de más y decía que le había sobrado, que había medido mal o que no tenía tanta hambre, cosas así, para que yo no me sintiera mal por ser una aprovechada. Y el caso es que yo me aprovechaba, bastante.

Tumbada plácidamente en el sofá, escuché cómo Clara en la cocina me calentaba en el microondas los tallarines. Era un amor de amiga y se lo decía poco.

—¿Tienes algo pensado para el fin de semana? —me gritó mientras se movía toqueteando cacharros al estilo madre.

—No, ¿por qué lo preguntas? —grité yo también en el momento exacto en que apareció con una bandeja portando aquellos deliciosos tallarines humeantes sobre ella, haciéndome salivar.

—Tengo un compañero que me ha propuesto una cita este sábado.

—¿Eso significa que no dormirás en casa? —Levanté la ceja borde.

—¿Cuándo he hecho yo algo así en una primera cita? —me repuso toda dignidad.

—Perdona, sor Clara, pero eso dependerá en cualquier caso del nivel de la satisfacción sexual que necesites y de la capacidad de ese chico de convencerte de ello.

—Yo no soy así, ya lo sabes.

—Porque tienes un Satisfayer y te niegas a compartirlo.

—No seas guarra, es de uso personal.

—El chino que lo inventó dice que hay boquillas intercambiables y que se puede lavar en el

lavavajillas. —Sorbí uno de los tallarines como si lo que acababa de decir tuviera la lógica más grande del mundo.

—No tenemos lavavajillas.

—Pues lo hervimos, ya ves tú qué problema.

—Se te va mucho la pinza, Marta, ¿lo sabías? Pero aun así creo que hay esperanzas para ti en este mundo y te he organizado una cita con el amigo de mi compañero.

—¿Perdón? —Tuve que toser dos veces para expulsar el tallarín que se me había atascado en la garganta y que no iba para adelante ni para atrás.

—¿No quieres darle brío a tu clitoris? Pues vas a poder hacerlo sin mecanismos sintéticos.

—Clara, ¿otra vez? —La miré buscando una explicación a su manía de organizar citas dobles.

La última vez que hizo algo así, me había tocado en suerte un pelirrojo pecoso que tenía pupas en la boca por el estrés. Parecía el mismísimo hijo de Belcebú y me costó un mes quitármelo de encima. Era un amor de amiga, pero debéis saber que tenía muy poco ojo como organizadora de citas dobles.

—Esta vez será diferente, no aparecerá ningún zanahorio, te lo prometo.

—Tráeme una foto del amigo de tu compañero y me lo pensaré.

—¿Cómo le voy a pedir una foto, con qué pretexto? La gracia de estas cosas es que sean a ciegas como en *First dates*.

—Me importa una mierda, Clara. No vayas de Sobera por la vida. ¡No pasaré otra vez por lo mismo! ¿Sabes lo que me costó deshacerme de ese chico? Por favor, si hasta tú pusiste cara de susto cuando entró en el restaurante.

—Sí, lo reconozco —admitió con carita de pena—, pero no creo que esta vez vaya a ser igual. Venga, Marta, porfa, porfa, porfa.

—Nooo —grité volviendo mi vista al plato que tenía delante.

—Porfaaaa, porfaaaaaaaa. —Se arrodilló frente a mí suplicando y poniendo morritos mientras yo intentaba ignorarla.

—¿Por qué no vas tú sola a esa cita? ¿Por qué tengo que acompañarte?

—Por si la cosa va mal.

—¡Ajá! Así que reconoces que puede volver a ser un desastre.

—No... O sí, la vida es como una caja de bombones.

—No me seas ahora Forrest Gump —le pedí enfurruñada.

—Porfa, porfa, ya sabes que no es lo mismo huir sola que juntas. Por favor, Marta, sabes que te necesito, que tenerte cerca aplaca mis nervios.

—Los aplaca porque me los traspasas todos a mí.

—Porfaaaaaaaa.

Se tiró un buen rato diciendo «porfaaaaaaa», hasta que di el brazo a torcer y accedí a regañadientes, no sin antes advertirle de que como apareciera otro esperpento hijo de Satán prendía fuego al restaurante con ella dentro. Lo hice por ella, porque era muy buena amiga, y también un poco por mí. Porque hacía tiempo que no tenía una cita, y porque cada vez me satisfacía menos darme con la alcachofa de la ducha, y porque tal vez aquel tipo no fuera un adonis, pero con suerte estaría en una escala aceptable, y porque a una cena gratis en un sitio glamuroso no se le podía decir que no, cuando tu plan alternativo era ver Netflix hinchándote a ganchitos naranjas, acompañada por un perro mil padres que lanzaba ventosidades a traición, que una podía tener las pituitarias atrofiadas, pero esa concentración de metano era capaz de traspasar las narinas y el más allá.

El arisco y enigmático señor Expósito

Lo bueno de llevar uniforme en el trabajo es que no tienes que preocuparte mucho por tu aspecto, salvo por los pelos y el maquillaje. Me hice un moño alto y me pinté muy natural (si me pintaba demasiado me veía muy abuela). Antes de salir de casa me preparé en una fiambarrera una ensalada de atún y maíz, algo muy previsible. Y ataviada con unos vaqueros, un jersey de lana gruesa y mi abrigo, salí dispuesta a comerme mi segundo día en el centro de masajes.

Fui andando a toda velocidad y llegué cuando faltaban dos minutos para las diez; Berta estaba abriendo la verja e hizo un alto para saludarme:

—Buenos días, Marta, me gusta tu puntualidad. Te aviso que el día de hoy va a ser muy ajetreado. Los viernes suelen ser así siempre. Por cierto, mañana eres libre hasta el lunes.

La noticia me emocionó, vaya que sí, en mis otros trabajos siempre tenía que trabajar los fines y libraba un día entre semana, lo que reducía ya mi escasa vida social a unas constantes vitales mínimas.

—Eso es genial, Berta. Voy a cambiarme.

Entré tras ella y me dirigí a toda prisa hacia el vestuario para cambiarme de ropa. Al ver el nombre de Amanda en *mi* taquilla recordé que tenía que preguntarle a Sofía qué había pasado con ella. La curiosidad me podía, como a las viejas de mi pueblo, capaces de adivinar hasta el color de tus bragas haciéndote un escáner a través de las rendijas de la persiana. En Cerrato de Cabrales era deporte local por antonomasia, y admitámoslo, yo había sucumbido a los placeres del marujeo allá por mis tiempos mozos e incluso había protagonizado algún que otro escándalo, todo hay que decirlo. La hija de la Paca, o sea servidora, era la Lola Ortiz de MHYV del pueblo.

Volví a la recepción y me entretuve unos minutos comprobando las tres agendas. Era cierto que estaban a rebosar de clientes.

—¿Marta? —escuché que Berta me llamaba.

—Dime, Berta, estoy en recepción.

Se acercó ya cambiada con su traje del centro, lo que me hizo pensar que ella no usaba el vestuario común.

—Hoy tenemos las agendas llenas, así que no cites a nadie más. Lo que sea ya a partir del lunes.

—¡Entendido! —Sonreí complaciente.

—Hoy además te vas a encargar de cobrar a los clientes. Esta es la lista de precios, apréndetela pues. —Me entregó una larga lista.

—¿Y cómo sabré qué masaje o servicio ha recibido el cliente?

—Lo tienes en la agenda, justo aquí. —Abrió su agenda y me señaló una tercera columna de la que no me había percatado—. Si hay algún cambio de tratamiento te avisaré antes.

—Genial.

—En marcha pues —dijo antes de irse.

Miré todos los servicios que se ofertaban en la lista de precios:

Masaje tailandés
Masaje con moxas
Quiromasaje clásico
Masajes reductores
Masaje...
Masaje...
Masaje...

Una interminable lista de masajes de todas las zonas y maneras posibles. Uno de ellos me llamó especialmente la atención: masaje con cañas de bambú. Solté una risita al imaginarme a Berta azotando un cliente con unas cañas afiladas, mientras este le pedía con voz ahogada: «Dame más fuerte, ama».

En esas estaba, elucubrando gilipolleces y riéndome por dentro haciendo tambalear mi diafragma, cuando mis compañeras entraron por la puerta. Dibujé una bonita sonrisa de recibimiento, que había ensayado en el espejo de mi habitación, y dije:

—Bienvenidas a *Calma y Salud*, ¿en qué puedo ayudarlas?

A Catalina la broma le hizo gracia y sonrió; Sofía me miró como si quisiera pisotearme, vete tú a saber por qué.

—Hola, Marta, veo que has sobrevivido al primer día —dijo Catalina acercándose al mostrador.

—Sí, ya ves, espero no liarme mucho hoy con los botones —volví a bromear.

—Esperemos —dijo Sofía agriamente.

—Lo siento si os hice salir más de la cuenta ayer, prometo estar más diestra hoy con el dedo —reí.

—No te preocupes, nadie nace enseñado. —Catalina me palmeó el brazo.

—¿Podrías recordarme que os pregunte algo en la hora de comer?

—¿Por qué no te lo apuntas en la agenda? —dijo Sofía con su gran sonrisa de autosuficiencia.

—Eso está hecho —dijo en cambio Catalina—. Nos vemos en tres horas más o menos. Que tengas una buena mañana.

—Lo mismo digo, *a las dos* —recalqué viendo sus traseros alejarse por el pasillo.

Tras contestar una llamada solicitando una cita para un masaje reductor, que lo único que conseguiría reducir era la cuenta corriente de esa señora, entraron los dos primeros clientes del día. Una señora de unos sesenta años muy arreglada ella, con unas perlas enormes colgándole de sus lóbulos casi al punto de la dilatación, y un chaval joven que tenía pinta de deportista, pero nada atractivo. Y es que el deporte, en mi humilde opinión, era el nuevo fumar. Te dejaba más feo que una momia peruana y he ahí el claro ejemplo de que la vida saludable te arrastra a la fealdad y a las pocas posibilidades de echar un polvo regular el fin de semana. Era la clara expresión de no querer tocarlo ni con un palo.

—Buenos días, bienvenidos a *Paz y Salud*. ¿Serían tan amables de decirme sus nombres?

—Marina Solaz —dijo la señora.

—Sola no viene —hice una pequeña broma con el apellido que ella no encajó demasiado bien. Me lanzó una mirada homicida y me apresuré a buscar su cita en la agenda.

—¿Puede decirme quién es su masajista?

—No sé cómo se llama —respondió impacientándose.

—No hay problema, enseguida se lo miro yo.

Tras abrir y cerrar las agendas de Berta y Sofía, comprobé que tenía la cita con Catalina. La hice sentarse mientras mi compañera salía a por ella y le pregunté al chaval:

—Y usted, ¿cómo se llama?

—Carlos Rivero.

El deportista feúno era cliente de Berta. Miré los botones y pulsé decidida. En cero coma apareció mi jefa y se llevó al chico para dentro.

Un poco aburrida, me puse a curiosear la agenda de Berta. La tenía hasta los topes y el nombre de Carlos Rivero estaba el primero. Cuando vi que se iba a hacer un masaje con cañas de bambú, me reí. Claramente estaba en lo cierto, a aquel muchacho nadie quería tocarlo ni con un palo y por eso disfrutaba de masajes con la seguridad que confería una caña de bambú. Era eso o nada. También cabía la posibilidad de que Berta se excediera con los cañazos y alguno atravesara su cara, dejándolo como un mapamundi y reconfigurando aquella tez cada semana.

Al ver lo que costaba el servicio, paré de reírme de golpe. Alucina, vecina. ¿Sesenta eurazos porque te azoten con unas varas? El capital nacional estaba muy mal repartido, yo con esa pasta tenía para un mes de dieta a base de latas de atún y maíz y lechuga pocha en bolsa y otros se lo gastaban a lo tonto para sentir el placer de un buen golpe seco en los riñones.

Estaba flipando con la lista de precios (ojos en blanco y muecas de asombro a más no poder), cuando escuché de nuevo la puerta principal. Esta vez se trababa de un chico, o podría decir un hombre de unos treinta y tantos años, alto y atlético, moreno de pelo y con los ojos verdes. Cuando se acercó al mostrador pude olfatear (incluso con mi pituitaria atrofiada) su perfume, que seguramente era caro de cojones, como su ropa, iba entrajado de los pies a la cabeza con un atuendo que le quedaba perfecto.

—Buenos días, bienvenido a Calma y Paz, ¿sería tan amable....? —Me cortó antes de poder formular la pregunta de rigor.

—Adrián Expósito —dijo con gesto serio.

Qué voz, por favor. Era el desaparecido Constantino Romero doblando a Darth Vader en versión guapo. Profunda y serena, se te metía dentro de la cabeza y amainaba las tormentas de agua de la masa encefálica. Asentí y, sin esperar a que le dijera nada, él tomó asiento en uno de los divanes negros y se puso a hojear una revista especializada en masajes. No se había molestado siquiera en saludar a la señora de las perlas desgarradoras de orejas y no pude evitar dibujar una sonrisilla al verla poner mala cara y refunfuñar «maleducado» por lo bajini, además de volver a advertir que el agujero de su oreja se asemejaba a la entrada de un túnel de la M30.

Catalina no tardó mucho en aparecer y llevarse, sonrisa en boca, a la cincuentona gruñona y yo me quedé a solas en la recepción con la música ambiental y ese tío tan raro... Y tan atractivo. Abrí la agenda de Sofía, ya que suponía que debía ser cliente suyo y lo busqué, pero no lo encontré en ninguna hora de ese día. Así que cogí la agenda de Berta.

Y ahí estaba: Adrián Expósito. Pasé el dedo por encima de su nombre y comprobé que había llegado un poco pronto; Berta todavía debía estar dándole una soberana paliza al cardo deportista. Seguí deslizando el dedo hasta la tercera columna preguntándome qué tipo de masaje querría una persona así de arisca. Joder, ¡un tailandés! ¡Y por ochenta y cinco euros! (ojos fuera de las órbitas).

—Señor Expósito, ha llegado un poco pronto y Berta está ahora ocupada, tendrá que esperar una media hora.

Asintió sin decir ni mu y volvió a posar sus ojos verdes en la revista.

Vale, se veía que tenía tiempo de sobra. Muy bien, a mi plin. Para ponerme un poco al día, decidí revisar todas las agendas y tratar de memorizar los nombres de los clientes y así ganar rapidez en la atención, mientras tanto no paraba de recibir llamadas pidiendo citas, que tuve que ir aplazando para la semana siguiente en adelante. De vez en cuando, miraba fugazmente al hombre

atractivo, que seguía ocupado en aquella revista especializada sin prestarme ninguna atención.

Pasados unos veinte minutos, Berta salió de su sala acompañando al coco salvaje y se despidió de él en la recepción, dejándolo en el mostrador para que yo le cobrara.

—Buenos días, Adrián. ¡Ya estás aquí! —Berta se deshizo en una de sus sonrisas encantadoras para saludar al tío atractivo, que levantó la vista de la revista. Debía ser un cliente habitual, pues ella lo trataba de un modo muy familiar.

—Sí, he terminado antes de lo esperado y estaba por aquí cerca —dijo él sin sonreír. Vaya, pues sí que era seco el tío.

—¿Puedes esperar un minuto para que arregle la sala?

—Por supuesto —dijo volviendo a la revista.

—¿Qué tal le ha ido, señor Rivero? —le pregunté al deportista de ojos pochos, más que nada por ser amable. Tenía la cara bastante roja, seguramente Berta lo había hostiado a base de bien.

—Muy bien, gracias. ¿Me cobras, por favor?

—Claro, ha sido un masaje con cañas, ¿verdad? —me cercioré sin mala intención, lo juro. Aunque tuve que contenerme la risa por tercera vez ese día, pues la palabra *cañas* bien podía referirse a echarle unas cuantas jarritas frías de cerveza por el lomo.

—Sí —respondió entregándome la visa—. ¿Puedes darme cita para la próxima semana?

—Sí, claro, ¿también con Berta, verdad? —dije con aire profesional mientras le cobraba con el datáfono.

—Sí.

Abrí la agenda de Berta y busqué un hueco. Estaba complicado, esa mujer estaba más solicitada que el Papa de Roma.

—¿El miércoles que viene a las cinco de la tarde? —Golpetee el boli en la agenda mientras esperaba respuesta.

—Me va bien.

—¿Quiere que le apunte otro masaje de cañas de bambú? —Esta vez añadí lo de bambú, como si aquello quitara fuerza a aquel masaje del demonio, igual daba que fuera de bambú que de las que salen cerca del agua en el Parque Nacional de Doñana. Ser una vara era.

—Sí, gracias.

Anoté su cita y me despedí de él.

—¿Todo bien, Carlos? —Berta había vuelto a hacer acto de presencia en la recepción para llevarse al señor Expósito.

—Sí, ya tengo mi cita para la semana que viene.

—Nos vemos pues. —Berta dio por concluida la charla con el chaval *feportista* y se marchó pasillo arriba con aquel tío tan arisco.

Lo seguí con la mirada mientras se alejaba. En la puerta volvió la cabeza y me pilló de lleno con el escáner puesto. Creí verle una leve sonrisa dibujada en la cara, pero no podría jurarlo. Estaba claro que ese tío sabía el efecto que provocaba entre las féminas. Era un tipo atractivo y el misterio que le envolvía de forma incuestionable aumentaba potencialmente esa cualidad suya.

Sonó el teléfono, lo atendí y avisé a Sofía de que su siguiente cliente había llamado para anular la cita. Al poco ella apareció mascando un chicle. Vaya clase (la muy choni). Echó un ojo a la agenda que tenía abierta sobre el mostrador y leyó en voz alta el nombre del tío enigmático.

—¿Lo has visto, Marta? Es un cañón de tío, pero un poco seco y extraño.

—No me he fijado mucho —mentí como una bellaca.

—Pues no pasa desapercibido, ¡aunque lo intente! —se rio e hizo una gran pompa de chicle—. ¿Qué es eso que querías preguntarnos? Ahora estoy libre —dijo apoyándose en el mostrador en

plan confidente.

—¿Amanda era la antigua recepcionista?

—Uy, sí, la despidieron hace una semana.

Mi curiosidad fue en aumento (la genética manda). ¿La habían despedido porque no hacía bien su trabajo o había otro motivo más intringuloso? Tenía que saberlo. No podía correr su misma suerte (o desgracia, mejor dicho).

—Y se puede saber por qué. —Abrí bien los ojos y puse los oídos en modo parabólica.

—Te lo voy a resumir: se lio con un cliente y Berta tiene completamente prohibido relacionarse sexual y sentimentalmente con la clientela. La pilló en su sala de masajes con un cliente antiguo, haciéndole una limpieza de sable. No veas qué reprís llevaba la tía, tenía el cuello más tenso que el freno de mano de Carlos Sainz. Con eso te lo digo todo.

—¿Tú la viste? —pregunté asombradísima (y una curiosidad que me mataba por dentro).

—¡Todas la vimos! —confirmó como si fuera un fiscal de los malos en un juicio chungo de telenovela de Antena 3—. Berta quería enseñarnos su nuevo juego de moxas y nos la encontramos encaramada a aquel bastón ensalivado. Muy traumático todo. —Puso los ojos en blanco y estiró el chicle con su mano, antes de volver a metérselo dentro de la boca y empezar a mascar como un *bacalaero* en un *after*.

—¿Fue con el señor Expósito? —Deseé con todas mis fuerzas que la respuesta fuera «no», no sé por qué, a mí ese tío me la traía bastante floja.

—Nooo, más hubiera querido Amanda. Ese tío creo que está muerto de cintura para abajo —comentó con mala baba y de nuevo hizo una gran pompa.

—¿Tú crees?

—Bueno, no lo sé, pero tiene pinta de eso. Eeeh..., te dejo, que está al caer mi próximo cliente. —Y salió disparada pasillo arriba.

Y tanto que estaba al caer, nada más cerrar la puerta de su sala, se abrió la principal. Esta vez entró una mujer joven de largo cabello rubio ondulado y una sonrisa enorme (se ve que quería enseñar al mundo sus caras carillas dentales) que le duró bien poco, pues tras pegarse una señora leche con la que estuvo a «esto» de romperse los piños y levantarse como un resorte, me dijo su nombre. Pulsé el botón de Sofía, que vino en un periquete, ahora sin mascar chicle, y se fue con ella a toda velocidad por el pasillo.

Ahora ya sabía el motivo del despido de Amanda. Y tenía claro que a mí eso no me iba a pasar. Ni de lejos se me pasaba por la cabeza practicar sexo oral ni de ninguna otra clase en la sala de masajes de Berta. Ni loca se me ocurriría hacer algo así, y menos con el señor Expósito. ¿Y por qué ñoquis había vuelto a pensar en ese hombre tan seco (y tan atractivo)? ¿Sería Adrián el nombre de algún apóstol?

Y entre citas, más citas y llamadas mil pasó mi segundo día en el centro de masajes. Había ido mejor que el primero, y encima era viernes. Me fui a casa más contenta que unas castañuelas con dos días libres por delante. No tenía un euro en el bolsillo y mi cuenta bancaria estaba temblando, pero si todo iba bien muy pronto cobraría mi primer sueldo de recepcionista.

Caminaba por la calle Preciados feliz y radiante, hasta que pasé por delante de una farmacia y vi el anuncio con el careto blancuzco de un pelirrojo publicitando unas toallitas antiseborreicas. Al verlo me acordé de pronto de la cita a ciegas que Clara me había organizado a traición para la noche siguiente y me entró un cabreo de sopetón de párate y no te menees, vaya, qué cabreo me entró.

Clara tenía muchos dones y uno de ellos era que siempre conseguía liarme con sus rollos de

soltera inconformada. ¿Por qué ñoquis no quedaba ella sola con el tío y me metía a mí en sus berenjenales?

En cuanto entré por la puerta y saludé con unas caricias a Flash, que vino a asaltarme para recibirme como me merecía tras una larga y pesada jornada laboral, me fui derecha hacia el sofá, donde Clara estaba repantingada con las piernas en alto leyendo una revista médica, y le hice un tercer grado:

—¿Tienes la foto del amigo de tu compañero?

—¿Tú te pinchas? —Levantó los ojos y me sonrió con malicia.

—Tú sí que te pinchas anestesia de esa de la bocacha.

—No le he pedido nada, ¿cómo le voy a decir que me pase una foto de su colega? Ya te dije que no lo haría. —Puso los ojos en blanco como si mi imposición fuera una locura y su manía de organizar citas doble fuera lo más normal del mundo.

—Pues no pienso ir.

—¿Otra vez? Me dijiste que sí lo harías y lo harás.

—¿Por qué no vas sola?

—Pues porque sabes que si me siento incómoda, aburrida, asustada o cualquiera de mis paranoias te necesito a mi lado. Siempre podemos salir corriendo las dos si los tíos no nos gustan, creo que eso también te lo dije —respondió con carita de pena.

—Mentira, porque a mí el callo pelirrojo no me gustaba y tú no saliste corriendo conmigo —le repuse frunciendo el ceño y los brazos en jarras.

—Porque el mío sí me gustaba —dijo y sonrió levemente porque sabía que su respuesta me iba a cabrear.

¡Maldita Clara! Siempre conseguía liarme, pero ¿qué iba a hacer yo? No podía negarme. Era mi mejor amiga del instituto y ella lo sabía, y además me hacía la cena, y siempre pagaba las facturas, y nunca se quejaba. Joder, era muy buena amiga, cómo iba a negarme.

Vete tú a saber quién iba a aparecer. Tres posibilidades se alzaban poderosas en mi mente:

1) Un friki con granos en la cara y aparato dental con gomas de colores.

2) Un obeso mórbido de esos que hay que mover con grúa para lavarlos con esponja de mango largo.

3) Un repelente niño Vicente que juega al pádel y al golf.

Si tenía que elegir entre uno de esos tres candidatos me quedaba con el repelente niño Vicente, a no ser que fuera además un friki obeso mórbido con granos en la cara y aparato dental con gomas de colores, jugador de pádel y golf pero en la videoconsola, lo que todavía era mucho peor.

4

Por los pelos de mis piernas

A las ocho de la mañana, Clara me sacó a la fuerza de la cama para ir a correr al parque del Retiro. Ya me hubiera gustado correr(me) de otra manera, pero la cosa pintaba que no iba a ser así. Tenía los ojos tan pegados que no atinaba a llenarme el vaso con leche. No entendía cómo ella podía levantarse con esa energía, seguro que sí se pinchaba algo, aquello no era normal.

—Venga, Marta, que luego vamos a ir de compras

En serio, su energía no tenía límites ni fronteras. Era el *Neng* de Catefa a lo pija come algas.

—¿De compras, para qué? —le pregunté masticando una magdalena churretosa.

—Para ir guapas a nuestra cita —dijo como si nada, dando por hecho que iba a ir con ella a esa dichosa cita doble, que de hecho iba a ir, pero me apetecía chincharla.

—Clara, no tengo dinero para comprar ropa nueva y tampoco es seguro que vaya a ir —le repuse y mojé otra vez la magdalena en la leche con *colacao*.

—¡Yo te invito, tonta! —dijo haciendo caso omiso a lo último que le había dicho. Clara estaba tan segura de que iba a ir a esa cita como yo, si no quería que me diera un repelón de pelos que me dejara al borde de un injerto de calota.

—No, me niego a que me compres ropa, eso no es algo de primera necesidad. Ya haces mucho por mí.

—Pero quiero que estés guapa esta noche y así compensarte lo de la última cita doble. —Clara puso unos morritos adorables, cualquiera le decía que no—. Además, estamos en terceras rebajas, seguro que me sale casi regalado compensarte.

—Que no, Clara —me negué rotunda—. Por favor, ya lo has compensado pagándome mi parte del alquiler y muchas cosas más. Si no fuera por ti estaría muerta por inanición.

—Anda que no eres exagerada tú ni nada, en España hoy en día nadie muere de hambre —me repuse—, pero ¿me acompañarás para que yo me compre algo? —casi aseguró colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja, luego me besó la mejilla.

—Sííí, pesada, ¿me dejas acabarme el *colacao*?

—Gracias, gracias. Sabía que no te ibas a negar ni a una cosa ni a la otra. —Se fue deprisa hacia su dormitorio para cambiarse y evitar una confrontación absurda. Estaba claro que iba a ir a esa cita de locos.

Hacía un frío de mil demonios en el Retiro y yo tenía la cara más tensa que un plástico de obra alrededor de unos ladrillos de adobe. No era capaz de articular palabra, era un auténtico Monchito guardado en un baúl. Marchábamos a trote lento, yo extralento, y muchos hombres, que también estaban corriendo por el parque, se giraban a mirarnos el trasero como suricatas. ¡Qué descaro, por favor! A alguno parecía que le iba a dar la vuelta el cuello igual que a la niña de *El exorcista*.

Tras quince minutos yo ya tenía la lengua fuera, aunque creo que la traía colgando desde casa, y un deseo descomunal de zamparme un donuts o algo bien grasiento que se pegara a mis riñones

para reponer sales minerales. Clara, en cambio, corría como si acabase de empezar a hacerlo, más fresca que una rosa arrastrada por la brisa, y seguro que no se le pasaba por la cabeza el parar para reponer energías en ningún chiringo. Su máxima en la vida era quemar calorías tal cual se evapora la grasa de un pollo asado cuando toca la bandeja del horno.

Mi amiga siempre había sido una loca de las dietas, de la comida macrobiótica, orgánica y, por supuesto, no se echaba a la boca algo dulce a no ser que tuviera una locura mental transitoria. Como el día que había encontrado el trabajo en el centro de masajes que, enajenada por la emoción de dejar de apoquinar dinero por mi cara bonita, se había metido entre pecho y espalda el equivalente a un McFlurry del Mercado de San Miguel.

Sus palabras textuales esa mañana para, según ella, «insuflarme fuerza de voluntad», habían sido: «Vamos a cenar fuera de casa y es preciso correr media maratón para perder algunas calorías», cosa que a mí me parecía estupenda, pero no veía por qué tenía que arrastrarme a mí, si yo era feliz acumulando grasas saturadas en mi cuerpo serrano. Los cimientos de nuestra amistad se basaban en aceptarnos la una a la otra, pero ella siempre imponía su estilo de vida sobre el mío porque era *más mejor*.

—Clara, vámonos a casa. Te lo suplico —le pedí deteniéndome para recuperar el aliento, me estaba entrando un flato de tres pares de narices. Sentía el bazo del tamaño de un *foie*.

—Marta, solo llevamos corriendo quince minutos —protestó sin dejar de correr en la misma posición mientras me esperaba.

—Vale, pues yo te espero aquí sentada. —Señalé un banco.

—De acuerdo, pero eres una floja, que lo sepas —dijo girándose hacia mí dando saltitos para no perder el ritmo antes de reprender la marcha.

No tardó en perderse de vista. Sabía que se había enfadado, pero lo mío era una cuestión de vida o muerte, si seguía corriendo me iba a dar una angina de pecho. Tal vez no tanto, pero lo cierto es que odio el deporte, sé que está mal decirlo y que es muy bueno para la salud, blablablá, todo lo demás, pero lo odio mucho muchísimo. No entiendo qué placer hay en acelerar tu corazón a dos mil y sudar como una cerda.

Una vez repuesta y contenta de que mi ritmo cardíaco hubiera vuelto a la normalidad, fui a uno de esos chiringos que hay en el parque a tomarme un café y un bollo. Me quedaban poco más de veinte euros en la cuenta, pero aquello era un asunto de extrema necesidad.

—Póngame un capuchino con extra de crema de leche, una magdalena de arándanos y una berlina de esas cubiertas de rosa —le pedí al hombre que atendía en la barra.

El hombre me miró y se rio.

—Señorita, si pierde usted trescientas calorías corriendo y se come ochocientas, su reto de hacer deporte está destinado al fracaso —aseguró no sé si con malicia, pero me sentó mal, ¿a él qué ñoquis le importaba mi reto? Además, ¿de qué reto estaba hablando?

—Sí, ya..., señor del chiringuito, ¿me da lo que he pedido?

De acuerdo, sí, estaba siendo una rancia de manual, pero a él no le pagaban por opinar, y por su culpa se me habían ido las ganas de comerme los bollos y la berlina, y para colmo, Clara me acababa de pillar con las manos en la masa.

—Pero, Marta, ¿dónde vas con todo eso? —me reprendió parada con los brazos en jarras en plan profesora regañona.

—A reponerme de la tortura a la que me has traído un sábado a las ocho de la mañana.

—Dame eso, te va a subir el azúcar, el colesterol, el culo y por no hablar de las caries —dijo mientras intentaba arrebatarme mis manjares.

—Ni se te ocurra quitármelo o corres el peligro de quedarte sin una falange —la amenacé con

los ojos boludos y encendidos.

Debió creerse mi amenaza, mis ojos se abrieron tanto en el intento por asustarla que me costó hasta cerrarlos. Me dejó comérmelo todo, todo. Me puse hasta arriba de azúcar, colesterol y lo que fuera que llevasen esos bollos del demonio, pero qué ricos estaban, me habían sabido a gloria bendita pese a sus intentos de boicotearme, y los del señor del chiringuito, que no sé qué pintaba opinando sobre mi reto, ¿¡qué reto ni qué niño muerto!?

Cuando llegamos a casa, necesitaba una ducha y un cerebro nuevo. Clara me había estado taladrando todo el camino de vuelta con sus normas de alimentación. Tanto tiempo viviendo juntas y todavía no le había entrado en la cabeza que yo era todo lo contrario, que no me hacía falta hacer deporte y comer alcachofas porque tenía un maravilloso metabolismo que hacía que no engordase, pero ella insistía, erre que erre, que no era solo por cuestiones de estética, en fin, ni que estuviera al borde de la muerte y tuviera que tallar ella misma un ataúd extragrande para darme sepultura.

A las once ya me estaba metiendo prisas para ir de compras.

—Venga, Marta, date prisa —me gritó desde el salón.

—Estoy terminando —le grité desde el baño.

Mentira, me estaba mirando las piernas y tenía que depilarme urgentemente, parecían las piernas de un hipertrícico, palabra que conjuntaba a la perfección con el hecho de que podía tricotar dos o tres bufandas para cuellos anchos con mis pelos. Deduje que, si me ponía con ello, Marta me iba a estar gritando sin parar, y yo necesitaba concentración para deshacerme de todo ese rastrojo con quema de malas hierbas incluida. Reconozcámoslo, debería cuidar más mi imagen, pero en mi defensa estaba que era invierno y no había salido con nadie en unos meses. Sin embargo, esa noche tenía una cita. Mis expectativas de pillar cacho eran bajas, pero tampoco pasaba nada si me depilaba las piernas y el mostacho que asomaba por el borde de mis braguitas.

Fuimos al centro andando, Clara quería que quemase la magdalena de arándanos y la berlina. Menos mal que me había puesto mis botas de cowboy supercómodas, no eran de una marca especial, me costaron solo cinco euros en una tienda de caridad el año pasado y me encantaban, la verdad, pero Clara quería, por supuesto, que las tirase a un vertedero. Yo no estaba por la labor (¡para tirar cosas estaba yo!), además, me gustaban y me sentía bien con ellas puestas, y encima ahora estaban de moda y costaban un riñón (medalla para mí).

—Otra vez esas botas morroñosas, tíralas de una vez, ya has amortizado los cinco euros.

—No las pienso tirar, son mis botas favoritas y son muy cómodas. No sé qué tienen de malo.

—Pues que tienen la suela medio despegada.

—Pues ya la pegaré con cola de contacto.

—¿Cuántas veces las has pegado ya?

—Pues no llevo la cuenta.

—Pues con tanta cola que has gastado en pegarlas una y otra vez ya tendrías unas botas nuevas —ironizó.

Para ironías estaba yo.

—Pero no serían estas y deja ya de meterte con mis botas. Las estas ofendiendo. —Levanté un pie y acaricié mi preciada bota ante sus ojos en blanco.

No sé si he comentado que también odiaba ir de compras. El caso es que lo odiaba, me parecía un fastidio y, además, no me gustaba seguir las modas. Así era y soy yo, una mujer de lo más atípica, llevaba las piernas con unas cerdas que se podrían hacer trenzas, no controlaba mi dieta, compraba botas de segunda mano con la suela despegada y odiaba (y sigo odiando) ir de compras.

Se podría decir que Clara y yo no teníamos nada en común, pero esa era la gracia de nuestra amistad.

—Mira este vestido, Marta. Es perfecto para ti, Pruébalo —me lo puso en las manos y yo lo miré como si estuviera endemoniado.

—No voy a probármelo, no puedo comprarlo. Habíamos quedado que solo iba a acompañarte.

—Porfa, Marta. —Marta recurrió a su palabreja favorita para convencerme—. Es tu color favorito. Mira, es precioso y sencillo como tú y solo cuesta veinticinco euros. Te lo regalo. —Ahora usó su manida carita de pena.

—No hay quien te aguante, Clara. No insistas.

Mantuvo su carita de perrito lastimado hasta que terminé en los probadores con el vestido puesto.

Y me quedaba genial. Era de color azul claro, tenía una caída estupenda, además de un escote bonito. Era corto pero no demasiado.

Salí para que me lo viera.

—Dios mío, Marta, ¿qué es eso?

—El vestido que me has dado —le dije balanceándome ante ella para que admirase cómo me quedaba.

—No, el vestido no, eso. —Señaló mis piernas con los ojos desorbitados.

—Cállate loca. Esa señora me está mirando como si fuera un extraterrestre con tres cabezas.

—Pero, Marta, pareces un travesti sin depilar —dijo riendo y la señora se rio a su vez.

Le lancé una mirada homicida y salió pitando de los probadores por miedo a que la agrediera con la percha.

—Clara, me has dejado en ridículo. ¿En qué estabas pensando? —la regañé después, una vez hube recuperado la dignidad con mis vaqueros puestos.

—Lo siento, Marta. Me ha impactado ver esos pelárganos en tus piernas —se rio de nuevo.

—¿Y el vestido? —cambié de tema

—Ni me he fijado, Marta, por Dios, quítate eso de las piernas urgentemente. Llevas más lana en las piernas que jerséis ha fabricado Amancio Ortega este año.

—¡No seas exagerada! Lo voy a hacer al llegar a casa. Vámonos ya o no me dará tiempo —me reí yo también.

Por supuesto lo de mis pelos no funcionó y seguimos Gran Vía arriba entrando, como si no hubiera un mañana, en todas las tiendas rebosantes de gente ávida de pillar chollos.

Al final, Clara se compró unos zapatos carísimos que yo no podría comprarme ni en sueños, unos vaqueros y un top ajustado de color rojo muy bonito. Yo, evidentemente, nada, no porque no me hiciera falta o no me gustase nada, sino porque simplemente no podía. Recurrir a la caridad de mi amiga no era una opción en ese caso.

—Voy un momento al baño del Fnac, Marta, ¿me esperas aquí?

—No hay problema —dije, además necesitaba sentarme y descansar mis peludas y ancianas piernas.

Entré con ella en la tienda y me senté en la zona de servicio al cliente. Para entretenerme me puse a mirar Instagram en el móvil.

La gente subía fotos de todo tipo y me sorprendían sus maravillosas vidas llenas de aventuras, fiestas y demás actos sociales; yo, por el contrario, tenía una foto de perfil donde salía poco agraciada y otras dos con Clara y Flash en casa.

Tardaba mucho en volver y ya había actualizado mi estado, comentado varias fotos y guardado mi teléfono en el bolso. Estaba empezando a plantearme ir a buscarla por si se la había tragado el

váter, pero me daba pereza, los servicios del Fnac están en la última planta y hay que subir cientos de escaleras mecánicas y un tramo final a piel, solo de pensarlo me cansaba, cuando la vi aparecer.

—Ya estoy aquí —dijo como si no la hubiera visto llegar.

—¿Has descargado el estómago o te has encontrado con un entrevistador de la Sexta en los baños? Has tardado un montonazo —le dije hastiada de la vida.

—He salido a la calle un momento, no te has dado ni cuenta y he supuesto que no te apetecía venir a la tienda conmigo.

—Has supuesto bien. ¿Nos podemos ir a casa ya?

—Sííí, pesada —me dijo ayudándome como a una abuela para que me levantara.

Cogimos el metro en Callao para volver a casa, me había costado horrores convencerla, pero al final había claudicado con tal de no seguir escuchando mis quejidos lastimeros.

En la puerta de casa nos recibió Flash dando saltos como siempre. Era un perro muy agradecido, pero algún día se iba a romper el pobre la crisma con tanta acrobacia, eso o lo reclutaba en el Circo del Sol para canes.

—Hola, Flash. —Vino hacia mí dispuesto a lamerme la cara.

—Marta, no dejes que te chupe así —me riñó Clara, pero ya era tarde, Flash me había relamido todas las mejillas dejándomelas lustrosas.

—¡No pasa nada, es un perrito sano y feliz! ¿Verdad que sí, guapo? —le pregunté haciendo morritos y él me respondió con un chupetón en toda la boca; Clara nos miró horrorizada—. Tengo hambre, ¿y tú, Flash, tienes hambre? —le pregunté al animal y él movió el rabo a toda velocidad. Eso era un sí.

Así que fui a la cocina a ponerle pienso en su cacharro y de paso a preparar para mí un sándwich de queso a la plancha.

—¿A qué hora vienen a recogernos? Quiero organizarme la tarde —le dije a Clara mientras mordía mi sándwich.

—A las ocho —respondió sacando sus prendas nuevas para ponerlas encima de la mesa y extasiarse con la contemplación de sus recientes adquisiciones.

—Enséñame lo último que has comprado —le pedí dándole otro bocado al sándwich.

—¡Tachán! —Sacó la prenda.

Abrí los ojos a más no poder.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté al ver el vestido azul.

—Porque me dijiste que te gustaba.

—No tenías por qué hacerlo. —Le quité el vestido de las manos.

—¡Cuidado que lo manchas de mantequilla! —me gritó.

—Me encanta, de verdad. En cuanto cobre te lo pagaré —le aseguré emocionándome. Es que no me la merecía, por ella haría cualquier cosa, incluso tener citas a ciegas con pelirrojos con pupas en los labios. De acuerdo, sí, igual me he pasado, tanto no, pero sí con un repelente niño Vicente.

—Es un regalo, tonta, por tu nuevo trabajo. Marta, te quiero y me lo puedo permitir.

—Ya, pero yo quiero pagártelo. En cuanto cobre, jurado.

—Pues no aceptaré tu dinero, solo cuesta veinticinco euros. —Me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

A las cinco de la tarde, Clara se fue a pasear al perro y yo me quedé tumbada en el sofá mirando

la segunda temporada de *You*. Netflix era otra de las cosas que pagaba Clara, y yo simplemente me beneficiaba de que estuviera ahí en la tele del piso cuando la encendía.

—¡Marta! —me gritó Clara en el oído sobresaltándome y haciéndome levitar dos metros por lo menos—. ¡Son las siete, despierta!

—Joder, que me dejas sorda —gruñí limpiándome una baba.

—Venga, a la ducha, solo tienes una hora para arreglarte *para tu cita* —canturreó sonriente.

—Voooy, pareces mi madre —volví a gruñir, pero me puse en pie.

Sí, lo sé, era un poco tarde, pero yo era así, nunca tenía prisa. Además, arreglarme me costaba muy poco y tampoco es que hubiéramos quedado con el príncipe de Inglaterra, sino con dos pringados como nosotras.

Entré en la ducha y me relajé un buen rato bajo el chorro del agua caliente. Empecé a enjabonarme el cuerpo y cuando llegué a las piernas, ¡horror! Había olvidado por completo depilarme y ya no me daba tiempo a calentar la cera y toda la parafernalia. Pasarme la cuchilla no era una opción, la última vez que lo había hecho me habían salido cerdas de escoba para rellenar penachos de romano de películas de Semana Santa. Marta, eres gilipollas, me regañé. ¿Cómo se supone que vas a lucir el vestido con las piernas a lo melena de Rapunzel?

Salí de la ducha esperando que Clara no me viera los pelambres y me echara un sermón de madre, y corrí hasta mi dormitorio. Busqué en el cajón las medias negras más tupidas en mi haber y me revisé entonces las axilas. Tenían un pase, esa zona sí me la rasuraba con cuchilla cada día en la ducha, porque una vez me había hecho la cera ahí y casi vi las estrellas.

Tras vestirme, me miré en el espejo con el ceño fruncido. Parecía que tuviera un problema circulatorio que me obligaba a llevar medias compresivas. No acababa de convencerme el *look*, pero era lo que había, y salí de la habitación con mis dos patas de alambre enfundadas en unas pedazo de medias gordas y tupidas, como si fuera a esquiar a Baqueira Beret y necesitara un soporte térmico bajo mi mono de nieve transparente.

—No te has depilado, ¿verdad? —Clara me miró fijamente las espinillas.

—No —respondí con voz pequeña y la cabeza gacha.

Negó de lado a lado y arrugó el entrecejo. Iba a entrar en cólera.

—Eres... —Su voz se acalló gracias a una llamada. Salvada por los pelos, pero no los de mis piernas. Eran los dos maromos. Me miró alzando las cejitas un par de veces y añadió—: Vamos, están abajo esperando.

Sábado, sabadete, el que pueda que eche un eructete

Del dicho al hecho hay un trecho, y aquello de que *estaban abajo esperando* era el vivo ejemplo. En la calle no había un alma y allí estábamos las dos esperando como dos estatuas, aunque Clara tiritaba más que un cerdo ante un matarife. ¿Quién se reía ahora de mis medias tupidas y calentitas, eh?

No entendía esa manía suya de no esperar a los ligues en casa, ¡ni que llamar al timbre les fuera a desintegrar el dedo! En fin... Pero así era ella: histérica y feminista de la vida a partes iguales. Recé por la integridad de sus pezones. Estaban tan duros y puntiagudos que incluso podían matar de una estocada a un ruiseñor posado en una rama en el parque de enfrente.

Pasados unos minutos, llegaron los dos caballeres de poca monta en un flamante utilitario híbrido de color azul eléctrico.

Ni que decir tiene que yo estaba expectante por que las puertas del coche se abrieran para saber si había trato o susto.

Para mi sorpresa, ninguno de los dos chicos que se apeó (sinónimo de bajar, no de cagarse en nuestra cara) estaba nada mal, de hecho, estaban los dos bastante bien.

—Hola, Clara. —El chico que salió del lado del conductor saludó a mi amiga con un par de castos besos en las mejillas.

—Lucas, esta es Marta —nos presentó después, mientras yo maldecía en mi fuero interno llevar aquellas fundas de morcilla por medias.

—Marta, encantado de conocerte. Este es mi colega Diego. —Apoyó la mano sobre mi hombro y me dio los dos besos de rigor.

—Encantada, Lucas, e igualmente Diego. —Eché una mirada rápida a mi cita, tan rápida que uno de mis ojos casi se negó a volver al sitio convirtiéndome en el Dioni por espacio de unos instantes. Por Dios, ese chico estaba más bueno que una amenaza de bomba un día de examen.

Diego me sonrió al escuchar su nombre. Y sí, tenía una sonrisa preciosa. Se acercó con un par de largas zancadas y me besó las mejillas al tiempo que yo hacía lo mismo. Era alto, delgado, pero fuerte, con un flequillo medio rizado que le tapaba parte de sus ojos azules y grandes, y unos labios, tan labios (definición de labios por antonomasia), pedazo labios, de competición de succionadores de caracoles. Esa boca debía saber hacer virguerías.

Subí al coche cagándome en todo lo cagable por no haberme depilado y evitando todo contacto visual con aquel ejemplar de hombre de morritos abultados. Toda yo era ridícula en comparación con Diego, que, lejos de llevar unas medias compresivas de abuela con varices gordas, lucía unos vaqueros que se ajustaba tan perfectamente a su piel que podría contarle los tendones uno a uno. Por no mencionar, el bulto generoso que se marcaba en su entrepierna.

Aparcamos en la zona de Lavapiés y andamos unas calles hasta un restaurante hindú. Marta iba delante hablando despreocupadamente con Lucas, lo que me obligó a ir al lado de Diego, que no dejaba de mirarme esperando algo de elocuencia por mi parte, lo que me ponía aún más nerviosa e incrementaba mi mudez repentina.

Habían reservado mesa, todo un detalle por su parte. Yo no soy muy amante de la comida picante y muy especiada, pero no me quejé, sabía que iba a poner a prueba a mi intestino grueso, pero haría el esfuerzo con tal de conocer a ese *David* de Miguel Ángel esculpido en carne y hueso.

—¿Te gusta el vino tinto, Marta? —me preguntó Diego amablemente, alzando la botella que acaban de pedir sin peguntar, pero aun así agradecí el gesto.

—No me apasiona, soy más de cerveza o vino blanco, pero tomaré una copa.

Diego nos sirvió a los cuatro con destreza, cortando el filo del fluido en el momento justo, sin derramar ni una gota. Tenía unos brazos fuertes y marcados, capaces de aplacar una roca desprendida y, cómo no, una simple botella de vino.

—Brindemos por Marta y su nuevo trabajo. ¡Por mi amiga! —Clara alzó la voz y la copa en alto, lo que hizo que mi cara, antes pálida, combinara a falta de un par de tonos con mis medias.

Si no hubiera estado tan cortada, yo misma hubiera propuesto un brindis por Clara, por haber roto todos mis esquemas y haberme organizado una cita como Dios manda, con un tío bueno nivel pro, tal y como rezaba *La biblia para mujeres* en su versículo 121:7-8: El señor protegerá tu vida. El Señor te protegerá de todo orco. El Señor te cuidará en el hogar y en los restaurantes, desde ahora y para siempre.

—¿Y cuál es ese trabajo por el que brindamos? —preguntó Diego mirándome con interés.

—Nada importante. Soy recepcionista en un centro de masajes —respondí tras mojarme los labios con aquel vino que olía y sabía a barato. Estábamos en el restaurante de Apu Nahasapeemaperilon, no en el Ritz.

—Todos los trabajos son importantes, no le quites méritos. —Minipunto para el chico de torso de acero.

—¿Y tú a qué te dedicas? —quise saber yo, mostrándome igualmente interesada.

—Soy entrenador personal.

Me faltó nada para soltar un: «Válgame el Señor» a lo Diego el Cigala, pero, aunque fuera la hija de la Paca y el Manolo de Cerrato de Cabrales, tenía un mínimo de modales.

—¿Y eres fanático de las dietas? —Aquello me preocupaba mucho, muchísimo, pues la respuesta podría convertir nuestro incipiente romance en un amor imposible.

—No, pero me gusta comer bien.

—O sea, que no comes donuts —dije resignada.

—Sí, pero de vez en cuando.

Me sentí *delgorda*, la Reina Madre de paseo por los jardines del Palacio de Buckingham, pero en joven. En extremo contradictoria, lo mismo que una rumana *parisien* peluda y ajada.

Clara se centró en hablar con Lucas durante la cena, como era lógico, a mí me tenía más vista que a Jordi Hurtado en *Saber y ganar*. Me veía presionada a charlar con el chico que tenía a mi lado y, a decir verdad, él esperaba por mi parte un poco de atención. Seguramente había puesto todas sus esperanzas en echar un casquete aquel sábado de finales de febrero que, a esas alturas y a juzgar por mi actitud era más bien casquete polar. Yo no sabía qué decir que pudiera interesarle sobre mí. A las claras, él era un triunfador seguro de sí mismo y yo, un fracaso enfundado en un vestido de rebajas y unas medias horribles para cubrir el desastroso y lamentable estado de mis piernas.

Podía haberlo acribillado a preguntas socialmente establecidas, pero ahogué mi frustración comiendo más de la cuenta aquel festival de comida picante llena de sabores extraños. Mi estómago se había convertido en una maldita bolsa de basura comunitaria. Tragaba involuntariamente pollo al curry y pan naan con queso como si fuera la nieta de Gandhi.

Cuando conseguí engullir una bola de arroz al ajo con la ayuda de aquel vino peleón, marca la

Faraona por lo menos, me decidí a preguntarle si le gustaba aquella comida.

—Teee... Grrrrrrrrrrrr... —No lo sentí venir, pero, teniendo en cuenta la cantidad de especias desconocidas que había ingerido, era una gran posibilidad. Un eructo del volumen de un *irrintzi* (grito estridente y largo entre pastores en el País Vasco), maridado con ajo y cebolla, salió de mi boquita como un cañón de luz.

Se hizo un silencio incómodo en todo el restaurante. Nadie comentó nada. Tampoco hizo falta. Las caras de los presentes lo decían todo, en especial la de Clara, cuyos ojos estaban desorbitados.

—No te preocupes, nos ha pasado a todos alguna vez —dijo Diego (qué majo, por Dios), con todo su saber estar, guiñándome un ojo y posando la mano sobre la mía que, de manera tensa, había apresado la servilleta y no la quería soltar, por si tenía que levantarla en alto y pedir paso a la voz de «¡emergencia, tengo que evacuar!».

—Lo siento, no era mi intención. Salió así..., solo —dije avergonzadísima, pese a que todo el mundo había vuelto a sus cosas, tras comprobar que después del eructo no iba a vomitar un alien.

—No pasa nada, de verdad. Nadie se ha dado cuenta. —Vi que ahogó las ganas de reírse y no pude culparle. Admitámoslo, incluso el lendakari vasco me había oído desde su casa y había movilizado a la ertzaintza para encontrar a la mejor engoladora de gritos de todo el país.

No volví a abrir la boca ni para comer el postre. Me limité a escuchar, asentir y a reírme si tocaba (con la mano delante por si las moscas) durante las conversaciones que mantuvieron los tres el resto de la velada.

No importaba que no me hubiera depilado, no importaba que aquel vestido de piernas para arriba me quedara de infarto y enmarcara mis tetas luciendo un bonito escote, no importaba nada, no volvería a ver a Diego en mi vida.

Mientras hacíamos el camino de vuelta a casa, me pidió mi número y quedó en llamarme, pero en el fondo de mi ser sabía que no lo haría, y que solo intentaba ser amable.

¿Qué tío en su sano juicio iba a llamar a una glotona eructadora sin conversación y con peor gusto que un helado de sal y que, además, odiaba el deporte?

Otro tío puede, un entrenador personal, no.

6

La llamada

Los domingos son chungos. Se acaba la libertad, el hacer lo que te dé la gana y generan una ansiedad presemata laboral del copón. Pero ese domingo no estaba siendo tan bajonazo. Sentía una ilusión extraña en el cuerpo (nunca me había pasado algo así), pero el caso era que me apetecía que llegase el lunes y volver a mi nuevo puesto de recepcionista. Me gustaba. Era fácil, entretenido, calentito y a un tiro de piedra de casa, más no se le podía pedir a un trabajo, solo que Berta fuera puntual en los pagos y pagase bien, cosa que desconocía por completo, pues seguía esperando que me pusiera al tanto de tales pormenores.

La noche anterior, Clara no me había dicho nada al llegar a casa, se había ido a la cama un poco mosqueada conmigo, tal vez el hecho de que yo me hubiera negado a ir tomar unas copas después de la cena había influido un poco, pero tenía el estómago en rompan filas y nadie la obligó a no irse con ellos si tanto le apetecía. La verdad es que había sido una cita desastrosa, y yo tenía buena culpa de ello.

La escuché merodear por el piso y decidí levantarme, aunque era excesivamente pronto.

—Buenos días, Clara, ¿qué te pareció Lucas? —le pregunté alegremente para suavizar el ambiente., cuando entré en la cocina, donde ella con cara de tormento estaba desayunando.

—Bien, gracias. —El ambiente estaba turbio, turbio, turbio.

—Clara, no te enfades conmigo —le pedí acercándome a ella con cara de pena—, de verdad que no era mi intención eructar.

—Por favor, ¡qué cerdada! ¿Viste sus caras? —Abrió los ojos incrédula—. Se quedaron desenchajados. ¡Qué vergüenza!

—No es para tanto.

—¿¡Que no es para tanto!?! Tu pedazo de eructo se fue derecho a la cara de Lucas. Se le pusieron los ojos del revés.

No pude aguantarme la risa y eso aumentó todavía más el cabreo de Clara.

Ya se le pasará, me dije, y me preparé mi *colacao* calentito con magdalenas.

Las horas pasaron sin que Clara me hablara y me dediqué a ver *You* en la tele y jugar con Flash. Le estaba enseñando a hacer la croqueta, pero no se le daba bien y lo único que conseguía el pobre animal era ponerse patas arriba y menearse sobre el lomo como un gusano.

A eso de las cuatro de la tarde, helado en mano y a pocos minutos de terminar de ver la temporada de *You*, mi móvil sonó y lo miré pensando que sería mamá, solía llamarme las tardes de los domingos para preguntarme cómo me iba la vida en Madrid y ponerla al corriente de la semana. Qué inoportuna, me iba a joder el final de la temporada.

Levanté el pescuezo para mirar la pantalla del móvil sobre la mesa auxiliar.

Pero no era ella. Para mi sorpresa, el nombre de Diego brillaba en la pantalla. Me puse nerviosa, tanto que se me cayó el tarro de helado encima de la barriga, derramándose y manchándose el pijama. Miré el estropicio pensando en limpiarlo primero, pero el teléfono sonaba insistente y la curiosidad por saber qué había motivado al entrenador personal a llamarme

me pudo.

—Hola, Marta. ¿Cómo estás pasando el domingo? —dijo él tras responder yo con un escueto: «Hola, soy Marta». Dar la información de mi nombre estaba de más, pero entiéndase que estaba nerviosa por hablar con él. Escuchar su voz me puso el corazón a mil, las palpitaciones resonaban potentes dentro de mi pecho como los bajos en un altavoz de discoteca.

—Bien, preparándome para trabajar mañana —conseguí decir todo de una.

—Me preguntaba si esta semana te apetece que quedemos para tomar algo tú y yo solos.

¿Él y yo? ¿Solos? Ay, qué me daba algo. El tembleque interior fue a más. El chico me había salido valiente y el eructazo no había conseguido quemarle las fauces, pues tenía sed de más.

—¿Marta? —Tal vez me lo pensé demasiado, pues Diego pensó que se había perdido la comunicación. Posiblemente, yo me encontraba dando saltos en las nubes.

—Sí, claro. Mañana te avisaré de qué día me viene mejor.

—Vale, pues así quedamos y no comas mucho hoy —bromeó.

—Ya..., ya... —dije cortada por que hubiera sacado a relucir mi gran hazaña sonora—. Fue sin querer.

—No pasa nada —dijo con voz calmada—, en otros países es un gesto de agradecimiento muy bien valorado.

Sí, claro, pero ¡no en el nuestro! Aquí eso era una señora guarrada, a no ser que pertenecieras al gremio de eructadores y entonces me hubiera merecido una medalla dorada.

—Gracias, eres muy comprensivo. Otro pensaría que soy una cerda.

Diego se rio sonoramente al otro lado de la línea.

—Puede que me gusten las cerdas —me repuso.

—¿Como Peppa Pig?

Diego volvió a reír y se me antojó encantador.

—Estaba pensando más bien en la cerdita Peggy, me parece mucho más sexi.

¡Uy, uy! ¿Diego estaba insinuando que yo era sexi? No sería por las medias morcilleras que llevaba puestas, eso solo podría parecerle sexi a un abuelo de mi pueblo con boina incrustada hasta el entrecejo.

—Pues gracias de nuevo, supongo. —Lo de *cerda* me lo tomaba como un cumplido—. Te aviso mañana, quedamos así.

Nos despedimos y emocionadísima me abracé el pecho, lo que me recordó que me había echado el helado encima y tenía que limpiarme, pero daba igual, porque Diego me había llamado, y porque quería una cita conmigo, y porque le parecía sexi, y muy cerda (ojos a la virulé, aquí estaba pensando en otro tipo de cerda). No solo no le había importado mi aire pestilento de curry y cebolla, sino que, además, quería repetir (un poco masoca sí que era el pobre chico, la verdad).

Posiblemente tenía una extraña filia con los olores nauseabundos, o simplemente adoraba la naturalidad. No sabía lo que era, pero iba a tener la oportunidad de comprobarlo esa semana.

Estaba que no cabía en mí de contento. Parecía que las cosas empezaban a irme un poco mejor, veía la luz, veía un futuro, veía un proyecto, veía..., veía a Clara delante de mí, mirándome con cara de asco.

—Pero ¿cómo eres tan gorrina?

—Soy una cerda —dije con voz de flipada (una aureola arcoíris levitaba garbosa sobre mi cabeza).

—Encima lo reconoces.

—Me lo reconocen, y además es encantador —comenté entusiasmada de que a Diego le encantase lo cerda que era.

—Estás fatal de la mente y eres muy cerda en el mal sentido. ¿Es que no piensas limpiarte eso!? —Señaló con un dedo acusador el manchurrón marrón que invadía toda la parte frontal de mi pijama desde la altura del pecho hasta el pantalón—. Si no fuera porque veo el tarro de helado de chocolate tirado en el suelo, pensaría que te has cagado encima.

—Sí, sí... —dije empezando a limpiarme con las manos. Mala idea, me estaba pringando enterita.

—¿Por qué sonríes de ese modo?

—¿Cómo? —dije sin dejar de sonreír.

—¿De ese? —Me miró con temor.

—No me he dado cuenta —mentí, sabía que estaba sonriendo y mucho, pero no podía dejar de hacerlo.

—Sigues haciéndolo y me da miedo. ¡Para!, pareces una loca de siquiátrico.

—Sí, sí, loca..., pues a esta loca —levanté las cejas con arrogancia— la acaba de llamar un tal Diego.

—¿No jodas?

—Esa boca, Clarita —la reprendí emprendiendo camino hacia la cocina para hacerme con el rollo de papel. Ella me siguió de cerca.

—¿Qué quería?

—Pues..., quiere que quedemos esta semana a solas. —Me di la vuelta y le saqué la lengua. ¡Toma, ya, Clarita! Ahí lo llevas.

Se quedó muda y ojiplática a más no poder. No se lo esperaba, ni yo tampoco, la verdad sea dicha.

—Guay, Marta, me alegro por ti —dijo sin más y se marchó a su habitación con cierto resquemor.

Tras limpiar el suelo del salón, recoger el tarro de helado y cambiarme de pijama, llamé a su puerta. Estaba tumbada en la cama, leyendo un libro, y me miró con carita de pena. Estaba jodidilla, lo sabía. Lucas no la había llamado a pesar de no haber soltado ella ningún gas volcánico por su boca.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? Anda, pasa, y cuéntamelo todo —dijo, haciéndome un hueco a su lado.

—No hay mucho más que contar. Me ha llamado y me ha pedido una cita.

—Entonces es que le has gustado.

—Eso parece, a pesar de ser una guarrindonga. Pero te juro por la plancha Ghd de que fue sin querer. Los eructos no los tengo en mi lista de arma de seducción masiva —dije echando un ojo al libro que leía.

—Más bien destructiva, pero en tu caso ha resultado bien, ¿no?

—De momento. Pero tampoco cantes victoria, ya sabes que tengo el don de cagarla.

—Pero hay algo en ti que resulta encantador.

—Eso mismo ha dicho él —dije apoyando la cabeza sobre su hombro—. ¿Peli y palomitas?

—Está bien —dijo dando un salto de la cama. A mi amiga le pasaba algo, pero no quería soltar prenda.

Pernicio por oficio

Otra vez lunes y yo todavía seguía siendo la hermana española del Yeti. Antes de salir de casa, me hice una nota mental para recordarme la urgencia de depilarme cuanto antes.

Marchaba al centro de masajes pensando que al salir del trabajo llamaría a Diego para quedar con él el jueves. Estaba bien hacerse la interesante, pero tampoco me iba a pasar, no fuera que a él se le esfumase la locura transitoria de querer quedar conmigo. Me parecía que el jueves estaba bien, era el día perfecto, siempre me han gustado mucho los jueves, porque son el preludio del fin de semana. Los jueves siempre hay fiestas de universitarios y los jueves la gente está más predispuesta a hacer planes para el sábado. Y era que, y que conste que no quería darle la razón a Clara en eso de que era bastante enamoradiza, albergaba la posibilidad de que la cita con Diego fuera un éxito y me invitara también a hacer algo juntos el fin de semana a lo película americana. Yo llevaba sin hacer nada interesante los jueves hacía mucho tiempo, y quería tener *mi jueves* de cita perfecta y que las irrefrenables ganas de llevarme de fin de semana, en su descapotable y mi melena envuelta en un pañuelo de Hermès, afloraran en su interior.

—Buenos días, Berta. ¿Has descansado el fin de semana? —le dije en cuanto llegó; yo estaba esperándola en la puerta pelada de frío pero elucubrando historias de amor en las que yo era la protagonista.

—Sí, querida, ¿y tú?

—También.

Había hecho de todo menos descansar cuerpo y mente, pero no le iba a explicar a mi jefa todo lo que había hecho, aún no estábamos en ese punto.

Tras ocupar mi puesto en el mostrador, comprobé las agendas y allí estaba el nombre de Adrián Expósito. No recordaba haberle dado cita el viernes cuando le cobré, pero tal vez ya la tenía, o había llamado en otro momento y Berta se la había dado. Vale, ¿y a mí qué?

—Buenos días, Marta, ¿qué tal el fin de semana? —Sofía me pilló desprevenida y di un brinco.

—¡Qué susto me has dado!

—¿En qué estarías pensando? —se rio.

—¿Yo?, en nada. Estaba revisando vuestras citas.

—Voy a cambiarme, ¿ha llegado Catalina?

—No, todavía no.

Un cuarto de hora después, Catalina aún no había aparecido y sonó el teléfono.

—Marta, soy Catalina, hoy no puedo ir a trabajar. Estoy enferma. —Su voz sonaba congestionada.

—¿Te encuentras bien?

—No, Marta, si no, no te diría que estoy enferma. —Estornudó repetidas veces, luego siguió hablando con voz gangosa—: Llama a mis clientes y aplaza las citas para el miércoles o cuando tú veas.

—De acuerdo, no te preocupes. Ahora mismo lo hago. Que te mejores, Catalina.

—*Gracias* —dijo antes de colgar, tosiendo.

Avisé a Berta del imprevisto y después llamé uno por uno a los clientes de Catalina y los fui repartiendo como pude entre los huecos que tenía libres a partir del miércoles.

Al poco empezó a entrar gente y a sonar el teléfono sin parar. Un goteo intermitente de pitidos taladrando mi cabeza y la paz que rezaba en el rótulo del local. Una maldita locura. No daba abasto a pedir disculpas por la tardanza o lo que fuera.

En esas estaba, cuando entró por la puerta el señor Expósito con su taciturno gesto, y tan atractivo a la vez. No sé qué tenía ese hombre, pero era un jodido imán de miradas.

—Buenos días, señor Expósito, tome asiento. Berta vendrá enseguida.

—Gracias, Marta.

Me quedé muerta. ¿Cómo ñoquis sabía mi nombre!? Yo no se lo había dicho, eso lo tenía claro. ¿Se lo habría preguntado a Berta? Y, en ese caso, ¿por qué tenía interés en saber mi nombre? Por educación, suponía. Tal vez debería haberme presentado con un «hola, soy Marta, ¿en qué puedo atenderle?». Sonaba bien, era educado y más familiar.

Tomó asiento en el mismo diván del viernes y cogió la misma revista y se puso a leerla, ignorándome. Me parecía un hombre muy raro, no sé por qué, tenía ese halo de misterio envolviéndolo que lo hacía un candidato perfecto para debatir en la mesa de *Cuarto Milenio*. El viernes le había echado unos treinta y cinco, pero ahora estaba penando que más bien eran unos cuarenta y tantos, aun así, era muy atractivo. Llevaba el mismo traje, pero otra camisa. Esta era azul clarito. Creo que no dejé de mirarlo ni un solo segundo mientras estuvo esperando su turno. Cuando salió el cliente de Berta, pulsé su botón para avisarla de que el señor Expósito ya estaba allí y que podía salir a buscarlo.

—Adrián, querido —lo llamó ella, asomando la cabeza a la recepción.

Parecía que tenían mucha confianza. ¿Se lo estaría montando con él? ¿Y él le pagaba? No, no lo creía, debían ser buenos amigos..., o él solo era un buen cliente o..., ¿a mí qué ñoquis me importaba lo que fueran o dejasen de ser? No me pagaban por pensar.

La mañana siguió su curso con su ajeteo habitual hasta las dos, que echamos el cierre para comer. En la sala común me encontré a Sofía, cara a cara con una ensalada de esas preparadas del súper con brotes tiernos, nueces, pan tostado, queso rallado y salsa César. Me dio un poco de envidia (ahora veréis por qué).

—No me has dicho nada de tu fin de semana —dijo cuando tomé asiento delante de ella, con mi aburrida fiambarrera con cuatro trozos *mataos* de lechuga pocha, atún y maíz.

—Bien, no ha estado mal. He conocido a un chico muy majo que es entrenador personal.

—¿Entrenador? —arqueó las cejas, porque todas las mujeres ya sabemos lo que eso significa —. ¿Y cómo se llama?

—Diego.

—¿Diego Fernández?

—No sé su apellido. —Me encogí de hombros.

—¿Este? —Me enseñó un perfil de Instagram.

—Sí, es él. ¿Lo conoces? —Me sentía intrigada. Debía haber cientos de Diegos en Madrid, el hecho de que fuera entrenador personal reducía la probabilidad a un..., ¿uno por ciento, quizá?, pero ¡joder, qué casualidad! Si es que el mundo es un pañuelo lleno de mocos y Madrid muy pequeño en realidad.

Puso cara de circunstancias y aquello me intrigó más. Asintió y dijo:

—Por desgracia, sí. Salió hace un par de años con mi hermana Carol.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasó? —La intriga me iba a matar mientras la veía terminar de masticar el matojo verde que acababa de llevarse a la boca.

—El muy cabrón se la jugó con una tía que él entrenaba y evidentemente mi hermana lo mandó a hacer puñetas.

Vaya, menudo chafón, y sí..., menudo cabrón.

—Pues tenía pensado quedar con él este jueves —dije sintiendo que mi alegría se iba hundiendo en mis entrañas como un *Titanic* de poca monta, desvaneciendo la idílica imagen de mí montada en un coche camino a la casa rural de la perdición sexual.

—Pues ten cuidado, cariño. Es un gilipollas de cuidado.

—Lo tendré en cuenta.

—Entonces aún sigues pensando en salir con él —dijo sonriendo falsamente tras soltar un bufido.

—Sí... Supongo que sí. A mí no me ha hecho nada, de momento.

—Pero ¡se lo hizo a mi hermana!

—Y yo lo siento mucho, Sofi, pero...

—Entiendo. —Me echó una mirada inquisidora cargada de ofensa. Yo no sabía quién ñoquis era su hermana—. Pues buena suerte —añadió, antes de levantarse con una trozo de rúcula colgándole por la comisura del labio y marcharse.

Por supuesto que aquella conversación no me dejó nada tranquila, de pronto, había regresado a mi triste realidad. No es que me hubiera hecho ilusiones locas de boda con Diego, ni nada de eso, pero algunas me había hecho, y ahora, ¡toma, zasca, en toda la cara!

Aun así, pensaba quedar con él el jueves, porque casarme tal vez no, pero algunas telarañas podía quitarme mientras esperaba a ese maravilloso hombre que me haría la cena y masajes todas las noches. La idea de la casa rural de la perdición sexual volvió a cobrar protagonismo en mi cabeza de chorlito, sintiéndolo mucho por la pobre Carol, eso sí, pobre chica.

8

Flash se va de viaje

—Ya estoy en casa —grité al abrir la puerta y una Clara más roja y sofocada que una oreja apaleada apareció en el salón.

—Marta, no te enfades, pero ha pasado algo. —Su cara era un poema, pero de los malos.

—¿Y Flash? —Me extrañó no verlo por allí brincando.

—Marta, lo he sacado y lo he soltado un momento y se ha escapado. No lo encuentro y llevo horas buscándolo. Lo siento —sollozó desconsolada.

—¿Qué? ¿Para qué lo sueltas? —Le estaba gritando y era muy consciente. Pero Flash significaba mucho para mí, era mi fiel amigo perruno, el que calmaba mis ansias (no a lo Chusqui de *Sorpresa, sorpresa*. Soy cerda pero no a ese nivel).

—Marta, me dio pena. Solo quería que corriera un poco. —Clara estaba hecha polvo.

—Venga, vamos a buscarlo. —Le di su abrigo y tiré de ella. Allí gritando, viendo cómo la cara de Clara se convertía en una sobrasada mallorquina no hacíamos nada.

En cuanto pisamos la calle, se puso a lloviznar, pero nos dio igual. Nos separamos y recorrimos cada una por su lado el barrio entero, gritando su nombre como dos posesas, al menos yo lo hacía (no puedo hablar por Clara, pero supongo que también). Ese maldito perro se llamaba Flash por algo, salía disparado a la velocidad del viento sin mirar atrás si lo soltabas. No podías confiarte de esa manera, y Clara lo sabía.

Tras dos horas de búsqueda, ya con el cuello hinchado a lo Fernando Alonso por el desgañite y sin lágrimas en los ojos, Flash seguía sin aparecer. Tenía el corazón partido y la ropa empapada de los pies a la cabeza.

—Dios mío, mi perrito guapo, ¿y si le pasa algo?, ¿y si lo cazan y lo sirven en un restaurante oriental? —lloré y grité a la vez antes de entrar en modo trance agachando la cabeza, dándome ya por vencida.

—¿Es este tu perro? —dijo una voz de hombre.

Flash de pronto estaba en mis manos, alguien lo había puesto ahí (seguramente el propietario de la voz) y yo lo sostenía como si fuera una bandeja de canapés.

—¡Flash! —dije sin poder dar crédito, acercando mi cara a su cara. Él me lamió las mejillas y la nariz, y la boca no, porque la aparté justo a tiempo. Era un gran buscador y comedor de trufas, y no de las caras.

Entonces lo vi, vi al salvador de perros. Abrí los ojos incrédula.

—¡Señor Expósito! —exclamé sorprendida al verlo delante de mí, tan chopado como yo, lo que le restaba algo de seriedad a su rictus habitual.

—Lo encontré por mi barrio mientras sacaba a mi perro y vi la dirección en la chapa de su collar, pero no imaginaba que fuera tuyo —explicó sin yo pedirle explicaciones.

—Gracias, señor Expósito, ¿cómo podré agradeceréselo? Ha venido hasta aquí con la lluvia. ¿Puedo ofrecerle un café?

—No, Marta, gracias, es tarde debo volver a casa. Nos vemos pronto y vigila a tu perro, lo

encontré mascando algo crujiente y hay mucho mal nacido que envenena comida.

—Descuide, lo vigilaré. Gracias de nuevo —repetí ya casi a su espalda.

No estuve mucho rato mirándolo mientras se alejaba calle arriba llevando a su perro de la correa. Tenía que buscar a Clara y aliviar el desconsuelo que llevaba encima la pobre.

Di gracias de encontrarla pronto.

—¡Flash, estás bien! —Clara abrazó fuerte al animal espachurrándolo contra su pecho—. ¿Dónde estaba? —preguntó mientras se dejaba lamer la cara entera a sabiendas (yo) de que lo crujiente que se había comido era una caca seca, sus favoritas.

—Lo ha encontrado el señor Expósito.

—¿El señor Expósito, quién es ese?

—Un cliente de donde trabajo.

—¿Y se puede saber cómo coño lo ha encontrado él?

—Flash corrió hasta su barrio y él lo vio perdido cuando sacaba a su perro, vio la chapa de su collar con nuestra dirección..., por cierto, una buena idea por tu parte, y ha venido a devolvernos a Flash.

—¿Qué casualidad, no?

Lo dicho, el mundo es un pañuelo de mocos y Madrid muy pequeño en realidad.

—Sí, eso mismo he pensado yo. De hecho, le he comprado unas golosinas a Flash con una propina que me ha dado esta mañana. —Aquello me había extrañado. Los clientes solían tirar de tarjeta de crédito para pagar y no solían ser espléndidos dejando propinas, pero precisamente esa mañana el señor Expósito había dejado sobre mi mostrador un billete de diez.

—¿Está bueno?

—¿La comida de perro? No la he probado, estoy canina pero no he llegado a ese punto. —La miré extrañada.

—Me refiero al señor Expósito, tonta.

—Es un hombre de cuarenta y tantos, pero es atractivo —respondí deprisa y cambié de tema todavía más rauda por otro asunto un poco más controvertido—: Sabes que Diego fue el novio de la hermana de mi compañera de trabajo.

—¿Y?

—Que me ha dicho Sofía, que la engañó con una clienta que entrenaba.

—Qué cabrón. Quizá deberías plantearte el no salir con él.

—¿Y continuar con mi truculenta relación con la pera de la ducha? Yo no la quiero, solo la utilizo para el sexo.

—¿Te pajeas con la pera de nuestra ducha? —dijo con cara de asco.

—Pajearse es una palabra muy fea, digamos que le doy un nuevo sentido a su función básica.

—Dime que no te morreas con ella.

—Deja de decir gilipolleces. Necesito echar un polvo de humanos, desahogarme y volver con la flora vaginal renovada. Llevo a dos velas mucho tiempo.

—Te duchas todos los días, no llamaría a eso estar a dos velas mucho tiempo.

—¡Necesito carne, Clara!

—Está bien, pero lleva cuidado y no te involucres sentimentalmente con un chico como ese, que luego vienen los «madre mía» y los lloros. Y nos conocemos.

—Clara, sé lo que me hago. Tengo veintiocho años, no soy ninguna cría.

—Pues con esa ropa lo pareces. —Señaló mi camiseta de Speedy González.

—Ya sabes que me da igual lo que digas sobre mi ropa. No sigo modas, Clarita.

—Y tampoco te depilas.

—¡Joder! Tengo que hacerlo, y llamar a Diego.

—Y yo tomarme una tila, menudo rato he pasado por culpa de este perro.

Me mordí la lengua. Flash no tenía la culpa, él no se había soltado solo.

—Volvamos a casa, tengo hambre. —Enhebré mi brazo con el de Clara y emprendimos la marcha felices bajo la lluvia de Madrid.

Servicio bárbaro y servicio incompleto

Me desperté con resaca emocional. Lo que había pasado la tarde anterior con Flash me había dejado algo pocha y las pesadillas no me habían dejado dormir bien. Además, sentía que había olvidado hacer algo importante, pero ahora no recordaba qué ñoquis era. Quizá debería comprarme una de esas agendas de Mr. Puterful que todo el mundo llevaba en sus maxibolsos de Misako, pero si olvidaba también apuntar las cosas me sería de poca ayuda. Las únicas agendas que empezaba a dominar eran las del curro, al que debía salir pitando si no quería perder mi buena reputación en puntualidad.

Nunca había trabajado en un lugar tan distinguido, pero he de decir que me estaba empezando a gustar. Estaba tan entregada a la causa que por la noche, en un intento de conseguir que Morfeo viniera a visitarme, estuve mirando en internet las técnicas y beneficios de algunos masajes que ofertábamos. Pensé que no estaría de más conocer la profesión por si alguien me pedía consejo o me preguntaba en qué consistía algún masaje. En la vida hay que ser resuelta y mi interés me haría ganar puntos con Berta.

Salí a toda velocidad con el café aún por tragar en la boca. Ese día me tocaba correr un poquito hasta el centro, Clara estaría orgullosa de mí y el señor del chiringo del Retiro también, maldito entrometido.

Cuando llegué, para mi alivio, el local aún estaba cerrado y no había rastro de Berta por las inmediaciones. El aire frío entraba en mi cuerpo aliviándome el ardor corporal que sentía por la carrera de fondo hasta allí. Me apoyé en la pared y apoyé las manos en las rodillas para aliviar mi malestar *abuelil*. Sofia apareció sofocada segundos después.

—Buenos días —dije incorporándome para parecer una persona normal y en forma.

—Hola, ¿has venido corriendo o estás sufriendo un infarto?

—Lo primero —dije apurada intentando inflar mis pulmones—. No quería llegar tarde.

—No pasa nada por llegar dos minutos pasados de la hora y menos si evitamos que hiperventiles de esa forma —dijo mirándome de arriba abajo antes de meter la llave en la cerradura de la verja.

—¿Y Berta? —Ya habíamos entrado dentro del local y el calor por la carrera y el que rezumaba el centro de masajes a punto estuvieron de provocarme un colapso.

—Me ha llamado porque ha tenido una urgencia con su madre y el hospital. No podrá venir hasta esta tarde. He tenido que ir a por las llaves a su casa —explicó colocando las revistas, algo que debería haber hecho yo, pero Sofia parecía haber asumido, evidentemente, el papel de encargada del momento—. Marta, bebe un poco de agua y cámbiate cuando recuperes el ritmo normal, ¿de acuerdo? Luego veremos qué hacer con las agendas.

—De acuerdo —dije y fui a cambiarme.

Llené un vasito de agua del tiempo de la máquina de recepción y hojeé las agendas mientras la sorbía poco a poco. Di gracias por no haberme bebido aquella agua de un solo golpe cuando vi el

nombre de Adrián Expósito en la agenda de Berta.

¿Ese señor no podía pedirme las citas a mí? No entendía nada. Había venido el día anterior y, tras darme la propina, no recordaba que me pidiera ninguna cita. ¿Acaso tenía el teléfono personal de Berta y la llamaba en la penumbra de la noche para pedir citas? Y es más, ¿dormía Berta abrazada a su agenda? ¿Dos masajes en días contiguos? ¿Era Caponata realmente una gallina?

—¿Cómo están las agendas? —Sofía volvió a la recepción con aires de autosuficiencia.

—La de Berta está hasta los topes como siempre.

—Quizá podamos cambiar algunos clientes a otro día, pero algunos debemos atenderlos.

—Tú también tienes la agenda cubierta. ¿Cómo piensas hacerlo? —Eché un ojo a su agenda y vi esa misión imposible de todo punto.

—Yo no. Deberás hacerlo tú.

—¿¡Yooo! —grité tras asimilar sus palabras. Sofía me hizo un gesto para que bajase la voz.

Estaba loca de remate, yo no tenía ni idea de masajes, vale, algo sí, sabía que implicaban el contacto directo entre mis manos y la piel de otro ser humano, pero ¿cómo ñoquis iba yo a tocar a nadie de esa manera?

—¿Nunca le has hecho un masaje casero a nadie? —me preguntó intuyendo mis pensamientos.

—Bueno, sí, a mi padre alguna vez hace años cuando venía molido del taller, pero algo muy de al uso y con alguna crema antiinflamatoria. Nada especial ni profesional. —Eso era todo, dudaba que alguien pagara lo que valía un masaje en ese centro por sentir mis manos manoseándole los músculos como si fueran una masa de hojaldre.

—Pues aplica esos conocimientos básicos a nuestros clientes. Berta se pondrá hecha un basilisco si cambiamos la cita a sus clientes más preciados, valora mucho a los trabajadores resueltos, y tu querrás seguir trabajando aquí, ¿verdad?

Esa mujer estaba como una puta cabra, lo estaba dando por hecho.

—Verdad, pero...

—No hay *peros*, Marta. Además, hoy soy la encargada de este negocio y quiero que estés a la altura.

—Repito que no soy masajista, dudo que pueda aliviar los dolores musculares de esa gente, tal vez incrementarlos y eso no es profesional.

—¿Quieres que Berta nos despida a las dos por ineptas, verdad?

—No... —respondí con la voz chica.

—Pues es lo que parece. Así que harás lo que te digo si no quieres que reporte a la jefa tu poca predisposición para solucionar problemas. Amanda sabía actuar ante este tipo de situaciones.

Pensé entonces que Amanda era experta en masajes pero de otro tipo, eso no me cabía la menor duda. No obstante, lo que estaba viviendo yo en ese momento me estaba haciendo sudar la gota gorda y no quería que le fuera con el cuento de que era una incompetente a Berta.

—Está bien, puedo intentarlo.

—Esa es la actitud —dijo palmeándome la espalda—. Voy a llamar a los pacientes que podemos mover al jueves, Berta tiene algún hueco sin cubrir, y te dejaré los ineludibles.

—Gracias —es lo único que podía decir. Sofía tenía buena voluntad, aunque me hubiera puesto en una situación comprometida, pero lo hacía por mí y mi vida laboral.

Una hora después, me estaba enfrentando mentalmente a mi primer masaje *profesional*. Sofía había preparado la sala con mi ayuda y en ese momento me limitaba a observar cómo calentaba aceite en un cuenco de bambú en el microondas de la sala común.

—No te preocupes, el señor Ronaldo es un cliente que se conforma con poco. —Sacó el

cuenco y me lo entregó.

—No creo que le cayera muy bien el primer día.

—No tienes que darle conversación, tienes que aliviar el dolor de su hernia discal.

—¿Hernia qué?

—Te veo demasiado nerviosa, Marta. Solo tienes que hacer unos frotis en sus lumbares, no es nada del otro mundo.

—¿Tiene que ser con las manos? —me aterrericé—. Preferiría darle con las cañas.

—No estás preparada para eso todavía. Esa técnica ancestral solo la domina Berta. —Puso los brazos en jarras como esperando que por arte de magia me convirtiera en la maestra guerrero del arte zen.

—No estoy preparada para dar cañazos ni para nada que tenga que ver con el tratamiento terapéutico. Soy la recepcionista.

—Hoy serás lo que yo te diga —dijo y se escuchó el timbre de la puerta (por razones obvias habíamos tenido que echar el pestillo)—. Ese es mi próximo cliente, voy a abrirle. Venga, tú puedes, entra ahí y dalo todo —me apremió con voz espartana. El hecho de que se había declarado la jefa del cotarro ese día era incuestionable, me lo estaba ordenando y punto.

La muy loca no me iba a dejar la opción de negarme. No me quedaba más remedio que amasar la espalda de Gualdo Ronaldo si quería conservar el trabajo.

Inspiré hondo un par de veces antes de recorrer el pasillo con el cuenco caliente entre mis manos y la sensación de que era infinito como el corredor de la muerte y que me llevaría a un estado emocional muy desagradable. Sabía que tenía que hacer algo que no sabía hacer y que, además, no me apetecía en absoluto (tocar pellejos de viejos no estaba entre mis retos ni proyectos), pero no tenía más opciones. Estaba en una encrucijada: masaje o encontrarme con la puerta del centro en las narices.

Agarré el pomo de la puerta y lo giré. Tenía la mano tan sudada que este resbaló dentro de mi puño como una salchicha Frankfurt. Tuve que secármela en la tela del pantalón y volver a intentarlo.

Al tercer intento lo conseguí. La puerta se abrió y me encontré al señor Ronaldo tumbado desnudo sobre la camilla con una simple y pequeña toalla cubriéndole las nalgas. ¡Joder! ¡Qué ascazo! Tenía un cuerpo estufa que echaba para atrás y no me salían las palabras ni para saludar, pero de nuevo hice un esfuerzo.

—Hola, señor Ronaldo, ¿cómo va esa hernia?

Levantó la cabeza del agujero, seguramente alertado de que mi voz no era la de su habitual masajista.

—¿Dónde está Berta?

—No se lo ha dicho Sofía, hoy no puede venir y yo seré su masajista. —Dejé el cuenco en una mesa supletoria y me remangué las mangas. Las cosas se hacían con determinación aunque el miedo te recorriera el cuerpo.

—¿Tiene usted algún tipo de experiencia? —me preguntó estrechando el entrecejo.

—En tocar hernias no, pero he tocado algún que a otro hombre —comenté sonriéndole relajadamente mientras me frotaba las manos para aportarles calidez, algo que debió de interpretar de forma inadecuada.

—¿Es usted prostituta?

—No, por Dios, no.

—Preferiría venir otro día, si no le importa. —El señor Ronaldo intentó incorporarse y, en un gesto desesperado por no perder mi puesto de trabajo, volví a meterle la cabeza en el agujero de

forma brusca.

—Eso no va a ser posible, así que relájese y disfrute —le dije en tono conciliador para tranquilizarlo.

Pero debió asustarse de la hostia, porque se quedó más rígido que una tabla de planchar y no volvió a insistir en levantar las cervicales de aquella camilla con respiradero.

En cuando puse la primera mano sobre aquella espalda blandusca y blancuzna a más no poder y sentí el cálido y aterciopelado tacto de la piel viejuna de Gualdo casi vomito sobre su abultada columna vertebral. Era fofo, igual que meter la mano dentro de un bol de gelatina. Con el tiempo la epidermis pierde parte de sus capas, volviéndola fina y resbaladiza como una sábana de satén, y el señor Ronaldo debía haber nacido en la Edad de Piedra fijo.

—¿Le gusta? —pregunté mientras movía las manos como si estuviera cortando un cuarto de jamón de york en una charcutería.

—¿Quiere que le sea sincero?

—Usted paga, usted manda.

—No.

La negativa me sentó fatal, yo estaba haciéndolo lo mejor que podía, pero su carne flácida no facilitaba las refriegas.

—No ejerce la suficiente fuerza, señorita —dijo poco después, hiriendo así mí ya de por sí maltratado amor propio.

—Puedo aumentarla si es lo que desea.

¿Quería fuerza? Pues se la iba a dar.

Miré alrededor de la sala buscando algún objeto que me hiciera de soporte para tal fin, y allí estaban: dos maravillosas varas de bambú verde más anchas que una tubería industrial.

Cuando cogí la primera, advertí que tenía un peso considerable, no parecía una caña al uso, de esas que usan los churreros para darle la vuelta a la masa enroscada de las porras, no, era una cañería en toda la extensión de la palabra y tenía el tacto de un tubo de hormigón armado.

He de decir que me costó bastante transportarla hasta el borde de la camilla; Berta debía tener los brazos supradesarrollados para dar masajes con *cañas* en plural. Mi jefa no tenía los brazos delgados, más bien mulliditos, pero presumía que estaban rellenos de grasa, no de músculos de acero.

—¿Se puede saber qué hace? —Gualdo debió extrañarse cuando la caña se posó en el suelo e hizo el ruido de un perro de cerámica tamaño grande.

—Aplicarle una técnica ancestral que le aliviará.

—Creo que usted no sabe ni lo que hace.

¿Que no lo sabía? Por supuesto que lo sabía. En el tutorial que había visto en YouTube se exponía que el masaje con cañas del Tíbet consistía en ejercer presiones en la espalda y piernas del paciente, lo que explicaba el peso de aquella cañota descomunal. Ahora debía conseguir levantarla lo suficiente para dejarla sobre los riñones de ese hombre tan desagradecido.

Lo que pasó después de que consiguiera posar aquel peso sobre sus lumbares, supuso un antes y un después en la anatomía que aquel anciano.

Hizo la falta de Sofía para levantarlo de la camilla y acompañarlo hasta la recepción.

—¿En qué coño estabas pensando cuando le has soltado uno de los jarrones de jardín de Berta sobre la espalda? —me inquirió con los ojos encendidos cuando el señor Ronaldo consiguió cruzar la puerta de la calle con cinco citas programadas para arreglar el estropicio.

—¿Cómo iba a saber yo eso? Pensaba que eran las cañas que usa Berta.

—¿Las cañas de bambú...? Estás ciega, son unos jodidos jarrones. Los traje aquí después de

renovar la decoración. ¿Quién en su sano juicio confunde un jarrón de cemento con una caña de bambú? —Volvió a cuestionarme erre que erre.

—Bueno, el caso es que hemos ganado un cliente.

—Ya era un cliente, y suerte que no vaya a demandarnos.

—La culpa es tuya, tú me has obligado —dije en un intento de defenderme y que ella asumiera su parte de culpa.

—Te dije que masajearas su espalda, no que lo dejaras tetrapléjico.

—Pues ya está, ya has visto que no valgo para esto.

—Por supuesto que no vales, pero tienes que hacerlo. Tienes unos cuantos clientes más que atender a lo largo del día, solo espero que no te los cargues con tus técnicas bárbaras. Límitate a masajear sus espaldas o lo que sea con tus manos untadas de aceite caliente, pero no te pases con el tiempo tampoco, no vayas a calcinarlos. —Abrió los ojos a más no poder para dejarme claro lo que tenía que hacer. Maldita loca.

Agaché la cabeza y rumié por lo bajo.

—¿Lo tienes claro?

—Clarinete —dije—, pero que sepas que lo del señor Ronaldo no ha sido culpa mía.

El señor Expósito entró cortando nuestra acalorada conversación, tan sombrío y serio como siempre. Nos saludó con un gesto de la cabeza y se sentó en el mismo diván de siempre, pero en lugar de coger la revista de masajes sacó un libro de tapas negras, tan negras como su aura, y se puso a leerlo.

—Espero que no lo lises, es el cliente más distinguido y Berta le tiene cierto aprecio —me dijo en voz baja antes de desaparecer. ¿En serio pretendía que volviera a hacer un masaje?

—Señor Expósito, quería volver a agradecerle que encontrase ayer a mi perro y me lo trajera a casa. Fue un detalle muy amable por su parte..., y también por la propina, no hacía falta —le dije y él levanto la vista y la fijó en mí.

—No tiene importancia, Marta, me gusta ser agradecido. —Ese día hablaba un poco más animado, así que me decidí a darle algo más de conversación.

—¿En qué barrio vive usted?

—Eso tampoco tiene importancia. —Su rictus volvió a su seriedad habitual y su voz también. Bajó la vista y siguió leyendo.

—Perdón, no quería molestarle —dije avergonzada—. Otra cosa. —El señor Expósito alzó de nuevo la vista de su libro y me miró fijamente—. Berta no estará esta mañana y yo soy su sustituta, aunque si lo prefiere puedo cambiarle la cita —le sugerí esperando que esa fuera su decisión.

—Está bien. —Esbozó una sonrisa, la primera que veía en claro desde que lo conocía.

—¿Le cambio la cita? —pregunte ilusionada de poder librarme de aquella tortura.

—No, me apetece que me hagas tú el masaje, me resulta interesante.

¿En serio? Estaba flipando. ¿Le resultaba interesante que yo fuera su masajista?

—¿Le importa esperar un poco? Tengo que organizar la agenda. —Le sonreí nerviosa. Necesitaba ganar un poco de tiempo para hacerme a la idea de que en cuestión de minutos mis manos iban a tocar las carnes de ese hombre.

—No. Avísame cuando estés lista.

¿Lista para qué?

Tragué saliva y fingí centrarme en mis asuntos, que no eran muchos, pero simulé que me concentraba en leer detenidamente las agendas mientras anotaba cosas al tuntún en los bordes.

Él no volvió a hablarme, pero de vez en cuando notaba que me observaba tras su libro. Su actitud era muy desconcertante, la verdad, y el hecho de que hubiera accedido tan alegremente a

que yo fuera su masajista todavía lo era más.

En nada iba a tocarlo, la sola idea me espeluznaba a la vez que me intrigaba. Aunque poco podía imaginar de su cuerpo desnudo, presumía que debía tener la espalda perfecta y cualquier mujer disfrutaría de tocársela, a mí, en cambio, tener que hacerlo me ponía los pelillos de punta.

No podía postergarlo más. Tenía que actuar por el bien de mi futuro en ese centro. Tomé aire y le pedí que me acompañase a la sala de masajes. Le di intimidad para que se preparase y a los pocos minutos entré.

Estaba tumbado boca abajo, con la toallita cubriéndole las nalgas y la cabeza hundida en el agujero. Observé (sin recrearme, lo juro) su amplia espalda, fibrosa y suave a la vista, y sus largas piernas fuertes y torneadas. Era mayor pero se conservaba bien. Sin embargo, pese a que tenía la espalda perfecta y pedía a gritos ser tocada, hubiera preferido que el masaje fuera con sartenes de teflón, ¿no le gustaba eso a la gente?

—No te preocupes, Marta, yo te diré dónde y cómo quiero que me toques. —Debía pensar que estaba bastante nerviosa, me estaba costando una eternidad acercarme y mi respiración acelerada retumbaba por la sala como los tambores de *Jumanji*. Si su intención era tranquilizarme, no lo consiguió.

—Pero señor Expósito, no sé si usted sabe que yo no soy masajista —le advertí tratando de escabullirme de nuevo de aquella situación tan incómoda, al menos para mí lo era.

—Lo sé, pero tienes un algo especial y quiero que me transmitas eso que irradian con tu contacto.

Sus palabras terminaron de acojonarme. Era lo más extraño que me había dicho un casi desconocido. ¿Qué se creía que era yo, el rocambolesco Maestro Joao, o qué? Además, ahora me daba la sensación de que esa propina iba cargada de dobles intenciones, que no era un simple gesto de generosidad por mi buen servicio como recepcionista, me estaba comprando con diez cochinos euros. ¿Era un jodido perturbado? ¿Me obligaría luego a masajear otras zonas de su cuerpo? ¿Eso era lo que hacía Berta con él a cambio de propinas? Me refregué las manos en el pantalón para secarlas, pero a esas alturas tenía sudada hasta la raja del culo.

—Lo siento, señor Expósito, pero no entiendo bien lo que quiere de mí. —No sé, tal vez había escuchado mal.

—No hay nada que comprender, tú misma me has dicho que sustituyes a Berta y a mí me parece perfecto. —Ladeó la cabeza para hablarme y otra vez resurgió esa sonrisa que no entendía, o sí, no lo sabía. Pero a las claras el señor Expósito me deseaba de alguna forma y yo no estaba dispuesta a complacerlo en ese sentido.

—¿Me disculpa? —dije de prisa y salí corriendo al baño.

Me senté en la taza del váter. Estaba alteradísima y me temblaba el cuerpo entero. Las lágrimas de pronto me nublaron la visión, salían a borbotones. Me encontraba fuera de mí, por completo sobrepasada. Estaba siendo uno de mis peores días y la presión estaba pudiendo conmigo. Lo del pobre señor Ronaldo antes y *esto* ahora, era demasiado que gestionar. El señor Expósito quería que le tocara, pero no como lo haría una profesional de los masajes, quería algo más de mí, y eso era algo que me asqueaba, porque implicaba de algún modo la prostitución de mis manos.

No pensaba volver a esa sala y si Sofía quería dar malas referencias a Berta que lo hiciera. Aquello era demasiado perturbador. Y demasiado para mí. Todo muy raro.

Sin embargo, necesitaba el dinero. Tenía que encontrar alguna excusa, tal vez podía decirle al señor Expósito que no podía hacerle el masaje porque el aceite estaba caducado, nadie en su sano juicio se dejaría embadurnar el cuerpo con aceite rancio, ¿no?

Salí del baño ahora enfadada, no porque no hubiera papel, que también, si no porque me

parecía denigrante que Sofía me estuviera chantajeando de aquella manera. La idea de que aquello formase parte de alguna especie de venganza suya por no empatizar con el dolor de su hermana me vino entonces a la cabeza.

—Sofí, lo siento, pero no voy a tocar al señor Expósito. No es mi trabajo y no me han contratado para *eso* —le dije tras sacarla de un tirón de su sala de masajes, haciendo un movimiento arriba y abajo con mis manos.

—¿A qué te refieres con *eso*?

—Pues *eso*. —Volví a hacer el gesto.

—Por Dios, Marta, ¿crees que hacemos masajes especiales?

—¿Qué, si no?

—Te equivocas, no hacemos ese tipo de servicios y espero que nunca nadie ose ofrecerlos aquí o Berta nos arranca la cabeza de un tirón.

—Entonces, ¿por qué he vivido una situación tan desagradable con ese hombre tan raro? —dije señalando la sala de Berta, donde el señor Expósito seguía tumbado esperando mi regreso.

—¿Se ha propasado contigo? —Vaya, ahora parecía estar preocupada.

—No, no me ha tocado y yo a él tampoco de momento, pero su actitud no me ha parecido normal y tampoco por qué parecía tan encantado de que yo le hiciera el masaje, cuando no soy masajista ni nada que se le parezca. —Abrí los ojos al máximo, por completo ultrajada.

—La gente con dinero es así —encogió los hombros—, extraña y, a veces quiere cosas que solo puede pagar con dinero, porque en la vida real no están a su alcance.

—Pues Sofía, por favor, dile que yo no soy masajista y que venga otro día.

—Lo siento, pero tendrás que hacerlo tú —dijo haciendo ademán de entrar en su sala.

—¿Por qué no se lo haces tú cuando acabes con tu cliente?

—Porque va para rato. Le estoy haciendo un masaje con piedras calientes y se me están enfriando por tu culpa. Así que entra ahí y dale las explicaciones que quieras a ese hombre, pero te advierto que no le gustará nada, el señor Expósito no es un cliente fácil y puede que sea un poco caprichoso. Además, es un halago para ti que no le importe que seas su masajista. Solo se deja tocar por Berta, algo ha debido ver en ti. —Esta vez la noté algo celosa.

—Está bien, no importa, lo haré yo —quise quitarle importancia y tener un poco de personalidad propia por una vez.

Entré con determinación en la sala y dije:

—Vamos a tener que dejarlo por hoy.

—Pero si todavía no hemos empezado. —Ladeó el rostro y de nuevo pude ver esa sonrisa rondándole la boca. Loco perturbado salido de mierda.

—Me temo que sí.

—No entiendo —dijo incorporándose y mostrándome sus abultados pectorales y parte de la tableta de abdominales, exentos de toda grasa.

—Creo que sí lo entiende. Lo que usted *me pide* no está concretado en la lista de servicios de este centro.

—¿Y qué es lo que yo te pido? —preguntó recolocándose la toalla mientras se sentaba, lo que hizo que mis ojos se fueran derechos a la zona de su entrepierna.

Al subirlos supe que él había seguido la trayectoria de mi mirada.

—Ya lo sabe —insistí.

—Solo te he pedido que me hicieras un masaje. Es lo que suelen hacer los masajistas.

—Sí, pero también me ha dicho que soy especial y que quería sentir mis manos sobre usted para que le transmitiera no sé qué cosa con mi contacto. —Me estremecí de los pies a la cabeza

mientras repetía sus palabras exactas.

—Entiendo. Puedes irte.

—¿Sí?

—¿Es lo que quieres?

—Sí, eso quiero —respondí con un asentimiento rotundo de barbilla.

—Pues vete, tengo que vestirme.

—Pues me voy, le espero en la recepción. —Pero antes de salir, me volví para dejarle clara una cosa—: Por supuesto, no le cobraremos nada, ya que ha sido un servicio incompleto.

La rellamada y una visita inesperada

Cuando entré en casa, Clara todavía no había llegado y como siempre Flash vino a saludarme pegando brincos y moviendo el rabo a toda velocidad. Era como un látigo mata moscas y mosquitos.

—Pero ¡qué perrito más guapo tengo! —le dije tratando de cogerlo para espachurrarlo un poco antes de dejarlo de nuevo en el suelo.

Lo seguí hasta la cocina, donde empezó a golpetear con el morro su cacharro del agua para que se lo llenase.

En esas estaba cuando sonó mi móvil. Volví al salón para buscar mi bolso.

¡Ay, Dios! Era Diego.

Se me había olvidado por completo que tenía que llamarlo. De nuevo me puse nerviosa, el corazón a dos mil resonando en mi pecho, y él móvil hizo una especie de acrobacia en el aire antes de caer al suelo. Lo recogí, comprobé que no había sufrido ningún daño e inspiré hondo.

—Hola, perdona, sé que quedé en llamarte ayer, pero tuve lío y se me pasó por completo — dije acelerada.

—No pasa nada, Marta —él me frenó—, por eso he decidido llamarte yo. Espero que no te importe.

—No, claro que no. Estoy encantada (y muy cerda) de que me llames. Ayer fue día de locos y hoy más de lo mismo.

—¿Todo bien en tu nuevo trabajo?

—Sí, genial. La verdad es que me estoy acoplando muy bien —respondí sin querer entrar en detalles escabrosos. Tampoco tenía que saber que casi había dejado tetrapléjico a un pobre hombre de nombre ridículo y que un señor me había tomado por una masajista especial.

—Me alegro. ¿Qué día te viene bien quedar?

—El jueves me va bien. Saldré sobre las ocho y media. Puedes pasar a buscarme, si quieres. Trabajo en la calle Molinillo en el número 5.

—Dime cómo se llama el sitio y lo pondré en el Google Maps.

—Genial. Es el centro *Calma y Salud*.

—Calma y salud —repitió pausadamente mientras suponía que lo anotaba en algún sitio—. De acuerdo, pasaré a buscarte a eso de las ocho y media. Un beso, Marta. Estoy deseando verte.

Zanjamos pronto aquella llamada y de nuevo regresó el silencio que tanto necesitaba. Ese día me había dejado para el arrastre, aunque, por supuesto, me había negado a dar ningún masaje más, no era una mata personas ni tampoco una fulandonga.

Fui hasta el sofá y me dejé caer. Flash tardó poco en acurrucarse a mi lado.

Qué paz, qué gusto tener tiempo para relajar la mente. Duró poco, pues no habrían pasado ni dos minutos cuando sonó el timbre.

—Joder, joder y joder —grité poniéndome en pie de mala gana. Seguro que era algún comercial de telefonía y venía a tocarme un poco los ovarios. ¡Qué pesados eran! y ¿por qué no

entendían la palabra *no*?

—¿Sí? —dije, si escuchaba «Estamos haciendo una campaña de Vodafone, patatín patatán...» era capaz de bajar las dos plantas y sacudirle en la cabeza con la guía de teléfonos (aunque no sabía si teníamos de eso en casa).

La voz que escuché me dejó congelada.

—Marta, soy Adrián Expósito.

Miré la puerta sin dar crédito. ¿Qué querría de mí ese salido del quince?

—¿Qué quiere?

—¿Puedo hablar contigo, me dejas subir?

—No, dígame lo que quiera por el telefonillo.

El señor Expósito debió intuir lo que estaba pensando, porque dijo:

—No puedo, Marta. De verdad, no tengas miedo, ábreme.

¿No tengas miedo? Eso sería justo lo que diría un sicópata para tranquilizar a sus víctimas. ¿Qué hacía?, me pregunté mordiéndome la uña del pulgar.

Colgué el telefonillo y miré a Flash. En ese momento hubiera querido que fuera un pitbull entrenado para lanzarse a morder huevos de acosadores y otros desequilibrados.

—Flash, ¿me defenderás si ese tipejo me hace algo?

Flash ladró dos veces, ¿qué ñoquis quería decir eso?

Volví a inspirar hondo antes de coger el telefonillo.

—Suba. Es la segunda planta.

—Lo sé, acabo de tocar el timbre.

Vale, ya sabía que lo sabía y no sabía cómo (de acuerdo, podría haber hecho cuentas con los números de puertas y las alturas del edificio), pero decir aquello era lo propio si no esperas recibir a nadie habitual en tu casa.

Mientras ese hombre subía las escaleras, corrí a la cocina para coger un cuchillo, que luego dejé escondido en un hueco estratégico del sofá, lugar donde pensaba sentarme yo. Lo más fácil hubiera sido no dejarlo subir o pedirle que me dijera aquello que tenía que contarme en mi lugar de trabajo (a salvo), pero yo era así de impulsiva y facilona a veces, y buscaba soluciones alternativas al problema en el que me acababa de meter segundos antes.

Estaba muy nerviosa y bastante acojonada. Me acerqué a la puerta y esperé a escuchar movimiento en el rellano. Abrí y me lo encontré frente a frente.

—Buenas noches. ¿Se puede?

—Hola. Sí..., claro, pase —accedí inquieta, aunque ahora se le veía tímido y apocado, de verdad que no sabía qué pensar de ese hombre.

—Siéntese. —Le señalé el sofá.

¡Mierda, mierda! Fue a sentarse justo en el lugar donde estaba escondido el cuchillo. A la porra mi estratégico plan de hundirle el cuchillo en la yugular al menor gesto amenazante.

—Marta, quiero pedirte disculpas. No debí decirte eso que te dije, me mal interpretaste y no era mi intención hacerte sentirte mal. —Parecía realmente afligido—. Perdóname, por favor. Soy consciente de que te he puesto en un aprieto.

—No hacía falta que viniera a mi casa para pedirme disculpas. Podría haberse disculpado en el centro cualquier otro día.

—Te asusto, ¿verdad? Lo noto.

Apreté los ojos y me rasqué la nuca.

—Un poco —respondí bastante perturbada por aquella situación. Seguía sin entender nada.

—¿Puedes hablarme de tú? —me exigió más que preguntó.

—No sé si debo.

—Por favor.

—De acuerdo, lo intentaré —dije y me atreví a preguntar—: *¿Por qué has venido a mi casa, Adrián?*

—¿Prometes no asustarte y echarme de tu casa, otra vez?

—El centro de masajes no es mi casa.

—Lo sé, me refería a lo de *echarme*.

—Tampoco le..., te he echado del centro. Podrías haberte quedado allí el resto de la tarde.

—¿Tienes siempre respuestas para todo?

—No, esta tarde no he tenido una buena respuesta para usted.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Es posible, pero no me gustaría que te lo tomaras a mal. —Y me arranques la cabeza con las manos, pensé sin llegar a verbalizarlo.

—No me lo tomaré a mal, he venido a disculparme.

—Creo que es usted un raro —dije sin filtro y a bocajarro estirando el brazo para alcanzar al cuchillo que tenía prisionero entre sus nalgas.

—¿Va todo bien? —Seguramente mi estirado cuello y mi brazo extendido al máximo le advirtieron de que podría estar sufriendo un ictus.

—Acabo de llamarte raro, la cosa va todo lo bien y mal que podría ir.

—No es algo que no haya oído nunca. No me molesta ser raro, quizá me guste serlo.

—¿Y puedo saber por qué?

—No, pero puedo liberar un poco mi carga contándote lo que he venido a decirte.

Eso que acababa de decir no me tranquilizaba en absoluto, los psicópatas disfrutaban desmembrando a la gente. Pero dicen que la curiosidad mató al gato y ese gato muerto era yo en ese momento. Estaba intrigadísima y acojonadísima a partes iguales, como en esas pelis de terror, donde la protagonista escucha un ruido en otra parte de la casa y en lugar de salir corriendo se va derechita a averiguar de qué se trata, cuando tú sabes que hay un asesino escondido en el armario. Pues eso más o menos.

—Marta, desde que te vi el primer día en el centro —hizo un pausa—, me pareciste especial.

Lo miré sin pestañear.

—Eso ya me lo has dicho hoy y no me tranquiliza.

Asintió y bajó la cabeza, antes de continuar.

—Lo sé y lo siento de nuevo. Pero quiero que sepas que el viernes esperé a que salieras del trabajo y te seguí hasta tu casa —añadió y me quedé pegada al sofá. ¿Por qué quería que supiera aquello? Confirmado. Era un maldito acosador. Eché mano al hueco entre los cojines, podría ser que otro día hubiera escondido un sacacorchos salvavidas, pero salvo unas migas pegajosas y un papel, posiblemente de chicle, no había nada. —Ayer encontré tu perro de casualidad, lo juro, pero debes saber que venía a tu casa porque quería hablar contigo en privado.

—¡Me estás acosando! —dije enardecida—. ¿Eres consciente de lo que acabas de decirme? ¡¿Me has seguido a mi casa?! ¿Te inventaste lo del perro? —Aquello era demasiado. Ese hombre no estaba en sus cabales—. ¿Qué quieres de mí, sexo a demanda previo pago?

—No quiero nada de eso, ni nada de lo que te puedas imaginar. ¿Tengo pinta de necesitar los servicios de una prostituta? —Pues, teniendo en cuenta que era un rico raro, daba perfectamente el perfil, pero me contuve de decírselo—. Tan solo quiero conocerte mejor, saber cosas de ti, pasar algún tiempo juntos, como amigos.

—¿Quieres que seamos amigos? —dije alucinada. Aquello estaba rayando los límites de la

realidad y empezaba a pensar que yo era esa protagonista que escucha un sonido sospechoso e incauta como ella sola, cuchillo en mano, iba a investigar.

—Sí, tu amistad..., tu compañía... —De nuevo agachó la cabeza.

—No soy masajista ni sicología y mucho menos una buena amiga. Pregúntale a Clara. —El miedo quedó en un segundo plano, dando paso a un cabreo monumental—. Sinceramente creo que tienes un problema grave en la cabecita con el que yo no puedo ayudarte.

—En eso no te equivocas, pero no de la forma en que tú crees. Todo el mundo tiene problemas y los míos no son prioritarios frente a los de nadie, pero son los míos y me importan, y creo que tú podrías ayudarme a superarlos.

—Ahora mismo no sé qué creer, la verdad.

—Por eso me gustaría compartir ratos contigo, que puedas llegar a conocerme y tal vez aliviarme. No suelo ser muy bueno relacionándome con la gente, pero no soy un loco ni un violador y he venido a sincerarme contigo.

—¿Le vas a decir a Berta lo que ha pasado esta tarde si me niego?

—No, no tengo derecho a obligarte a nada.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta y ocho. —Aquello me sorprendió, pues le echaba como mucho cuarenta y dos, y su cuerpo no era en absoluto el de un cincuentón.

—¿Estás casado, tienes hijos?

—No —respondió secamente e hizo ademán de levantarse—. Está bien, Marta, te dejo descansar, creo que ha sido un error venir, solo he conseguido asustarte más y no es lo que pretendo. Debes pensar que soy una especie de acosador, y no lo soy..., en fin, solo espero que un día quieras tomar conmigo un café y charlemos.

Seguía sin comprender nada. Era todo tan raro. Solo me quedaba clara una cosa, que me alegraba que decidiera irse.

—Lo pensaré, pero no prometo nada y, por favor, deja de espiarme, o si no, no me quedará otra que pensar que sí eres un acosador.

—Tranquila. —Me tendió la mano y yo me lo pensé un poco antes estrechársela.

Me despedí de él en la puerta y me fui derecha a la cocina a por una cerveza. Tras eso, debí quedarme dormida. Cuando me desperté, Clara estaba sentada a mi lado, viendo la tele.

—¿Qué hora es?

—Las diez de la noche. ¿Qué hacían cuatro latas de cerveza en la mesa? ¿Has invitado al vagabundo del parque a pasar la tarde contigo?

—No, he pasado la tarde sola conmigo misma y me las he bebido a lo Massiel en la boda de Ortega Cano y la Jurado.

—Ya veo que estabas muy muy a gustito.

Clara puso los ojos en blanco y cambió de canal con el morrito apretado.

—No sabes lo que me ha pasado —añadí, tratando de reajustarme las cervicales.

—Que te has bebido cuatro cervezas, has entrado en coma profundo y has soñado que un tío bueno venía a liberarte de tu tóxica relación con la pera de la ducha.

—No, y no es tóxica, nos queremos. Y calla, deja que te explique.

Le conté rápidamente todo y ella me escuchó con gesto serio.

—Tienes que denunciar a ese loco, podría hacerte algo —dijo abriendo una de las dos latas de Mahou clásica que había traído mientras le iba relatando lo acontecido.

—No creo que sea peligroso. Pienso que le sucede algo, pero yo no lo puedo ayudar.

—Claro que le sucede algo, que está chalado y es un salidorro. Por favor, ni se te ocurra

quedar con él jamás. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —le dije, pero no sabía si iba a poder cumplir mi promesa; mi yo figón estaba más alerta que nunca y quería averiguar qué le pasaba a ese extraño hombre.

¡ Hostia, dónuts! Que est á n tan buenos. ¡ Me encantan!

¡Dónuts! Me levanté con un antojo de dónuts que no me cabía en el cuerpo. Eran el mejor antídoto para la resaca, para el mal de amores, para los encuentros con extraños que te ponen la piel de gallina... Esos bollitos fritos cubiertos de azúcar rosa eran mi comida o, hablemos con propiedad, dulce favorito, pero Clara no me dejaba comprar para casa (decía con voz de fiscal que eran el armamento secreto del ejército para matar personas lentamente), así que los compraba a escondidas y me los comía sin que ella me viera.

Esa mañana de camino al trabajo entré en una pastelería que me pillaba de paso para comprarme media docena, finiquitando el poco dinero que me quedaba para pasar el mes y añadiendo los cinco euros que le había birlado a mi amiga del cuenco del salón, donde dejábamos lo que nos sacábamos de los bolsillos de la chaqueta, y me comí un par para ir entrando en materia, los demás los iría devorando a hurtadillas a lo largo de la mañana y de la tarde.

Llegué pasadas las diez y el centro ya había abierto las puertas. Me sorprendió encontrar a Berta, pues la tarde anterior había llamado a última hora para decir que no podría acercarse y que nos ocupásemos de la caja, del cierre y de abrir al día siguiente.

—Hola, Berta. Espero que lo de ayer no fuera nada grave —le dije en tono preocupado.

Mi jefa levantó la vista de la agenda y me lanzó una mirada glacial.

—¿Pasa algo, Berta? —Su mirada consiguió intimidarme.

—¿Cómo se os ocurre? —casi bramó.

—¿El qué?

—Asumir mis masajes..., en especial, tú, que no tienes ni puñetera idea.

¿Ah, eso? Me encogí de hombros y respondí:

—Lo hicimos por bien. Llamar a los clientes y cancelar estando Catalina de baja era mucho jaleo y solo queríamos ayudar. Además, Sofia me dijo que era lo que se esperaba de mí y lo que hacíais en esos casos.

—Pero tú no eres masajista.

—Bueno, algo de idea tengo. Tampoco se me dio tan mal.

—Claro..., no se te dio tan mal..., y por eso mismo Gualdo Ronaldo me dijo que estaba pensando demandar al centro porque le habías roto la espalda con un jarrón de hormigón.

Abrí los ojos a más no poder.

—¿Será posible?! —Pero qué pedazo chivato—. Pero si dijo que no lo iba a hacer. ¿Y cuándo te dijo eso? —Otra vez pensé que Berta tenía una especie de teléfono rojo directo con sus clientes, pero ¿también el señor Ronaldo?

—Pues lo hizo, muy satisfecho por tus servicios no estaba, la verdad. Me lo encontré anoche por casualidad en el hospital aquejado de unos dolores terribles en las lumbares. ¿En serio? ¿Un jarrón? ¿Le estampaste un jarrón al pobre hombre?

—No se lo estampé, solo lo dejé caer, pero pesaba mu...

—No sigas, por favor —me frenó de golpe—. Me pongo enferma solo de escucharte. ¡¿A quién

se lo ocurre?! —Llevó los ojos al cielo apretando los puños—. Por más que lo intente entender.

—Lo siento —agaché la cabeza, avergonzada con aquella reprimenda—. Sofía me dijo que era lo mejor. Pensé que esos tubos...

Berta negó rotunda con la cabeza y me cortó de cuajo.

—Después de lo de ayer, estoy replanteándome muy seriamente tu contratación.

El alma se me cayó a los pies.

—Lo siento, de verdad. Fue una imprudencia por mi parte, pero no volverá a repetirse.

—Por supuesto que no se va a repetir.

—¿Me vas a despedir? —Hice un puchero.

Berta me miró fijamente por espacio de unos segundos que se me antojaron siglos.

—Por favor, dame otra oportunidad. Prometo tener las manos en la agenda.

Berta empezó a ablandarse. Lo noté. Su mirada gélida empezó a derretirse. Así que seguí implorando.

—Prometo ser la recepcionista mejor del mundo.

—Está bien —concedió con la boca pequeña—. Ahora mismo no puedo prescindir de ti y hasta ayer lo estabas haciendo bien. Pero estarás otra semana más de prueba y tú misma te harás cargo de financiar la terapia de rehabilitación del señor Ronaldo. Te lo descontaré de tu sueldo. Tu error ha sido de suma gravedad.

—Lo comprendo —asentí. Estaba superagradecida por su comprensión, pero..., todavía no sabía cuánto iba a cobrar ni cuándo..., ¿y si no me alcanzaba para sufragar esa terapia, que seguro que era cara de cojones? Aun así, me sentí feliz por no perder mi puesto de trabajo.

—Gracias, Berta. —La abracé reprimiendo unas lágrimas.

—En fin, no es nada —dijo tratando de desembarazarse de mi abrazo—, todos merecemos una segunda oportunidad. No obstante hablaré con Sofía para que me explique mejor que narices pasó ayer aquí. Ahora ponte en marcha.

Ese día Catalina volvió al trabajo con la nariz más roja que un pimiento morrón y el riesgo extremo de contagiar a todos sus clientes, pero era de agradecer su implicación. Las cosas en el centro estaban tirantes tras el incidente del señor Ronaldo, el de las lumbares colgando.

Yo andaba con la cabeza gacha haciendo mi trabajo de recepcionista rutinario: atender llamadas, recibir a los clientes y cobrar los servicios. En la hora de la comida mis compañeras lejos de animarme, hicieron bromas que no aliviaron mi desazón de lo que había pasado con el señor Ronaldo, y sentí un gran alivio cuando se marcharon de la sala a hacer sus cosas de masajista profesional. Presentía cierta inquina por su parte, y me olía que lo que había pasado el día anterior no era lo habitual en el centro de masajes y Sofía me la había jugado pero bien.

Por la tarde me centré en trabajar, organicé las agendas y me aprendí de memoria la lista de precios. De vez en cuando pensaba en el señor Expósito. Era tan extraño y misterioso. Me intrigaba ese hombre y ahora quería saber más detalles sobre su existencia terrenal. Para colmo, cuando la jornada terminó, mi desconcierto general creció todavía más (ojos de sospecha).

Sofía y Catalina, tras cambiarse de ropa, se detuvieron junto al mostrador y me sonrieron zalameras.

—¿Por qué no quedamos para salir este sábado? —propuso Sofía como si no hubiera pasado nada. Tan jovial como el primer día.

—Por mí bien, todavía no he hecho planes —convino Catalina en un tono similar.

—Tendría que mirar mi agenda, pero creo que podría estar bien. —Yo tampoco tenía planes de momento y me apetecía quedar con ellas para intentar que esa relación tirante entre nosotras no fuera a más.

—Mírala, ya hace chistes de recepcionista. ¿Qué agenda y qué *agendo*? Tienes que quedar con nosotras, nos vendrá bien conocernos un poco más a fondo —dijo Catalina apoyándose en el mostrador divertida.

—Sí, Marta, debemos quedar —afirmó Sofia.

—¿Os importa que se lo diga a mi amiga Clara? Es que si no, se queda sola. —Me parecía inteligente llevarme refuerzos por si la cosa se ponía fea, había algo en esas dos que me escamaba y no me terminaba de encajar.

—Para nada, cariño —respondió Sofia con una amabilidad nunca antes vista en ella—, así conoceremos a la persona que convive con nuestra compi más divertida.

—No soy tan divertida en realidad.

—Guapa, eres la primera en protagonizar un masaje con jarrones de jardín en este centro, y eso es sin duda lo más divertido que ha pasado por aquí. Sentimos si nos hemos pasado un poco a la hora de comer, pero es que es tronchante.

Tronchante era que solo yo asumiera la culpa de todo lo que había pasado en el día de ayer y que encima me costara parte de mi sueldo, pero cierto era que Sofia no me había dicho que le plantara un jarrón de diez kilos a un octogenario para recolocarle las lumbares.

—Está bien, quedemos —accedí al fin, esperanzada de que aquella quedada fuera un antes y un después en mi relación con esas dos.

Mamá me llamó cuando estaba cambiándome de ropa, y no podía seguir eludiendo a la que me dio la vida y no había osado ponerme su nombre, la Paca.

—Marta, cielo, ¿cómo estás?

—Estoy muy bien —respondí. No pensaba entrar en detalles escabrosos sobre mi existencia.

—¿Qué tal el trabajo?

—Mejor que nunca, mamá. La semana que viene me harán indefinida —mentí como una bellaca, pero la pobre mujer no tenía por qué saber que su hija era un completo desastre—. Mi jefa se porta genial conmigo y mis compañeras son maravillosas. Hemos quedado para salir este sábado y todo, así que fijate qué bien nos llevamos.

—¿No me digas? Qué alegría me das. Cuando se lo diga a Pili se va a caer para atrás. Siempre está presumiendo de lo bien que le va a su Susana en Barcelona, y ya me tocaba a mí presumir de hija.

—Mamá, tú y tus líos de vecinas —me reí—. ¿Y papá?

—Está en el jardín. Ha plantado lechugas, tomates y rábanos. Está muy entretenido desde que se jubiló y yo cansada de tenerlo en casa todo el día.

—Paciencia, mamá.

—¿Cuándo vas a venir a vernos, Marta? Te echamos tanto de menos.

—En Pascuas. Ahora me es imposible económica y laboralmente.

—Me alegro mucho por ti, hija, tú vales mucho. Sigue así y conseguirás triunfar.

—Claro, mamá. —El remordimiento me revolvió las tripas.

—Te quiero, cielo.

—Y yo, mamá. Dale un beso a papá de mi parte.

—Lo haré, cuídate, cariño.

—Adiós, Mamá.

Lamentaba mentir a mi madre, pero no quería preocuparla innecesariamente. Mis padres habían hecho todo lo que había estado en sus manos por mí, y yo nunca había sabido corresponderles siendo la mejor hija del mundo.

Dejé mi uniforme bien dobladito en la taquilla para el día siguiente y cogí la bolsa con los dos

dónuts que me quedaban. Me zampé uno mientras recorría el pasillo hasta la recepción, mientras volvía a pensar en el extraño caso del señor Expósito. Me pregunté si tendría perfil de Facebook o Instagram. Era poco probable, pero pensé que investigar por la red sería un buen entretenimiento al llegar a casa.

Pero no lo hice inmediatamente.

En el mueble de la entrada había una nota de Clara. La leí mientras trataba de saludar con la mano libre al perro saltarín.

«Hoy llegaré tarde a casa. Saca a Flash».

¿Dónde habrá ido y con quién?, pensé intrigada, buscando la correa. Di con ella en el perchero y se la enseñé sonriente.

—Flash, ¿damos un paseíto?

Recorrimos la calle a paso de tortuga mientras el perro se tomaba su tiempo en olisquear todos los meados y depósitos extraños que se acumulaban en los rincones de camino a un parque que quedaba detrás, al que solía ir para que Flash campase a sus anchas y soltase todas sus minas antisuelas.

Cuando ya estábamos bastante cerca, observé que había un hombre con un perro. Algo bastante normal, sin embargo, al entrar en el espacio cercado me di cuenta de que se trataba del mismísimo señor Expósito. ¡Joder! ¡Mierda, mierda! Estaba a punto de darle la vuelta y deshacer los pasos, cuando él se volvió y esbozó una sonrisa al encontrarme allí.

—¿Marta? —dijo ladeando la cabeza como si no pudiera verme bien.

—¿No estarás espiándome otra vez?

—No, tranquila. Si te molesta mi presencia me marchó.

—¿Qué haces aquí? —Quería que se marchara, pero la intriga me superaba.

—El otro día vi este parque y me gustó. He venido a jugar con mi perro.

Miré al pequeño bichón maltés que muy educado él se había acercado a olfatearle el trasero a Flash.

—¿No hay pipi can en tu barrio?

—Sí, claro. Pero hay mucha gente a estas horas.

—No sé si creerte. —Lo miré entornando los ojos.

—Podemos dar un paseo hasta allí y comprobarlo por ti misma.

—No, prefiero quedarme aquí, gracias.

Miré a su perro que felizmente movía la cola y perseguía el culo de Flash, que pasaba de él en su desesperado intento de encontrar una *trufa* seca.

—¿Cómo se llama? —pregunté intentando romper el silencio incómodo que se había formado entre el señor Expósito y yo.

—Noel.

—Hola, Noel, ¿cómo estás? —Me acerqué a acariciarlo, algo que a Flash le sentó mal, empezó a gruñir y se puso rígido como una estatua—. Es muy mono.

—Le gustas. No suele dejar que la gente lo toque.

Me encogí de hombros y dibujé una leve sonrisa.

—Tengo don de perros.

—Ya veo —sonrió a su vez.

—Eeh... —dudé si decir aquello o no, pero conocer a su perro había suavizado un poco mi postura, ninguna persona peligrosa tendría un perrito tan mono y esponjoso como ese—, Adrián, he estado pensando en lo que me dijiste, lo mismo estoy loca y no sé lo que estoy haciendo, pero voy a aceptarte ese café.

—¿De verdad? —dijo él en tono sorprendido—. Gracias. No me lo esperaba si te soy sincero, después de mi comportamiento.

—Mi amiga Clara me matará si se entera, si no lo haces tú primero —bromeé y él soltó una corta carcajada.

—Sé que mi actitud ha sido un poco de sicópata, pero no es esa mi intención, por supuesto. Solo un café, te lo prometo. Nada más —aclaró.

Asentí, pensando que estaba muy loca y que no debería quedar con él, pero algo dentro de mí quería saber más de ese extraño hombre y el porqué de su interés hacia mi persona. Además, las cafeterías solían estar repletas de gente y no supondría ningún problema a mi integridad física, siempre y cuando no me fuera con él a un lugar privado, cosa que no pensaba hacer bajo ningún concepto.

—Si te parece bien podemos quedar este sábado en este parque a eso de las once. No me gusta madrugar en mi día libre.

—Me parece bien. Aquí estaré.

—Vale, pues quedamos así. Ahora me tengo que marchar. Nos vemos el sábado.

Nos despedimos y cada uno emprendió su camino, el mío era dar una vuelta por el barrio hasta que Flash soltase su bomba. Podría haberme quedado en el parque, pero preferí no hacerlo.

Una vez en casa, me comí el último donut que me quedaba y me bebí una Coca cola light (no había de otro tipo en casa, idea de Clara, por supuesto). Y tumbada en el sofá me sumí en el placer mientras digería todos aquellos azúcares refinados repletos de calorías chungas, sobre todo porque no estaba Clara dándome la murga con lo gorda y asquerosa que era, pero yo no estaba gorda, para nada, solo era gordo mi cerebro.

Revisé la parrilla del Netflix, sin éxito, y cogí el móvil para buscar el nombre de Adrián Expósito en el Google. Había como treinta, incluido un actor de *Puente viejo* bastante buenorro. Si me ponía a revisarlos uno a uno se me iban a hacer las tantas, además, no me quedaban donuts.

Pensé en bajar al Lidl a comprarme más, pero me regañé acto seguido: ¡No, Marta, te has comido seis hoy!

Demasiados incluso para mí. Además, el súper habría cerrado ya y no era cuestión de robar un coche para hacer un alunizaje de emergencia de carbohidratos. Pero los necesitaba, entre el trabajo, el señor Expósito, mi casi despido, mi madre y la cita con Diego, mi nivel de ansiedad estaba en un quince en una escala del uno al diez.

Fui a la cocina a por el bote de imprevistos (caja de galletas holandesas con calderilla surtida especialmente por Clara) y cogí todas las monedas gordas, y con ellas me planté frente a la estantería de dulces del Pakistani veinticuatro horas del barrio. Ahora solo me quedaba decidir si me llevaba la caja de seis, ocho o diez. Conté el dinero en mi mano y agarré la caja de ocho.

—¿Es su cumpleaños, señorita? —me dijo el dependiente con extraño acento.

—¿Y a ti qué te importa? —Saqué toda mi mala baba, sentía cierta animadversión (fundada) por los dependientes fisgones.

—Disculpe. —Agachó la cabeza y se limitó a cobrarme.

De nuevo en casa, con todas mis provisiones, revisé uno por uno los perfiles de todos los Adrián Expósito de Google. Algunos perfiles no tenían foto y en su lugar había un gatito o un dibujo animado. Los descarté porque no encajaban con la personalidad del señor Expósito, en especial el perfil con la cara de Ladybug.

A las doce seguía centrada en mi investigación con una leve angustia y ardor estomacal. Me había zampado ocho donuts más uno rancio que había encontrado en la alacena, en menos de dos horas. No me sentía especialmente bien. ¿Tendría una sobredosis de donuts?

Abrí una nueva ventana y busqué las calorías de un donut. ¡Joder! En todo el día había ingerido la cantidad total de quince donuts. A medida que hacía los cálculos, las ganas de expulsar a chorro todo lo que abarcaba mi estómago, aumentó exponencialmente, y cuando la calculadora científica de Clara, que aún conserva de su etapa estudiantil, me dio el total, sentí que una ristra de donuts iba a salir propulsado de mi boca de un momento a otro.

En resumidas cuentas, me había metido entre lomo y espalda un total de siete mil cincuenta kilocalorías, y porque había restado algunas, puesto que no me parecía correcta la cantidad de calorías que tenía según qué donuts. Aquello implicaba (malditos por dar tanta información), si querías contrarrestarlas, montar en bici dieciocho horas, correr setecientos veinte o hacer tareas domésticas durante cuarenta y dos. ¡¿Estamos locos o qué!?

¿Cómo había podido comer más de siete mil kilocalorías, solo en donuts? Debía admitir que Clara a veces tenía razón en lo que decía sobre mi obsesión con «este veneno» como ella lo llamaba. No lo sabía, pero mi malestar iba en aumento. ¿Me estaría dando un infarto? Podía ser.

La cabeza me daba vueltas, me sudaban las manos y tenía muchísima angustia. ¿Qué hacía? ¿Llamaba a Clara? Mejor no, seguro que se iba a cabrear conmigo.

Necesitaba ir al hospital urgentemente. Pero ¡no tenía coche!, y a esas horas ir en metro era peligroso y no me iba a dar tiempo. Seguro que me moría de camino al hospital ante la mirada inexpresiva de los demás viajeros que pensarían que estaba fuera de combate por un chute de heroína.

Seguía pensando y el malestar iba en aumento, había empezado a sudar como una cerda. Tenía que hacer algo ya.

Vale, Marta, ahora contribuyes con la seguridad social y esto es una emergencia, pensé viendo una luz al final del túnel (el túnel empezaba a ser verdadero). Estaba perdiendo la visión y las ganas de vomitar estaban desbocándose en mi cuerpo.

Me arrastré por el sofá para coger el móvil.

—Necesito una ambulancia para el número siete de la calle Vistahermosa, por favor.

—Tranquílcese y dígame qué le ocurre.

—¡Me está dando un infarto y estoy sola! —gemí desesperada.

Pero era lo que sentía, el aire me faltaba, la angustia me invadía y, si hubiera podido comprobado yo misma, diría que incluso tenía las pupilas más dilatadas que las orejas de la señora Solaz. Mi corazón palpitaba fuerte, muy fuerte.

—Intente no alterarse. La ambulancia está en camino, tardará lo menos que pueda —me comunicó la señorita del 112.

Cuando colgué, vomité dos veces seguidas sin preocuparme hacia donde apuntaba. El piso parecía una sala art déco sin gusto alguno.

Tras cinco minutos debatiéndome entre la vida y la muerte, unos sanitarios irrumpieron en el piso. Menos mal que no hizo falta tirar la puerta abajo, pues nuestra vecina de enfrente, la señora Lourdes, alertada por las sirenas salió al rellano y les abrió con la llave que tenía para emergencias (y tenéis que creerme: aquello era una emergencia de verdad. Estaba infartada y sola, sin fuerzas ni para arrastrarme hasta el recibidor).

En la calle nos esperaba medio vecindario expectante. Me sacaron llena de cables y la gente soltó gritos de horror. Clara también estaba gritando haciéndose paso entre el tumulto. Un drama en toda regla, todo hay que decirlo.

—¡Es mi amiga y soy médico déjenme ir a verla! —Lo que le gustaba decir aquello, se sentía orgullosa hasta decir basta.

Un paramédico intentó tranquilizarla antes de dejarla entrar en la ambulancia. Llegó a mi lado

con la cara desencajada y me apretó la mano con fuerza.

La ambulancia arrancó con todas las sirenas a todo meter y yo más cableada que una central de *routers*. Miré a Clara para tranquilizarla. Me habían chutado algo que me había relajado bastante y ya me sentía un poco mejor.

—¿¡Marta, qué ha pasado? Me han dicho que has sufrido un infarto —dijo ahogada en lágrimas sin soltar mi mano.

—Sí, me encontraba muy mal, me sudaban las manos, estaba mareada y he vomitado

—¿Te duele el brazo? ¿Puedes respirar?

—Sí, tranquila, nada de eso me duele.

—Pero ¿no has sufrido un infarto? —Su gesto cambió, frunció el ceño y me soltó la mano.

—Sí, Clara, el corazón me iba muy rápido.

—¿Qué tienes ahí? —Señaló mi pelo y tiró sin cuidado de un mechón, para luego llevarse la mano a la nariz.

—Marta, esto es glaseado de fresa. —Me mostró el pegote, ahora en su dedo.

—Sí, el infarto me ha dado porque me he comido quince donuts. Sé que me vas a decir que me lo dijiste, que no debo comer esas porquerías y hacer más deporte. He petado..., mi corazón ha petado y casi muero sola.

—¿Y dices que has vomitado? —De pronto estaba enojadísima, la vena de su cuello palpitaba al mismo ritmo que lo hacía mi corazón un rato antes.

—Sí, he perdido la cuenta de las veces. Flash debe estar poniéndose las botas.

—Eres una zopenca, no has sufrido un infarto. Es un empacho gordo, sí, pero no una insuficiencia coronaria. —Hay que ver cómo le gustaba sacar a relucir su vocabulario médico, incluso en momentos trágicos como ese.

—Puede ser, no lo sé. Los médicos te lo han dicho, te han dicho que era un infarto.

—Me han transmitido lo que tú les has dicho. No se ponen a comprobar si lo es o no, te salvan y luego ven lo que ha pasado.

El médico que nos acompañaba en la ambulancia estaba al tanto de toda la conversación y decidió intervenir.

—En efecto, no ha sufrido un infarto. Parecía más bien un ataque de ansiedad. Su amiga ha debido ponerse muy nerviosa. No se enfade con ella.

—Usted no lo comprende. Mi amiga es un saco de problemas.

—Los amigos están para apoyarse, se ha asustado mucho, usted es la que debería comprenderlo.

—Escucha a este señor tan sabio —le dije para calmar la furia de Clara.

—¿Qué voy a hacer contigo? ¿Eres consciente de que todo el barrio piensa que has sufrido un infarto y que vamos en una ambulancia a doscientos cincuenta kilómetros por hora, enchufada a miles de cables por comer como una cerda?

—Modere ese lenguaje, señorita. Estamos en una ambulancia y su amiga necesita estar tranquila.

Aquel médico del SAMU me caía muy pero que muy bien, pensaba yo mientras apartaba la vista de mi amiga y pedía una dosis extra de eso que me suministraba el gotero y que me estaba sentando de vicio.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gruñó ella cruzándose de brazos con el ceño fruncido.

Al llegar al hospital, me sacaron a toda velocidad de la ambulancia. En la entrada de urgencias nos esperaba todo un equipo como en las películas americanas, hasta había un enfermero cargando las placas de un desfibrilador. Suerte que se apartó a un lado cuando me vio entrar saludando

como la reina del carnaval de Palma. Me sentía realmente bien, estaba muy puesta, y luego dicen de la venta de drogas en la Cañada Real, deberían investigar las farmacias de los hospitales de España.

12

Iván el Terrible

El jueves amaneció con Clara muy enfadada conmigo, no me hablaba desde que habíamos vuelto del hospital, pero ya se le pasaría. Yo estaba más tiesa que una vara. Casi no me podía mover de la contractura que tenía en las cervicales por el estrés y el traqueteo de la ambulancia. Tras aquella larga noche, me encontraba para el arrastre, aun así, estaba animada, pues esa tarde había quedado con Diego.

Me remolqué por la habitación hasta el armario, tenía que buscar algo decente para ir al trabajo y luego salir arreglada para la cita. Podría pedirle algo a Clara, sin embargo, no estaba el horno para bollos, nunca mejor dicho.

Cogí un vestido negro básico que me sentaba bien. Por suerte ya me había depilado y podría ponerme unas medias transparentes para no ir enlutada y parecer la Vieja el Visillo. Saqué de la caja unos tacones negros que le quedaban de perlas. El conjunto tal vez era demasiado provocativo y yo aún no sabía si quería seducir a Diego con mis armas de mujer, o no. Lo que me había contado Sofía de su hermana seguía rondándome la cabecita. Estaba claro que necesitaba echar un polvo, pero no a cualquier precio. Así que decidí ponerme algo mono para ir a trabajar y que pudiera valerme si finalmente declinaba la opción del vestido.

Me vestí con unos pantalones bombachos de cuadros marrones y una chaquetilla de antelina color *cámel*, me miré en el espejo de cuerpo entero sin mover el cuello ni un centímetro y me di el visto bueno. Antes de salir cogí la bolsa del maquillaje para retocarme después, eligiera el *look* que eligiera, mi cara debía estar decente.

En el exterior hacía un frío de mil demonios (la pelambarrera había hecho su buena función días antes) y yo estaba al borde de la criogenización mientras recorría la calle. De haber tenido pasta hubiera parado un taxi, pero seguía sin blanca, así que tenía que hacer de tripas corazón y caminar como si no hubiera un mañana. Además, andar me vendría bien para ir quemando la burrada de calorías que había ingerido el día anterior, sin embargo, era agotador en mi estado.

—Buenos días.

—Hola, querida —me saludó Berta volviendo a su amabilidad de los primeros días sin percatarse de que me movía menos que un avión de mármol.

—¿Cómo se presenta el día?

—Bastante tranquilo. Me gustaría invitaros a comer a las tres, creo que es importante hacer equipo, ¿no crees? —Esta vez sí me miró y, aunque yo intenté parecer normal, algo en mi *riectus corporal* la alertó, pues frunció el ceño y me hizo un escáner facial.

—Gracias, Berta, un detallazo por tu parte.

—¿Te encuentras bien? —me dijo al verme andar más tensa que la mandíbula de un Transformer.

—Sí, es solo que tengo un poco de tortícolis, nada que me impida realizar mi trabajo. —No estaba en posición de pedir una baja a esas alturas y menos después de todo lo acontecido.

—Quizá pueda aliviarte con un masaje. A eso de las doce creo que tengo un hueco —se ofreció

sin prestar mayor atención a mis andares.

—Te lo agradezco —respondí mientras me dirigía a cambiarme de ropa. Lo que me supuso un esfuerzo titánico. Era como Torrebruno haciendo de Gladiator.

Un rato después estaba en la recepción tratando de organizar las revistas y Sofia entró en el centro.

—Hola, Marta, estás hecha un asquito —dijo alegremente sin filtro alguno.

—¡Hola, chicas! —respondí viendo que Catalina venía con ella.

—Vaya, parece que alguien tiene una lesión cervical hoy, ¿qué habrás estado haciendo toda la noche? —soltó Catalina picarona, ajena a que había tenido menos sexo que Kent en una convección de Barbies. Que más hubiera querido yo que tener el cuello rígido por otras vicisitudes.

—Sí, eso parece, pero creo que su cita con el gilipollas de Diego es hoy, ¿verdad, Marta? —apuntó Sofia con retintín sin apiadarse de mi estado físico, que no era moco de pavo.

—Sí —respondí escuetamente. A mí esa tipeja no me iba a fastidiar el día.

—Recuerda, ten cuidado —me advirtió por lo bajo antes de desaparecer de mi vista.

Como cada mañana abrí las agendas y revisé las citas diarias. Adrián Expósito no estaba entre ellas y tampoco en las del día siguiente. Sentí cierto alivio, no sé por qué.

Mi jefa estaba en lo cierto, la jornada pintaba bastante tranquila y yo lo agradecí.

A las doce, Berta me llamó para que pasara a su sala de masajes y he de decir que me estremecí un poco al volver a verme allí, aunque esa vez fuera en calidad de paciente.

—¿Cómo te has hecho esto? —preguntó palpándome la espalda a la altura de los hombros y las cervicales.

—He debido dormir en mala postura. —No pensaba contarle mi incidente de la noche anterior, pues mi vida era un cúmulo de ese tipo de cosas y a esas alturas ya debía tener un mal concepto de mí.

—Deberías cambiar tu almohada, no debe ser la adecuada para ti.

—Lo tendré en cuenta, gracias —dije antes de dejarme llevar por esas manos mágicas. El alivio que sentí fue casi inmediato.

Una hora después, limpió los restos de aceite con un papel secante y me pidió que me incorporase.

—Gracias, Berta, me siento más descargada.

—Lo sé, pero es probable que a lo largo del día sientas agujetas, he tenido que presionar bastante para deshacer los nudos. Tómatelo con calma.

—Lo haré.

—Ahora ve a cambiarte, saldremos a comer en veinte minutos.

Berta nos llevó a un restaurante que quedaba a la vuelta de la esquina. Parecía bastante caro, pero suponía que ella se lo podía permitir.

Estaba hasta la bandera, pero mi jefa muy precavida había hecho reserva. Nos sentaron en una mesa junto a una ventana que daba a la calle. Un camarero vino poco después y nos tomó nota sin perder un segundo.

Mientras comíamos la conversación se centró en mi cita, cosa que no vi ni medio normal. Estábamos allí para hacer piña, no para encabezar con mi persona el *Sálvame* de la empresa.

—Sí, Berta. Ese tipejo fue novio de mi hermana y le puso los cuernos con una clienta —comentó Sofia tras poner en conocimiento de mi jefa el detalle de mi cita. Llevaba ella esa espinita clavada y quería hacerme a mí culpable en cierto modo de sus dramas familiares.

—Marta, querida, deberías estar alerta con ese chico, no parece de fiar —me advirtió Berta,

que ese día parecía nuestra madre.

—Ya soy mayorcita. Sé lo que me hago y no tengo claro lo que sucederá con Diego. Nos acabamos de conocer. ¿Y vosotras? —Quería desviar la conversación y que también se mojaran ellas contando detalles de su vida privada.

—¿Nosotras qué? —preguntó Catalina.

—¿Tenéis novio, pareja, amigo o marido?

—Sí, yo vivo con mi novio Samuel —respondió Catalina encantada de la vida.

—¿Y tú, Sofía?

—No he encontrado aún a nadie especial. —Me hubiera gustado decirle el porqué, pero me contuve por el bien común de aquella comida conciliadora.

—¿Y qué hay de ti, Berta?

—Yo soy divorciada, querida. Una larga historia que no acabó nada bien. La razón principal fue una secretaria de veintidós años —rio como si ya no le importara aquel detalle, sin embargo, lo había sacado a colación, lo que indicaba a las claras que tenía un cierto resquemor guardado en su alma de mujer empoderada.

—Lo siento, Berta —dije muy seria.

—Tranquila, querida, está superado, además, que lo desplumé vivo y monté el centro de masajes, y puedo decir que me va muy bien. —Alzó su copa de vino blanco y todas la seguimos.

—Brindemos por Paz y Salud.

Tras un rico postre que yo decliné, por el incidente con los donuts, volvimos al trabajo.

La tarde fue tan tranquila como la mañana y, tal como había vaticinado Berta, yo empezaba a sentir las cervicales y los hombros entumecidos, casi más que antes del masaje. Catalina terminó pronto y se marchó antes de su hora, yo me quedé ayudando a Sofía a limpiar su sala y la de Berta hasta que se hizo la hora de cerrar.

Las palabras de Berta durante la comida me habían puesto en preaviso. No solo porque ejerciera de madre preocupada y me advirtiera de los peligros de salir con un chico como ese, también por su propia experiencia. Darle a Diego lo que posiblemente buscaba a la primera de cambio ya no me parecía una buena idea, así que descarté el vestido y me coloqué los bombachos y mi chaqueta de antelina. Me gustaba aquel conjunto demodé, pero con el que me sentía cómoda y empoderada, era muy yo. Habíamos quedado para conocernos y eso no implicaba ponerle las tetas a la altura de los ojos, sino mis propios globos oculares frente a los suyos para mostrarle toda mi belleza interior.

Cuando salí a la calle no vi a Diego. Era complicado tener visión periférica en mi estado. Anduve un poco y lo busqué entre los coches estacionados en la calle y más allá en alguna barra tomando una cerveza, hasta que escuché que alguien me llamaba desde la esquina. Era él.

—¿Qué haces escondido? —le pregunté algo mosca.

—Trabajas con Sofía, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué? —Fingí que no sabía nada del tema.

—Por nada, pero es la hermana de una ex, y no me tiene mucha simpatía que digamos.

—¿Y se puede saber por qué? —seguí aparentando no saber nada, y lo hacía muy bien.

—Una historia que ya te contaré, ahora no es el momento, ¿nos vamos? —intentó eludir el tema. Valiente cabronazo. Me jodía tener que dar la razón a Sofía.

Sin embargo, yo debía sacar mis propias conclusiones, enfundada en unos pantalones menos sexis que una camisa de dormir de monja, y soltarle en la cara que era un adúltero no era propio de una señorita que decide hacer un juicio propio de la situación, pero de entrada la cosa no pintaba bien cuando eludía a las claras algo tan gordo como aquello.

Había pasado de mujer desesperada por deshacerse de las telarañas a comportarme como la mismísima doctora Polo en *Caso cerrado*. Y si antes le hubiera perdonado esos pequeños defectos con tal de echar un polvo (Diego era un buen candidato), ahora mi razón y moral para con el resto de féminas se habían posicionado en el otro lado de la balanza.

—¿Dónde vamos? —pregunté tras contar mentalmente uno, dos y tres para calmarme.

—Supongo que tendrás hambre, ¿te apetece una pizza?

—Suená bien.

Nos subimos en su coche y tardamos tanto en llegar que empecé a pensar que me iba a llevar directamente a Roma a comernos esa pizza, incluso me dio tiempo a contarle mi incidente con los dónuts. Algo que tal vez debería haber omitido, pero me había quedado sin tema de conversación y necesitaba desahogar mi malestar con Clara, que seguía sin hablarme, a pesar de haberme visto salir como una cantaora de copla llena de dignidad, ni un mísero *wasapito* la muy rencorosa. Diego hasta lloraba de la risa. A mí no me hacía maldita la gracia la verdad, por un tiempo había creído estar sufriendo un infarto.

—Eres la bomba, Marta. Eres tan diferente a otras chicas que he conocido —dijo secándose las lágrimas.

—No tengo nada de especial, excepto mis maravillosos eructos —intenté bromear con ese tema.

—A eso me refiero, a tu naturalidad y tu forma de ser despreocupada. Me encanta. Yo trabajo con muchas mujeres obsesionadas con su imagen, y su personalidad está tan distorsionada que todas parecen iguales. Casadas con viejos ricos, sin valores..., tan de goma. No sé si me entiendes.

Sí, claro, como esa que te tiraste, pensé.

—No del todo, pero bueno, yo he decidido cuidarme un poco más y dejar los dónuts —dije en todo un alarde de intenciones.

—Está bien, dejar de comer dónuts compulsivamente está bien —rio de nuevo—, pero no dejes de ser tú, por favor.

—No lo haré.

Llegamos por fin al lugar. Era una cutre pizzería. No me lo esperaba la verdad. Si aquello era todo lo que yo merecía en una primera cita debía ser porque todo mi *autenticismo* se asemejaba bastante a ese restaurante con un cartel luminoso al que le faltaban tres letras.

—No subestimes la pizza de Alfredo por el aspecto del local, son las mejores de Madrid —comentó Diego al verme la cara.

—Pues vamos a probarla —dije tratando de sonar animada.

Y Diego tenía razón, la pizza estaba increíble, y no había visto ninguna cucaracha por el suelo del local, lo que era otro gran punto a favor de la Trattoria de Alfredo.

—Tenías toda la razón. Esta pizza está de muerte.

—¿Verdad que sí? —dijo Diego mascando una porción—. Yo solía venir mucho con Carol.

—¿Quién es Carol? —Sabía perfectamente que se trataba de la hermana de Sofía, pero seguía fingiendo que no estaba al tanto de los detalles de su relación fallida.

—Mi ex.

—¿La hermana de Sofía?

—Sí, la hermana de Sofía —confirmó con un suspiro.

—Ya me has conquistado con esta pizza —dije dándole un bocado, intentando parecer agradecida, aunque que la hubiera nombrado de nuevo me había puesto algo nerviosa.

—Eres fácil de conquistar entonces —dijo él mirándome fijamente. Extendió la mano y me

limpió con el dedo la comisura del labio, lo que me provocó un cálido estremecimiento.

Torcí el morro y bajé la cabeza.

—¿Ocurre algo? —me preguntó ladeando la cabeza como un niño bueno, y lo estaba, estaba muy bueno y me apetecía tener sexo con él, si era posible y mi veredicto se decantaba por su versión de los hechos.

—No —respondí, pero la intriga me estaba matando. Había sacado ya un par de veces el nombre de Carol esa noche y quería saber su versión, así que levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Quería sinceridad—. ¿Crees que es pronto para contarme qué paso con Carol?

Pareció sorprenderse, titubeó por espacio de unos instantes. Tras beber un trago de vino y secarse con una servilleta los labios, respondió:

—Me dejó por un abogado amigo suyo, se ve que yo era poco hombre para ella o así me lo dio a entender. —Parecía sincero y muy triste, como si aquello realmente lo hubiera dejado tocado.

Por supuesto, su versión no tenía nada que ver con la que me había dado Sofía. ¿A quién debía creer? Me dije que lo mejor era preguntárselo a él directamente.

—Mira, Diego, ya sabía que habías salido con la hermana de Sofía, ella me lo contó y me advirtió sobre ti. Me habló de la relación que tenías con Carol, y tu versión es muy distinta a lo que ella me ha contado.

—Sí, ya..., que la engañé con una clienta, ¿verdad? —Ahora su gesto era enfadado—. Mira, eso es lo que le contó esa pija a todo el mundo. No quería quedar como la mala de la película delante de sus padres ricos y prefirió dejarme como a un cerdo a mí.

¿Que Sofía era hija de unos ricos? Pero ¿qué me estás contando? Pues nadie lo diría. Yo creía que era una masajista pringada, que se manchaba las manos de aceite para subsistir.

—Vaya, lo siento.

—Marta, yo soy un buen tío. Entreno a gente guapa, pero solo es mi trabajo y no lo mezclo con mi vida personal, ¿entiendes? Soy un iluso que aún cree en el amor y todas esas cosas que venden las pelis de Garry Marshall. —Agarró una de mis manos que estaba sobre la mesa y centró sus ojos en los míos.

—No lo dudo, si no, no estaría aquí contigo aun conociendo la versión de Sofía. —Pero ¿quién narices es Garry Marshall?—. No te juzgaba por ello y no te juzgaré hasta que compruebe por mí misma que no eres un ser despiadado.

Diego me sonrió como si mis palabras fueran las de una virgen aparecida. Ilusionado, emocionado, extasiado..., ¿qué sé yo?

—¿Te apetece postre o nos tomamos una copa en un sitio tranquilo?

Del postre podía pasar, o mejor dicho, debía pasar, pero lo de la copa me parecía una gran idea, así que se la acepté sin pensarlo mucho.

—Como sabes, me tengo prohibido los dulces, pero me encantaría tomarme esa copa contigo.

Para mi sorpresa, Diego me llevó a la Morocco. Yo creía que esa discoteca estaba cerrada a cal y canto y que nuestro fin de noche sería en un pub tranquilo, donde la música no invitara a mi cuerpo estufa a bailar, pues aunque estaba haciendo un esfuerzo titánico por aparentar normalidad, era una jodida estatua de cera en vida.

—Pensaba que iríamos a un lugar tranquilo.

—Y lo es, no suele venir mucha gente y mucho menos un jueves. Me gusta la música que ponen.

—Tengo entendido que conserva la discografía de la movida madrileña.

—Eso es, creo que tiene un alma diferente a otros garitos y un poco de historia. Me paso el día escuchando música comercial entrenando a la gente, esta es más relajada y divertida.

—No soy muy ducha en temas musicales, pero si tú te sientes cómodo aquí, por mí no hay problema.

Y era cierto, a mí me sacabas del *Mil campanas suenan en mi corazón* y *A quién le importa* de Alaska y estaba más perdida que un daltónico jugando al uno.

—Bienvenidos a Morocco. —Un chico, vestido con una camisa sacada de la misma tienda de caridad que yo solía frecuentar, nos dio la bienvenida y nos pidió amablemente los abrigos—. Ooooooh, oooooooh, querida, déjame decirte que estás ideal. Eres sin duda la mejor vestida esta noche.

—Gracias —logré decir, no sabía yo que mi *look* casual fuera a crear esa gran expectación ante aquel portero ochentero.

—Ella siempre va estupenda. —Diego me pasó la mano por la espalda y, si no fuera porque estaba adormecida, me hubiera electrizado entera.

—Tienes una novia que se toma muy en serio las cosas. Eso es bueno, la gente entregada llega lejos. Y estoy convencido de que esta noche es suya y va a triunfar.

Aquel portero se estaba viniendo muy arriba afirmando aquello. Vale que la pájara tonta de pasar del sexo a esas alturas se había disipado un poco, pero Diego no era mi novio y no tenía planeado acostarme con él de momento.

—No es mi novio.

—Pues debería serlo, está como un quesito —dijo pegándome un dorsal en el pecho que me dejó sin respiración.

—¿Y esto? —pregunté mirando el número seis que ahora lucía mi no escote.

—Encima graciosa, venga, entrad que la movida va a empezar de un momento a otro.

El portero zalamero nos empujó adentro del local, sin darme ninguna explicación de por qué me había marcado como al ganado.

—¿Tú sabías algo de esto? —pregunté a Diego que como yo parecía no enterarse de nada.

—Habrá alguna fiesta de chicas, lo mismo te toca alguna copa gratis.

—¿Copa gratis? —Esa última palabra se había convertido en mi favorita desde tiempo inmemoriales, algo que por el momento no iba a reconocer delante de Diego, pero la idea de ganar unos copazos por la patilla me animaron a conservar la horrenda pegatina muy a la vista de los jueces de aquel concurso, si es que lo había—. No parece que haya ninguna fiesta, solo hay diez personas —comenté echando un vistazo a lo ancho y largo de la discoteca.

—Mejor, así tendrás más posibilidades.

Diego pidió dos mojitos de fresa y nos los bebimos mientras charlábamos y nos reíamos otra vez a carcajadas de mi incidente con los donuts y de lo que había pasado con el pobre señor Ronaldo, el de las lumbares colgando. Diego no podía creérselo. De la risa incluso le entró flato.

—Eres la chica más divertida que he conocido jamás —me dijo con un brillo en la mirada.

—No es para tanto —le quité importancia—. No soy yo, solo es que me pasan ese tipo de cosas.

—Cuéntame más —me pidió y yo muy gustosa le conté algunas anécdotas de mis aventuras pubescentes por los aparcamientos de las discotecas, como aquella vez que subí a la baca del coche de un colega y terminé con el brazo roto en un establo ayudando al veterinario de Cerrato de Cabrales a traer un ternero al mundo.

En la pista se habían arremolinado las diez personas de antes y unas cinco más. Parecían animadas, pero no eché mucha cuenta de lo que allí sucedía, yo estaba en mi propia burbuja disfrutando de la compañía de Diego, que hay que ver cómo estaba Diego. Si el primer día había conseguido descolgarme la mandíbula con solo verlo de reojo, en ese momento me tenía loquita

del ñoqui viéndolo reír despreocupado y aceptando de buena gana lo desastre de persona que era yo.

—Tengo que ir al baño, ¿me disculpas?

—Estás disculpada. Iré a pedir otros dos de estos si no te importa.

—Me parece bien —dije complacida. No tenía intenciones de irme a casa y aquellos mojitos estaban muy ricos.

De camino al baño, dejé de fingir y me agarré las cervicales para aliviarme. Estaba muy agarrotada, mi cuerpo era un vergel y luchaba contra viento y marea para no asustar al pobre Diego, pero estaba al borde de pedir una silla de ruedas para desplazarme con agilidad.

—¿Dónde crees que vas? —El portero de antes apareció de la nada y me agarró del brazo.

—Iba al baño.

—Oh, no, de eso nada, *darling*, es tu turno.

—¿Mi turno para qué?

—No sigas por ahí, jovencita, sabes muy bien para qué. No hace falta que sigas con la broma, ya nos has conquistado a todos.

¿A todos? ¿A qué todos se refería?

Tiró de mí arrastrándome detrás y la vejiga me dio una fuerte sacudida. Me estaba meando nivel cien. Hacía unos cuantos años era la reina de la continencia urinaria, pero el tiempo y la falta de sexo habían aflojado mis paredes uterinas y ya no estaba para muchos retos.

No sé cómo acabé en medio de la pista, rodeada por aquellas quince personas vitoreando: «Número seis, número seis, número seis...». ¿No era aquel el número del diablo?

¿Me iban a prender fuego en medio de la discoteca a modo de sacrificio?, llegué a preguntarme empezando a acojonarme.

De haber podido mover el cuello en dirección al suelo podría haber comprobado que no estaba sobre una estrella diabólica, lo que hubiera supuesto un enorme alivio, la verdad. Pero no podía y miré a todos lados con los ojos desorbitados entrando en modo pánico.

De pronto un foco de luz me cegó por completo y una canción totalmente desconocida por mí, al son de un organillo de la cabra y lo que parecía ser un acordeón, se alzó a todo volumen en el local.

Quería haber podido huir de la encerrona, pero me estaba meando de tal manera que, si echaba a andar, existía una gran probabilidad de dejar un reguero hasta la salida, que bien podrían confundir con la gasolina precremación de aquellos satánicos. Así que me limité a mover las piernas como un tetrapléjico en rehabilitación al compás de aquella canción hortera.

Mis brazos se unieron al baile improvisado, intentando buscar estabilidad. La vejiga y el cuello me estaban matando, sin embargo, la gente estaba enardecida gritando: «*Vueeeelaaa con tu fotooonoveeeelaaa*».

¿De qué ñoquis iban? ¿De qué maldita fotonovela hablaban?

Entre el público de pronto vi a Diego haciendo un juego de palmas ridículo, al que se sumaron el resto de personas. Me dio tal vergüenza que hice un giro dramático con las piernas cruzadas, quedando de frente a una gran pantalla con un videoclip de un señor ortopédico, que..., a decir verdad, iba vestido de un modo escalofriantemente muy similar al mío. Daba bastante miedo.

Presté atención a la letra, sin dejar de mover las piernas de una forma estática, aquello era como verme en un puto espejo. Casi demencial.

¿Qué clase de broma era esa?

Un señor calvo se posicionó delante de mí de espaldas a la pantalla e imitándome me iba cantando: «*Tú, para mí, eres la estrella, un corazón a todo color, nuestra vida como una dulce*

mentira, cuentos tiernos, inventos que inventas tú».

Si hubiera podido, juro que le hubiera cruzado la cara al calvorota. Entre todos me tenían acorralada. Especialmente ese tipejo parecía disfrutar con aquella tortura que, lejos de tener gracia, iba a acabar reventándome la vejiga y las fibras del cuello.

Era sin duda el momento más raro que había vivido y, cuando la canción terminó con aquel individuo abrazando a una señorita en la gran pantalla, el calvo hizo lo mismo conmigo mientras me echaba todo su aliento en la parte alta de mi cuello, depositando su vaho bucal de manera terrorífica en el hueco de mi oreja.

—Gracias, gracias. Ha sido espectacular. Hacía tiempo que no veía a una fan como tú dándolo todo.

—¿Una qué? —Lo miré horrorizada.

Diego vino hacia mí y me levantó en peso como si yo estuviera físicamente preparada en ese momento para ser estrujada.

—Cuando dije que eras la bomba, aún no era consciente de lo fascinante que eres. ¿Cómo sabías que íbamos a venir aquí y que había un concurso de imitadores de los hits de los ochenta?

—Porque no lo sabía. Jamás había pisado este lugar ni bailado esa canción ridícula. —Al señor calvo le cambió el gesto de cuajo.

—No es ridícula, es una canción con mucho sentimiento —me repuso ofendidísimo.

—Querrás decir con mucho sentido del ridículo. Había un señor tocando un xilófono gigante, por el amor de Dios. —Puse los ojos en blanco, que aquella canción era un cagarro era una obviedad para la humanidad entera.

—A mí me gusta —comentó Diego apenado, como si su abuelo hubiera compuesto ese bodrio y fuera su legado máspreciado.

—No entiendo, creía que me estabas imitando porque eres muy fan. —El señor calvo volvió a intervenir a la vez que rechazaba un trofeo con un gesto de la mano que el portero mojitero le intentaba dar.

—¿Y quién coño es usted? —Lo miré iracunda, todavía no había conseguido entender qué pintaba ese calvorotas en ese entierro.

—Soy el gran Iván, cantante y compositor de esa obra maestra.

—Usted lo único que tiene grande es la frente. —Estaba siendo borde en demasía, pero debéis entender que esa gente me había hecho pasar un muy mal rato.

—¿Cómo te atreves? Yo he cantado para la mismísima María Teresa Campos —dijo posando su dedo índice con toda la indignación del mundo cerca de mi narizota.

—Pues todito para ella, Iván el Terrible.

Ni que decir que Diego tuvo que sacarme de allí en volandas cuando el ambiente se caldeó hasta el punto de ebullición, y finalmente tuve que mear entre dos coches, como una barriobajera.

Luego me llevó a casa y yo deseé que me sugiriera subir a mi piso, pero no lo hizo. Me besó en la mejilla en el portal y se despidió con el típico «te llamaré». Yo esperaba sinceramente que lo hiciera, mi desesperación sexual estaba orbitando a mi alrededor como un alma en pena. Admitámoslo, daba muchísima pena, además, Diego estaba empezando a gustarme de verdad de la buena y yo la había fastidiado de nuevo poniendo en tela de juicio su pésimo gusto musical.

¿Viernes o te vas?

Estaba tras el mostrador del centro de masajes, ya lista y expectante a la llegada de Sofía. Tenía que averiguar cuanto antes si la versión de Diego era la cierta.

—Buenos días, Marta, ¿qué tal tu cita con don me follo todo lo que se mueve? —me preguntó entrando al trapo enseguida nada más traspasar el umbral de la entrada. Qué inquina me tenía esa mujer.

—Hola, Sofía. La verdad es que muy bien, fue todo un caballero —respondí ni corta ni perezosa—. Por cierto, tengo entendido que tu hermana está ya recuperada de ese duro golpe y ha rehecho su vida —dije con cierto retintín, yo también sabía jugar a ese juego.

—Claro, no iba a estar lamiéndose las heridas toda la vida. Sale con Bruno, un abogado amigo de la familia y les va genial. ¿Por qué lo dices?

—Curiosidad. —Me encogí de hombros y sonreí muy mona—. ¿Y cuándo se conocieron?

—Pues ya se conocían, te he dicho que es un amigo de la familia. No entiendo tanta pregunta. ¿Qué te ha dicho el imbécil de Diego? —Sofía empezó a crisparse.

—Nada, de verdad, es simple curiosidad.

—Algo te ha dicho, si no, no lo hubieras mencionado.

—Solo me comentó que ella había rehecho su vida y él estaba en vías de hacerlo.—Sofía me dedicó una mirada ladina y se marchó con la cabeza echando humo.

Agradecí que se fuera, no me apetecía seguir con aquel interrogatorio y empezar la mañana mosqueada, de momento ya tenía la información que precisaba y al menos esa parte de la historia coincidía con lo que había dicho Diego, pero aún debía indagar un poco más, aunque prefería dejarlo para nuestra noche de chicas al día siguiente. Una chispada Sofía tendría la lengua más suelta (ojos de intriga).

La mañana pasó rápido, los viernes eran un caos completo y todo el mundo venía dolorido o estresado con ganas de echarse en la camilla y que le dieran su ración de apretones. En el parón de la comida recibí un mensaje de Diego. Me alegré al verlo, llevaba todo el día pensando en él y cuándo me llamaría o si se decidiría a repetir. Nuestra segunda cita había tenido sus más, pero también sus menos.

¿Te apetece ir al cine esta noche?

Sonreí, me parecía un plan fantástico (siempre que pagase él la entrada), y le respondí deprisa: *Me parece bien, pasa a por mí a las 10, te espero en mi casa.*

Antes de volver al trabajo, una curiosa Sofía volvió a la carga. Me temía que aquello pudiera pasar, esa cabeza centrifugaba más que la lavadora de una lavandería de un hotel por horas.

—Marta, aún no he entendido lo de tus preguntas de esta mañana. Estoy convencida de que Diego te ha dicho algo que no quieres decirme.

—Sofía, de verdad que no es por eso —intenté disuadirla.

—Marta, me lo vas a contar sí o sí. —Su tono sonó demasiado insistente.

—¿El qué? Diego no me ha dicho nada salvo lo que ya te he dicho.

—¿Te ha dicho acaso que fue mi hermana quien lo dejó por Bruno? —preguntó maliciosa. Esa pregunta era demasiado directa. Ella sabía más de lo que aparentaba saber y yo ya me estaba hartando, así que le dije sin andarme con tapujos:

—Mira, Sofía, su versión es muy diferente a la tuya y para nada ha dicho nada ofensivo de Carol, no como tú, que sí lo has llamado gilipollas y otras lindeces. Ayer no me dio impresión de ser un chulo que se va tirando a sus clientas, solo un tío dolido y con la autoestima por los suelos con respecto a ese tal Bruno cuando ella se largó con él. —¡Hala!, y qué a gusto me había quedado.

—Todo eso es mentira, mi hermana es un cielo de persona que jamás haría algo así.

—Tu hermana es una pija que no se debe conformar con nada. Pero no la culpo, esas cosas pasan, ni que hubiera matado a nadie..., solo son unos cuernos de nada, pero echar la culpa a otro es de bajunas.

La conversación se estaba calentando.

—Puede que sea una señorita muy fina, pero no es una pija y mucho menos una bajuna como tú dices. No la conoces, Marta.

—Sé que Diego dice la verdad. A ver, ¿cómo se llama esa clienta con la que supuestamente se lio?

—No lo sé. Carol solo me enseñó una foto de ellos en un entrenamiento y me dijo que era ella. Y la creo, es mi deber de hermana.

—¿Y por una foto de un entrenamiento con una chica ella deduce que están liados? ¡Válgame el señor! —Me eché las manos a la cabeza como si fuera Diego el Cigala en la boda de Farruquito.

—No lo sé, Marta, no quiero seguir hablando de esto. —Y dicho eso, una ofendida Sofía agarró su bolso y se marchó de la sala de descanso, dejándome sola y pensativa.

La historia de Sofía me resultaba endeble y cada vez tenía más claro que Diego había dicho la verdad. Entendía que quisiera disculpar a su hermana, pero no era justo para el pobre chico, encima de cornudo, apaleado. Además, tampoco terminaba de entender esa excusa tan rocambolesca, pues no me parecía tan grave dejar a una persona por otra, vamos, que no se trataba de un delito tipificado en el Código Penal y le podía pasar a cualquiera, si no, que tire la piedra quien esté libre de pecado. Carol podría haberse limitado a decir que se acabó el amor de tanto usarlo y no inventarse esa historia de que Diego la había engañado con una clienta, dejándolo a la altura del betún.

Llegué a casa arrastrando mis molidos pies, al menos había recuperado la movilidad del cuello y podría ir al cine sin temor de quedarme rígida como un cactus mirando al cielo. Clara estaba viendo la tele, todavía en pijama. Se había tomado muy al pie de la letra eso de su día libre y no se había molestado siquiera en cambiarse para sacar a Flash a hacer sus cosas de la naturaleza. No quise echárselo en cara, el horno seguía calentito, solo esperaba que mi castigo de respuestas a base de monosílabos hubiera terminado.

—Hola, Clara, ¿qué tal tu día? —pregunté jovial, pues rencorosa no soy.

—Bien. —El temido monosílabo se alzó en el espacio entre las dos. Me acerqué al sofá y puse los brazos en jarras.

—Oye, ¿cuándo piensas hablarme? Tengo muchas cosas que contarte y no creo que sea para tanto.

—¿Que no es para tanto? —Irguió la cabeza como una suricata—. Siempre estás haciendo cosas raras, Marta. Eructos, zapatos despegados, supuestos infartos, ingestas colosales de donuts. ¿Cuándo vas a madurar?

—Clara, ya te he dicho que lo siento. Siento no ser tan perfecta como tú, pero así soy yo, ya me conoces. —Sentí unas lagrimillas acercándose al balcón de mis ojos a sabiendas que eso ablandaría el corazón de mi amiga.

—Marta, no llores. Quizá no sea para tanto. Puede que sea yo, que no estoy bien últimamente y, en vez de apoyarme en ti, me meto contigo y te critico, y no es justo. Soy un asco de amiga... — Clara también comenzó a llorar.

Y allí estábamos los dos de pronto, llorando como dos Magdalenas abrazadas.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada importante, no quiero agobiarte con mis cosas.

—No me agobias, bastante aguantas tú las mías.

—¿Qué tal la cita con Diego? —me preguntó secándose el moquillo para eludir que la conversación se centrara en ella.

Le conté todo, incluida su versión de la historia de los cuernos.

—Menuda bruja está hecha esa Carol. No entiendo cómo hay mujeres así —dijo indignada.

Tras despellejar un poco a Carol le conté que había quedado con Diego esa noche para ir al cine, y ella dijo alegrarse por mí, aunque me pareció que se ponía tristonera. Estaba rara, pero ya soltaría lo que llevaba dentro cuando le apeteciera, Clara era así, introvertida para sus cosas y crítica con las mías. Que ella dijera que era una asca de amiga me hacía sentir mal, porque no lo era, para nada, ella era el pedacito de cordura que me faltaba a mí a ratos, muchos ratos.

—Tengo hambre —dije con un rugir de tripas digno de la cabeza de león de la Metro Golden Mayer.

Cenamos las sobras de una lasaña tamaño *king size* que Clara se había hecho para comer y luego me duché y me vestí muy mona con el vestido negro que había desechado la noche anterior y los taconazos. Me pinté los labios rojos para focalizar toda la atención de Diego en ese punto estratégico de mi cara que quería que besase a toda costa nada más verme. La noche anterior me había quedado con picor de labios, y entiéndase que no solo me refiero a los de la cara.

A las diez en punto sonó el timbre. Clara respondió por mí y me dio un grito desde el recibidor:

—Tu caballero amante de eructos está esperándote abajo.

—Muchas gracias, Clarita. —Me acerqué a ella para darle un beso—. Este abrigo queda mucho mejor que mi chaqueta de antelina marrón. Por cierto, eso me recuerda que no te he contado una cosa que me pasó anoche en Morocco.

—¿Estuviste en Morocco? —Clara abrió los ojos sorprendida—. ¿Te gustó?

—Eeh..., mejor te lo cuento mañana. Fue todo muy raro.

—¡¿Raro?! ¡Qué extraño que a ti te pase algo raro! Venga, no le hagas esperar más. —Me dio una palmadita en la espalda, empujándome hacia la puerta.

—Reza tú por que no me haga esperar él más a mí —dije asintiendo con una sonrisa de golfilla de calendario.

—Entonces, ¿esta noche tenemos fiesta? Me pondré unos auriculares —bromeó.

—¿Para qué crees que estaba practicando antes? —Le hice un Cleopatra.

—¡¿Eso que hacías era practicar?! —se rio imitando mis movimientos de cuello.

—Estaba poniendo a prueba mis cervicales, no estaba segura de que fueran a responder bien en caso de necesidad —respondí muy seria.

Le di otro beso y me la dejé en la puerta con la sonrisa caída y la mano diciendo adiós como una madre despidiéndose del bus del colegio. Muy triste todo, pero yo estaba más feliz que una perdiz mientras bajaba las escaleras de tres en tres a riesgo de caer rodando.

—Estás preciosa, Marta —dijo Diego con ojitos brillantes.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal.

—Pues gracias —se encogió de hombros y me abrió la puerta del coche.

—¿Qué película vamos a ver?

—¿Qué más da? Si yo solo voy por las palomitas y por la compañía. —Primer latigazo en mi bajo vientre.

—Pues eso digo yo. —Me reí locamente para disimular los efectos de la electricidad sexual que azoraba mi chochetilla.

Lo del cine era muy típico, muy manido, muy aburrido... Casi una cita de rigor entre dos personas que están empezando, pero me daba un poco igual que Diego hubiera recurrido esta vez a un clásico de todos los tiempos en el protocolo de las citas. Al menos en el cine no corría peligro de que me confundieran con una fan de nada, o vete tú a saber, tratándose de mí, podría suceder cualquier cosa.

Me llevó a un cine de esos pequeños que no conocen más que los hipsters y la gente del barrio. Para mi gran decepción solo echaban una peli y el cartel era en blanco y negro. El recurso del cine no solo era un clásico en sí, también lo era la única película que ponían en esa sala. Decir que no la conocía sería exagerar (pese a que no soy una cultueta del cine clásico, a eso llegaba), sin embargo, no había visto nunca (matadme pues) *La gata sobre el tejado de zinc*.

—¿La has visto ya? —me preguntó Diego mientras sacaba las entradas.

—No. No soy mucho de cine clásico, la verdad. Ver en blanco y negro me resulta agotador y esos diálogos tan rebuscados y sobreactuados... —Chasquéé la lengua e hice una mueca.

—Entonces he metido la pata.

—No, para nada, no es culpa tuya. Seguro que la están reponiendo debido a la reciente muerte de James Dean —dije con orgullo de haber reconocido el careto del actor en el cartel—. Tú tampoco sabías... Es decir, no sabías que echaban esta película.

Por su cara deduje que sí lo sabía (metedura de pata hasta el fondo). A esas alturas yo ya había intuido que Diego era un enamorado de lo viejuno, algo que yo solo aplicaba a mi ropa de segunda mano., y también debería haber imaginado que posiblemente había escogido precisamente esa peli con la intención de mostrarme de algún modo de qué calidad era la sangre que le circulaba por las venas. Vaya (suspiro profundo interior), la de un romántico de cepa, pensé, agradándome mucho descubrirlo. La verdad es que Diego me gustaba cada vez más, negarlo sería de gilipollas emocional.

—James Dean lleva muerto sesenta y cuatro años —dijo sonriendo.

—¿Tantos? Parece que fue ayer. —Tragué saliva por mi falta de cultura general.

—Tú ni siquiera habías nacido, ¿cómo te puede parecer que fue ayer? —Diego ladeó la cabeza con esa sonrisa encantadora plasmada en los labios, ¿por qué no dejaba estar el temita tranquilo y usaba su boquita para otros menesteres que se me daban mucho mejor?

—Es un decir, ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé.

—Una pena, creo que era un gran actor.

—Lo fue, igual que Paul Newman, el protagonista de esta película —comentó divertido, sacándome del error.

Lo miré arrugando el ceño y tratando de no reír.

—Perdona, es bastante obvio que soy una paleta en esta materia. Pero seguro que esta película me encanta. —Apoyé la mano en su antebrazo que, por lo duro que estaba, parecía una caña de lomo ibérico.

Compramos (claro eufemismo de *compró*) palomitas y bebidas grandes para cada uno y nos sentamos en la séptima fila. Había un montón de gente, cosa que me sorprendió, pues esa peli podía uno verla en su casa tranquilamente y sin pagar la friolera de lo que costaba una entrada de cine, pero suponía que la magia estaba en que no era comparable hacerlo en una pantalla tan grande.

De pronto estaba inmersa en aquella cruda historia, un dramón en toda regla, ese marido alcohólico, ese padre moribundo y ese malvado hermano. Me estaba encantando, tanto que no presté mucha atención a cuando Diego me agarró la mano y la apretó sobre su muslo. Eso sí, el muslo estaba tremendo. Durito, durito, madre mía qué muslito. Como lo tuviera todo así de durito, me iba a poner fina, fina, filipina esa noche.

—¿Te ha gustado la película?

—Me ha encantado. Es mucho mejor que cualquier película moderna que haya visto. Y ya me ha quedado claro que el reparto está bajo tierra hace mucho tiempo.

—Bueno Liz Taylor no tanto —rio sin malicia—. ¡Joder con el tanopractor, ¿se sabía de memoria las esquelas de todo Hollywood o qué?!—. Me alegra que hayas pasado un buen rato. ¿Qué te apetece hacer ahora? —preguntó ayudándome a ponerme el abrigo peludo de Clara.

¿Ahora? Pues..., no me iba a andar con tonterías. Me envalentoné tomando aire como un toro tirando a cornear.

—¿Te apetece que vayamos a mi casa? —Tragué saliva.

—Me apetece horrores. —Me agarró del brazo y me sacó del cine a toda velocidad.

A juzgar por las prisas, era cierto que debía tener muchas ganas. Nada más pisar la calle, sin más preliminar que empotrarme contra la pared, me borró hasta el último rastro de mi pintalabios rojo de larga duración con un beso brutal. Tuvimos que parar para recuperar los alientos y Diego me sonrió de un modo que consiguió derretirme las bragas.

Anduvimos hasta el coche a trompicones, medio besándonos, medio riendo, medio abrazados, y el trayecto en coche fue un completo acelerón. Aparqué de cualquier manera en un oscuro rincón cerca de mi casa y recorrimos las oscuras callejuelas ansiosos por meternos en mi cama, o donde fuera. Lo que iba a pasar en breve tenía nombre y era la respuesta divina a mis plegarias bajo el chorro de la ducha durante unos largos meses de sequía.

Besos, agarrones de carnes flácidas (en mi caso), llenaron cada descansillo de lujuria desmedida. Era la gata, no de zinc, sino de la canción de reguetón de Daddy Yankee, de eso sí sabía un poco.

Me estaba comiendo la boca con tanta furia que no atinaba a abrir la puerta, es difícil girar la mano y encajar la llave cuando estás siendo poseída de espaldas a ella.

Cuando conseguí hacerme con la difícil maniobra, di un portazo que retumbó en toda la escalera y me lo llevé de la pechera directo a mi habitación. Pedí que Clara hubiera hecho lo propio y se hubiera insonorizado las orejas con sus auriculares Bose, que no me dejaba ni harta de vino, pues costaban un riñón y te aislaban del mundo exterior de lo lindo.

—Quiero comerte enterita.

Pues sí que tenía hambre el muchacho, pero es que yo, con todo lo desastre que era, acababa resultando deliciosa para todo el mundo, menos para Pablito Reyes, que me rechazó a los dieciséis años con un: «Das más asco que chupar un pomo». Valiente cabronazo, desde entonces no había vuelto a jugar a la botella.

Diego se desprendió de la ropa que cubría su torso. Tronco, brazos, clavículas y espalda quedaron expuestos como una obra de arte ante mis ojos. Ese hombre no era de este mundo, y yo no le daba más asco que chupar un pomo, al revés, me quería comer enterita con mis gases

incluidos, esos que hoy retenía con todas mis fuerzas.

Me echó sobre la cama y me besó con devoción antes de abandonar mi boca y descender lentamente cuerpo abajo hasta mis muslos.

Tiró de mis medias y me dejó expuesta y mojada como un bizcocho borracho de Guadalajara. Se iba a poner las botas y yo no iba a impedirselo por nada del mundo. ¿Quién rechaza una cosa así? Yo no iba a ser la primera loca que lo hiciera.

Cuando los pelillos de su barbita cortita y cuidada, me rozaron las ingles, una sacudida de deseo explotó en mi clítoris, hinchándolo como un globo de helio. Pero cuando su lengua lo rozó por primera vez, la canción *It must have been love* de Roxette sonó por arte de magia en mi cabeza, ida completamente, ajena a cualquier cosa, disfrutando de aquellas embestidas de lengua que, de saber que no era posible, diría que entrenaba con unas minipesas.

Era tersa y dura, y sabía llevar un ritmo perfecto, era una máquina de dar placer oral.

Le agarré la cabeza como si fuera un balón medicinal y lo obligué a hundirse más en mí. Se la moví de delante atrás. ¡Oh, Dios mío! Era la clase de pilates, con balón incluido, más placentera de mi vida. Era la Eva Nasarre del cunnilingus (a esa retroentrenadora sí la conocía). Y, con las piernas en alto y los tendones más tensos que unas gomas al punto del desgarró, me vine una vez... Y, ¡ay, Diosito de mi vida!, otra más de regalo.

—¡Virgen del camino seco! —dije relajando mi cuerpo sobre la cama.

—Me encanta que hayas disfrutado.

—Ha sido la mejor comida de chochetilla de mi vida.

Diego no pudo reprimir una carcajada ante mi mal gusto para referirme a esa práctica sexual.

—Eres única, Marta.

—¿He sido la única? —Los acordes de la canción de Roxette todavía retumbaban en mi cabeza y no escuchaba muy bien.

—Mujer, la única, la única... —rio tontamente.

—Lo siento, ha sido una pregunta absurda. Se te notaba la práctica.

—Sé hacer más cosas. ¿Tienes condones? —Diego no se anduvo por las ramas.

¡Mierda, mierda, condones! ¡¿Cómo no lo había pensado antes?! Por desgracia esas fundas no formaban parte de mi botiquín y de los artículos absurdos de mi mesilla de noche desde hacía mucho tiempo. Las peras de ducha no transmiten enfermedades, tal vez unos hongos, pero no me la acercaba tanto ni en momentos de máxima emoción, y de haberla plastificado nuestra relación hubiera sido imposible.

—¿No has traído tú?

—No... No pensaba que iríamos a hacer esto. Me parecería de mal gusto llevarlos.

De mal gusto era dejar a ese hombre con el palo encendido en candela, sin embargo, no era yo muy amante de hacer frotis como las mujeres de vida alegre en la Casa de Campo. Tampoco era una remilgada a la que hacer un gallote le pareciera mal, pero a esas alturas de la película todavía no estábamos en ese punto.

¿Egoísta?

Sí, muy probable. Pero me negaba a amorrarme al pilón a la primera de cambio como había hecho él, que lo respetaba..., ya lo creo, y mucho, y me parecía genial por la parte que me tocaba, que yo lo había recibido de buena gana, ya os digo, dos veces, pero... Lo siento..., yo no era de esas, así que le repuse:

—Deberías haberlos traído.

—Eres tú la que me ha invitado a tu casa.

—Cierto, y aquí estamos, ¿qué te apetece hacer ahora?

Diego me miró con cara de espanto, debía tener la próstata en rompan filas.

—No sé. ¿Qué quieres hacer tú?

—Podríamos dormir abrazados, eso es muy romántico.

—¿Dormir? —dijo sorprendido.

—Dormir, hablar, besarnos, achucharnos, ya sabes.

—Entiendo —dijo picarón, esperando que esos achuchones acabaran con mis manos estrujando su churra como un rulo de arcilla.

Diego acabó de desvestirse y pude comprobar de primera mano que tenía la sardineta como una bota de vino recién rellena. Muy pulcro él, se dejó los calzoncillos y se metió en la cama conmigo.

Hacía tanto tiempo, que no tenía un par de orgasmos como aquellos y que un hombre no me abrazaba bajo el edredón, que me quedé dormida como un lirón careto. Y es que careto tenía un rato, dejando a ese pobre chico al punto de la autocombustión perineal. Sin embargo, en mi mente había elucubrado un plan antes de quedarme sopa, e iba a compensarlo con creces la próxima vez, si es que había alguna.

¿ Sincroni ... qué?

A pesar de mi «egoísmo», Diego se quedó a dormir y no se marchó cual sabandija a hurtadillas a horas tempranas para no tener que despedirse en persona. Todo lo contrario, lo sentí abrazarme buena parte de la noche, qué majo era y ¡yo con esos pelos!

Tras tanto frenesí orgásmico (vale, solo fueron dos, pero con mi sequía uterina me parecieron mil) tenía el pelo igual que una estopa de fontanero cuando él se marchó a las ocho posándome un besito en los labios y la consabida frase del protocolo de citas: «te llamaré».

A las nueve estaba harta de remolonear en la cama y decidí levantarme. Clara en la cocina estaba sirviéndose un café y me preguntó si quería uno. Le dije que no y me preparé un *colacao* calentito.

—¿Qué tal anoche? Me puse los cascos con Katty Perry a todo volumen y no oí nada. Lo juro. —Levantó la mano como en un juicio.

—Clara, fue magnífico, estupendo, alucinante —respondí y cogí el *colacao* para darle un trago largo.

—Qué envidia me das. —Clara puso cara de pena con morritos—. ¿Cómo la tiene?

—Parecía grande.

—¿Parecía?! He creído entender que todo fue magnífico, estupendo y alucinante.

—Y lo fue, para mí. —Di un sorbito a mi taza de Central Perk cargadita de leche, claro eufemismo de cómo debía tener Diego el manubrio ese día.

—Explícate. —Clarita se sentó en la encimera, mirándome concentrada.

—Hay poco que explicar: Diego me hizo un trabajo fino en los bajos y no teníamos condones para rematar la faena. Digamos que ha sido un dos a cero.

—¿Lo has dejado más caliente que el palo de un churrero? —Clara no podía abrir más los ojos, parecía una lechuza.

—No teníamos condones. ¿Qué se supone que debía hacer?

—Un tocamiento, un alivio, algo.

—No soy de esas. Además, no le importó mucho, hemos dormido juntos.

—¿No eres de esas, pero sí dejas que te soplen la almeja? Eso se llama ser una egoísta.

—Eso se llama saber si ese hombre es mi amor verdadero. Hay que cambiar el chip, Clarita..., ser un poco egoísta está de moda. —Me lamí el labio superior, sentía los grumitos del *colacao* formando un lindo bigote.

—Te recuerdo que tú no sueles seguir ninguna.

—Ninguna moda textil —le aclaré.

—¿Sabes una cosa? —dijo bajándose de la encimera—. Si ese hombre te ha hecho el *cumilingus* del año y se ha quedado toda la noche contigo con la escopeta cargada, deberías casarte con él. Eso es tener suerte y no la mía. —Sabía que se alegraba por mí, pero su cara denotaba tristeza.

—Venga, seguro que esta noche conoces a alguien, acuérdate de que hoy hemos quedado con

las chicas de mi trabajo.

—¿Por qué quieres quedar con las Ariscogatas? —me preguntó sacándose de la manga aquel mote que les iba ni que pintado a mis compañeras de curro. Eran ariscas y estilizadas como un par de gatas, sobre todo Sofía.

—Quiero llevarme bien con ellas —respondí.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Este trabajo va para largo y me interesa hacer buenas migas con ellas. De momento las cosas no están fluyendo demasiado.

—Hombre, lo de estar encamándote con el ex de la hermana de una de ellas no ayuda —opinó muy cínica Clarita.

—Pero ese detalle es una casualidad, no lo he hecho aposta y tampoco pienso dejar de verme con Diego por ese motivo tan estúpido, además, él fue el dejado y vapuleado —aclaré remarcando bien aquel detalle.

—Es verdad, pero no ayuda —repitió.

—Dejando a un lado por qué quiero juntarme con ellas y volviendo al tema que nos ocupa: tu ausencia de suerte para conocer chicos guais...

—Y que esta noche se confirmará por enésima vez —me cortó ella con una sonrisa tristonera.

—Eso no lo sabes. Ser negativa no juega a tu favor, tu negatividad solo atrae más negatividad.

—Y patanes a montones.

Me reí. Clara tenía una especie de imán infalible para los más lelos, paletos y absurdos personajes de Madrid, y del mundo en general. Por un tiempo estuve convencida de que el día que trató de aparearme con el pelirrojo con pupas en la boca había trazado algún plan maquiavélico para que yo misma sufriera en mis carnes la pesadilla de su vida sentimental. Pero con Diego esa tesitura se había ido al traste, pues con él había acertado de lleno, y ella en cambio había vuelto a fracasar, pero, por lo que a mí respectaba, le estaba muy agradecida.

—Estoy convencida de que esta noche va a cambiar tu suerte, preciosa mía.

—Yo no pondría la mano en el fuego —se rio levantándose. Llevaba ropa deportiva y el pelo recogido en una coleta. Clara tenía muy buen tipo y era muy mona, su mala suerte no podía ser imperecedera, tenía que terminar algún día. En algún momento iba a esfumarse y el karma la iba a compensar con un buen tío decente.

—¿Vas a salir a correr?

—¿Quieres venirte?

Levanté las cejas sonriente.

—Ya veo que no —se respondió ella misma—, pero deberías, has acumulado una cantidad colosal de calorías esta semana y te vendría bien. Ahora mismo están haciendo estragos en tu cuerpo. Algún día entraran en ebullición total y explotarás.

—Ya exploté —le recordé bromeando.

—Más aún. Vas a explotar. Tu corazón va a explotar y tu culo se volverá tan grande que provocará seísmos cuando tomes asiento.

—Ñiñiñiñi —le hice burla como una niña enrabiada.

—Eres un caso imposible.

—Lo soy —dije y me pulí las uñas en el hombro.

—Pues saca a Flash por lo menos.

—De acuerdo —accedí, aunque tenía otras cosas que hacer.

No solo no me apetecía para nada ir a correr al Retiro, yo tenía otros planes, como ya sabéis, planes que Clara desconocía y que pasaban por tomarme un café con un señor extraño que me

había estado acosando. Gracias a Dios había dejado de hacerlo, pero mi intriga hacia él no había hecho más que crecer como un tsunami y la gran ola estaba a punto de llegar a mi orilla.

No me esforcé mucho en arreglarme, no quería causarle una impresión equivocada. Con unos vaqueros de pata de elefante, mis superbotas de cowboy, una sudadera de *Fama* y los labios pintados de rojo simulando un clavel reventón, salí a la calle, decidida a encontrarme con él en el parque donde nos citamos. Me abrigué con una cazadora estilo *college* que había rescatado de un contenedor. ¡La gente está loca! Tira cosas que pueden usarse perfectamente o venderse en Vinted y sacarte unos buenos dineros, pero no tan majareta como yo, que me dirigía en ese momento, en cierto modo derechita, hacia la guarida del lobo, aunque tenía clarinete que no iba a subirme a su coche para ir a ningún lado y tampoco iba a salir de mi barrio bajo ningún concepto. No sabía si los vecinos me querían mucho o no, pero nadie con un mínimo de sentido común dejaría que un señor guapo me agrediera en un lugar público.

Llegué puntual y él ya estaba esperándome, parado en medio del parque con un elegante abrigo tres cuartos.

—Buenos días, Marta. —Me sonrió dándome la mano para saludarme—. Tenía muchas ganas de que llegara este momento.

Yo también, pero no por los mismos motivos que él tendría. A mí, quedar con él ni me alegraba ni me emocionaba, solo me intrigaba y acojonaba bastante.

—Hola, Adrián, ¿por qué no viniste ayer a darte el masaje como cada viernes? —le pregunté con una sonrisa.

—Hummm..., de acuerdo, sí, lo cierto es que sigo un poco avergonzado y he preferido dejar pasar un poco el tiempo.

—Te lo agradezco, pero no hace falta, puedes venir con toda tranquilidad. No me gustaría que tu espalda se resienta por eso. —Ni que dejes de ser cliente del cetro y Berta se entere del motivo y me quiera dar una señora patada en el culo, añadí mentalmente.

—Aclarado —sonrió—. ¿Nos tomamos ese café?

—Sí, vale, aquí cerca hay una cafetería. —Eché a andar con las manos en los bolsillos y él me siguió el paso de cerca.

Caminamos en silencio, uno al lado del otro. Mi cabeza no dejaba de atosigarme con qué ñoquis hacía yo ahí con ese tipo.

Entramos en la cafetería. A esas horas estaba a rebosar y no quedaba libre más que una mesa en el fondo. Nos sentamos. Adrián sonrió y se quedó mirándome durante unos instantes. Parecía que me estaba estudiando y aquello aún me incomodó más.

—¿Qué? —le pregunte nerviosa.

—Nada. Estoy contento de estar aquí contigo.

Yo no sé si estaba contenta. La incesante pregunta volvió a regresar a mi cabeza como un bumerán.

Me encogí de hombros y forcé una sonrisa sin decir nada.

—¿Qué quieres tomar, Marta?

—Un café con leche.

—¿Nada más? ¿Un croissant, una berlina?

Me habría comido sin pestañear el expositor completo de pasteles y bollería, sin embargo, negué con la cabeza.

—Voy a pedir.

Adrián se levantó y se acercó a la barra. Cuando volvió a sentarse frente a mí, me miró de nuevo fijamente unos segundos.

—Sé que esta situación es extraña para ti, pero no temas, insisto en que mis intenciones no van más allá de compartir una amistad contigo.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué? No te conozco de nada, me pusiste en una situación comprometida, todo el mundo coincide en que hay algo raro y siniestro en tu persona, y luego me sueltas a las bravas que quieres ser mi amigo, así, sin ton ni son, después de haberme espiado y seguido hasta mi casa. Es todo muy desconcertante, porque no consigo entenderlo. ¿Por qué lo haces? Y no me digas de nuevo eso de que te parece que tengo algo especial.

—De verdad que lo pienso.

Bajé la vista de nuevo muy incómoda con aquella situación, ¿quién me mandaba a mí meterme en aquel berenjenal lleno de melones? Estaba más perdida que un cura en una casa de vida alegre.

—Detesto haberte causado esa impresión. Pero la verdad es que no soy una persona extrovertida ni empático a la primera..., pero no soy extraño, solo que ciertas situaciones de mi vida me han llevado a esto que soy ahora.

—¿Y qué situaciones son esas y qué tengo yo que ver? —insistí. Necesitaba que fuera al grano de una vez y se dejara de tantos misterios.

—Marta, no tienes nada que ver. Simplemente me inspiras confianza y esas cosas no me pasan muy a menudo.

Vale, esa respuesta no era una respuesta, no me aclaraba nada. Así que volví a insistir.

—Aún no has respondido a mi pregunta.

Adrián suspiró muy hondo. Le costaba responder y aquello solo hacía que incrementar mi angustia y curiosidad.

—Necesito saberlo ya, o me levanto ahora mismo y me largo.

Asintió y miró inquieto hacia la barra. Tardaban mucho en servirnos, pero había mucha gente y el bullicio empezaba a pesar demasiado entre los dos.

—Por favor —le pedí, dándole una última oportunidad.

Cuando me vio hacer ademán de levantarme, se decidió a hablar.

—Espera. —Acercó la mano a mi brazo, pero no llegó a tocarme. Miré su cara y había algo en sus ojos suplicante que consiguió ablandarme de algún modo.

Asentí volviendo a acomodarme en la silla. Lo miré a los ojos y Adrián juntó las palmas sobre la mesa y luego asintió un par de veces. Costaba. Mucho. Pero debía soltar lo que fuera que llevaba dentro.

—Hace cinco años, sufrí un accidente con mi familia. Íbamos a pasar un fin de semana en una casa rural. —Su voz sonó tan apagada y triste que enseguida entendí que aquello iba a tener un fatal desenlace.

—¿Tienes familia? —le insté a continuar.

—Sí, mi mujer y mis dos hijas. La noche anterior había dormido poco por preocupaciones del trabajo. Y en una curva debí quedarme dormido. El coche cayó por un terraplén y... —se detuvo, vi cómo sus ojos se empañaban. Extendí la mano para posarla sobre las suyas.

—Adrián, ¿murieron? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí. No se pudo hacer nada por mi mujer, murió en el acto. Mi hija pequeña luchó dos días más y la mayor, uno, pero ambas perdieron la batalla.

—Dios mío —murmuré con el alma desmoronada sobre aquella mesa. Le apreté la mano para transmitirle mis condolencias; Adrián tenía la mirada gacha y los ojos llenos de lágrimas, aun así, siguió hablando con la voz temblorosa.

—Yo estuve seis meses en el hospital en coma. Cuando me desperté y me contaron lo que había pasado, hubiera preferido no despertar jamás. Todo mi mundo se vino abajo de golpe, desapareció

bajo mis pies y perdió cualquier sentido. Las tres mujeres que más quería en la vida se habían ido y todo por mi culpa.

—Pero no es tu culpa. Fue un accidente —traté de redimirlo de algún modo, aunque suponía que eso no era muy posible, puesto que ese hombre cargaba con esa pesada lápida sobre los hombros.

Lo que me acaba de contar era terrible, me costaba incluso dar crédito a su historia, porque no me entraba en la cabeza que la vida fuera tan miserable. Era demasiado abrumador y doloroso. No tenía ni idea de por dónde había pasado ese hombre, pero entendía que debía haber sido una etapa tan dolorosa, que a duras penas había conseguido sobrevivirla. Adrián era un superviviente en todos los sentidos que pudiera tener esa palabra.

—Sí fue mi culpa. Andrea me decía que trabajaba demasiado y yo le contestaba que eso era lo que pagaba las facturas. Siempre estaba liado con mis negocios y con proyectos que después me di cuenta de que no eran lo más importante. Esa noche como siempre no descansé inmerso en mis asuntos, y ellas pagaron mi error.

—No te castigues más con eso, de verdad, son cosas que pasan. ¿Cómo se llamaban tus hijas?

—Cristina y Alexia. Cris tenía tres años y Alexia, siete.

—Lo siento mucho, Adrián.

No quería seguir hablando sobre aquello, entendía por qué le había costado tanto empezar, era una historia durísima. Sin embargo, tenía que saber qué tenía yo que ver en todo aquello.

—Tranquila, no pretendo que nadie se compadezca de mí. Vendí la empresa, la casa y todo lo que me recordaba a ellas, y empecé de nuevo.

—¿Y qué puedo yo hacer por ti?

—Tomar un café conmigo de vez en cuando, pasear, charlar.

Seguía sin comprender qué pintaba yo en medio de aquella historia y cómo podría ayudarle. Yo no era psicóloga ni coach, ni nada de nada, de hecho tenía para según qué cosas menos tacto que un cactus, pero ese hombre, por algún motivo que no podía entender, veía algo en mí. Algo especial. Era halagador de algún modo, nadie me había pedido nunca ser mi amigo, salvo en preescolar, pero siempre acababan por decirme que no *majuntaban*.

—¿Y cómo crees que te va a ayudar eso y por qué yo?

—Me ayuda, créeme, tú solo confía en mí.

—Sería lo mínimo después de la confianza que tú has puesto en mí ciegamente, pero entiende que no comprenda mi lugar en esta historia.

—¿Sabes lo que es la sincronicidad?

—¿Tengo cara de saberlo? —dije levantando mi cejita.

—Es una íntima conexión entre una persona y su entorno que, en determinados momentos, ejerce una atracción que acaba creando circunstancias que las hacen coincidir.

—¿No estarás metido en una secta y estarás buscando una doncella que sacrificar? Te advierto que no lo soy.

—Lo que menos deseo es cargarme a nadie más —dijo bajando la cabeza.

¡Por Dios, pero qué mete patas soy! Tenía el tacto en el puto culo, reconozcámoslo.

—Perdona, no quería decir eso.

—Estás perdonada. ¿Confiarás en mí? —repitió con una intensa necesidad de que así fuera.

No lo conocía de apenas nada y seguía pensando que era un hombre un tanto raro, pero su historia había conseguido calarme hasta las entrañas. Solo asentí.

Nos terminamos el café y Adrián me preguntó si me apetecía pasear un poco. Tuve que decirle que no, debía volver a casa y sacar a Flash a la calle, el pobre perro se estaría cagando vivo a

esas alturas, y si no, sería que habría minado todo el salón. Tenía que volver a mi casa cuanto antes, y sacar al perro o borrar en su caso cualquier rastro de que no lo había hecho, antes de que Clara volviera de correr.

—No puedo, lo siento. —Le sonreí triston—. Pero otro día sí. Apúntate mi teléfono, hazme una perdida y guardaré tu número. Te llamaré..., pronto —añadí para tratar de animarlo de algún modo.

Precaución, amigo follador ... (lililili)

Anduve hasta casa con aquello de la sincronidad revoloteando por mi mente, como si hubiera asistido de público al plató de *Redes*. ¿Qué ñoquis quería decirme Adrián con esa palabreja? Su historia me había dejado muerta (entiéndase aquí el sentido figurado de la expresión, no soy muy de humor negro). Pero ¡cuánto dolor debía haber procesado ese hombre durante cinco años cargando con la culpa del fallecimiento de su mujer y sus dos hijas?! Era agotador incluso ponerse en su pellejo durante unos breves instantes. Pobre hombre.

Abrí la puerta y Flash vino a recibirme con el culo encogido. Hice un barrido *terminator* por todo el suelo del salón y no vi montículos sospechosos, así que decidí sacarlo y que desahogara su trasero perruno.

Paseamos por la calle sin más (más que lo esperado en el caso de Flash) durante un buen rato y seguía sin poder quitarme de la cabeza a Adrián y su terrible historia. Ahora lo sentía de otra manera, ya no me parecía tan raro..., o sí, pero me conmovía su tristeza infinita y quería ayudarlo, de algún modo, no sabía bien cómo, pero quería ayudarlo a sobrellevarla.

Cuando volvimos a casa, Clara todavía no había llegado. ¡Qué raro! Habían pasado casi cuatro horas desde que me había dicho que se iba a correr (aunque no del modo que a ella le hubiera gustado) y pensé, que a su ritmo y por el tiempo transcurrido, estaría ya cruzando la frontera de Euskadi para apuntarme a un concurso de *irrintzis*, fijo. La muy bruja. Cada vez que le venía a cuento sacaba a relucir lo de mi eructo apestoso..., pero sabéis que os digo, que a mí *plin*. Ni ese maldito hedor ni ningún baile sacado de cómo entrenar a tu robot podía resquebrajar ni un ápice la felicidad que sentía cuando pensaba en Diego (ojitos de encandilada).

Fui a la cocina a reponerle el agua a Flash, que venía desencajado de tanto tirar de la correa, y yo me serví un vaso. Me lo bebí de un trago y me encaminé a mi habitación. Tenía que llamar a Sofía y quedar para esa noche, y según el plan pensar en qué ropa iba a ponerme. Saqué el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros mientras me acercaba al armario a mirar, si no encontraba nada decente, quizá podría hacer una ruta por los contenedores del barrio de Salamanca a la busca de alguna buena ganga.

—¿Diga?

—Hola, Sofía, soy Marta, te llamo para concretar lo de esta noche.

—¿Qué es lo de esta noche? —dijo como si no esperase mi llamada.

—¿Lo has olvidado? Habíamos quedado para salir las tres con Clara, mi amiga.

—Pues lo siento, pero no podemos. Cambio de planes. Catalina y yo vamos a un concierto. Nos veremos el lunes. —Y colgó sin más, dejándome con la palabra en la boca.

¡Pero qué hijas de *pupu*, las Ariscogatas de las narices!

Esa tiparraca estaba más picada que la uva del vino Don Simón. El lunes debía tener una conversación con ella para aclarar qué ñoquis les pasaba por la cabeza a ella y a la otra.

Aún tenía el teléfono en la mano cuando escuché el traqueteo de la puerta.

Era Clara con la cara más roja que un pimiento morrón.

—¡Cómo has tardado!

—¡Me ha pasado algo increíble!

Increíble era haber corrido cuatro horas y quince minutos y no estar muerta.

—Cuéntame.

—A mitad del recorrido... —paró para insuflarse aire—, he tropezado con una piedra y me he pegado un morrazo importante.

—¿Te parece increíble caer cual morsa en medio del parque?

—No, tonta. Calla y escucha. Se ha parado un chico guapísimo y superamable a socorrerme. Se llama Pedro.

—No me digas más —la corté con los ojos desorbitados—. Os han cogido para el casting del musical de *Heidi*.

—Ja, muy graciosa, pero no. Me ha visto tan condolida, que me ha ayudado a levantarme y me ha invitado a un Aquarius y media tostada con jamón. Hemos conectado muy bien, supermajo, ¿sabes? Y ha quedado en llamarme.

—¿Y has venido corriendo hasta casa para quemarlo, me equivoco?

—No, pero ¿no me vas a decir nada sobre el tío? El destino lo ha puesto delante de mis narices.

—Ha sido una piedra, pero sí, es fantástico, Clara. —Levanté la mano para que chocara los cinco.

—Vaya, pues sí que te alegras por mí —me repuso con ironía.

—Me alegro, me alegro, pero aún es pronto para cantar victoria, ¿no crees?

—Pues muchas gracias. Pero todo es empezar.

Me encogí de hombros.

—Joder, que sí, que me alegro, que seguro que te va a llamar Pedro y podréis correr como gacelas por los campos floridos.

—Bueno. —Clara me dio por imposible—. ¿Y tú qué has hecho? Recoger la casa ya veo que no —me regañó pasando la vista por el salón.

—He salido a pasear un rato..., a mirar escaparates. —No quería decirle la verdad, sabía que iba a poner el grito en el cielo y dejaría de hablarme con secuencias de palabras mayor de una—. Luego he llamado a Sofia para concretar lo de esta noche y la muy imbécil ha anulado nuestra quedada de muy mala manera.

—Ya te dije que no entendía para qué querías quedar con esas dos.

—Bueno, el caso es que estaba pensando en llamar a Diego y hacer una cena aquí los tres. Podemos pedir algo de comida china, preparar unos cubatitas. Me gustaría que os conocierais más si va a frecuentar nuestra casa.

—Me parece bien.

—Hecho, voy a darle un toque.

Diego no me defraudó, aceptó de inmediato. La verdad es que me apetecía mucho ver cómo fluía con mi amiga. Era un aspecto muy importante a tener en cuenta si pretendía tener una relación conmigo. Pero había otra cosa que solucionar. Esa noche no pensaba dejarlo ardiendo en llamas, como una estufa de leña, e iba a invertir una parte del pequeño presupuesto que me quedaba en comprar condones, y no unos condones marca Sexipil en el pakistaní de la esquina (me gustaba escatimar en moda pero no en precauciones sexuales).

Clara se dio una ducha rápida y salimos a la calle, agarradas del brazo como dos abuelas, a quemar Madrid y lo que quedaba de la mañana. Nos encantaba callejear y eso hicimos un buen

rato. Estuvimos rondando por la plaza Mayor y el Mercado de San Miguel, que se ponía imposible de gente los fines de semana, y Clara me invitó a un bocadillo de calamares. Fuimos comiendo mientras andábamos calle arriba, barridas por la marabunta de turistas que parecían salir de debajo de las piedras en hora punta, mientras nos reíamos de chorradas. Cuando llegamos a Sol, Clara se detuvo.

—¿Dónde quieres ir ahora?

—A Condom Shop de Gran Vía.

—Entiendo, esta noche me toca aporrear me las orejas otra vez.

—Exacto. Cuando cobre te pagaré un masaje de cartílago.

—¿Eso existe?

—No lo sé, pero por ti se inventa si hace falta. —Le di un beso en la mejilla y caminamos calle Preciados arriba. Clara era lo que se dice una muy mejor amiga.

Las horas pasaron y la noche cayó en nuestro barrio. El cielo contaminado de Madrid parecía haber dado una tregua y las estrellas se habían abierto camino ante mis ojos. Me estaba poniendo muy poética, o patética, según se mire, pero el amor había llamado a mi puerta, y no de forma metafórica. Acababa de sonar el timbre y yo esperaba a que Diego subiera mirando por la ventana de manera enigmática.

—¿Qué haces ahí como una interna de psiquiátrico? Puedes abrir al repartidor del chino.

—Creía que era Diego.

—Pues no. Tengo que ir al baño. En la encimera he dejado dinero.

Mi gozo en un pozo.

—*Chon doche con chincuenta.* —Ni un mísero *hola*.

—Aquí tienes. —Le entregué un billete de veinte, nuevecito por cierto, y se quedó mirándolo fijamente.

—Este billete no es bueno.

—¡Pero qué dices! Es un billete bueno bueno. —Cogí la mano del señor con casco insertado y la zarandeé para que comprobara la movilidad y veracidad de ese billetito.

—No ser bueno, *señolita*. Soy chino, pero no gilipollas.

—Y nosotras no somos ningunas ladronas que vamos estafando ciudadanos internacionales. Este billete es muy muy bueno, mi amiga es dentista, no falsificadora de billetes.

—*Señolita*, págume con otro o me llevo la *comila*.

El osado repartidor me arrebató la bolsa de la cena, que ya había engolosinado mis narinas, no atrofiadas para ciertos aromas, en especial los de comida.

—No pienso dártela, es mía, mía.

El jodido repartidor, a pesar de estar más flaco que una sombra de alambre, parecía estar entrenado en coger bolsas de pollo Kung Pao con una mano y el teléfono con la otra.

—Voy a llamar a la *polisía*, *señolita*.

—No vas a llamar a nadie y, además, te va caer una puntuación negativa que te vas a cagar.

—No existe eso.

—Ya lo creo que sí. En su App se puede puntuar el servicio y este ha sido incompleto.

—De eso *nala*, *señolita*. Yo *cumplil*, usted no. Ese billete es falso y usted *quiele dalme* gato por *lieble*.

—Eso es lo que se dice precisamente de ustedes. —Levanté el dedito hacia el repartidor.

—¿Qué dicen? —Alzó airado el mentón.

—Que dan gato por pollo.

—Eso es *mentila podlida*. Falso como su billete.

La discusión de merluzos se estaba calentando cuando Diego, por arte de magia, apareció en el rellano.

—¿Qué está pasando?

—Usted ha *tlaido* compinche. —Estrechó todavía más los ojitos mirando a Diego.

—Debería aflojarse el casco, no riega con claridad. —Solté la bolsa hastiada de forcejear con él.

—O me paga la comida o me la llevo —dijo guardando el móvil. Mis forcejeos habían complicado que llamara al final a la policía.

—¿Por qué no quieres pagar la comida? —Diego se me quedó mirando extrañado. Eso no debía parecerle tan encantador.

—Sí quiero, pero dice que este billete es falso.

—Y lo es —dijo tras examinarlo.

Vale, yo estaba más tiesa que una camisa almidonada y Cara estaba tardando mucho en el baño. No era conveniente abrir la puerta y sorprenderla liberando a Willy.

—Yo lo pagaré —dijo Diego al ver que no reaccionaba.

—Lo siento, te devolveré el dinero.

—No seas tonta, no es nada.

—Quédese el cambio —le dijo tras entregarle quince euros verdaderos como el amor por ese hombre que empezaba a aflorar en mi fuero interno.

—*Grachias*. —El cabezón de ese hombrecillo se agachó para despedirse y me vi tentada de darle un golpetazo en la cocorota del casco, pero lo no hice. Menudo mal rato me había hecho pasar.

—¿Cómo sabías que es falso?

—Por la marca de agua y el tacto.

De acuerdo, hacía tanto que no veía un billete que me hubieran colado pan duro por queso. Debía instruirme en el reconocimiento del capital si no quería meter la pata en el centro de masajes. ¿Impartirían cursos en el Banco de España? Tenía que mirarlo.

—He escuchado mucho jaleo..., me ha dado un apretón gordo y no veas lo mal que lo he..., ¡Dieeegooo!, pero qué alegría más grande tenerte aquí. —A Clara se le fue deshinchando la voz a medida que se le desfiguraba el careto.

—Vaya par estáis hechas —dijo él soltando una carcajada—. Hola, Clara, yo también me alegro de verte de nuevo.

—Sí, mucha alegría. —Mi amiga tenía los carrillos más encendidos que el palco de la virgen de la Macarena.

—¿Tenéis hambre? Yo sí, iré a por unos platos. —Clara necesitaba escabullirse y refrescarse deprisa. Salir del baño anunciando alegremente que te has dejado el ano para una reconstrucción con injertos de piel, no era el mejor recibimiento para un invitado.

—Sois muy divertidas. ¿Siempre hacéis estas cosas?

—No son aposta —dije dejando caer mi culo en el sofá. Palmeé el asiento de al lado para que tomara posiciones.

—Eso ya me lo imagino. Pero no me disgusta, me encanta la gente auténtica —dijo mientras se sentaba muy cerquita.

—Y a mí los billetes auténticos, menudo bochorno.

Se echó a reír y yo me contagié.

—No tenías por qué saberlo. Le puede pasar a cualquiera.

En eso tenía razón, pero ese cualquiera casualmente siempre era yo.

Clara apareció con unos platos y unos tenedores y colocamos todo sobre la mesa centro.

—¿Cómo os ha ido el día, chicas? —Diego sorbió un tallarín.

—Clara me ha abandonado porque se ha ido a correr y yo me he quedado en casa.

—Pero ¿no me has dicho que has ido a caminar y a ver escaparates?

—Bueno..., sí, eso también —disimulé. En el fondo no soy muy buena mentirosa y creo que se me notó un poco.

—Pero entonces, Marta, ¿qué es exactamente lo que has hecho? —preguntó Diego mirándome curioso.

—Está bien, en realidad he estado en casa, pero he ido a tomar un café con un amigo.

Diego paró en seco el tenedor antes de metérselo en la boca y Clara me miró enfadada.

—¿Marta, no habrás quedado con el loco del masaje? —me preguntó mi amiga.

—Sí, al final sí, no quería decírtelo para que no te pusieras así. —Hice una mueca remilgada.

—¿Así como? —me regañó.

Diego volteaba la cabeza de un lado a otro para intentar seguir nuestra conversación.

—Pues gruñona y en plan madre.

—Perdón, eoooo, estoy aquí. —Diego nos saludó con la mano—. ¿Quién es el loco del masaje y cuándo hemos quedado en que podíamos ver a otras personas?

—Diego, no desvaríes. Es un señor adulto, que es cliente de mi trabajo, y un día quiso que yo le diera un masaje, pero no lo hice..., me siguió hasta mi casa y..., joder..., el hombre ha pasado una mala experiencia y le gustaría contar con mi amistad. No hay nada de raro en eso. Además, no sé en qué punto estamos y lo de poner límites no es algo que me guste. Puedo tener amigos, y tú también —dije engrescándome.

—¿Que no hay nada malo? —intervino Clara—. Marta, analiza todo eso que has dicho y encontrarás muchas cosas raras.

—Sí, Marta, a mí tampoco me ha sonado normal lo que has dicho. ¿Un señor mayor que te pide que le hagas masajes, te persigue y luego quiere ser tu amigo? —dijo Diego confuso—. Es raro de cojones.

—A ver, no saquéis las cosas de lugar. Adrián es una persona que ha pasado una situación muy trágica en su vida, perdió a su mujer y sus hijas en un accidente y, por alguna razón que todavía no comprendo, se ha fijado en mí, porque le inspiro confianza y necesita apoyo.

—Marta, estás loca y lo sabes. Ese Adrián está chalado y solo te digo que te andes con pies de plomo —me advirtió Clara muy seria.

—Clara tiene razón. Por favor, cariño, te pido que tengas cuidado con ese tipo. Es muy bonito que quieras ayudar a los demás, pero desde luego hay algo raro en ese hombre —comentó Diego con voz dulce.

—¡Es la primera vez que me llamas cariño! —Lo miré asombrada, quizá era demasiado pronto. Pero el amor era así de imprevisible y loco, tanto como yo.

—¿Te molesta? —dijo ruborizándose. ¡Qué mono era, por favor!

—No, qué va, me encanta —le aseguré derritiéndome cual medusa al sol.

—Es que tú eres *mi cariño*, pero si no quieres...

—Calla, tonto. ¿Lo dices de verdad?

—Pues claro. —Diego se acercó para darme un piquito, luego nos miramos con ojos tiernos durante unos segundos antes de fundirnos en un señor morreo de unos cuantos minutos.

—Perdón, eoooo, estoy aquí —nos interrumpió Clara saludándonos con la mano.

—Perdona. —Ambos nos encogimos de hombros con cara de no haber roto un plato en la vida.

—Voy a necesitar muchos gin-tonics esta noche para aguantaros —comentó ella con una mueca de asco antes de llenarse la boca con arroz tres delicias.

Pasamos una buena noche (yo más, ahora os explico). Por supuesto volvió a salir a relucir mi famoso eructo digno de un cabestro y mi improvisada actuación en el concurso de fanes de Iván y su jodida *Mujer telenovela*. Nos reímos como locos mientras engullíamos gin-tonics e incluso bailamos frente al videoclip rememorando el momento apoteósico de brazos extendidos emulando a un ave rapaz planeando sobre el viento.

Clara estaba en su salsa, hacía tiempo que no la veía tan suelta y feliz, tanto que no veía la hora de retirarse a sus aposentos, y yo con unas ganas (ganas de ya sabéis qué). Así que cuando el reloj marcó las doce, lo mismo que Cenicienta, anuncié que la velada había llegado a su fin.

—Nooo —dijo ella con morritos lastimosos—. Solo una más. Aún no hemos bailado *Mil campanas*.

—Mañaana —le dije, empujándola hacia su habitación sin contemplaciones.

—Claro, como vosotros vais a tener fiesta en *petit comité* —refunfuñó por lo bajini antes de que le cerrase la puerta en las narices.

—Me sabe mal —dijo Diego mirando tristemente hacia la puerta cerrada.

—A mí no. Tenemos un asunto pendiente, *cariño* —le dije seductora agarrándolo de la pechera.

—¿Y cuál es ese asunto tan pendiente? —Diego se dejó arrastrar pasillo arriba.

—Uno muy urgente —le aseguré abriendo mi puerta.

—A ver. —Diego empezó a besarme el cuello, estremeciéndome entera.

—Lo vas a ver enseguida —dije andando con él pegado hasta la cama. Me di la vuelta y lo empujé sobre el colchón. Diego me lanzó una sonrisa canalla y trató de apresarme, pero me aparté y abrí el cajón de la mesilla.

—¿Qué tienes ahí?

Levanté la mano y le enseñé la caja.

—¿De veinticuatro? —Abrió los ojos de par en par.

—Y de colores y sabores variados. Los llaman la macedonia del placer, son comestibles. — Hice el ademán de una tigresa rugiendo y le eché la zarpa.

Diego se echó a reír.

—Me pones muchísimo, Marta. Estoy deseando empezar esa caja.

—¿Y terminarla? —Arqué una ceja.

Diego alzó una ceja a su vez para responder.

—¿Esta noche?

—La noche es muy larga, Diego, y tengo una necesidad muy grande aquí —le dije tocándome la chochetilla por encima del pantalón.

—Y yo igual, ayer no me explotó de milagro —dijo echándose mano al paquetorro y apretándose un poco.

—Lo siento mucho, pero hoy vamos a ponerle mucho remedio —dije acercándome mientras hacía bailar la caja de condones en mi mano. Se la lancé sobre el regazo y Diego la agarró y la estudió por unos instantes.

—Has acertado con la talla.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso —le dije lanzándole una mirada golosa a su entrepierna tamaño L y me senté a horcajadas sobre sus muslos.

Nadie es perfecto

Diego pasó la noche en mi casa y, para vuestra información, también dormimos tras caer desfallecidos más allá de las dos después de tres polvos seguidos, aun así me desperté pronto, no serían ni las nueve. Mi *cariño* seguía dormido como una marmota y lo dejé descansar para que recuperase energías, pues le iban a hacer falta, os lo digo yo. Esa caja de veinticuatro tenía que caer a lo largo del día. ¿Ninfómana? No, perdonad, necesidad. Lo mío era necesidad. Mi vagina estaba tan hambrienta como mi estómago.

Yo también necesitaba recuperar fuerzas y me levanté para prepararme un *colacao*. Clara estaba en la cocina desayunado su acostumbrado café.

La saludé con voz ronca y un tanto resacosa.

—Buenos días.

—Buenos días, leona. ¿Qué tal con míster entrenador —levantó una cejita— o mejor dicho, empotrador? —Se echó a reír.

Cerré los ojos suspirando y me dejé caer en una silla.

—Madre de Dios. Fue estupendo, maravilloso... Me encanta Diego en todos los sentidos. No se puede pedir más.

—Qué envidia me dais. Ojalá me pase a mí lo mismo que a ti.

—Y te pasará —le aseguré apretándole la mano—. ¿Ayer no conociste a un guapísimo y amable chico?

—Sí, Pedro, pero no creo que me llame. —Su mirada se entristeció—. Mi mala suerte me acompaña como una sombra oscura.

—¿Por qué eres tan negativa, Clara? Vive, ríe, canta y verás como todo va mejor. —Me levanté para servirme un *colacao* calentito y regresar deprisa a la habitación.

—¿No fue eso lo que hicimos ayer hasta que me mandasteis a la cama?

—Porque tenías cara de cansadita. Lo hice por ti, porque te quiero mucho...

Clara se echó a reír.

—¿Qué pasa? —le pregunté extrañada.

—Más bien lo hiciste por ti, egoísta, pero me alegro de que al menos una de las dos esté feliz.

Era cierto que estaba feliz, radiante diría incluso, pero también era verdad que Clara tenía muchos motivos para serlo también. Tenía una buena profesión, un trabajo que le encantaba, dinerito-dinerito de sobras, una amiga estupendísima como yo, unos papis que le hacían de colchón. No todo en la vida era el romance, pero había que reconocer que a Clara en ese aspecto las cosas no le iban bien. Sin embargo, tenía muchas razones por las que estar agradecida y ser positiva. Pero no lo era. Para nada. Ella solo veía lo malo.

Me la dejé en la cocina sumida en sus pensamientos tristes y negativos y entré de nuevo en mi habitación. Diego seguía dormido, completamente desnudo pero tapado con el edredón.

Ya sabéis que la noche nos confunde..., a ver, no me voy a desdecir ahora, Diego calzaba buen

pie, pero en la penumbra no había podido ver con claridad ese cuerpo fantástico que le sustentaba la osamenta. Levanté un poco el edredón para meter la cabeza debajo y verlo en todo su esplendor.

¡Dios! Era perfecto. Cada músculo estaba definido, esculpido en su cuerpo tan duro como el acero, y ¡qué culo, por favor! ¿Se podía estar mejor hecho? Daba gusto mirárselo y tocárselo y...

¡Joder!

Abrí los ojos a más no poder y me tapé la boca para ahogar una carcajada.

¡Vaya pedaco!

Él, tras soltar aquel engendro etéreo de metano puro con pinceladas de azufre, seguía dormido tan campante. Mi *cariño* era como todos, al fin y al cabo, humano, y su duro culo había soltado una ventosidad de tal calibre que de haber estado más cerca seguro que me habría despeinado el flequillo y dejado KO la pituitaria.

No sé por qué motivo me quedé paralizada (tal vez fue el fuerte impacto), con la cabeza bajo el edredón, respirando angustiada como si llevase una bolsa de plástico puesta. ¡Dios mío! Pensé que iba a desmayarme dentro de aquel horno holandés hasta que conseguí quitarme de encima el edredón, dejando a Diego completamente expuesto.

Él se despertó de golpe y, con un ojo cerrado, me miró con el otro. Sonrió muy mono, ajeno a que había estado a punto de asfixiarme con su arma cloacal.

—¿Qué pasa, cariño?

Que casi matas a tu *cariño*, eso pasaba.

—Perdona, no quería destaparte así de bruta —me disculpé.

—¿Seguro? —Se acomodó de costado sonriendo golfo, enseñándome su otra arma cargada y lista para un cuarto combate cuerpo a cuerpo, pero yo de momento no tenía el cuerpo para jotas. Todavía estaba recuperándome—. ¿Tienes mala cara? ¿Te ocurre algo? —dijo preocupado.

—Estoy un poco mareada —disimulé.

—¿Y eso? —Se incorporó para acercarse y hacerme una revisión facial.

Y a ver cómo le iba a decir: «*Cariño*, es que te has tirado un pedo que olía a col china, mientras te estaba observando debajo del edredón, y casi me muerdo». Casi que mejor le decía otra cosa.

—Me he debido incorporar de la cama muy rápido —improvisé.

—Voy a traerte agua. —Se puso deprisa los pantalones y salió de la habitación.

Volvió poco después con un vaso y una sonrisa dulce. ¡Era para comérselo!, a pesar de lo que era capaz de hacer con su culo.

—¿Estás mejor? —me preguntó Diego tras obligarme a beberme el agua.

—Sí, estoy bien. No ha sido nada. Gracias, cariño. Eres un amor.

—¿Eso es una canción, lo sabías?

—¿El qué?

—Eso de..., *cariño*. *Eres un amoor. Cariño*. *Pintas en color... Eres una obra de arte. Con solo mirarte. Algo que da paz. Cariiiño*. *Eres un amor. Cariiiño. Quiero tanto devorarte...*

¿Era posible que tuviera a ese hombretón de carnes fuertes, pecho pulido descubierto y cabello de querubín cantándome al borde de la cama como una cupletista?

—Es bonita.

—Es un poco cursi —reconoció—, pero me gusta. Es de Marías.

No sabía de qué María me hablaba. ¿María del Monte, María Jiménez, María Dolores Pradera, María Isabel...? Joder, ahora que lo pensaba, el mundo del cante estaba lleno de Marías. No sé,

tal vez, eran todas ellas cantando juntas a capela.

—No la conocía, pero seguro que me gustará escucharla contigo. Eres muy romántico, Diego, y eso es algo que me encanta de ti. Eres muy especial y me gustas mucho.

—Y tú a mí —dijo acercándose para besarme y empezó de nuevo a cantarme mientras me rondaba la oreja con la boca—: *Eres una obra de arte. Con solo mirarte. Algo que da paz. Cariiiñooo. Eres un amoor. Cariiiñooo. Quiero tanto devorarte...*

Admitámoslo, me estaba poniendo muy caliente. Su voz resonando en mi oído, su nariz cosquilleando en mi cuello, su mano subiendo por mi pierna. Tsunami de sensaciones.

—Quiero mirarte, ¿por qué no te quitas esta camiseta para que pueda verte bien? —me preguntó ya tirando del borde hacia arriba.

—Ya lo haces tú por mí —susurré excitándome mucho.

—Quiero mirarte. Eres una obra de arte.

—¿Y quieres devorarme?

—Mucho, quiero devorarte entera —asintió echando mi camiseta sobre la mesilla y empezó a hacerlo. Despacio. Tomándose mucho tiempo en cada escondite de mi cuello, mi escote, mis pechos, mi estómago y siguió bajando mientras su mano se abría paso entre mis muslos.

En la siguiente hora cayeron dos condones más, uno de chocolate y otro de mango. Diego estaba en forma y esa cualidad suya era algo que llevaba en extremo a la cama. Como un campeón. Dejaba el pabellón bien alto y de mi boca no salía ni una sola queja, todo lo contrario, podría estar haciéndole vótores cada vez que me empotraba haciendo rebotar el cabecero contra la pared, y lo hacía, creedme, enfebreciéndolo todavía más. Él ponía una entrega cada vez que me daba y yo recibía, recibía y me iba, me iba. ¡Qué gloria bendita!

—¿Te apetece hacer algo en especial hoy? —me preguntó tras ducharnos, los dos juntos, para ahorrar agua, ya sabéis.

A mí la idea de quedarme remoloneando en casa y sacarle partido a mi inversión de capital en protección sexual me parecía un plan fantástico para pasar el domingo, pero si él tenía otro mejor, habría que escucharlo.

—A ver, depende, ¿qué propones?

—¿Has ido alguna vez a Prada a Tope?

—He pasado por la puerta como mil veces, pero nunca he entrado.

—Pues hacen un cocido madrileño que está para morirse. —Diego cerró los ojos en un gesto de placer.

—¿Llevará garbanzos? —indagué pensando en que las legumbres eran caldo de cultivo de bufas asesinas, algo que quitaba todo el glamur a primer *puf*, y me reí.

—¿Es que no te gustan los garbanzos?

—No mucho, pero suena bien. —Volví a reírme recreando en mi cabeza el sonido de su ventosidad mañanera.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Me miró sonriendo todo inocente.

—Nada, estaba pensando en un chiste de mi curro.

—Cuéntamelo.

—No, no te haría gracia.

—Bueno, lo que tú quieras. —Diego se encogió de hombros.

—Vamos a ese sitio si tú quieres. Llevo tiempo sin comer cocido —dije animada.

La idea de comer cocido no me entusiasmaba en absoluto, el cocido pues está bueno, pero yo era más de guarrerías, ya lo sabéis. No obstante, si él quería ir y hartarse a garbanzos flatulentos, haría el esfuerzo (y soportaría con amor ciego después las consecuencias). Así es el amor, no solo

recibir, también dar. No era tan egoísta, ¿lo veis? Pero tenía que aclarar un punto importante. Algo que me daba bastante vergüenza y me acaloraba las mejillas.

—Diego —le dije mientras observaba cómo se ponía la camiseta de espaldas a mí. Me acerqué un poco y hundí la nariz en su omoplato, que es más o menos por donde le llegaba mi cara.

—¿Otra vez quieres?

—Estaría todo el día dándole que te pego —reconocí sin pudor.

Diego se echó a reír y yo me impregné del sonido de su risa y del perfume de su camiseta.

—No es eso..., tengo un problema de fondos —aclaré.

—Pensaba que el problema de tus fondos ya estaba arreglado —bromeó él volviéndose para rodearme con sus brazos. Mmmm, qué gusto. Estar envuelta por un hombretón del tamaño de Diego era un placer extrapolable a un masaje relajante sobre una manta eléctrica.

—Esos fondos están cubiertos de momento, pero... —chasqueé la lengua incómoda por tener que decirle aquello a Diego. Era mi *cariño*, pero desde hacía muy poco—, ¿sabes? La verdad es que estoy en números rojos. Mi último dinero me lo gasté en los condones de colores.

—Buena inversión —se rio.

—Sí, y hay que amortizarla —asentí riendo.

—Lo haremos.

—Bueno, ¿me has oído? —Alcé la cara para encararla con la suya.

—No tienes un duro.

—Ni uno —dije con la voz chiquita, apenas imperceptible.

—No pasa nada, pensaba invitarte. Ya verás qué rico está todo.

—No quiero que siempre me estés invitando, ya lo has hecho las otras veces. Ahora trabajo y pronto estaré montada en el dólar como Tío Gilito.

—Me gusta invitarte, ya sabes que soy un hombre un poco chapado a la antigua.

—Y te aseguro que eso es algo que me encanta de ti, pero yo no, bueno..., no en ese sentido, quiero decir que no me gusta que me vayas pagando todo siempre.

—Lo entiendo. Me parece bien. Hoy pago yo y ya pagarás tú otro día.

—También podemos quedarnos en casa y no gastar —le propuse.

—¿Y no comer?

—Bueno, en algún momento tendremos que comer —reconocí.

—Venga, salgamos a pasear por el barrio de las Letras, que nos dé el aire un poco, comemos en Prada y luego si quieres volvemos y quemamos la comida.

—¿No pensarás obligarme a hacer una tabla de ejercicios? —bromeé pasando el dedo por la curva de su bíceps.

—Más o menos, pero esta te gustará.

Puse los ojos en blanco y gemí.

—No me digas esas cosas, Diego, que me caliento, y pierdo el norte rápidamente.

Sofía es una arpía

El domingo fue como estar en una nube. Paseamos por el centro de Madrid agarrados, besándonos cada tres pasos, comiendo cocido y cecina muy rica, charlando de nuestras cosas y follando hasta hartarnos (yo también tenía un límite), cayendo tres condones más de la caja de colores: manzana, fresa y naranja, y dormimos de nuevo juntos, abrazaditos como se duerme al principio haciendo la cucharita.

Era pronto para saberlo con certeza, pero creo que en ese momento ya estaba enamorada hasta las trancas de Diego. Me había devuelto la ilusión, me había insuflado una buena dosis de autoestima y me hacía creer que mi forma de ser loca era encantadora. Él sí que era un encanto y yo estaba encantada.

Así que cuando llegó el lunes y tuve que bajarme de la nube a trompicones, me entró un bajonazo del copón. La emoción que había sentido las dos últimas semanas por levantarme e ir al trabajo se había esfumado, llevándose ese sentimiento de empoderamiento que me hacía creer que el primer día de la semana era un precioso viernes por la tarde. No me apetecía nada tener que ir y mucho menos encontrarme con las Ariscogatas. Me habían dejado plantada el sábado con toda su mala leche y aunque Diego me había ayudado a no pensar en ello, de nuevo tenía que enfrentarme con sus caras y sus comentarios mezquinos.

Nos despedimos a las siete, cuando sonó el despertador y él salió pitando hacia su casa para cambiarse e ir a trabajar. Yo hice un rato más de perlita envuelta en el edredón y estiré el sueño hasta las nueve.

Llegué al centro de masajes a mi ritmo. Tenía el humor por los suelos y ya no me apetecía darme prisa como si fuera a heredar la empresa. Comprobé la hora antes de entrar y solo pasaba un minuto de mi hora.

Berta estaba en la recepción tan bien arreglada y perfumada como siempre. O se maquillaba antes de dormir y se ferulizaba la cara, o se levantaba al alba para empezar la chapa y pintura, una de dos.

—Buenos días, Marta, ¿qué tal el fin de semana con las chicas?

—No ha habido fin de semana con las chicas. Sofía anuló la cita.

—No me digas, ¿por qué? —pareció sorprenderse, no debía conocerlas tan bien.

—Por lo visto se molestó conmigo por una conversación que tuvimos el viernes, nada importante que no se pueda arreglar.

—Eso espero, no quiero un mal ambiente de trabajo —dijo ladeando la cabeza en plan madre—. Por cierto, ¿puedes llamar al señor Expósito? No ha vino ni llamó la semana pasada y quizás le haya pasado algo.

—No creo que le haya pasado nada. —Sabía de buena tinta que estaba en perfectas condiciones, pero no iba a extenderme en explicaciones.

—Insisto, me gusta estar pendiente de mis clientes. Es una forma de fidelizarlos. —Las mejillas se le habían encendido como dos pirulos de ambulancia, su colorete habitual había

subido dos tonos, que no era lo que se dice discreto.

Deduje entonces que a Berta ese hombre le gustaba y no era difícil que así fuera. Adrián era atractivo, muy atractivo. Mi yo curioso dudó si formular la pregunta a mi jefa, pero era más rápido que yo y se adelantó verbalizándola.

—Berta, ¿te puedo hacer una pregunta personal?

—Hazla y veré si puedo contestarte.

—¿Te gusta el señor Expósito?

—Pero ¡qué dices, chiquilla! No, para nada. —Berta estaba más roja que un guiri en Mallorca.

—Siento ser tan directa, pero nunca me has pedido que llame a un cliente para saber cómo está. Se nota que te preocupas por él.

—De acuerdo, vale, no puedo negar que es un hombre atractivo y que tiene un sintomático misterio, pero eso no significa que me guste.

—Sí, lo es, estoy de acuerdo contigo, pero...

—Está bien, Marta, vamos a trabajar. Avisame cuando llegue mi primer cliente, y no hace falta que llames al señor Expósito, puedo hacerlo yo misma. —Cortó aquella conversación por la vía rápida. Yo lo tenía claro clarinete, ahí había tema.

No era preocupación, ahí había cierta devoción y ganas de tocarlo mientras se le ponían los ojos en blanco mientras él no pudiera verla. Y no la culpaba, cada una se resarce de la manera que puede. Contarle que Adrián y yo manteníamos una relación fuera del trabajo, hubiera generado aún un peor ambiente laboral, además de infundado la idea en su cabeza de que me lo estoy beneficiando.

¿Debía comentarle a Adrián que Berta estaba interesada en él? No era de mi incumbencia, pero ese hombre estaba falto de un cariño que yo no estaba capacitada para darle y Berta era una mujer atractiva, más o menos de su edad, que podría quitarle parte de esa pena de un plumazo. Pero ¿quién era yo para meterme en medio?

Después de cambiarme mientras elucubraba todas esas ideas rocambolescas, imaginándome a Berta sobre Adrián gozando como una perra, Sofia y Catalina hicieron acto de presencia, tarde como siempre, y sin ninguna reprimenda por parte de la jefa. Eran las niñas bonitas de la casa y se aprovechaban de eso.

—¿Qué tal el concierto? —pregunté con un tono jocoso más que evidente.

—¿Qué concierto? —dijo Catalina antes de que Sofia le propinara un codazo en las costillas.

—No sé, que te lo diga Sofia. —Le eché una mirada cargadita de sarcasmo y un poquitito de odio—. Pero ¿qué te pasa, Sofia? No somos unas crías. Salgo con el ex de tu hermana, ¿y qué?

—No, guapita, ¡te has metido con mi hermana y la has llamado mentirosa! Eso es lo que pasa. A quien metas en tu cama no es asunto mío.

—Yo no he llamado mentirosa a nadie, eso no ha salido de mi boca. Tengo derecho a forjarme la opinión que yo quiera sobre según qué cosas y personas. Es más, mi relación con Diego forma parte de mi vida personal y veto ese aspecto de mi vida entre tú y yo. Estamos saliendo y me gusta aunque a ti te moleste. El pasado es pasado y cada uno a sus asuntos.

—Tranquila, que así será. —Se marchó con aires de superioridad, como si yo hubiese dicho alguna tontería.

Catalina había estado atenta a la conversación con su prudencia habitual.

—Marta, pero ¿qué ha pasado? Sofia me llamó el sábado diciendo que tú habías anulado nuestra cita, pero no hemos ido a ningún concierto.

—Yo no he anulado nada. Me hacía incluso ilusión, pero que mi novio sea el ex de su hermana le sienta como una patada en el culo. Ya se le pasará.

Catalina asintió sin decir nada más y se marchó pasillo arriba.

Acababa de descubrir el lado macarra y manipulador de Sofia. El día del fatídico accidente con el señor Ronaldo, había podido intuir que todo era una treta por su parte, y ahora lo había confirmado. Pero lo más rastrero era arrastrar con ella a la pobre Catalina.

Sofia me estuvo prácticamente evitando durante todo el día, algo que agradecí, las cosas entre nosotras estaban en un punto de no retorno y no era necesario ser amigas, tan solo compañeras.

Diego me fue *wasapeando* durante el día lo que aportó un puntito de alegría a ese lunes hostil.

Me echaba de menos. Me decía tantas cosas bonitas y románticas que me lo iba a terminar creyendo y todo. En uno de tantos mensajitos me prometió que vendría a casa después del trabajo. Así que cuando se hizo la hora de volver a casa, me di prisa por salir y llegar cuanto antes. Ni un accidente de camión de dónuts esparcidos en el pavimento delante de mí lograría detenerme. Así estaba yo de emocionada y ansiosa por verlo de nuevo.

En casa, Clarita estaba en el sofá cambiando canales a lo loco y con cara de pocos amigos.

—Ha llegado para ti —señaló un pedazo de ramo flores silvestres.

—Madre mía, son de Diego seguro. —Cogí corriendo la tarjeta, nerviosa. Nunca nadie me había enviado flores, ni cuando me creyeron muerta tras el concierto de Amaral en las fiestas de Valle de Mentecato—. Vaya, pues no son de Diego. ¡Joder, son de Adrián!—Abrí los ojos de par en par.

—Ya lo sé. —Clara me quitó la tarjeta de las manos—. Marta, no me gusta nada lo que te llevas entre manos con ese tipo y creo que Diego está de acuerdo conmigo.

—Es un gesto muy amable por su parte, y deja de ser tan cotilla de leer las tarjetas ajenas. —Rebusqué en mi bolso para encontrar el móvil.

—¿Qué haces?

—Llamar, para eso sirven estos cacharros, aparte de para jugar al *Candy Crush*.

—Tú te has vuelto loca y me cabrea que seas tan ingenua. —Lo que la cabreaba es que dos hombres estuvieran coladitos por mis huesos, porque ¿qué era aquello por parte de Adrián, si no?

Vi a Clara poner los ojos en blanco cuando el señor Expósito descolgó.

—Hola, Adrián. Soy Marta, muchas gracias por las flores, pero no hacía falta... ¿Mañana? Bien, me parece bien... Prefiero que me recojas en casa... Sí, sí... Nos vemos mañana. Adiós.

Clara estaba con la mandíbula desencajada esperando que le contara la conversación que había mantenido con Adrián.

—¿Qué significa eso de prefiero que me recojas en mi casa? ¿No pensarás fugarte con ese señor loco?

—No está loco, o eso creo. Solo vamos a cenar juntos.

—Definitivamente eres gilipollas, Marta. Conoces al único tío que merece la pena de todo Madrid y ¿piensas jugártela por cenar con un tío del cual no tienes claras las intenciones?

—Solo somos amigos.

—En ese caso no te importará decírselo a Diego.

—No creo que sea de su incumbencia. Acabamos de empezar, tengo derecho a tener una parcela de intimidad.

—¿La parcela de intimidad incluye cenas con tíos raros?

—Clara, me encanta que te preocupes por mí, pero soy mayorcita para saber lo que me hago. Diego vendrá más tarde, ¿te importa decirle que las flores son tuyas?

—Claro que me importa —me miró mosqueada—, me importa y mucho. No me gusta mentir para según qué cosas.

—Por favor, Clara. ¿Tú confías en mí?

—Confío en ti, pero no en ese hombre.

—¿Me vas a hacer ese favorcito?

—Te voy a hacer ese favorcito, pero tienes que acabar con esto y centrarte en lo bueno que tienes, Diego.

—Gracias, amiga. —Le di un sentido abrazo, se lo merecía.

Dar cera, pulir cera

Me di una duchita rápida, ya que el incienso del centro de masajes se me impregnaba en el cuerpo y salía apestando a santero hindú. Me sequé con mimo. La toalla estaba recién lavada y ese tacto mullido tenía el don de relajarme y hasta erizarme los pelillos. ¡Dios! Esos mismos que apuntaban ahora al cielo y casi me rozaban la punta de la nariz. ¿Cuándo había crecido ese matojo en mi dedo gordo del pie?

Lo primero que hice fue echarle la culpa al esmalte de uñas, que no había retirado desde septiembre, y que se había oxidado de una forma muy fea, pero dudaba mucho que tuviera la capacidad de crear folículos capilares. Si así fuera los calvos se embadurnarían el pelo con laca de uñas y de momento no había visto ninguna cabeza bermellón andando por las calles de Madrid.

Mis dedos gordos eran el claro reflejo de la decadencia y la dejadez extrema de quien no echa un polvo en años ni vislumbra hacerlo en un futuro cercano. Era un pollo resucitado y aún no había tenido tiempo de ponerme al día con esos detalles escabrosos de mi anatomía.

Tenía que deshacerme de esos pelochos sin perder un segundo. En uno de sus muchos *wasaps*, Diego me había prometido un masaje en los pies. Estaba realmente preocupado por mi circulación, pues era muy verdad que pasaba muchas horas de pie, pero creo que fueron las medias tupidas de nuestra primera cita las que encendieron todas sus alarmas. Si prometía lo dicho, sin género de dudas, iba a encontrarse de frente con ese embrión de teleñeco y eso no era desde luego una opción. Todavía me quedaba algo de dignidad.

Me quité el esmalte, que se había agarrado con mucho cariño a mis uñas, y corrí con el rollón de cera de Clara a la cocina para calentarla. Como ya sabéis, no era mucho de cera, ya que lo veía un sufrimiento tonto cuando podía rasurarme en cinco minutos en la ducha sin padecer. Pero usar cera en esta ocasión atrasaría el crecimiento de esos rabos de puerro que tenía en las cepporras más gordas de mis pies.

Saqué el rollón del micro y lo envolví en un trapo. Era imposible sostenerlo sin quedarte pegada a él. Di gracias que Clara estaba en su habitación y no me vio correr en pelota picada por el pasillo llevando su preciado e íntimo utensilio entre mis manos. Era muy pulcra según para qué cosas y pondría el grito en el cielo..., pero no iba a pasármelo por las ingles, que suponía sería su mayor preocupación.

Miré la hora en mi móvil. Tenía muy poco tiempo antes de que llegara Diego y, sin pensarlo dos veces, me acerqué el rollón al dedo. Valiente estupidez. La cera cayó directamente del Vesubio, abrasándome no solo el dedo, también parte del peine.

Di tal grito, que Clara acudió en el acto a socorrerme rauda como un bombero, y es que la cosa iba de fuego, me había quemado viva.

—¡¿Qué te pasa?! —Su mirada fue directamente a mi cabeza, esperando ver sangre o medio cerebro fuera.

—Quítame la cera, Clara, por tu padre, quemaaa —bramé despavorida.

Cuando centró la vista en mi pie, que reposaba sobre mi muslo y parecía el pellejo de un pato

laqueado, se echó las manos a la cabeza.

—¡Estás loca! Hay que esperar a que se enfríe, así no la puedo quitar. Te has quemado a base de bien el pie entero. Voy a por crema de aloe vera y una venda, te va a hacer falta.

Menos mal que tenía a Clara para socorrerme. Se fue y volvió en un santiamén y me puso el pie bajo el chorro de agua fría y, tras secármelo con cuidado, me aplicó la crema y me lo vendó.

—Pero ¿qué estabas haciendo? —me regañó y siguió refunfuñando por lo bajo.

No hacía falta contestar, bajé la vista y lloriqueé un poco. Ella movió la cabeza a los lados desaprobándome y volvió aplicarme otra capa de crema y luego con cuidado fue despegándome los malditos pelillos.

—Eres un caso, Marta. —Ella seguía erre que erre y yo asentía sin decir ni mu, como uno de esos muñecos cabezones que se lleva en los salpicaderos, porque lo era, tenía razón. Todo me tenía que pasar a mí.

Diego llegó poco después, yo estaba sentada en el sofá con el pie en alto apoyado en un cojín peludo.

—Pero ¿qué te ha pasado? —me preguntó preocupado, examinando el vendaje, luego me besó en los labios y se sentó a mi lado con cara de devoción. Era un santo y yo un desastre total.

—Estaba friendo patatas y me ha caído aceite encima del pie —mentí con resquemor para no contarle que tenía los dedos de los pies como los agujeros de las orejas de mi tío Bartolomé (otro caso de estudio. Algún científico capilar debería estudiar la composición de la cera de sus oídos y formular una crema anticalvicie con ella. Éxito seguro, fijo).

—¿Te duele mucho?

—Sí, me duele mucho. —Diego me abrazó y me puse a lloriquear, echándole mucho drama al asunto. El día que mi *cariño* descubriera el desastre de persona que yo era saldría corriendo sin mirar atrás.

—¿Y esas flores? —me preguntó señalando el ramo.

—Son de Clara, ¿verdad? —volví a mentir con la cara hundida en su pecho.

—Sí, son mías —dijo ella con tono grave—. La madre de un paciente me las ha mandado hoy.

—¿Y eso te disgusta? —Diego la miró con curiosidad.

—¿A mí, por qué? —preguntó engrescándose. Yo me incorporé y le lancé una mirada de súplica.

—No sé, cualquiera diría que el repartidor te ha abofeteado la cara con ellas.

—No, qué va —se rio falsamente—. Es que no he tenido muy buen día.

—¿Y eso? —Diego apoyó los codos en las rodillas.

—Cosas del trabajo. Nada importante.

—Y encima luego Marta tiene ese accidente mientras hacía la cena —se lamentó, volviendo el rostro hacia mí sonriendo.

—Sí, encima. Pooobre Marta —dijo ella en tono jocoso.

—La verdad es que le pasan muchas cosas. Tiene una especie de imán para la fatalidad.

—Así soy yo —intervine con voz de pena.

—Pobrecita. —Diego me acarició el pie vendado.

—Sí, pobrecita —dijo Clara con cierta ironía y ahora le lancé una mirada de advertencia—. ¿Te ha contado que cuando teníamos unos quince o dieciséis quiso depilarse las cejas como una modelo que había visto en una revista y se arrancó una ceja entera con un pegote de cera caliente?

Diego abrió los ojos de par en par antes de soltar una carcajada.

—¿En serio?

—No sabía de la existencia de las pinzas —me defendí—. En mi casa somos muy de pueblo y

tener mucho vello antes era una señal de prestigio social.

—¿De verdad? —Diego me miró extrañado.

—Así es —dije con determinación.

—Lo mejor fue que tuvo que llevarla pintada hasta que le salieron de nuevo los pelos —siguió Clara..

—No —ser río—, ¿en serio?

—Sí, muy en serio. Parecía Frida Kahlo —respondió muy divertida Clara. La verdad es que se lo estaba pasando de lo lindo. La muy bruja—. Pero como es muy resuelta ella les dijo a todos que estaba siguiendo una moda australiana y la creyeron. Siempre se le ha dado bien contar historias. Debería pensarse ser escritora. Tiene mucha imaginación.

Tenía que parar aquello ya. Clara estaba más quemada que mi pie y, si la dejaba desahogarse, vete tú a saber lo que largaría esa boca.

—¿Cenamos?

—¿Patatas fritas? —dijo alegremente ella.

—Qué pena —me lamenté—, se me han churruscado con toda la historia del pie y he tenido que tirarlas a la basura.

—Da igual. No importa. Cenaremos otra cosa. —Diego me acarició mimoso de nuevo el pie—. ¿Os apetece que vaya a Yatai y traiga alguna cosa? Me mola mucho ese sitio. Qué suerte la vuestra de vivir tan cerca.

Yo no soy esa ...

Después de superar la noche a base de calmantes y antiinflamatorios me levanté mucho mejor. Menos mal que para trabajar usaba aquellos zuecos ortopédicos (que por cierto todavía no había reemplazado), porque si no me hubiera sido imposible aguantar todo el santo día de plantón tras el mostrador.

Diego había querido quedarse a dormir para asegurarse de que estaba bien, era un bendito, pero la pena fue que con tanto dopaje me quedé dormida enseguida y no pudimos disfrutar los condones que tenía previsto probar esa noche: fruta de la pasión y kiwi. Sin pretenderlo mi vida se había convertido en una macedonia sexual y, bajo mi parecer, aquello era sintomatología de haberme rendido de algún modo a los beneficios de la vida sana.

Tan pronto *mi cariño* se marchó sigiloso, la calma se rompió de golpe con Clara entrando en mi habitación, despeluchada (todo hay que decirlo) como una muñeca fea, para echarme una soberana bronca, algo que solía hacer por norma todas las mañanas antes de irse a trabajar. A ver..., todo lo que me decía era verdad y me lo sabía de pe a pa de tanto que me lo había repetido a lo largo de esos meses de convivencia, pero me costaba llevarlo a cabo. Necesitaba mi tiempo, evolucionar despacio como la genética. No podía ser otra persona de la noche a la mañana y ya podía dar gracias porque hubiera incluido en mi dieta diaria una media de tres piezas de fruta (en su mayoría plátano).

En el trabajo la hostilidad fue la protagonista de nuevo. Era palpable. El ambiente estaba tenso. Sofía seguía con cara de perro pachón y yo tampoco hice nada por evitarlo. Berta me pidió otra vez que arreglásemos las cosas, pero opté por correr un tupido velo y me centré en crear una buena atmosfera a mi alrededor, encendiendo inciensos desintoxicantes en la recepción. Tenía claro que la mejor cura para ese tipo de malos rollos era el tiempo y esperaba que en poco más de una semana todo estuviera olvidado.

Berta me dejó salir antes de mi hora. Tener el pie más negro que los huevos de Machín tenía sus ventajas y la de pedir favores de ese tipo estaban en esa lista. En realidad quería salir antes porque quería acicalarme para mi cita, no romántica, con Adrián Expósito.

En mi fuero interno sabía que aquello era una pésima idea por varios motivos:

Uno) Era un cliente de Berta.

Dos) Era un ser extraño.

Tres) Era una cita, quisiera o no, y si Diego llegaba a enterarse podría fastidiarlo todo con él.

¿Iban esas razones de peso a desestimar la idea de acudir a esa cena?

Pues no.

¿Por qué?

Básicamente porque se trataba de mí y yo era (y soy) así de impulsiva y cotilla. En cierto modo mis ganas de quedar con él se fundamentaban en encontrar una razón de ser a aquel hombre, o más bien, a la obsesión que parecía tener conmigo, cosa que todavía no lograba entender por más que pusiera mis pensamientos a centrifugar.

Cuando llegué a casa, Clara, claramente (valga la redundancia) estaba ahí, como siempre sentada en el sofá con el mando de la tele en la mano. Sin embargo, tenía el ceño fruncido y los ojos pegados a la puerta esperando mi regreso para tratar de nuevo de quitarme la idea de la cabeza. Lo llevaba claro, clarinete. Mi decisión era inamovible. Tenía que ir, porque tenía que saber.

—Había albergado la posibilidad de que se te hubiera ido de la cabeza ir a la cena con ese loco —dijo apretando la boca en una mueca de desagrado mientras me observaba arreglarme.

—No entiendo la perra que te ha dado con eso. No voy en plan cita como con Diego. Entiende que me mata la curiosidad.

—Precisamente por eso no deberías ir, por si te mata.

—No digas gilipolleces, nadie va a matarme. —Estaba intentando meterme unas botas muy monas que había pedido prestadas a Clara, pero el vendaje hacía imposible meter el pie.

—Deja de presionar, me las vas a deformar.

—Tiene que entrar. Me niego a ir con un calcetín gordo.

—Lo que deberías es negarte a ir y menos con ese pie amorfo.

Pasé de sus advertencias y alusiones a mi estado físico y conseguí, con ayuda de un cucharón de madera, introducir el pie en la bota, y me planté frente al espejo para darme el visto bueno.

Como era de esperar de un hombre como el señor Expósito, el timbre sonó puntual a la hora prevista.

—¿Cómo estoy? —le pregunté a Clara con la pata chula.

—¿Y qué más te da? No dices que no es una cita romántica.

Cogí mi bolso y me la dejé en el recibidor mirándome fijamente mientras salía de casa con el pie en ebullición máxima. Lo último que vi antes de cerrar la puerta fue el gesto de negación rotundo que hizo con la cabeza. Era la viva imagen de la Paca, su fiel sustituta en la capital. Me constaba que ambas mantenían largas conversaciones a mis espaldas. Mi madre confiaba mucho en Clara y en que ella estuviera pendiente de mí para que no cometiera estupideces. Me hubiera gustado decirle que su compinche no hacía bien su trabajo, pero eso me dejaría aún en peor lugar a mí, así que fingía que no sabía nada y seguía con mi vida.

—Hola, Adrián. —Le ofrecí la mano para saludarlo, me parecía poco apropiado darle dos besos. Tampoco nos conocíamos tanto y nuestra relación era un poco psicóloga-paciente.

—Marta, estás preciosa. —Él en cambio se lanzó a darme un besito en la mejilla que no pude esquivar—. ¿Vamos?

Me cedió el paso y emprendí la marcha a la pata chula hasta su coche. Ya en el coche recibí un mensaje de Diego con ganas de pasarse por casa con un ungüento mágico para las quemaduras. Me sentí fatal, y no solo por haber obligado a mi pie a enfundarse en aquellas botas de ante negras que lo estaban agangrenando, sino por el hecho de soltarle una valiente trola diciéndole que había quedado con una amiga para ponernos al día.

—¿Dónde me llevas, Adrián? —le pregunté guardando el móvil en el bolso saco que tenía más años que mi tío Bartolomé.

—Vamos al restaurante del hotel Urban. ¿Lo conoces?

Abrí los ojos de par en par mirando alucinada la luna delantera de su Q7. Pero ¿qué me estaba contando? El CEBO era uno de los restaurantes más lujosos y carísimos de Madrid con una estrella Michelin. Yo no tenía ni la clase ni la finura de ese tipo de sitios.

Me encogí un poco en el asiento. No sé por qué me sentí una *escort* de pacotilla. Iba vestida para tomar unas tapas en Huertas o como mucho unos espaguetis en La Tagliatella. De repente ya no sentía las mismas ganas de pasar aquella velada con Adrián, quería saltar del coche en marcha

y desde la cuneta pedir a Diego que viniera a rescatarme para darme esas friegas en el pie.

—Pero Adrián, el CEBO es carísimo y esto no es una cita —le aclaré por si no lo tenía claro —. ¿No habrás reservado ninguna habitación para que te haga un «trabajito»?

—No digas tonterías. —Por su tono parecía molesto, pero más molesta me sentía yo—. Ya te he dicho un par de veces que no tengo esas intenciones contigo.

—Vale, entendido, pero aun así me hubiera conformado con una hamburguesa.

—Yo no como esas cosas. Tengo otros gustos —me repuso riendo, lo que me pareció una insinuación y no sabía a qué clase de comida se refería.

Cuando llegamos aluciné en colorines. La decoración minimalista de cada rincón te dejaba sin aliento. ¿Cómo con tan poco se podía crear una atmosfera tan lujosa y elegante? Las paredes contaban con varias texturas en piedra, madera y mármol blanco, y la iluminación, perfectamente milimetrada, aportaba una calidez digna de una cena de aquellas proporciones.

—Qué lugar más lujoso y mira yo ¡qué pintas llevo! —protesté mirando alrededor sintiéndome incomodísima con mis sencillos vaqueros azul oscuro con rotos en las rodillas y un suéter *oversize* rosa fosforito, que no era grande aposta, sino tamaño XXL y cabían tres como yo dentro.

—No llevas ningunas pintas, Marta. Vas acorde con una chica de tu edad.

Aquel comentario no acabó de relajarme. Podía intuir lo que los demás comensales podrían estar pensando de mí y podía decir con total convencimiento, que yo no tenía el aspecto de Julia Roberts yendo a la ópera y que Adrián, pese a ser muy guapo, no era Richard Gere en versión española.

Sentí ganas de gritar: «Es mi padre», pero entendí con mi escaso conocimiento en protocolo, que aquella información no era tan relevante como para molestar a los allí presentes.

Un señor trajeado, con un rictus muy formal, nos hizo sentar a una mesa cerca del ventanal que daba a la calle. Pasamos a formar parte del escaparate de ricos que hacían la función de la noche para los viandantes que, con la cabeza gacha, volvían a casa para disfrutar de una pizza congelada.

—Y dime, ¿cómo te está yendo la semana? —me preguntó amablemente.

—No me quejo. Ayer Berta habló de ti. —Me pareció oportuno sacar el tema.

—¿Berta?! —Parecía sorprendido, pero me constaba que él y ella compartían sus números privados de móvil.

—Sí, Berta, mi jefa, la que te hace los masajes los viernes.

—Sé a quién te refieres. ¿Qué dijo exactamente?

—Estaba preocupada. Entiende que está acostumbrada a verte cada viernes. En cierto modo quise leer entrelíneas que le interesas de algún modo y no en plan cliente. Tú ya me entiendes.

—Nunca me ha dado esa impresión. Es cierto que la conozco desde hace dos años y que existe algún vínculo amistoso entre nosotros. Pero nuestros encuentros siempre han sido en el centro y previo pago.

—Eso suena un tanto raro, ¿no crees? —Ladeé la cabeza y apoyé la mejilla en mi puño.

—Ya sabes a qué servicio me refiero, y no uno completo. —Esbozó una sonrisa.

—Lo sé, y también sé que tiene una política estricta en cuanto a relaciones con clientes, pero ella es la jefa y puede saltarse la norma cuando quiera. ¿Por qué no has rehecho tu vida?

—¿Sinceramente?

—Sí, por favor. —Para mí era importante que lo fuera si quería que fuéramos amigos.

Adrián fijó sus ojos verdes en mi cara y se tomó algo de tiempo en responder.

—No me veo preparado. Oportunidades he tenido, soy un hombre y de vez en cuando he tenido algún que otro escaqueo pero nada serio.

—Si quieres puedo hablar con Berta, si te gusta y quieres —le propuse—. Deberías salir con alguien de tu edad y posición, no con una chica como yo.

—No, no, por favor. Berta es una mujer estupenda y guapa, pero no creo que lo que digas sea del todo cierto, me lo hubiera dicho ella misma.

—Estás un poco oxidado —le repliqué dando un manotazo en el aire—, no creo que ninguna mujer se exponga libremente a un hombre como tú. No sé si te lo han dicho, pero impones mucho.

—Quizá en el pasado, ahora no impongo nada, ni siquiera a mí mismo.

Negué con la cabeza y exhalé hondo.

—¿Por qué no la llamas tú y la invitas a salir? Ella es la que debería estar aquí contigo y no yo. Yo tengo pareja y si te soy sincera esto —entrecomillé la palabra— no le va a parecer correcto. —Estaba siendo insistente con el tema de Berta, pero si conseguía desviar la atención hacia un romance entre ellos, yo me quitaría el muerto de encima. Adrián me caía bien, pero no me negaréis que nuestra relación era extraña y un tanto incomprensible. No teníamos nada en común, salvo el amor por los perros.

—No quiero importunar a tu pareja, Marta. Pero la vida me ha enseñado una cosa.

—¿Cuál si se puede saber?

—Que las personas están donde quieren estar y hacen lo que quieren hacer. No estamos haciendo nada malo, solo somos dos amigos que han quedado a cenar.

—Eso es verdad, excepto si te han secuestrado.

—No es el caso —se rio—, has venido libremente.

—Lo he hecho, pero reconocerás que es raro.

—No, para mí no lo es. Raro es sentirse solo rodeado de gente.

—¿Es lo que te pasa a ti?

—En cierto modo sí.

—¿Y yo, te hago sentir de ese modo?

—No, tú me haces sentir vivo —dijo apartando la mirada.

Eso que me había dicho era muy bonito, pero encendió todas mis alarmas. Yo solía sacar de quicio a la gente y supongo que era una forma de hacer sentir vivo a los demás, pero Adrián no me conocía tanto como para referirse a ese tipo de inyección vital.

—Insisto en que otra mujer podría hacerte sentir eso mismo. Yo no soy para ti, Adrián.

—Eso es algo que solo yo puedo saber.

—Es posible. —Me hubiera gustado decirle que habría sido mejor que él no era para mí, pero eso solo hubiera conseguido hundirlo incluso más en ese pozo de mierda en el que se mantenía a flote. Me daba pena.

La comida fue exquisita, cada plato era una explosión de sabor diferente, e incluso una adicta a la comida basura como yo podía juzgar que aquello era cocina de verdad, un arte llevado a la mesa, creativo y elaborado con contemplación y cariño. La compañía no fue mala, lo pasé bastante bien, pero poco pude ahondar en el hermético señor Expósito.

Se limitó a explorar aspectos míos que no reconocí como tales. Parecía estar hablando de otra persona y yo solo me limitaba a asentir. Me había idealizado de un modo extraño y eso hizo que mi curiosidad fuera en aumento. Había apostado a que, tras esa cena, todas mis dudas se habrían disipado y que tal vez podríamos mantener una relación de amistad sana, pero no fue así. La incertidumbre creció exponencialmente.

Insistí un par de veces más en que llamara a Berta y conseguí que se lo pensara.

—Ha sido agradable cenar contigo —me dijo al llegar a casa. Él había bajado del coche para abrirme la puerta y ayudarme a salir.

—Sí, ha estado bien.

—Espero sea una de muchas.

—Respecto a eso, Adrián...

—No digas nada, Marta, por favor. Dejémoslo así. —Me dio un beso en la mejilla y sonrió tristemente antes de rodear por delante su Q7. Junto a la puerta se detuvo y levantó la mano. Asentí y saqué las llaves del bolso para abrir la de mi patio. Esperó a montarse hasta que me vio entrar y perderme escaleras arriba.

La declaración

Ese miércoles Berta me sorprendió al llegar al trabajo con una fantástica noticia. Estaba emocionada. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas encendidas (tal vez era por el calor aberrante que hacía allí dentro, pero quise pensar que era fruto de la emoción que albergaba).

—Marta, adivina quién me llamó anoche, muy tarde por cierto, para invitarme a salir este sábado. —Abrió los ojos a más no poder y salieron arcoíris proyectados en todas direcciones.

No podía ser, ¿o sí? ¿Adrián me había hecho caso y la había llamado? La verdad es que me había puesto muy pesada con el tema, pero no pensaba que fuera en realidad a hacerme caso, pese a que lo había prometido, y mucho menos tan pronto.

—Déjame pensar. —Me encogí de hombros e hice ver que lo cavilaba levantando la nariz con aire pensativo—. ¿El señor Expósito?

—Sí, querida. —Sonrió bobalicona—. ¿Cómo lo has sabido?

—Intuición femenina. —Le guiñé un ojo.

—Eres una brujilla, ayer mismo hablamos de él y por la noche me llama.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Pues qué le voy a decir? Que sí, por supuesto.

—Pero ¿no dijiste que no te gustaba? —La miré alzando una ceja y Berta se rio y me dio una palmada en el brazo.

—Venga, a trabajar —dijo antes de marcharse risueña, tarareando *Love is the air*.

Subí los ojos al techo y solté una carcajada. Berta era una buena tía, además de una jefa estupenda. Estábamos empezando a crear un vínculo bueno, cosa que me encantaba, pues con suerte al día siguiente podría darme otra gran noticia. El jueves se cumplían las dos semanas de prueba y esperaba que hubiera decidido contratarme. Me convenía que estuviera contenta hasta que llegara el momento. Lo tenía fácil, solo tenía que mencionar al señor Expósito y esa mujer levitaría como un diente de león cargado de deseos.

Me encaminé al vestuario pensando que más tarde llamaría a Adrián para cotillear un poco, al fin y al cabo era yo su hada madrina y debía estar al tanto de todos los detalles de ese posible romance que había propiciado con mis consejos.

Antes de guardar el móvil en la taquilla, le escribí un mensaje a Diego. Clara se marchaba esa tarde a un congreso de *bocacheros* en Sevilla y no volvería hasta al viernes por la mañana. Tendría toda la casa a mi completa disposición y pensaba aprovechar bien esa circunstancia tan poco habitual.

Por un instante mi dedo se detuvo, pedirle que se viniera conmigo podía sonarle a un intento de convivencia, y no lo era. Solo pretendía disfrutar de la intimidad de mi casa unos días con él, haciendo cosas de pareja, ya me entendéis: chingar mucho en muchos sitios y sin cortarnos con el nivel de decibelios.

A los pocos segundos de enviar el mensaje recibí su respuesta:

Me parece genial. Esta noche estaré allí con la bolsa de aseo.

Me subió de golpe una bandada de mariposas del estómago a la garganta y mi cara se iluminó con una enorme sonrisa.

¿Solo la bolsa de aseo?, tecléé deprisa sin dejar de sonreír.

Y un pijama muy chulo, respondió casi en el acto.

Llegué a mi apartamento con la lengua fuera y el pie arrastrado. Tenía unas cuantas cosas que hacer antes de que llegase Diego. Sacar a Flash, que tendría el pobre la vejiga más hinchada que un globo de helio, poner una lavadora y adecentar la casa un poco. Yo no era una persona en exceso ordenada, pero tampoco es que fuera dejando las bragas tiradas por todas partes, así que solo necesitaba una horita para recoger y limpiar.

—Venga, Flash, haz pis, por favor, tengo prisa y hace frío —le pedí tirando de la correa.

Flash pasó de mi cara y siguió olisqueando a su ritmo parsimonioso cada esquina que se cruzaba en nuestro camino y ladrando a todos los gatos del vecindario.

—¡Marta! —Alguien me saludó desde lejos. Era Adrián. En cuanto me volví para mirar aceleró el paso en mi dirección.

—Hola, ¿qué tal? Ya me ha dicho Berta que la llamaste anoche —fui al grano sin andarme con rodeos.

—Sí, gracias por insistir. Creo que tienes razón y me vendrá bien relacionarme con alguien de mi edad.

—Claro que sí —le dije con demasiada efusividad—. Eres un buen hombre y tienes mucho que ofrecer. Déjate llevar por una vez y vive.

—Pero aunque salga con Berta, prométeme que nosotros seguiremos viéndonos.

—Claro, seguiremos siendo amigos —le aseguré.

—Gracias, Marta, de veras. No sabes cuánto me alegro de haberte conocido.

Ese hombre era realmente desconcertante, pero encantador a la vez, tenía que admitirlo. Esperaba que la cita con Berta saliera bien y se enamorasen, se casasen y saliera por fin de esa cueva y esa vida tan oscura que tenía.

Andamos un rato más con Flash y Noel. Charlamos de otras cosas, su mujer volvió a salir a colación y me di cuenta entonces de que hablaba de ella como si aún siguiera viva.

—Bueno, ahora ya no me va a dar tiempo a limpiar mi casa.

—Ha sido muy agradable el paseo, gracias. —Adrián me abrazó y yo me dejé abrazar, un poco incómoda, sí, pero me dejé abrazar durante unos minutos. Ya no me daba ningún miedo, solo me inspiraba una mezcla de lástima y ternura.

—Hola, Marta. ¿Qué estáis haciendo? —Diego apareció de repente y parecía enfadado. Estaba detrás de Adrián con las manos apoyadas en las caderas.

—Hola, Diego. Mira, este es el señor Adrián Expósito —lo presenté con naturalidad, aunque mi corazón se había detenido un instante para luego ponerse a bombear a toda velocidad.

Adrián le tendió la mano y Diego ni se inmutó. Me pareció un gesto maleducado. Aunque estuviera cabreado conmigo no tenía por qué comportarse así con ese hombre al que no conocía de nada.

—Hola, tú debes ser el novio de Marta. Me habla mucho de ti. Tienes mucha suerte de tenerla a tu lado, cuidala —dijo Adrián retirando la mano—. Está bien, me voy y os dejo solos. Adiós, Marta.

—Adiós, Adrián. Te llamaré.

Diego estaba estupefacto, y lo entendía, pero no quería mostrarme molesta, aunque su gesto descortés me había molestado. Pero no quería darle pie a que pensase que estaba avergonzada, y

no lo estaba. Solo éramos amigos y los amigos se abrazaban a veces..

—¿De qué iba eso, Marta? —Diego no tardó mucho en increparme en cuanto Adrián desapareció de nuestra vista.

—¿El qué, que un amigo me esté dando un abrazo? Parece que nos hayas visto follando en plena calle —le repuse engrescándome.

—No me gusta ese tipo, y tú le estás dando demasiada confianza.

—Relájate, vale. ¿Crees que te invitaría a pasar unos días conmigo en casa y te iba recibir aposta abrazando a otro tío? No seas infantil, me estaba dando las gracias.

—¿Las gracias, por qué? —Diego seguía erre que erre.

—Porque le he ayudado a conseguir una cita con mi jefa.

—¿Es eso cierto? —Su voz se suavizó.

—Totalmente cierto.

—Vaya. —Diego se rascó la nuca incómodo—. Pues lo siento. Ahora me siento ridículo.

—No te preocupes, te entiendo, pero no debes desconfiar de mí. Diego..., yo te quiero. — Aquello salió de mi boca sin ser procesado antes por mi cerebro.

Unas imaginarias sirenas empezaron a sonar a todo trapo en mi cabeza. Pero ¿qué había dicho? Me había salido del fondo de mi corazón, así, sin pensar. Diego debía estar alucinando en colores. Había pasado de soltar un eructo con olor a cebolla y hacerme un horno holandés con un pedo suyo a decirle te quiero a bocajarro. ¡Toma ya, Marta!, ¡tú sí que vales! Sigue así, cagándola como siempre, me felicité sarcástica.

Me removí nerviosa en mi sitio, cambiando la correa de Flash de una mano a otra.

—Marta, ¿me quieres? —Diego parecía sorprendido allí parado mirándome ojiplático.

—Creo que sí. —Era pronto para saberlo a ciencia cierta, pero era verdad que me gustaba muchísimo.

Él sonrió levemente y aquello me tranquilizó un poco..

—Yo creo que también te quiero. —Me envolvió la cintura y me besó apasionadamente.

Aquello era un tanto rápido, como todo lo que venía aconteciendo en mi relación con Diego. Nunca había pensado que esas cosas ocurrieran en la vida real, pero el amor es la construcción inteligentes de dos personas sabias que deciden ser amigos, compañeros, cómplices y buenos amantes, y Diego y yo habíamos reunido todo aquello, en poco tiempo, pero reunido en cualquier caso.

—Es un poco loco todo esto, ¿no crees?

—Puede ser, pero es lo que sentimos y no hay nada de malo —me repuso volviendo a recrearse en mi boquita.

Flash nos miraba desconcertado con esa cara que ponía a veces de filósofo y ladró tres veces. Eso era sin duda lo más alucinante que me había pasado en la vida. Lo de Flash no, el mil padres ladraba a todas horas. Pero era la primera vez que un hombre se me declaraba, aunque en realidad había sido yo la que se había declarado antes, pero..., él lo había hecho después y eso también contaba como declaración.

Diego me quería, estaba enamorado de mí..., y yo de él. Eso había que celebrarlo como se merecía. No hace falta que os lo diga cómo, pero un coctel de frutas plásticas nos esperaba en el cajón de mi mesilla.

Pornhube star

No sé si fue por el ridículo que había hecho poniéndose en plan novio celoso o porque necesitaba quemar unas calorías extras, pero la noche de polvos patrocinado por los Fruitis fue exquisita.

Me lo hizo en todos los rincones de la casa, era el Roomba del sexo, pero en vez de aspirar polvo, los echaba. ¡Qué máquina *mi cariño!*

—Tengo que irme. —Me besó en la frente antes de levantarse de la cama.

—¿No crees que has entrenado mucho esta noche? Te mereces un descanso para regenerar células o lo que sea que suceda después.

—Tengo aguante para eso y mucho más —se jactó sin resultar bravucón—. Además, no soy yo el que va a entrenar, sino mis clientes.

Diego era muy top en la ciudad en su campo laboral. Entrenaba a muchos pijos con la suficiente fuerza de voluntad como para hacer deporte antes de que saliera el sol e irse luego a trabajar, si es que lo hacían. Para mí eso sería imposible, me levantaba ya cansada, al borde de pedir una silla de ruedas para ir al baño.

Sin embargo, ese día me había propuesto algo: Ir guapa a trabajar. El amor cambia a las personas, se exterioriza y tiene el mismo efecto embellecedor que un buen *gloss* rosado y un buen planchado de pelo.

Estaba plétórica y enamorada, me sentía guapa.

Elegí del armario una bonita falda plisada negra de paño, pues desde que estaba en serio con Diego ya tenía controlado el asunto depilatorio (excepto el del dedo gordo del pie, aunque después del abrasado brasileño, no creía muy posible el crecimiento de nada vivo en esa zona). Un jersey de cachemira blanco y unas bailarinas nude completaron mi *look* de *juernes*.

Vivía cerca del trabajo, pero esa mañana me apetecía ir en metro. Me sentía igual que una de las protagonistas de *Sexo en Nueva York*. Siempre había envidiado a esas mujeres que perfumaban el vagón con su aroma a vainilla, leían despreocupadamente y alzaban la mirada de tanto en tanto para sonreír al guapo de turno que tuvieran enfrente. Yo no llevaba ningún libro, así que tendría que conformarme con el periódico gratuito que había cogido del buzón de mi vecino antes de salir a la calle.

Andaba jovial, con mi *newspaper* bajo el brazo (incluir vocablos en inglés da sofisticación), muchos hombres me miraban y sonreían. Estaba divina de la muerte. El sexo me había sentado de maravilla. Resplandecía. Un grupo de chicas de instituto también me miró sonriendo tontamente. El halo que me envolvía estaba surtiendo su efecto, influenciando en aquellas jovencitas. Era Carrie Bradshaw (sin *verrugui*) andando por las calles de Madrid y todo el mundo esbozaba una amplia sonrisa al verme pasar, incluso algunos me echaban piropos.

Cuando subí al metro, dispuesta a lucirme dos minutos de reloj (que es lo que tardaría en llegar a la siguiente parada), me pasó exactamente lo mismo. Debía estar guapísima. Yo lo sentía y mi público también. Ellos sonreían y yo les devolvía el gesto con bondad. La banda sonora de mi vida había cambiado, era la jodida canción de *Don diablo* es muy cuco, hecha carne.

No pude sentarme, porque el vagón estaba hasta la bandera, así que me quedé de pie. En mi cabeza seguía tatareando: *Don diablo se perfuma y se afeita con espuma* (eso iba a hacer a partir de ahora). *Es un zorro al que le gusta presumir*, cuando un chico se me acercó con una sonrisa ladeada.

—Preciosa, ¿me das tu teléfono?

—No, lo siento. Tengo novio. —Ni que decir que se me llenó la boca diciendo eso.

—Una pena, me hubiera gustado probar ese culito. —Se dio media vuelta y anduvo hasta el final del vagón, dejándome anonadada por tal comentario. ¡Qué grosero! Era inaudito que los hombres fueran por la vida diciendo esas cosas deliberadamente. Mi culo era sagrado y con un agujero de solo salida.

Salí del metro sofocada, el periódico me sirvió para abanicarme la cara. Eché a andar sintiendo que un señor (de esos de gorro calado y pantalón de pinzas marcadas) me seguía de cerca con la mano en el bolsillo. Sentía sus gruñidos de hombre de las cavernas en mi nuca. Me giré bruscamente y él paró en seco y miró a otro lado con poco disimulo. ¿Qué ñoquis hacía con la mano ahí metida? ¿Se estaba haciendo un trabajo manual en el manubrio?

Volví a emprender la marcha a paso acelerado, rezando para que Berta hubiera abierto y poder entrar como una bala en el centro y, por suerte, los astros se habían alineado a mi favor.

—¿Qué te pasa? —Mi jefa se percató de que tenía el gesto desencajado.

—Un perverso me ha estado siguiendo y he corrido para alejarme de él.

—Vaya —negó con la cabeza reprobatoriamente—. ¿Estás bien, querida?

—Sí, Berta, gracias. Voy a cambiarme —dije echando un último vistazo a la calle, antes de ir hacia el vestuario, para cerciorarme de que ese pajillero no estuviera todavía merodeando por allí.

—Bonito culo.

—¿Tú también? —¿Qué perra le había dado a todo el mundo con mi trasero?!

—Llevas la falda pillada con las medias por detrás y vas enseñándolo con mucha gracia —me informó riendo como una hiena.

—¿Cómo?!

¡¡Mierda, joder, joder!! Le había enseñado el culo a todo Madrid y yo creyendo que estaba de un atractivo subido.

Ahora entendía por qué la gente me apuntaba con sus móviles, a esas alturas ya debía ser *trending topic* en el Pornhub. No era Carrie ni estaba guapérrima ni desprendía feromonas a cascoporro.

Berta se estaba descojonando y con razón. ¡Qué vergüenza! ¡Tierra trágame y escúpeme en cualquier lado menos en China (no quería pillar la gripe esa). No sabía si reír o llorar. Si contárselo a Clara o guardarlo en mi cajón de la vergüenza. Siempre me criticaba por mi falta de atención a los pequeños detalles, pero una cosa era cubrir mis piernas de Macario con una medias tupidas y otra, enseñar el culo y provocar masturbaciones a señores desesperados. ¿Por qué narices no me habría puesto el abrigo largo? ¡O al menos unas puñeteras bragas!

Pero no, me había puesto un tanga de esos de tira finísima que, a poco que se hubiera movido, la gente hubiera vislumbrado mi ano no blanqueado. No tenía dinero para ese menester tan absurdo, pero pensándolo fríamente, puestos a enseñarlo, mejor que estuviera reluciente.

Entré en los vestuarios decidida a no seguir pensando en el tema para evitar un ataque de ansiedad inminente, pero me fue imposible eludir el tema y pensar en otra cosa. Berta pensó que la cosa tenía tanta gracia, que se lo contó a las chicas. La muy bruja estaba tan emocionada con la cita de Adrián, que estaba de colegueo desmedido.

—Nunca dejas de sorprendernos —comentó Sofia al borde de la catarsis por risa.
—No seáis malas. Eso nos puede pasar a cualquiera. —Catalina se apiadó de mí.
—Sí, pero le ha pasado a ella.
—No es justo que os riáis del dolor ajeno —me quejé algo frustrada.
—Lo siento. —Berta se enjugó las lágrimas—. Tienes razón. Pero no todo va a ser malo hoy.

Toma, tienes que firmar esto.

—¿Qué es? Dime que no es un compromiso formal para no enseñar el orto a los clientes.
—No, en todo caso enseñarlo sería beneficioso para el negocio —dijo reprimiendo una carcajada. La bromita iba a traer cola—. Es tu contrato.
—¿En serio? —La miré sonriente.
—En serio, aquí lo tienes. Fírmalo. Te lo has ganado. —Berta me tendió amable un boli.
—Gracias, no sé qué decir. Pensaba que me había ido como el culo.

Las tres no pudieron aguantar más y estallaron. Tenía un don para dilapidarme yo sola, me inmataba viva en todos los sentidos. Esas cosas solo me pasaban a mí. Estaba en el top ranking de las mujeres más absurdas de España. Sin embargo, ahora tenía un contrato en firme y eso me daba un poquito de esperanza. Había salvación.

A la hora de la salida comprobé mi vestuario tres veces y volví a casa en el coche de don Fernando, un ratito a pie y otro caminando. Nadie me piropeó ni miró y, gracias a Dios, me persiguió. Era una mediocre y había que autoconvencerse, pero con orgullo, porque yo lo valía.

Había quedado en ver a Diego más tarde y enseñarle mi culito en vivo y en directo, pero ya no era una exclusiva, seguramente era famosa y no por mis virtudes artísticas.

Flash me recibió feliz como siempre, ajeno a todas mis desgracias, movido por el egoísmo puro y duro de salir a evacuar y mover las patas un rato por el parque.

Me puse algo más cómodo, me negaba a seguir llevando aquella falda traicionera y a conservarla en mi fondo de armario, así que se fue directa al cubo de la basura (pronto la encontraría en las perchas de mis tiendas de segunda mano favoritas, acechando a otra pobre incauta).

Cuatro trufas después, volví a casa y me tiré en el sofá. Eso de no tener cocinera me quitaba las ganas de comer.

Me abrí una Coca cola y miré la hora en el móvil, hastiada. No estaba hecha para estar sola, necesitaba que otro ser humano alimentara mis ganas de hablar o de hacer algo con mi vida. A Diego le quedaba una hora de entreno y llegaría tarde.

Encendí la tele para que me hiciera compañía y sonó el móvil. Era Clarita, seguramente quería restregarme lo divertida que era la fiesta que se montaba después de estar todo el día escuchando hablar de cucancias en los piñates.

—¡Clara! ¿Cómo va todo? —fingí entusiasmo.

—Como el culo.

Me asusté. Clara ya debía haberme visto en algún meme.

—¿Qué ha pasado? —pregunté esperanzada de que se tratara de otra cosa.

—Estoy en el San Juan de Dios.

—¿Te has hecho costalera de Sevilla?

—No, idiota. Me he roto una pierna. Es un hospital.

Suspiré de alivio, no me veía puesta de peineta entonando una saeta apoyando el debut de Clara como cofrade. Aunque lo de la pierna era mucho peor.

—Pero ¿cómo? Pensaba que la primera de las dos en romperse una pierna sería yo.

—Pues ya ves, he medido las malditas escaleras del hotel y me he roto la pierna.

—¿Y te duele?

—¿Tú qué crees? —me dijo malhumorada. La pregunta era absurda, pero era la que se solía hacer en esos casos.

—¿Con quién estás en el hospital?

—Estoy sola, Marta. ¿Quién va a estar aquí conmigo?

—Joder, que colegas de profesión más insolidarios —refunfuñé.

—Hoy es la fiesta de clausura. Están todos allí, nadie quería renunciar a eso, es una bacanal de dentistas.

—¿Cuándo vuelves?

—En cuanto me den el alta, y me temo que será en un par de días.

—¿Necesitas que vaya? —Vale, ir a Sevilla tenía un coste que no podía sufragar, pero era lo propio.

—No, tranquila estaré bien. Te llamo mañana y te cuento. Voy a descansar un poco.

—Está bien, pero que sepas que me quedo preocupada.

—Lo sé. Cuida a Flash y no comas porquerías —dijo antes de colgar.

Pobre Clara, pensé en el dolor que habría padecido, en lo sola que se estaría sintiendo y en el poco uso que iba a darle a la cajita de cinco condones saboreados que compró cuando fuimos a Condom Shop. Me sentía mal de ser una indigente del cash y no poder salir pitando a Atocha para pillar el primer Ave directo a Sevilla.

Diego llegó pasadas las diez y media y me atropellé hablando. Tenía demasiadas cosas que contarle, así eran los días en la vida de Marta Guerrero. Debía curtirse, hacerse un callo frente a las adversidades que tendría que afrontar siendo mi novio.

—Está bien, tienes un culo precioso. Has alegrado el día a medio Madrid y te han hecho un contrato de seis meses. No es tan malo —rio despreocupado.

—Tu insensibilidad me desmorona. Pero no te va a hacer la misma gracia cuando te diga que un señor se ha manoseado la pirindola a mi costa.

—¿Te ha tocado o algo? —La risa floja se le cortó de golpe.

—No, por suerte la parada estaba cerca y he entrado rápidamente en el trabajo.

—Ven aquí, cariño. —Me acurrucó entre sus brazos, siendo aquella la mejor sensación del día —. ¿Y cuál es la otra cosa que te ha pasado hoy?

—No me ha pasado a mí, ha sido a Clara.

—¿No está en Sevilla?

—Sí, y se ha roto una pierna. Está en el hospital. Me siento fatal de no poder ir a verla. Debe sentirse muy sola.

—Deberíamos ir.

—Diego, siento tener que decirte que no soy la mujer que crees.

—¿De qué estás hablando? —Se irguió en el sofá con preocupación.

—No soy la mujer independiente, glamurosa y con solvencia, que puede permitirse pagar un billete turista de Ave y mucho menos alojamiento en otra ciudad, que te he podido parecer.

—Nunca me has parecido nada de eso, ya lo sabía —dijo acariciándome la cabeza de nuevo sobre su pechamen de acero. ¿Qué le había parecido entonces, Lucho de *Los Lunnis*?—. Sé que eres mucho más que eso y que solo estás en un proceso de cambio, un cambio que por suerte voy a tener el placer de compartir contigo. —Vale, eso lo había arreglado un poco.

—Aun así ahora mismo no puedo pagar el billete y no estaría bien pedir a Berta un adelanto

cuando no llevo ni un mes trabajando ahí y acabo de firmar el contrato hoy después de mi periodo de prueba.

—Yo puedo hacerlo, y no me importa.

—Me niego a ser una mantenida —negué rotunda la cabeza con los morritos apretados—. No puedo pedirte eso.

—Y si los dos conseguimos unos billetes gratis, ¿te sentirás más cómoda? —Diego me acarició mimoso la mejilla.

—¿Y qué hay del hotel?

—Seguro que con eso también puedo hacer algo.

—¿Qué clase de negocios tienes, Diego? —dije picarona palpándole el pecho.

—Soy entrenador de pijos y algunos me deben favores.

—¿Qué tipo de favores? —No sabía si necesitaba una respuesta a eso. ¿Diego hacía de chaperero en sus ratos libres?

—¿Te parece poco convertirlos en modelos en poco menos de un año? —me preguntó sacando bola en su brazo, ¡y pedazo bola!—. Tengo un cliente que trabaja en Renfe y otro que es tour operador.

—Entonces me parecería bien. ¿Crees que podremos irnos a Sevilla por la patilla? —Sin quererlo me había salido un pareado.

—Todo por mi chica —dijo de un modo tan hortera que me resultó encantador.

Sevilla tiene un olor especial ...

Diego habló con su cliente y pudo arreglarnos un viaje para el último Ave del viernes con destino a Sevilla. La cosa era bien sencilla, ni siquiera necesitábamos un billete, pues él nos pasaría el control de seguridad y solo teníamos que aposentarnos en algún asiento libre. En la vuelta no había chanchullo posible, pues su cliente libraba, pero pudo conseguirnos un par de billetes a muy buen precio. Le prometí a Diego que se lo devolvería con mi primer sueldo y me quedé contenta. Llegaríamos ya de noche, por lo que tendríamos que dejar la visita a Clara para el sábado, pero mientras tanto le daríamos un buen uso a la habitación del hotel que habíamos reservado, bueno..., que el otro cliente de Diego había reservado a cargo de unos bonos de la agencia de viajes en la que curraba.

Estaba haciendo el equipaje y, cómo no, no sabía qué ropa llevarme. Ya que íbamos a Sevilla habíamos pensando hacer algo de turismo en pareja: la Giralda, la Torre del Oro, el barrio de Triana, algún tablao flamenco... Estaba emocionada hasta la médula y la canción de Los del Río (famosos en el mundo entero por su *Macarena*) sonaba felizmente todo el tiempo en mi cabeza. Nuestro primer viaje juntos.

Le pedí el favor a mi vecina, la señora Lourdes, de que le diera de comer a Flash y lo sacara una vez al día. Por suerte (para mí, no para ella), la mujer se encontraba muy solita y le encantaban los chuchos. Muy gustosa aceptó incluso hospedarlo en su casa mientras estuviéramos fuera. Los astros seguían alineados en lo alto de mi firmamento. Casi parecía increíble que un mes atrás estuviera sin trabajo y sin novio. Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados e iba hacia arriba, subiendo como la espuma, viento en popa, toda vela.

—Vamos, Marta, ¿llevas todo lo que necesitas?

—Sí, espera, ya estoy —dije con la lengua fuera asomando la cabeza por la puerta del patio.

—Pero ¿dónde vas con todo eso? —Diego me miró alucinado. Primero a mí y luego a mis tres trolleys y vuelta a empezar, cinco veces seguidas.

Vale, sí, llevaba tres trolleys más grandes que tres dogos alemanes, pero no sabía qué ñoquis llevarme, así que me llevé todo. Metí mi armario entero en las maletas, incluidos un par de bañadores, la toalla, las chanclas y el gorrito de natación, por si el hotel tenía piscina climatizada. Todo cosas muy necesarias.

—Pues a Sevilla.

—Venga, dame y vayámonos que llegamos tarde —dijo cogiendo dos de los trolleys. Él solo llevaba una mochila ridícula colgada del hombro. Y eso sí que me dejó alucinada a mí. ¿No necesitaba nada más? ¿Dónde había metido el secador de pelo para arreglarse sus brillantes rizos?

Llegamos a Atocha bastante pegados de tiempo y fuimos derechos al andén de salidas con mis trolleys dando trompicones detrás. Su cliente nos esperaba allí, perfectamente uniformado en el control de pasajeros. Cuando llegó nuestro turno simuló que leía el código de nuestro billete en la pantalla del móvil de Diego y nos dejó pasar, mientras nos comunicaba que nuestros asientos

estaban en el coche A1.

La suerte seguía sentada en mi hombro haciéndole peinetas con el dedo a todo el mundo que se iba subiendo a los vagones de clase turista. El cliente de Diego nos había metido en preferente y al ver aquel vagón lujoso con asientos de cuero reclinables casi me dio una taquicardia del subidón.

—Qué pasada, Diego. —Suspiré hondo y le di un beso muy sonoro en la mejilla.

—Tú sí que eres una pasada.

A las 21:25 el Ave echó a andar y poco después fuimos dejando atrás las luces de Madrid, su contaminación, su barullo, su mogollón de personas. Sonreí mientras la canción de Los del Río volvía a sonar en mi mente y la fui tarareando en mi cabeza: *Sevilla tiene un color especial. Sevilla sigue teniendo su duende. Me sigue oliendo a azahar. Me gusta estar con su gente ...* Acomodé la mejilla en el hombro de Diego y me quedé durmiendo. Y dormí tanto que me perdí el momento en que pasaron con la cena, algo que luego le reproché a Diego, pues nunca había tenido el gusto de viajar con ese glamur, pero él le quitó hierro diciéndome que había sido bastante normalita y nada destacable, aun así, le di un cachete refunfuñando. Eso no era de ley.

Para llegar al hotel tomamos un taxi, pues era bastante tarde y no nos apetecía esperar un autobús de línea vete tú a saber cuánto tiempo, así que llegamos bastante rápido.

Era un Meliá cuatro estrellas bastante lujoso cerca del Hospital San Juan de Dios y del casco antiguo, pero no tenía piscina climatizada (muy mal). En cuanto entramos en la habitación la recorrí al galope inspeccionando todos los muebles y las comodidades que ponían a disposición de los huéspedes. Qué maravilla. Albornoces y toallas mullidas y resplandecientes, jabones y botellitas que olían de maravilla, una tele de buen tamaño..., incluso había un hervidor de agua eléctrico. Algo muy útil si bebes té, que no era mi caso, siempre he pensado que el té es agua sucia con sabor a moho. Yo era más de *colacao* y un cafetito con leche con dos cucharadas de azúcar a media tarde.

Tras pasarme casi tres horas durmiendo en el tren a pierna suelta, tenía los ojos como faros. Sin embargo, Diego estaba derrotado y, para mi gran desilusión, cayó hecho un troncho sobre el colchón. Lo miré con cierta tristeza, hubiera estado bien estrenar (entre comillas) aquella cama gigante, o al menos, estrenar las calles de Sevilla, de la que había visto bien poco en el trayecto, saliendo a dar una vuelta. Tenía un hambre atroz y no había cenado. Mis tripas rugían como leonas en celo. Cogí las tres galletitas de cortesía junto al hervidor y las fui masticando con parsimonia para engañar a mi barriga y que se pensara que se había zampado un filete de ternera.

A las tres de la madrugada seguía con los ojos más abiertos que un búho, de par en par en la penumbra miraban el techo sobre la cama. Había descubierto una pequeña ranura (muy mal los de mantenimiento) y no paraba de mirarla como si esperase que de pronto se hiciera más grande y una enorme brecha se abriera sobre mi cabeza cayendo la cama de la habitación de arriba sobre nosotros. No sé por qué pensaba eso, pero era inquietante, cosas del insomnio, supongo. Diego a mi lado dormía como un bendito, roncando igual que un rinoceronte. Detalle que tampoco ayudaba mucho a conciliar el sueño.

Le di una patadita para que se cambiara de posición y refunfuñó sin hacerlo. Así que le di otra más fuerte y se dio la vuelta. ¡Gracias, Dios! Los ronquidos se apaciguaron pasando a ser unos silbidos un poco molestos pero tolerables. Me coloqué de costado, dándole la espalda, y me tapé la oreja libre. Finalmente me dormí.

Cuando desperté, Diego ya no estaba en la cama. Miré la hora en mi móvil y eran las siete pasadas. ¿Dónde estaría?, me estaba preguntando cuando escuché el sonido de la cisterna. Ahí tenía mi respuesta. Haciendo de las suyas (ojos de sospecha). Bueno, a esas alturas de la relación

tenía claro que Diego podía ser un buen mozo, muy majo, atento y listo, pero también que era humano y roncaba y hacía popó como cualquier hijo de vecino, y eso, lo creáis o no, no le restaba ni un ápice de su encanto.

No conseguía volver a dormirme y Diego tardaba mucho, así que encendí la televisión. El último huésped debía ser un salido porque en la pantalla aparecieron de pronto tres personas chingando.

Me quedé mirando las posturas sorprendida. Yo nunca había sido capaz de ponerme así. La pierna arriba y la otra girada de lado, la cabeza torcida... Iba a cambiar de canal, pero, sin querer, lo que hice fue darle a todo volumen. Gemidos de placer estallaron en todas las paredes de la habitación. Me apresuré a corregir el error, pero Diego ya había salido del baño, totalmente desnudo y con ese pelazo ensortijado suyo aplastado en la frente. Muy sexy. Demasiado. Algo ahí debajo de mis entrañas se removió por instinto.

Me sonrió bribón desde el umbral.

—¿Qué estás viendo, guarrilla?

—No lo he puesto yo. Ha salido nada más encender el televisor.

—¿Quieres que la veamos juntos? —me preguntó bajando el tono de la voz. Se acercó despacio con el machete colgado. A mí me gustaba más hacer que ver, pero aquello podía tener su morbo, así que no me negué.

—Vale, pero yo no puedo hacer ni la mitad de posturas que hace esa chica —le repuse señalando la pantalla. Pero ¡¿cómo ñoquis había conseguido darse la vuelta sin perder la conexión?!

—¡Hostia! No entiendo muy bien cómo lo están haciendo —dijo mirando la tele con atención, mientras se acomodaba en el colchón, izando la bandera.

—Ni yo.

—Deberías quitarte el pijama para estar en igualdad de condiciones —me propuso ladeando una sonrisa picarona.

—Podrías quitármelo tú. Estoy vaguita.

—¿Has traído los condones?

Levanté una ceja y me reí.

—¿Tú qué crees?

—Esa es mi chica. ¿Dónde están?

—Mmm. —Miré dubitativa al techo. Otra vez esa maldita ranura me llenó de inquietud. Desvié la mirada a mis trolleys que en fila india escoltaban la pared de enfrente.

—En uno de esos. —Le señalé las maletas.

—¿No sabes en cuál?

—En el primero no, porque ya lo abrí para sacar el pijama y la bolsa de aseo.

—¿No deberían estar en la bolsa de aseo?

—No sé si deberían, pero no lo están. Los metí cuando estaba metiendo la ropa.

—¿Los busco yo y tú te vas desnudando? —me sugirió saltando de la cama.

Sobra decir que no terminamos de ver la película, pero supongo que no acabarían casándose en una boda polígama al estilo mormón. Nosotros, no sé si terminaríamos casándonos tampoco, pero mientras surgía o no, le habíamos dado un buen uso a aquella cama y nos habíamos fundido un par de gomitas más de la caja multicolor. Consejo: no compréis condones de colores. Por muy buena herramienta que tenga tu chico, plastificada de verde se ve muy ridícula. Nos reímos un buen rato a costa de eso. Empecé a llamarle el Linterna Verde follador y se nos iban las fuerzas con tanta risa.

Una hora más tarde estaba bajo el chorro de la ducha, pensando en Diego. Más en concreto en eso de si nos casaríamos algún día. Yo y mis fantasías. Mis fantasías pubescentes estaban cobrando protagonismo. ¿Y por qué no? Él y yo encajábamos y no solo en la cama. Por fin había encontrado a alguien que tenía sentido para mí y que a su vez él encontraba sentido en mí por raro que eso pudiera parecerme. No soy fácil, lo sé. Pero él me comprendía y pasaba por alto mi desorbitada tendencia a los desastres, mi yo muchas veces infantil, mi despreocupación, mis locuras y excentricidades. No sé, podía ser, ¿verdad? Todavía no había salido corriendo e incluso se me había declarado (aunque yo lo había hecho antes. De acuerdo, sí, no seáis tan duras. Alguno tiene que ser el primero y en nuestro siglo da igual que sea la mujer).

Él se había ido al gimnasio del hotel a darle un poco a las máquinas antes de desayunar. ¿Es que no tenía bastante conmigo? Yo era una máquina sexual, ya lo sabéis. Había pensado que tal vez estaba un poco oxidada tras tanto tiempo de barbecho, pero no, para nada, me había puesto una ITV por la vía rápida y mi chochetilla se había declarado oficialmente «insaciable».

Hablando de insaciable, me moría de hambre. Cogí el panfleto informativo de la mesilla y vi que ya estaba abierto el turno de desayunos. Miré la hora. Diego había dicho que tardaría unos cuarenta minutos en volver, el problema es que no podía esperar tanto. Si no le daba algo de condumio ya, la barriga se me abriría a lo *Alien* y el hambre terminaría por devórame a mí entera, y se acabó la historia de mi vida.

Pensé en bajar a desayunar por mi cuenta algo ligerito, me daba tiempo, y después otra vez con Diego, así que me vestí y me encaminé a la planta baja.

¡Oh, Dios mío! Pedazo bufé. Abrí los ojos como platos e inspiré hondo, muy hondo, llenándome del rico aroma que llegaba hasta mis narinas desde los expositores a rebosar. Mis tripas resonaron como un tambor. Era un paraíso de manjares calóricos: huevos revueltos y fritos, lonchas de beicon crujiente, ensaimadas, cruasanes, mermeladas de mil sabores, *muffins*, variedad de tartas, tortitas, churros... Empecé a llenar la bandeja sin control. La boca me salivaba. Estaba intentando controlarme, pero mi débil fuerza interior se estaba esfumando por momentos.

Normalmente no desayunaba todo eso ni en broma, pero cuando vas a un hotel y tienes a tu disposición todo eso comes sin medida. De manera inconsciente, amortizas el dinero que pagas por esos servicios, como ducharte tres veces al día, llevarte a casa todos los obsequios de baño, encender el climatizador sin miramientos y, por supuesto, comer hasta reventar.

Iba por mi segunda ración de desayuno, intercalando los viajes al bufé entre los churros y las tortitas. Me había bebido tres zumos de naranja y cinco cafés largos con una motita de leche. Iba como una moto. La cafeína solía sentarme bien en dosis normales, pero esa vez me había pasado tres pueblos. Las manos me temblaban como a una politoxicómana haciendo cola para un chute de metadona.

Una hora y media después (el tiempo pasa veloz cuando uno es feliz), los camareros estaban sorprendidos por todo lo que había ingerido en tan poco tiempo. Los veía cuchichear, seguramente apostando en qué momento iba a echar la pota. La gente, que se levanta a una hora normal un sábado, empezó a entrar en el comedor y decidí marcharme. Esa pobre gente tendría que comer algo. Mi paso había sido como un tornado devastador.

—¡Diego! —dije a lo Penélope Cruz en los Oscar. No esperaba encontrarlo recién duchado en la habitación, creía que tenía un poco más de margen.

—¿Dónde estabas?

—He ido a correr.

—¿Con botines? —Extrañado, me miró de arriba abajo. Tenía más pinta de haber ido a misa

que a correr.

—Sí, en el *Cuore* salió un artículo sobre los beneficios para los gemelos que tiene correr con tacones o botines de tacón ancho. Deberías saberlo, el entrenador aquí eres tú.

—Hueles a sirope de chocolate —me dijo olisqueándome el pelo.

—Vale, sí, pillada. He bajado a desayunar sin ti.

—¿Has estado hora y media desayunando?

—Sí, tenía mucha hambre. Te recuerdo que por tu culpa anoche no cené. —Hice un pucherito para justificarme—. Venga, vístete. Quiero ir a ver a Clara cuanto antes.

Tenía el corazón acelerado y el temblor de manos iba en aumento. ¿Quién me mandaría a mí tomarme cinco cafés? Era la prima hermana de Boney M.

—Voy a bajar a desayunar, ¿me acompañas? —Me sonrió colocándose el zapato del pie izquierdo.

—Mejor no, aprovecharé para darme una ducha.

—¿No te habías duchado ya? —Me miró de nuevo extrañado.

—Sí, pero tengo que amortizar la habitación. —Le sonreí levemente disimulando. Los temblores iban en aumento y tenía que apaciguarlos de algún modo—. Te espero aquí.

—Como quieras. —Me dio un beso en la coronilla y se marchó.

Vale, Marta, relax, me dije a mí misma. Estaba como una Vespa a todo gas y sentía palpitations en las sienes.

Experimenté entonces tal retortijón, que me doblé por la mitad y sentí una punzada en el pecho.

De refilón vi mi figura en el espejo. Mi barriga se había puesto de un tamaño considerable. Tenía un embarazo de churros, huevos revueltos, panceta, tortitas, magdalenas modernas, y caca de cinco meses.

Son gases, Marta, recuerda lo que te dijo el médico, me dije sintiendo otro retortijón.

Autoayuda en práctica me puse a lo perrito en la moqueta para ayudarme a expulsar fuera de mí eso que me estaba matando. Mi cuerpo era la unidad de contención de fantasmas de Bill Murray. Contraje y dilaté el vientre varias veces antes de liberar el primer ectoplasma y sentí cierto alivio, pero aún quedaban unos cuantos más por sacar de la cárcel de tripas.

Era la jodida Elsa, soltando y soltando pedos (podía oír la cancioncilla de *Frozen* en mi mente), a cada cual más nauseabundo, yo misma me sentía mareada. Me notaba ya más relajada, las punzadas de dolor habían remitido, pero aún estaba por llegar la traca final. El trueno definitivo que cerraba la fiesta de fuegos artificiales de mi culo. Fue como parir una bolsa de pólvora valenciana (¿por qué le gustaba a esa gente tanto estallar cosas?). Aquello venía pisando fuerte, lo sentía. Y por fin salió, ya lo creo que salió. En mi vida había escuchado semejante estruendo, era el chupinazo hecho carne. Mientras aquello salía despedido de mí a golpe de corneta, grité al compás igual que una parturienta.

—¡Me cago en la puta! —escuché tras de mí.

Lentamente y con la *Marcha de los toreros* de *Carmen* todavía sonando imaginariamente en mi cabeza, me giré en aquella postura tan poco ortodoxa, encontrándome a un Diego luchando por su vida. Acababa de ser gaseado a traición.

—¿Qué haces ahí? —le pregunté roja como un tomate.

—Me he olvidado el móvil y tenía que hacer una llamada y..., Dios, Marta, me he tragado eso que ha salido por ahí. —Señaló mi culo aún en pompa.

Me incorporé rápidamente, con la vergüenza atravesándome en forma de cosquilleo por la espalda.

—Ahora ya sabes lo que se siente —le eché en cara. La mejor defensa era un buen ataque.

—¿Para qué querría saber yo eso? —Diego abrió los ojos de par en par, sorprendido.

—Yo me tragué uno tuyo el otro día —le solté sin miramientos para vengarme de la vergüenza que me estaba haciendo pasar.

—¡Pero ¿qué dices?! ¡¿Cuándo me he cagado yo en tu cara?! —Diego estaba ofendido. Echó el cuello para atrás mirándome todo digno.

—El otro día no me había mareado por levantarme —le expliqué y él parpadeó estupefacto—. Me hice un horno holandés sin querer y me tragué un bufido tuyo con olor a comida china —seguí explicando viniéndome arriba—. ¿Sabes que te relajas mucho cuando duermes?

—No fue a propósito, estaba durmiendo. —Diego estaba ultrajado.

—Lo mío tampoco, pensaba que estaba sola. —Puse los brazos en jarras, me estaba convirtiendo en la Paca.

—Lo siento, no sabía qué hacías esas prácticas mañaneras —se disculpó él.

—Ha sido por necesidad, no para abrir mis chakras.

Diego se me quedó mirando fijo un momento, hasta que para alivio mío empezó a reírse descontroladamente. Por suerte, no le había causado lesiones cerebrales irreparables, como quien cae en un pozo ciego.

—Está bien, supongo que ahora estamos en paz —dijo entre risas.

—Supongo, pero no necesito tanta confianza para afianzar nuestra relación.

—Creo que los pedos pueden ser muy románticos —comentó encogiéndose de hombros.

—Y luego la rarita soy yo. —Puse los ojos en blanco.

—Creo que es un punto de no retorno en una pareja. Carol nunca se tiró uno delante de mí mientras estuvimos juntos, y eso tampoco es muy normal.

—¿Me estás diciendo que para ti, las flatulencias son un símbolo de amor?

—Son un símbolo de confianza y naturalidad en la pareja. —Diego me sonrió acercándose para envolverme las mejillas entre las manos.

—Entonces después de esto, tienes que estar loquito por mí para los restos —le repuse parpadeando tontamente.

—¿Lo dudabas, pequeña pedorretas? —Me besó, no sé cómo le quedaban ganas.

—Creo que ahora sí necesito ducharme. —Sentía el olor de mis pedos pegados a fuego en mi piel.

—¿Qué tal si lo hacemos juntos? Yo acabo de hacerlo, pero la idea de ducharnos juntos me parece tentadora. —Diego levantó sus cejitas.

—Me parece una gran idea. —Gastar dos mil litros de agua a coste cero era más que una buena idea—. ¿Coco o maracuyá?

—Elije tú.

A lo que pasó después se le llama amortizar de lo lindo la bañera.

Doctor House, abandone la sala

Sevilla era un lugar con encanto, lleno de alegría y sol pese a estar a finales de febrero, y ese halo me había poseído en todas sus formas. Me sentía más gitana que nunca y mis pies bailaban un zapateado mientras paseaba cogida de la mano de *mi cariño*.

Tenía muchas ganas de darle la sorpresa a Clara, pero no quería renunciar a aquel paseo con Diego tan pronto. Las terrazas llenas de gente tomando un vinito me llamaban a gritos: «¡Eh, chiquilla, vente p'acá a tomarte un rebujito!», aunque yo prefería beberme una cervecita fresquita.

—Voy a llamar a Clara —le dije a Diego sacando el móvil de mi bolso.

—Creía que querías que fuera una sorpresa.

—Y lo va a ser, ¿me pides una cañita?

Clara tardó poco en contestar, debía encontrarse desesperada de estar sola y aburrida y tenía el móvil en la mano.

—Hola, amiguita. ¿Cómo estás? —la saludé feliz tratando de traspasarle mi estado emocional a través de las ondas.

—¿Tú qué crees? —Su tono era hostil. Se ve que no lo conseguí.

—Venga, ya te queda menos. Tengo muchas ganas de verte.

—Estoy hecha un asco, Marta. No creo que sea una imagen que tener ganas de ver.

—No digas tonterías. Tú estás guapa hasta con un moco colgando.

—En otras circunstancias me reiría de eso, pero no tengo ganas ni de reírme. —La escuché bufar al otro lado.

—Anímate, Sevilla es tan sonriente, yo me lleno de alegría cuando hablo con su gente.

—¿Te ha poseído el canoso de Los del Río o qué? Además, tú nunca has estado en Sevilla.

—Eso es cierto —disimulé—, pero conozco a unos cuantos sevillanos y siguen teniendo su duende aunque vivan en los madriles.

—Lo que tú digas. Tengo que dejarte, el médico pasará en diez minutos.

—Vale, un beso, Marta. —Me colgó sin reciprocidad. Tenía un humor de perros.

Nos tomamos aquel refrigerio viendo pasar carrozas de caballos con turistas extranjeros con las caras encarnadas, ajenos a la clavada que les iban a meter al final del recorrido. Pobres incautos. Luego fuimos callejeando a pie hasta el hospital, que quedaba bastante cerca.

En admisiones nos indicaron el número de la habitación de Clara. El reencuentro se iba a producir de un momento a otro y me sentí igual que Isabel Gemio dando sorpresas, sorpresas en su programas de homónimo nombre.

Toqué con los nudillos la puerta a pesar de que estaba entreabierta, con una sonrisa estúpida en la cara y un ramo de flores un poco mustias que habíamos comprado a un vendedor rumano antes de entrar en el hospital. Menudo negocio se traían a costa de la desgracia ajena.

—Adelante. —El hastío se había apoderado de ella, se le notaba en la voz.

—*¡Acompáañmeeee, una noche más!* —Entré dando saltitos entonando la cabecera del programa que hizo famoso a Ricky Martín y al perro lamedor de chirlas untadas en mermelada.

—¡Dios mío, Marta! ¡¿Qué hacéis Diego y tú aquí?! —Su cara se iluminó de repente.
—¿Cómo íbamos a dejarte aquí sola todo el fin de semana? —La abracé fuerte.
—Me habéis dejado de piedra, y me has engañado pero bien.
—Es así como se dan las buenas sorpresas. No todo lo hago mal.
—Ya sé que no. Ven aquí —me pidió para volver a estrujarnos como buenas amigas.
—¿Cómo va esa pierna? —se interesó Diego tras dejar el ramo en el alféizar de la ventana.
—Bueno, ya no me duele ni nada, pero me han dicho que tengo que llevar la escayola por lo menos seis semanas, y me pica horrores.
—¿Cuándo te dan el alta? —le pregunté sentándome en el borde de la cama.
—Pues en realidad podría haberme ido ya, pero como les he dicho que no tenía nadie aquí y he tenido que cambiarme el vuelo para el lunes me han dejado estar más tiempo, pero puedo pedir el alta voluntaria cuando quiera.
—Pues por supuesto que la vas a pedir. Tendrás que disfrutar un poco aunque sea en silla de ruedas. Y el domingo volverás con nosotros a casa —le dije sonriendo.
—¿Y qué pasa con mi vuelo?
—Lo cancelas y pillas un billete de Ave. Me niego a dejarte aquí sola ni un día más. Hemos venido a rescatarte. Y estoy segura de que has pagado el seguro de cancelación.
—Lo hice.
—Esa es mi Clarita. Iré a buscar al médico para tramitar el alta y pedir que nos presten una silla de ruedas. Tú llama y cancela ese vuelo.
—Está bien —dijo con una sonrisa en la cara.

El hospital era muy grande, como todos, y pasaba gente a toda prisa de un lado a otro. Le pregunté a una auxiliar dónde debía dirigirme para hacer los trámites, y ella, en pos de la prisa que tenía, me indicó rápidamente que siguiera todo recto. Seguí sus escasas indicaciones encaminándome todo recto por aquel pasillo que no parecía tener fin. Pero lo tuvo, vaya si lo tuvo.

Al final, frente a mí, un cartel que había visto tiempos mejores rezaba: Pabellón de A**as. Le faltaban dos letras que se habían caído, pero deduje que sería *altas* a lo que se refería, y que aquella auxiliar, que de primeras me había parecido carente de empatía, me había dirigido diligente hacia el lugar que buscaba.

Abrí decidida sin llamar, suponiendo que me encontraría con una sala de espera y su dispensador de números como en la charcutería. Sin embargo, no fue así.

Un grupo considerable de personas estaba concurrido alrededor de algo que aún no había podido distinguir, ataviados con batas de doctor, gorro y babuchas esterilizadas.

—Doctora Ramírez, la estábamos esperando —dijo el más mayor del grupo y el que parecía el cabecilla de aquella reunión de sesudos.

—¿A mí?!

—Siempre tan bromista. Acérquese.

Una figurante de aquella escena, vestida de enfermera, endoscopio al cuello incluido, se apresuró a pasarme unos guantes de vinilo azules mientras me colocaba con premura una bata verde oliva y un gorrito. Y, casi sin poder reaccionar, me pintó un bigote con algo que olía a Vicks Vaporub.

—Doctora Ramírez, estaba explicándoles a los alumnos cómo hacer una disección transversal en el estómago evitando el corte de vasos capilares —me aclaró, antes de volver a dirigirse de nuevo a los allí presentes—. La doctora es experta en ese campo, evitando el sangrado excesivo en ese tipo de intervenciones. Presten atención, es un honor que haya hecho un hueco en su agenda para estar aquí hoy con nosotros y tener el gusto de conocerla en persona. —O ese señor no había

visto a la doctora Ramírez en la vida o yo era la viva imagen de esa reputada cirujana.

—Doctora —dijo la enfermera, que me había vestido de tal guisa, tendiéndome un bisturí, sin percatarme todavía de que lo que tenía frente a mí era un muerto de verdad, no un muñeco de silicona realista.

—Esto..., esto es un cadáver. —Los músculos de la cara se me habían entumecido y el bisturí estaba peligrosamente en unas manos que apenas podían sostenerlo.

Lo máximo que había hecho yo en mi vida con un cadáver, de pollo más concretamente, era sacarle las pechugas. Pero aquel cuerpecillo de un color amarillento, con sus brazos y manos, piernas y pies, pene y testículos, y la cabeza tapada por una toalla, no era ni de lejos un pollo casero de mi tía Mari.

—Muy aguda. —Sonrió el cabecilla-director-productor de aquella serie de televisión, ¿porque si no, qué era aquello?

—¿Están ustedes grabando un *House* a la española?

—Había oído hablar mucho de su gran sentido del humor doctora, pero si no le importa —dijo mirando el abdomen de aquel pobre hombre sin vida.

Mis manos se acercaron a aquella carne de embutido humana lentamente, con aquel afilado instrumento médico en malas manos. Gracias que aquella persona que yacía inerte en el pedestal de acero no podía quedar peor que estaba.

El pulso me temblaba, incluso más que horas antes con la sobredosis de cafeína.

El doctor viejales se percató de ello.

—¿Va todo bien?

—Sí, todo muy bien. —Me faltó preguntarle si lo quería en filetes gruesos o finos, pero las ganas de bromas se me habían ido por el sumidero de mi poca decencia. Parecía un doctor loco y, como tal, debería estar pensando en salir por patas lo antes posible. Pero no, allí estaba yo, decidida a dejar asombrados a aquellos estudiantes con mi técnica de corte abdominal, lo mismo que si fuera a cortar un patrón del *Burda*.

Cuando apoyé la mano izquierda en esa carne muerta, un escalofrío me recorrió el cuerpo y una arcada amenazó con subir hasta mi garganta desde el esófago.

Lo que pasó entonces no tuvo que ser bueno, aunque no recuerdo casi nada. Solo vagamente escuchar mis palabras sin encontrarles sentido, como si hubiera sido otra quien las hubiera pronunciado por mí. El resto se desvaneció. Fundido a negro.

Lo que sí recuerdo es lo que sucedió después en la habitación donde me habían tendido sobre una cama con las piernas en alto y un paño frío en la frente.

Diego estaba lidiando con el señor viejuno en la puerta. Parecía que estaba en apuros.

—Lo de su novia ha sido un despropósito. Hacerse pasar por doctora e irrumpir en la clase práctica. Esto es un hospital universitario, caballero, no un club de teatro de barrio.

—Lo lamento, de veras. No sé qué más decirle.

—Dé gracias de que no la demandamos —fue lo último que escuché antes de que Diego se plantara delante de mí con cara de pocos amigos.

—¿Marta, se puede saber en qué estabas pensando?

—Lo siento, entré por equivocación y me dejé llevar presa de los nervios.

—Podrías haber salido disculpándote por la equivocación. Eso es lo que hubiera hecho una persona con dos dedos de frente.

—Sí, pero pensé que era el rodaje de una serie. Bastante realista, sí, pero podían ser actores del método.

—Claro, y pensabas que ibas a ser la estrella de la tele. —Se llevó las manos a la cabeza

desesperado—. No te entiendo, juro que lo intento, pero no puedo comprenderlo.

—Lo sé, nadie lo hace. Supongo que soy así y la única capaz de soportarme soy yo misma.

—Es una posibilidad —dijo, dejándome confundida, pues no sabía qué consecuencias acarrearía eso—. Clara ya tiene permiso para marcharse. Iré a ver si necesita algo.

—Espera, iré contigo. —Me incorporé.

—No, quédate ahí quieta y descansa —me ordenó como si yo fuera un peligro andante—. Volveremos a por ti en un rato.

Diego salió de la habitación muy enfadado conmigo y habiendo sembrado una duda en mi fuero interno. Esa posibilidad de que yo fuera la única que me soportaba y su propia reafirmación de mis palabras cernía sobre nuestra relación una sombra gigante. Si no dejaba de hacer estupideces acabaría cansándose de mí.

Nadie volvió a por mí en media hora, así que dejé cabizbaja aquella habitación sola y salí a la calle para que me diera el aire.

Diez minutos después, las puertas automáticas se abrieron y los vi.

Clara iba en la silla de ruedas. Ahora era la auténtica Clarita de *Heidi*, pero reprimí hacer la broma, sus caras reflejaban cualquier cosa menos ganas de cachondeo.

—Chicos, lo siento, yo... —No me hicieron caso y emprendieron la marcha cuesta abajo.

No me quedó más remedio que seguirlos de cerca. Era la niña tonta que se había portado mal y que sus padres ignoran.

—Voy a preguntar a la parada de taxis —dijo Diego dirigiéndose a Clara.

—¿Tú también estás enfadada conmigo? —Aproveché para preguntarle a Clara.

—No, yo ya estoy acostumbrada a esas cosas de enferma mental que tienes. Pero me cabrea que vayas a joder tu relación por tus gilipolleces.

—Lo sé. Tienes que ayudarme, no sé por qué soy así. Es patético.

—No sé cómo hacerlo, me cuesta dar la cara por ti, porque eres imprevisible.

Me dolió que dijera aquello, yo daría la cara por Clara en todo momento, pero ella no era imprevisible. Era absolutamente todo lo contrario. Una de esas personas por las que puedes poner la mano en el fuego, yo, en cambio, hubiera quemado a lo bonzo a la mitad de mi familia y amigos, y luego habría exclamado con voz de ingenua: «¿He sido yo?». Sí, yo era sin duda la versión blanca y femenina del torpe Steve Urkel.

—Hay un taxi con maletero para sillas disponible —gritó Diego unos metros más abajo y nos hizo una señal para que nos acercáramos.

—¿Confías en mí? —pregunté a Clara con las lágrimas agolpándoseme en el lagrimal.

—No me queda otra. Pero, por tu padre, no sueltes la silla.

—Nunca haría una cosa así —dije con la boca pequeña, pues era bien capaz de soltarla si una avispa se cruzaba en mi camino.

—Ve despacito y frenando con el peso de tu cuerpo, hay una cuesta —me advirtió, e hizo bien.

Mientras ejercía resistencia para que la silla no saliera disparada cuesta abajo, los pensamientos sobre perder a Diego me invadieron dolorosamente.

¿De verdad Diego se había planteado dejarme? ¿Había dejado de ser un desastre encantador? Nunca había experimentado una inseguridad de esas dimensiones, pero entonces, solo entonces, pude comprender la sensación de incertidumbre que tendrían ellos al estar conmigo.

Putas, cruda, horrible realidad

En el hotel, conseguimos hospedar a Clara en otra habitación en el mismo pasillo. Diego se marchó y yo me quedé con ella ayudándola a instalarse. Estaba insoportable, mandona y de un humor de perros irascible. No hacía más que mandarme de aquí para allá, tráeme esto, pon eso allí, pásame esa revista, y yo iba y venía, asintiendo todo el rato como una fiel sirvienta. Su nivel de exigencias era inhumano y yo, admitámoslo, no era muy buena cuidando pacientes, además, la palabra *paciente* desde el incidente en el hospital me daba incluso escalofríos. Menudas semanas me esperaban.

Diego seguía sin hablarme cuando entré en nuestra habitación. Sentado junto a la ventana observaba tristemente la gran piscina exterior fuera de uso y ni una mirada me dedicó.

Inspiré hondo y me acerqué a él despacito. ¿Cómo había podido fastidiar tanto nuestro primer viaje juntos? Tal vez, el último. La desolación me cayó a plomo. Diego me iba a dejar. Podía olfatearlo en el ambiente.

—¿No vas a volver a hablarme jamás? —Decidí arrastrarme un poquito.

—Marta, a veces no te entiendo. Todas esas cosas que me contabas sobre ti me hacían gracia, pero lo de hoy supera cualquier cosa. Has irrumpido en una clase práctica de Cirugía. Tienes veintiocho años.

—Ya te he dicho que lo siento. Voy a intentar cambiar. Sé que no debí hacerlo, que no soy perfecta, que no hago deporte, que como mierda buena a puñados, que no tengo una carrera, que no tengo ni pajolera idea de cine clásico, pero soy una buena persona. —Me puse a llorar y Diego se ablandó. Se dio la vuelta y por fin me miró.

—Tranquila, no llores. Venga, ya pasó. Vamos a olvidarlo.

Suspiré de alivio. Había conseguido que me perdonara esa vez, pero debía controlarme y centrar la cabezota. Mis lágrimas no siempre podrían salvarme de mis excentricidades y Diego tenía un límite. Yo ya lo había pisado y no quería volver a hacerlo, porque no quería perderlo.

El resto del sábado fue un fracaso total, en parte por mi culpa, lo que había hecho en el hospital sobrevolaba bajo nuestros pensamientos tiñéndonos el careto de amarillo limón, pero sobre todo se debía a Clara. Fue quejándose todo el rato y con una aguja de lana rascándose la pierna. El acceso con la silla a ciertos lugares estaba limitado, así que fue complicado moverse y pasear disfrutando a nuestras anchas del color y duende de Sevilla. Sevilla fue tornándose negra como el día más gris que hubiera visto en años.

Volvimos a Madrid, con aquella silla de prestado y que teníamos que devolver por mensajería al Juan de Dios, sin aires renovados y con unas ganas locas de soltarla y no tocarla más. Cuando el taxi nos dejó en la puerta de nuestro edificio, la puta, cruda y horrible realidad nos golpeó de frente. Segunda planta sin ascensor. Diego se encargó de remolcar a su espalda a la gruñona de Clara mientras yo me peleaba con la maldita silla los dos tramos de escaleras. Creo que no dejé ni una sola pared por golpear.

El recibimiento de Flash estuvo a la altura de las circunstancias, nada más olfatear el cacharro

con ruedas aparcado en el recibidor le dio la bienvenida a su manera. Le soltó tal chorro que parecía que no había meado en toda nuestra ausencia. Lo regañé y me apresuré a limpiar el estropicio. Diego se marchó y empezó el calvario. Deshacer maletas (de las dos), preparar la cena (de las dos), ayudar a Clara a acostarse y acostarme yo, molida. Quería morirme y aquello no había hecho más que empezar.

El lunes empezó antes de lo normal. Tuve que ponerme el despertador bien temprano para que me diera tiempo a hacer todo lo que tenía que hacer antes de marcharme al trabajo: sacar a Flash, preparar el desayuno para las dos, servirse a Clara, ayudarla a ir al baño para asearse y dejarla cómodamente en el sofá.

Nada más entrar en el centro de masajes le pregunté a Berta por su cita con Adrián.

—¡Buenos días! ¿Qué tal tu cita?

—Pues no sé qué decirte, ya sabes que es un tipo muy extraño. Lo pase bien, pero a veces sus silencios me desconcertaban. Lo conocía como cliente, sin embargo, no en su faceta personal. Me llevó a cenar y a dar un paseo. Me hubiera gustado más ir a bailar a algún sitio y tomarnos una copa.

—Pero ¿lo volverás a ver?

—Sinceramente no lo sé, Marta. Quedó en llamarme para salir otra vez.

—Deberías darle otra oportunidad. Puede que estuviera nervioso.

Berta se encogió de hombros y se marchó pasillo arriba, yo me encaminé al vestuario para cambiarme de ropa.

Las Ariscogatas llegaron poco después, pasada su hora de fichar como siempre. Me saludaron, seca como la mojama Sofía, y más sonriente Catalina me preguntó por el fin de semana. Le dije que bien, pero no entré en detalles. Era de agradecer que no supieran que había estado en Sevilla y evitarme las típicas preguntas de rigor, porque no me apetecía para nada recordar la estancia.

Después de diez horas di por terminada mi jornada laboral. Salí del centro con la cabeza gacha, lo que me esperaba en casa era peor que una condena a trabajos forzados bajo el sol.

—Marta, qué bien que has llegado. Por favor, acompáñame al baño. Me va a estallar la vejiga —me voceó Clara nada más traspasar el umbral del apartamento.

Tomé aire y me hinché de paciencia que buena falta me iba a hacer. No sabía cuánto tiempo iba a poder soportar esa situación. ¿En serio iba a estar de baja seis semanas? Estaba segura de que yo misma le quitaría esa escayola a bocados mucho antes..., pero, si se quedaba con la pierna torcida y caminaba como un lisiado de la guerra del Vietnam, tendría que soportar sus lamentos y órdenes de por vida. Pensándolo mejor que se quedase con la escayola donde estaba.

Llevaba todo el día queriendo hablar con Adrián. Sentía curiosidad por conocer su versión y ver qué ñoquis había pasado en la cita. Berta era una mujer activa, atractiva, tenía muchas cosas que ofrecer a la taciturna vida de Adrián, pero él era tan negado para algunas cosas que iba a necesitar más de un empujón para sacarlo de su cueva.

Cuando dejé de nuevo a Clara en el sofá con un bocadillo en una mano y el mando en la otra, cogí la correa de Flash y lo saqué a pasear. Mientras recorríamos la callejuela en dirección al parque saqué el móvil.

—¿Adrián? Soy Marta. Cuéntame qué tal con Berta.

—Hola, Marta. ¿No te lo ha contado ella?

—Sí, pero quiero saber cómo has vivido tú la cita.

—Bien. —No me sonó demasiado emocionado—. Berta es muy habladora, de hecho no dejó de hablar en toda la noche. Tiene una risa irritante, pero por lo demás supongo que bien.

¡Bah, nimiedades!

—¿La volverás a llamar?

—No creo, nunca fue una buena idea llamarla.

Mi gozo en un pozo. Mi rol de casamentera se iba al garete en un periquete. Eso no podía ser. Saqué mis armas de Celestina.

—Pero Adrián, Berta es una mujer brillante, guapa, con éxito. Es todo lo que a ti te hace falta. Dale una oportunidad.

—No lo sé, Marta, tengo que pensarlo. —Él seguía reticente.

No me iba achantar. Tenía que convencerlo. Me había tomado aquello como un reto personal.

—¿Tomamos algo y hablamos? —le sugerí.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, en quince minutos en el parque. Estoy de camino con Flash.

—De acuerdo, allí estaremos.

¿Estaremos? Ah, vale, me acordé de Noel, seguramente pensaba traerlo.

Lo esperé sentada en un banco. Hacía un frío criminal y tenía el culo a punto de congelación.

Adrián apareció con su abrigo oscuro.

—Hola, Marta. —Me dio dos besos en las mejillas—. Estás helada.

—Sí, aquí parada corres el riesgo de criogenizarte. Hola, Noel —saludé al pequeño bichón que saltaba sobre mi rodilla para arrancarme unas caricias—. Qué rico eres —le dije calmando sus ansias pasándole la mano por detrás de las orejas y rascándole el cogote.

—Hace frío para estar aquí y con estos dos no creo que podamos entrar en ningún sitio. ¿Te parece bien si vamos a mi casa?

Lo miré dubitativa. No sabía si era buena idea meterme en su casa, pero me intrigaba ver cómo era.

—Vale.

En menos de quince minutos estábamos entrando. Vivía en la calle Gerona, a la vuelta de la esquina de la plaza Mayor. Posiblemente había pasado cientos de veces por delante desde que vivía en Madrid. Esas fincas siempre me habían parecido muy señoriales, sus fachadas soportaban la solera de más de un siglo y se mantenían estoicas e imponentes, dando cara a las nuevas edificaciones que se alzaban multiplicándose más que champiñones en las afueras. El vestíbulo estaba bien cuidado, alicatado de mármol desde el suelo hasta el techo, donde colgaba una gran lámpara de araña que reflejaba millones de destellitos creando una atmósfera cálida y casi mágica. Tenía uno de esos ascensores, ruidosos y con verja, que había que cerrar a mano antes de que se pusiera en marcha.

El interior del piso era un poco lo esperado: suelos de mármol bruñido y techos altos rematados con escayolas que debían costar a día de hoy un ojo de la cara. Tenía ese aire pomposo y lujoso que siempre tienen los pisos antiguos de las revistas, pero no estaba todo lo bien cuidado que había esperado de un propietario como Adrián, que siempre iba perfectamente pulido. Me llamó sobre todo la atención la ausencia de cuadros en las paredes o fotografías sobre los pocos muebles. A decir verdad, el mobiliario casi brillaba por su ausencia en el recibidor y la sala de estar donde me pidió que me acomodase mientras preparaba un té, que no quise rechazarle por no parecerle una desagradecida.

Me senté en el único sofá, gris, duro por el uso y con socavones, desgastado e incluso deshilachado en las zonas de más apoyo y posé la mirada en la mesa de centro que se interponía entre la televisión y una servidora.

—Perdona, mi casa no es muy bonita. —Adrián asomó la cabeza desde lo que suponía era la cocina.

—Deberías trabajar un poco la decoración, pero está bien. Se está calentito.

Apareció poco después con una bandeja con dos tazas, un azucarero y una tetera.

—No suelo recibir muchas visitas. Espero que te guste el té.

—No me encanta —fui sincera esta vez.

—Lo siento, pero no tengo nada más.

—No importa. No he venido hasta aquí para tomar té —cogí las riendas de la conversación llevándola a mi terreno.

—¿Y de qué quieres hablarme? —Adrián fue sirviendo las dos tazas con el agua caliente.

—Quiero que abras los ojos y no tires la toalla a la primera de cambio. Es algo que por tu personalidad deduzco haces muy a menudo, y así nunca encontrarás nada estable y serio.

—No creo que me conozcas tanto para sacar esas conclusiones.

—Bueno... —me encogí de hombros—, es lo que pienso.

—Pero Marta, no busco nada estable ni serio. Ya lo sabes. Solo llamé a Berta porque tú me lo pediste —dijo pasándome una taza a la que había añadido un sobrecito de Earl Grey.

—Pues deberías, mírate y mira dónde vives. Mereces algo mejor. Tú quieres mi amistad, pues esto es lo que hay. Tienes que aguantarte si te doy la lata para que tu vida cambie y mejore.

—Es muy amable por tu parte, pero no deberías preocuparte tanto por mí. Sé cuidarme y estoy bien. ¿Azúcar?

—Sí, dos cucharadas, gracias —respondí primero a su pregunta y seguí—: Y no, no estás para nada bien. No te cuidas lo suficiente y me apuesto un riñón a que en ese frigorífico hay poca comida o ninguna. Vives anclado en el pasado. Te cuesta pasar el día. Se te nota en los ojos. Tienes la mirada cansada y dolorida.

—Marta, ¿sabes lo que es perder a toda tu familia? —me preguntó echándome una cucharada de azúcar en la taza.

—No, no lo sé, pero supongo que es durísimo y te entiendo..., pero la vida sigue y va a pasar por delante de tus narices a toda velocidad y te la perderás, porque tienes los ojos cerrados y las manos caídas. No tienes la culpa de lo ocurrido..., fue un accidente.

—Sí, tengo la culpa. Debí dejar a un lado mis obligaciones y hacer más caso a mi familia. No merezco volver a ser feliz, yo les quité la vida. ¿No lo entiendes? —Se enderezó delante de mí y se dio la vuelta. En el acto vi sus hombros sacudirse y escuché que lloraba en silencio.

Nunca había visto a Adrián de esa manera, tan frágil y vulnerable. No sabía qué más decirle.

—¿Adrián? Mírame. Cálmate, por favor. —Dejé la taza sobre la mesa y me puse en pie.

—Lo siento. Sé que necesito ayuda. Te pedí que formaras parte de mi vida, lo sé, pero no mereces cargar con mi pena y mi malestar.

—No lo hago. De verdad quiero que estés bien. Yo acepté el reto aunque me pareciera una situación extraña, y ahora estoy aquí contigo porque quiero.

Adrián se volvió y me miró fijamente. Tras unas lágrimas, sus impresionantes ojos se veían más verdes que nunca. Era muy guapo, de joven había debido ser todo un conquistador... Y, bueno, todavía lo era, sus admiradoras no le faltaban.

Me agarró las manos y las apretó con fuerza, sus ojos seguían fijos en los míos y le aguanté la mirada. No me costó mucho. Me quedé allí quieta, como hipnotizada por el color de sus ojos y las motitas marrones que adornaban su iris. Era muy atractivo, pero aún lo era más intentar descifrar qué narices le pasaba por la cabeza.

Sus ojos se relajaron y brillaron un segundo antes de soltar un suspiro cargado de sentimiento que me hizo estremecer. Una mezcla de compasión y cariño hacia él me invadió las carnes morenas. Podría haber entonado la canción *Como una ola* (tu amor llegó a mi vida) para suavizar

el ambiente y echarnos unas risas, pero algo me dijo que aquello no era lo que Adrián estaba buscando.

Sin darme cuenta su rostro se encontraba a escasos centímetros del mío, podía percibir con intensidad el olor que desprendía e incluso me sentí excitada. El morbo se apoderó de mí y me dejé llevar por un instante, entreabriendo la boca para recibir sus labios carnosos sobre los míos. Y cuando aquello sucedió, con el mismo ralenti que tiene un beso esperado en la gran pantalla con la música a todo trapo para intensificar el momento cumbre, me aparté, aún con la sensación de cosquilleo en mis labios. No podía dejar que me besara, no podía perder el control de aquella forma con un hombre por el que no sentía nada especial y que además hacía relativamente poco había tildado de tarado mental.

Salí acelerada de su casa, llamando con un grito a Flash desde la entrada y dejando a Adrián parado en el salón mirando el espacio vacío tras mi marcha.

Durante el camino de vuelta no pude quitarme lo sucedido de la cabeza. Había querido besarme y yo me había prestado en parte a que lo hiciera. Eso era traspasar los límites que yo le había marcado para ser amigos. Mis pensamientos iban tan veloces como mis piernas. Flash detrás de mí corría jadeando.

Entré en mi casa faltándome el aliento, las escaleras habían puesto su punto y final a mi huida dejándome exhausta y con la guardia bajada. Me encontré a Diego en el sofá y lo miré sin entender qué ñoquis hacía allí. Tal vez me había dicho que se pasaría o incluso me habría enviado algún mensaje que no había visto. El caso era que se había hecho muy tarde.

—Hola, cariño. —Me acerqué para besarlo.

—¿Se puede saber dónde estabas? —me preguntó Clara en su tono de ama y señora del feudo frenando mis intenciones.

—Estaba con Adrián. —Ni siquiera me planteé una mentira.

—¿Otra vez ese tipo, Marta? Llevo hora y media esperándote —dijo Diego con cansancio.

—Perdona, fui a su casa y me entretuve.

—¿Fuiste a su casa? ¿Por qué?

—Pues para hablar con él.

—¿Hablar con él? ¿Acaso crees que me chupo el dedo?

—Diego, no es lo que piensas, ya te lo dije. Solo somos amigos.

—Amigos —dijo con desprecio—. Lo dudo. Ese tipo no te quiere como amiga, y es posible que a ti te pase igual con él. No puedes seguir fingiendo que es una amistad. Lo conoces desde hace cuatro días y ya has estado en su casa, ¡a solas!

—Pero ¡¿qué dices?! —

—No puedo con esto. No, otra vez.

—¡Pero ¿qué dices de otra vez?! —En serio que no conseguía entender a qué se refería.

—Será mejor que nos tomemos un descanso —dijo él levantándose del sofá.

—Diego, por favor, no hay nada. No te vayas así.

—Te advertimos que ese hombre quería algo más, y lo ha conseguido: te has dejado llevar por él.

—Eso que dices no es cierto, no tienes por qué estar celoso. No hay nada. Te lo juro. No me he dejado llevar por nadie que no seas tú.

—No estoy celoso. Estoy defraudado contigo.

Seguí a Diego hasta la puerta.

—Diego, por favor. Yo te quiero.

—Y yo, Marta, pero no estar juntos va a ser lo mejor para los dos —sentenció saliendo de mi

casa.

Me quedé mirando la puerta cerrada unos instantes. Las lágrimas me resbalaban mejillas abajo mientras me preguntaba si debía salir corriendo tras él y tratar de detenerlo. Tal vez era eso lo que quería, como en las pelis románticas, con finales felices y besos apasionados bajo la lluvia. Miré el pomo y tomé aire.

Estaba a punto de abrir cuando Clara habló.

—¿Te lo dije o no te lo dije? La has cagado otra vez —dijo y soltó una risotada malévol, o eso pensé yo mientras me daba la vuelta y la miraba sin poder creerlo.

Me daba la impresión de que Clara estaba disfrutando con todo aquello y eso, me lo mereciera o no, era reprochable. Sin embargo, no tenía ganas de discutir, así que la dejé con la risa en la boca y me encerré en mi habitación a llorar con toda libertad, a moco tendido y en modo ultrajado al cien por cien, como lloran todas las chicas abandonadas, pero la pena es que yo no podía maldecir a Diego, ni echar pestes sobre él o sus motivos de abandono. No podía porque lo quería y me sentía muy en parte culpable de ello, y debía encontrar el modo de que volviera a perdonarme. Otra vez. Podía hacerlo.

Adiós, mi cariño

Me planté en la puerta de su casa pasadas las once de la noche. Era muy tarde, podría haber esperado al día siguiente, pero no podía demorar más aquella terrible desazón. Inspiré hondo y pulsé su timbre.

—¿Quién es? —escuché la voz de Diego y sentí que el corazón se me daba la vuelta dentro del pecho.

—Soy Marta. Por favor, abre la puerta.

Él me esperó apoyado en el marco de su puerta, tampoco tenía buen aspecto.

—¿Qué haces aquí? Es muy tarde.

—Diego, tenemos que hablar, por favor.

Asintió y se apartó del umbral para cederme el paso. Era la primera vez que estaba en su casa. Sabía dónde vivía por una vez que vinimos a por algunas cosas suyas, pero preferí quedarme en el coche actualizando aplicaciones de mi móvil a subir. Había imaginado que sería el típico apartamento de chico, todo muy masculino y sin grandes derroches decorativos, y así era, pero he de admitir que era mucho mejor de lo que había imaginado. Era sencilla, sí, con paredes muy blancas y muebles muy negros de líneas rectas, pero tenía ciertos detalles bonitos que llamaban la atención, como un gran jarrón chino muy colorido en una esquina de la entrada o unos candelabros de cristal tallado sobre una consola wengué de estilo minimalista.

—Es bonito —dije con una sonrisa leve.

—Gracias, dime lo que me tengas que decir —Diego atajó pronto.

—No seas así de duro, sabes perfectamente que no tengo nada con el señor Expósito.

—Vaya, ahora es el señor Expósito..., creía que pasabas el tiempo con Adrián —me soltó sarcástico.

—De acuerdo, vale, llámalo como quieras, solo estábamos hablando de su cita con Berta. Si en vez de llamarse Adrián fuera Adriana no te molestaría tanto.

—Me molesta que me dejes tirado por quien sea, me molesta que hagas cosas absurdas y me molesta que tus amigas te hablen mal de mí.

—Sofía no es mi amiga y no me importa una mierda lo que diga de ti, y a ti tampoco debería, tú tienes tu verdad. Y sobre mí..., bueno, pues yo soy así y debes aceptarme como soy, aunque sea un desastre de persona y nunca acierte con mis decisiones. No puedo pasarme la vida pidiendo disculpas por ser como soy. Además, el amor es así, ¿sabes? Es ver a la otra persona perfecta aunque no lo sea. Encontrarle sentido a sus sinsentidos. Creía que tú eras esa persona, que tú me veías y aceptabas con todos mis desastres, desaires, absurdecos, excentricidades... Pero era pedir mucho y ya veo que no. Si no puedes encontrarme el sentido, es que no eres para mí, ni yo soy para ti. No puedo estar midiendo cada paso que doy por si te molesta. Lo siento, es imposible —me lamenté—. Soy Marta Guerrero, la persona más desquiciante o la persona más especial del mundo entero..., eso ya depende de cada uno.

—Marta, necesito pensar. Sabes que te quiero pero hay cosas que me superan.

—Si es por Adrián, te prometo que jamás volveré a verlo.

—No, Marta, esa no es la razón. He estado pensando antes y eso que has dicho ahora de que el amor es ver a otra persona perfecta, aunque no lo sea, y encontrarle sentido a sus sinsentidos, pues yo..., ya no lo sé, ya no sé si siento eso por ti.

—¿Ya no me quieres? —Mi voz sonó temblona.

—No lo sé —respondió y el alma se me cayó a los pies.

Me quedé derrotada. Tocada y hundida como un pequeño barco en medio del mar sin posibilidad de rescate en medio de una fuerte tempestad. Sentía que una apisonadora había pasado por encima de mí y me había aplastado contra el suelo de su vestíbulo. Miré las paredes y el espejo alargado, donde Diego se daría cada día el visto bueno antes de salir a la calle. Me faltaba el aire. Había ido hasta allí pensando salir triunfadora, llevarme un *te perdono* por bandera, y me había encontrado lo contrario. Diego ya no sabía si me quería y su *no lo sé* se había clavado como un cuchillo en mi corazón.

Me despedí deprisa, acelerada y conteniendo las lágrimas. Reuní un poco de entereza para decirle en el último momento que podía llamarme si le apetecía un día de estos.

Anduve deprisa hasta la parada de metro. Todavía había bastante tránsito de gente volviendo a sus casas tras largas jornadas o grupillos de jóvenes yendo al centro para tomarse unas copa pese a ser primeros de semana. Reían despreocupados y quise ser como ellos. Durante un tiempo había estado levitando, flotando en la felicidad de sentir que el enorme puzle que era mi vida iba encajándose, pero ya no era así. Bajé la cabeza y lloré a lágrima viva, sin importarme si me miraban o no.

Un hombre a mi lado me ofreció un pañuelo de papel.

—He discutido con mi novio —le aclaré sin él preguntarme.

—Tranquila. Con lo guapa que eres seguro que pronto todo se arregla —me dijo con una sonrisa sencilla.

Asentí y me soné los mocos. Eso esperaba, que todo se arreglase pronto o que se me pasara la tristeza cuanto antes. Pero solo de pensar en Diego y yo, cada uno por su lado, me hacía zozobrar de nuevo. Sabía que era un desastre, que mis acciones no siempre eran las acertadas, pero cómo podía cambiar ahora de pronto lo que yo era, cómo se le daba un vuelco a la personalidad para convertirse en lo que todos esperaban de ti. Era doloroso sentir que tenías que pedir disculpas por ser lo que eras. Yo era así. Y en serio os digo que me esforzaba, pero la fatalidad estaba enredada en mi pelo y mi karma era meter la pata siempre, y por mucho que yo tratase de hacer las cosas bien, terminaba por fastidiarlo todo.

Llegué a casa muy tarde. No esperaba encontrarme levantada a Clara, porque lo que menos me apetecía era verle el careto y lidiar su mal humor. Entendía que estaba jodida, pero de ahí a que se alegrara de mi mal de amores había todo un mundo. Me había tocado los ovarios con su comentario y sus risas. Sinceramente, no tenía la cabeza para aguantar sus impertinencias. Le agradecía en el alma todo lo que había hecho ella por mí, pero eso no significaba que no tuviera derecho a estar molesta y pasarle por alto cualquier cosa.

—Marta, ¿dónde has ido? Me puedes traer un vaso de agua —me dijo nada más verme.

Hice como que no la había escuchado y empezó a ponerse insistente.

—Marta, Marta, ¿no me oyes? Tráeme un vaso de agua.

—Clara, ahí tienes las muletas. Ve tú misma ¿o acaso no te has levantado de ese sofá en todo el puto día?

—Pero ¿qué te pasa? Solo te he pedido un vaso de agua.

—¿Que qué me pasa? ¿Quieres saberlo? Pues me pasa que antes me ha parecido que te

alegrabas de que Diego me dejara, que no me has preguntado si estoy bien o mal, y que solo te preocupas de cómo estás tú. Llevo dos días obedeciendo tus órdenes y mandatos y, cuando ves que estoy mal, te ríes de mí —le solté a bocajarro. Ella me miró estupefacta. Se llevó la mano al pecho y puso cara de espanto.

—Eso no es verdad, pero te dije que no la cagaras. ¿Qué quieres que haga? Me he roto una pierna, y para nada me alegra que Diego te haya dejado. ¿Cómo piensas eso?

—Pues es la sensación que me ha dado y me siento tremendamente sola en estos momentos.

—Marta, no seas infantil, a todo el mundo nos han dejado alguna vez —me repuso condescendiente.

—¿Ves?, lo estás haciendo otra vez!

—¿El qué? Ya lo superarás como pasó con todos los demás.

—Paso de ti, paso de Diego, paso de Adrián —dije furiosa dirigiéndome a mi habitación.

—Marta —Clara me llamó gritando desde el sofá.

—¿Qué? —Asomé la cabeza al pasillo. Si quería disculparse era el momento.

—¿Me traes el vaso de agua o no?

—Vete a la mierda —bramé y cerré de un portazo.

Fuera de combate

No pasó un día sino dos sin hablarnos. La ayudaba en todo pero no le dirigía la palabra, ahora era yo doña monosílabos, si no le gustaba, ajo y agua. La misma medicina es el mejor antídoto para una estupenda venganza. Pero no dormía bien. Nada bien. Por las noches se me daban las tantas dando vueltas en la cama, centrifugando pensamientos como una lavadora sin punto final, mirando la pantalla apagada del móvil por si aparecía de pronto un mensaje de Diego.

El miércoles por la mañana, frente al espejo, inspeccioné mis ojeras. Un oso panda se quedaba corto a mi lado, lo mío era más de oso panda pero con ojeras tras un finde loco haciendo la ruta del Bacalao. ¿Podía ser eso? No lo sé, a mí me llegaban a la barbilla. Dudaba que pudieran desaparecer con un corrector corriente de marca blanca, además, no me apetecía maquillarme. De hecho, no me apetecía ni ir a trabajar. De no ser una persona con fuertes principios éticos hubiera tirado de teléfono y excusa manida de tengo un gripón que me muero.

Clara no se había levantado aún y no me molesté en despertarla, ya se apañaría. Salí de casa y llegué con el tiempo pegado al culo al centro de masajes.

Al verme el careto, Berta se preocupó.

—Pero ¿qué te pasa, querida? Parece que estás enferma.

Negué con la cabeza y me apoyé en el mostrador.

—Diego y yo lo dejamos el lunes por la noche y mi mejor amiga se alegra de mi desgracia. Discutimos y llevamos sin hablarnos desde entonces. Llevo sin pegar ojo dos noches..., y claro...

—Hice un ademán mostrándole mis ojeras como pozos negros.

—Oh, pobrecita. Ve a la sala y tómate un café calentito. Te sentará bien para espabilarte y mejorar el ánimo. Tómate tu tiempo antes de salir a la recepción, y ahora le digo a Catalina que te preste algo de maquillaje.

Catalina entró en la sala poco después con una bolsa de aseo, encontrándome desplomada sobre la mesa igual que una piltrafa humana.

—¿Qué te pasa, Marta? —Se acercó preocupada al verme así.

—Catalina, estoy destrozada. Diego y yo lo hemos dejado.

—Ay, el mal de amores —suspiró acariciándome la cabeza—. Tranquila, estoy segura de que todo se va a arreglar.

—¿Tú crees? —Levanté la vista esperanzada y ella asintió benévola.

—Sí lo creo, pero tienes que tener paciencia. A ver, déjame que arregle un poco este desastre de cara.

—Gracias —dije molesta porque fuera tan sincera con el aspecto de mi careto.

—Perdona, no es tan desastre en realidad, solo está a falta de color.

—Es que estoy sensible —hice un pucherito con el labio temblón.

—Lo sééé. A veeer... —Catalina empezó a darme brochazos de colorete a toda mecha—... Mejor, sí. A los hombres si les agobias acaban por cansarse, lo más sensato es que le dejes pensar y que te eche de menos. La distancia es a veces la mejor perspectiva para sentir el dolor. Ya

sabes, eso de que uno no sabe lo que se pierde hasta que lo ha perdido.

—Lo sé, lo estoy sintiendo —me lamenté mientras cerraba los párpados para que me aplicara unas sombras coloridas.

Catalina dio por terminada la sesión de chapa y pintura con unos toquecitos maestros de iluminador en los pómulos y la punta de la nariz y me pasó un espejito de mano.

—Mucho mejor, ¿verdad?

Asentí como una niña buena y me miré en el espejo.

—¡Guau, parezco la protagonista de un musical!

Me había pintado como una autentica cabaretera, pero me daba igual, las ojeras se habían esfumado y siempre era mejor tener esa apariencia que semejarse a Morticia Adams.

Las horas pasaron tristemente y cada vez que atendía un cliente tenía que esforzarme en sonreír. Supongo que me salía medio torcida, pero ellos no se daban cuenta, o fingían que no lo hacían. La gente pasaba de todo e iba a la suya. No quería conocer los problemas del resto y no era algo reprochable, a mí me pasaba igual. Bastante tenía yo con mi propia desdicha para estar soportando los dramones de los demás.

Estaba a punto de marcharme cuando Sofía y Catalina me comentaron de ir con ellas a tomar algo. Las miré dudosa. No me fiaba un pelo de Sofía, que ahí estaba plantada con un gesto de prepotencia que no se le tenía en la cara.

—Venga, Marta, vamos, te sentará bien —me animó Catalina.

—Además, te debemos una salida —terció Sofía.

—Vale, pero una cerveza y nos vamos a casa —accedí.

Llegamos a un pub estilo irlandés que quedaba a un par de calles. Nunca había estado dentro aunque había pasado muchas veces por la puerta y había considerado entrar, pero nunca me venía bien.

Tenía muy buen ambiente. Había más gente que en el metro en hora punta. Nos apretujamos en la barra y Sofía pidió tres grasshoppers bien cargaditos de vodka.

—¿Qué es? —Miré aquel cóctel verde con cara de asco.

—Saltamontes voladores.

—¿Por qué es verde? —pregunté oliendo aquel brebaje.

—Porque lleva menta. Bebe. —Empujó la copa hacia mis labios—. Está muy rico y es la medicina perfecta para las depresiones amorosas.

Me mojé un poco los labios antes de sorber. La verdad es que estaba bastante fuerte, pero sabía bien. Me decidí a darle un trago y luego dos más. Al cuarto ya te habías acostumbrado al vodka y empezabas a notar su maravilloso sabor.

—Venga, ¿cuéntanos que ha pasado exactamente con Diego? —dijo Sofía, apoyándose en la barra con cierto aire de autosuficiencia.

Sinceramente, no me apetecía desvelar mis trapos sucios delante de Sofía, después de todo Diego era el ex de su hermana, pero estaba bastante desesperada por hacerme un exorcismo de mal de amores. Así que les conté lo que había pasado en el hospital y luego lo de Adrián.

—A ver, ¿estuviste en casa del señor Expósito? Pero ¿no le pidió salir a Berta? No logro entender la relación que existe entre ese señor y tú. —Catalina estaba intrigada.

—Sí, somos amigos, pero no penséis cosas que no son. Es algo largo de contar, pero en una de nuestros encuentros yo lo animé a que invitase a Berta a salir. —Me anoté un punto con aquella información pues las dos asintieron con cara de listas, aunque con aquella revelación había sembrado un atisbo de duda sobre qué tipo de relación pudiera yo mantener con Adrián.

—Pues vaya con la mosquita muerta. Marta, eres una caja de sorpresas —rio Sofía, disfrutando

un poquito de aquello, no podía negarlo.

—Por favor, prometedme que no vais a decir nada a Berta, podría disgustarle. Y yo solo lo he hecho por bien, por su bien y el de Adrián, que está muy solito y falto de cariño.

—Prometido —dijeron las dos al unísono, aunque no debía tenerlas todas conmigo.

—Siento decirlo y puede sonar muy típico, pero te lo dije. Te dije que salir con Diego no era buena idea. —Sofía aprovechó para anotarse un tanto en el marcador de buena amiga, algo que en realidad no éramos.

—Él no tiene la culpa, la que he metido la pata soy yo —lo defendí.

—No digas tonterías. Ha sido la excusa perfecta para dejarte, se cansa rápido de las cosas.

—Estuvo mucho tiempo con tu hermana. No llamaría a eso a cansarse rápido.

—Bueno, tú ya me entiendes. Pero cualquier detallito de nada puede ser un buen detonante para él, así que no te martirices.

Liarse con otra persona, engañándolo con alevosía, y encima declarar a tu novio «cornudo» con título conmemorativo, no me parecía un detallito sin importancia. A las claras, Sofía se sentía triunfal de que a Diego se la hubieran jugado de mala manera dos veces y, es que a esas alturas de la película, el haberme soltado la lengua y haberles contado lo de Adrián debía haberla puesto en sobre aviso de que yo era tan cruel y despiadada como su hermana, pero no era cierto, aun así, me limité a asentir para no provocar una discusión ahora que la cosa entre nosotras se había suavizado.

Seguimos charlando sobre hombres y ellas me dieron consejos muy inútiles para superar una ruptura. A mí nada de aquello me valía. Diego me había dejado y no veía la luz al final del túnel. Pero el alcohol me estaba ayudando a sobrellevar el duelo. Cayeron dos cócteles más de esos raros que conocía Catalina y la cosa se fue calentando.

—Venga, Marta, sube al billar y enséñanos lo que eres capaz de hacer —dijo Sofía riendo a más no poder tras escuchar una anécdota mía de mis años mozos en las verbenas de mi pueblo cuando me subía a la barra y arramblaba con todos los vasos que se me ponían por delante.

—Soy una chica sexy, muy sexy —dije subiendo a trompicones en el billar.

La escena debió de ser catastrófica. Entre el maquillaje, la borrachera, el llanto espontáneo y un baile poco agraciado acabé en la puerta de mi casa como una stripper de una barra americana que no ha terminado demasiado bien su turno.

No sé muy bien cómo conseguí llegar hasta mi calle y mucho menos subir las escaleras hasta mi apartamento. Abrir la puerta fue todo un jeroglífico, o Clara había cambiado la cerradura o me había equivocado de llaves. Tras muchos intentos conseguí introducir la dichosa llave y girarla. Entré a trompicones esperando encontrarme a Clara sentada en el sofá con cara de madre a punto de echar una reprimenda, pero solo hallé una nota sobre la mesa de centro.

«No sé dónde te has metido. Estoy preocupada, despiértame cuando llegues.»

Pero no quise despertarla, estaba demasiado perjudicada y no quería que me viera en tal estado. Ya hablaríamos al día siguiente, además, si había conseguido dormirse es porque tal vez no estaba tan preocupada.

Si las noches anteriores la cabeza me daba vueltas, esa noche era la maldita cama la que giraba como una noria. No paraba de moverse, parecía tener vida propia y se movía más que un jodido vagón de montaña rusa. Arriiiiiba, abaaajoooo, al centrooooo, paaa' dentrooooo y vuelta a empezar. Si seguía moviéndose así iba a echar la pota (cosa que no me hubiera venido nada mal). Saqué la mano y la dejé caer hasta tocar el suelo. En Cerrato de Cabrales a eso se le llamaba echar el ancla cuando estabas fuera de combate. Y yo lo estaba, vaya que sí, en todos los sentidos de mi vida.

Maldito resacón

Hacía como mil años que no me ponía tan ciega. Tenía un resacón de los míos de antaño, de esos de con solo caer un alfiler al suelo la cabeza me estallaba. Me encontraba en la cocina preparando el desayuno cuando escuché abrirse la puerta de Clara y luego la oí avanzar aparatosamente con las muletas por el pasillo.

—Pero ¿estás mal de cabeza o qué te pasa? Vale que estemos enfadadas la una con la otra, pero anoche no volviste a casa después de trabajar. Te llamé como quince veces al móvil y no me daba señal. ¿Por qué no me despertaste cómo te pedía en la nota? —me interrogó con el ceño fruncido.

—Clara, no me grites —le pedí de mala gana.

—¿Bebiste?

—Un poco con las chicas. ¿Tampoco puedo beber a mis veintiocho años?

—Las cosas no se solucionan así.

—Déjame Clara, no estoy para sermones. —No me apetecía soportarla, no después de cómo me había hecho sentir.

Me marché con la taza de *colacao* caliente entre mis manos, dejándola con la palabra en la boca. No podía soportar una bronca más ni tampoco el poco aprecio que demostraba hacia mi personalidad. Era algo que le había consentido muchas veces y no estaba dispuesta a tolerarlo ni una sola vez más. Yo era como era y tanto yo como el resto de mortales debíamos aceptarlo.

Era un desastre incapaz de conservar un trabajo, incapaz de conservar la cordura durante dos horas seguidas e incapaz de retener a un novio que me había querido sin condiciones a la primera de cambio. Y estaba claro que no era tan graciosa como pretendía Diego que fuera en un principio, mi personalidad tenía fecha de caducidad, la misma que los condones afeitados que morirían solitarios en el cajón de mi mesita de noche. No era perfecta ni lo sería nunca, pero ¿quién lo es?

En el trabajo me esforcé por tener buena cara. La vida seguía con o sin Diego y Clara, pero para vivirla debía primero conservarme a mí misma.

Sofía y Catalina me enseñaron unas inapropiadas fotos mías bailando sobre la mesa de billar. Era una mezcla de Courtney Love enajenada y María Jiménez despechada cantando el *Se acabó*. Lejos de molestarme que hubieran inmortalizado aquel momento desastroso generado por la pena máxima, me reí con ellas y conmigo misma haciendo la patética. Era una adulta que pronto iba a alcanzar la emancipación económica. Era la dueña de mis actos y consecuencias y, si quería bailar borracha sobre una mesa de billar en un pub irlandés, lo hacía y punto.

Me había planteado no autoflagelarme, no castigarme a mí misma, no recrearme en mi propia mierda. Yo era Marta Guerrero y, como rezaba mi apellido, iba a pelear para ganar esa batalla y convertirme en la mejor versión de mí sin perder un ápice de lo que era. Desastre o no, no había matado a nadie, siempre era fiel a mis ideas y no traicionaba a los amigos.

El panorama cuando volví a mi casa, seguía tal cual lo había dejado. Clara yacía recostada en el

sofá con la bata y la pierna en alto y cara de perro pachón. Yo no la había empujado escaleras abajo siendo la causante de su desgracia ósea, así que tenía dos opciones: seguir con esa actitud de mierda o intentar llevarla con más positivismo.

Flash, ajeno al ambiente cargado de malas vibras de su hogar, vino a saludarme con la clara intención de que lo sacara a descargar la vejiga. Él sí que dependía de otro ser humano para sobrevivir; Clara, en cambio, podía valerse de las muletas si necesitaba una barrita de muesli o echar una meadita.

—Voy a sacar el perro —dije sin más a mi compañera de piso.

—Vale —respondió de manera concisa y seca.

El ambiente en la calle olía a humedad. Era denso y calaba los pulmones. Podía sentir que iba a llover de un momento a otro, no debía entretenerme mucho, sin embargo, Flash necesitaba un paseo un poco más largo para renovar aires tras pasarse el día encerrado y estirar las patitas.

El pequeño mil padres tiró de mí hacia el parque y, solícita, lo seguí con la correa tensa a paso lento. El temor de pasear de noche y sola por ese barrio que al caer el sol perdía toda luz había desaparecido. A decir verdad ya casi nada me daba miedo.

Una figura masculina empezó a perfilarse en la oscuridad del parque. Un pequeño perro correteando cerca entre los arbustos sin dejar uno vivo. Lo reconocí antes que a su dueño. Era Noel. No me sorprendió encontrar a Adrián, casi que lo estaba esperando.

—Hola —dijo tímidamente.

—Hola.

—Esperaba encontrarte aquí.

—Yo también. Aunque no lo creas, eres demasiado previsible, o a veces lo eres —dije refiriéndome al momento del beso en su casa.

—Me alegro de verte.

—Yo no puedo decir lo mismo —le repuse apartando la mirada. Aunque esperaba encontrármelo, no había anhelo en esa espera y la verdad era que no me apetecía tenerlo cerca. No de momento. Necesitaba tiempo para perdonarle la traición a nuestra *amistad*—. Flash ya ha hecho sus cosas. Lo mejor será que vuelva a casa. —Tiré de la correa y obligué a Flash, que estaba inmerso en una lucha de titanes con Noel, a dar media vuelta.

—¡Espera! —Me agarró por el brazo y yo no recibí de buena gana aquel gesto.

—¿Vas a intentar besarme otra vez? ¿Vas a volver a retenerme con tu agobiante insistencia? ¿Vas a seguir acosándome para joderme la vida? —le espeté harta de que me hubiera incluido en su vida sin yo pedírselo.

—Quiero pedirte disculpas por lo que pasó. Tiene una explicación.

—Todo tu comportamiento conmigo la tiene, pero jamás me lo has querido explicar. Tan solo me has incluido en tu mundo de una manera loca y absurda aprovechándote de mi buena voluntad.

—Es cierto, pero no puedo decírtelo, aún no.

—Ese es tu problema. Que lo que para ti es un juego para salvarte de esa cárcel emocional en la que vives, a mí me ha costado la relación con mi amiga, con mi novio y posiblemente con mi trabajo. Diego me ha dejado, no me hablo con Clara y mi vida se ha vuelto tan mierda como la tuya desde que has aparecido.

—¿Diego te ha dejado? —Se llevó las manos a la nuca nervioso.

—Sí, Don Secretos. Mi novio me ha dejado aun habiendo sido advertida de que no me traerías nada bueno. Pero se acabó, Diego. No soy una tonta a la que engañar dando lástima para llevarme a la cama. No vuelvas a llamarme nunca.

—Marta, te equivocas.

—Me da igual equivocarme contigo porque ya no me importas nada y quizá nunca me importaste. No te quiero, no estoy enamorada de ti, no quiero nada contigo.

—Marta, por favor. Perdona lo que hice.

—No, no quiero perdonarte. Pasa de mí. Olvídame, Adrián. No quiero seguir siendo *amiga* tuya.

Emprendí la marcha a paso acelerado. No quería pasar ni un minuto más cerca de ese pirado. De nuevo me sentía idiota, y me había prometido no volver a sentirme así jamás.

—Ya estamos en casa —dije soltando la correa de Flash, que salió disparado a acomodarse en el regazo de Clara.

—Vale —volvió a contestar Clara.

—Escucha, perdona por lo de esta mañana, no quería ser tan borde. Sé que solo te preocupabas por mí. —Me ablandé, la sensación de sentirme una extraña en mi propia casa me quemaba por dentro.

—No, tranquila, te entiendo. Tal vez prefieras hacer tu vida sin escuchar mis consejos y sermones, como tú los llamas. En cuanto me recupere me buscaré otro piso, ahora ya no me necesitas. —Mi amiga estaba sacando las cosas de lugar.

—No es lo que yo necesito y lo sabes. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Pero tampoco quiero que me machaques un día sí y otro también. Lejos de ayudarme me hundes un poco más y, si tus consejos generan ese efecto en mí, dejan de aportar ayuda.

—Pues me lo ha parecido. Me ha parecido que buscabas un poco de intimidad y soledad para vivir tu vida.

—Lo único que me molesta es que nadie vea lo bueno que hay en mí..., eso me hace sentir una inútil.

—Sí veo lo bueno que hay en ti, si no fuera así no sería tu amiga desde hace miles de años. Me vine contigo a esta ciudad, no me hubiera venido con otra persona por nada del mundo. Y bueno, sí, he de reconocer que sí sentía un poco de celos de ver lo bien que os lleváis Diego y tú. Pero no quería que la cagaras, Marta. Te lo dije, te dije que eso que te traías con ese hombre te acarrearía problemas. Me obligaste a mentir, porque no escuchas, te limitas a vivir a base de impulsos y hay algunos que cogen tanta fuerza que pueden aplastarte contra un muro.

—No vas a mudarte, ¿verdad? —Era lo único que quería oír en ese momento. Por muy cansada que estuviera de escuchar sus sermones la necesitaba, necesitaba esa dosis de realidad de vez en cuando.

—No por ahora, pero es una posibilidad a largo plazo independientemente de cuál sea el punto en el que estemos como amigas.

—Lo sé, no pretendo que te quedes para vestir santos y vivas conmigo eternamente. —Me senté a su lado y puse mi mano sobre la suya.

—¿Ha pasado algo más con ese tío?

—¿A qué te refieres?

—Cuando estuviste en su casa, ¿pasó algo de lo que puedas arrepentirte?

—No, te juro que no. —Omití el incidente del beso, no quería recrearme en los detalles porque en realidad no había sucedido absolutamente nada.

—¿Has hablado con Diego?

—Fui a su casa y la cosa no pinta muy bien.

—Marta, estoy segura de que te quiere. Nadie dice esas dos palabras a la ligera si no son verdad. Y, aunque dicen que lo que rápido empieza, rápido termina, creo que en vuestro caso es la

excepción a la regla.

—Me dijo que ya no sabía si me quería.

—Eso suena a pataleta. Dale unos días y verás cómo lo tienes en la puerta de casa con la tuna tocando *Clavelitos*. Pero tienes que dejar de ver al señor Expositor.

—Expósito.

—Exponle lo que quieras, pero deja de verlo.

—No, que es señor Expósito, un expositor es lo que tienen en las joyerías —me reí, no pude evitarlo.

—¿Así que osas corregirme? Eso sí es una venganza en toda regla —me dijo con una amplia sonrisa.

—¿De verdad crees que Diego podrá perdonarme?

—Estoy segura de que sí. Lo que ha pasado no es tan grave, así que deja el tiempo correr. Y si no, en cuanto me quiten la escayola puedo organizar una de mis citas a ciegas. Creo que el pelirrojo sigue soltero —bromeó.

—Creo que no vas a volver a enrolarme en una cosa así, no me dejaré. Ha nacido una nueva Marta y vuelve más *guerrero* que nunca.

El fantasma de las semanas pasadas

Tres semanas. Habían pasado tres semanas en las que la esperanza de que Diego diera señales de vida había desaparecido y en las que me había insuflado por vena fuerzas para seguir adelante con aires renovados.

Durante la primera semana me había dedicado a ver películas romanticonas con Clara por las noches, aumentado con sus argumentos y tramas surrealistas las ganas de arrancarme los pelos de las ingles con unas pinzas de las cejas para no correr la misma suerte que las protagonistas. Así que mi amiga pasó de la lista de sugerencias de Netflix y buscó opciones más alentadoras con las que levantarme el ánimo (más bien, el de las dos).

En parte lo había conseguido. Ese viernes de mediados de marzo, estaba florecida como una petunia primaveral y la seguridad en mí misma había impregnado mi psique. Diego pasaba de mí y yo había terminado por aceptar que no era tan especial para él como para tragarse el orgullo y venir a buscarme cual caballero andante. Me parecía incluso bien. No se puede gustar a todo el mundo, no podemos obligar a la gente a que nos quiera de manera exacerbada..., y él ya no me quería ni mucho ni poco, palabras de la reputada doctora Emma Lloyd en *Marido por sorpresa*, la meca del cine en momentos de bajón total.

No tenía novio, pero el mundo estaba lleno de oportunidades románticas. Además, ya disfrutaba de una solvencia más que suficiente para cubrir mis gastos domésticos (incluso tras haber apoquinado lo que costaba la rehabilitación de las malogradas lumbares del señor Ronaldo) y darme algún que otro capricho.

A clara no le habían quitado la escayola, pero ya le quedaba poco para recuperar su extremidad y calzarse con cuidado unos tacones (sabía que mi amiga los echaba de menos).

—Hola, Clarita. —Entré en nuestro apartamento, contenta y campante, después del trabajo, donde las cosas por suerte y pese a tener que verle el careto cada viernes sin excepción a Adrián, me iban bien, y tocaba madera. Incluso empezaba a hacer muy buenas migas con Sofía, que bien, me había perdonado la imprudencia de osar salir con el ex de su hermana, o dado que habíamos roto, había decidido darme una segunda oportunidad en su lista de personas gratas.

—Aburrida. Todavía me quedan unas dos semanas de escayola y no puedo más —bufó hastiada. Su vida en las semanas anteriores se había resumido a hacer la croqueta en el sofá con el mando en la mano.

—Te entiendo, es lo que tiene romperse un hueso. —Me tiré en el sofá.

—Me duele la espalda. ¿Me haces un masaje?

—Soy recepcionista, ¿recuerdas? No sé nada de masajes —traté de escabullirme. No guardaba muy buenos recuerdos de mis conatos en ese sector.

—Te viste unos cuantos tutoriales cuando empezaste en el centro. Seguro que algo puedes hacer.

—Lo hice, pero te recuerdo que casi dejo inválido a un señor.

—Pero ya no eres esa Marta. Sé que lo harás bien y necesito que me alivies esa carga. Un

masajito liviano, Martita, por tu padre.

—De acuerdo, vale. Pero no prometo nada —accedí levantándome del sofá para ir a la cocina.

—¿Qué haces? —me gritó cuando escuchó que abría uno de los armarios, concretamente donde guardábamos los aliños.

—Coger aceite. Necesito algo resbaladizo para poder masajearte sin destrozarme las manos.

—¿De freír?

—Es aceite de semillas, no petróleo. No seas tiquismiquis —la regañé ya delante de ella con una botella de La Masía medio vacía—. ¿Estás preparada? Puede que te deje peor de lo que estás y además de una escayola en la pierna necesitas usar un collarín.

—No seas animal, además, lo necesito. Llevo en esta postura un mes.

—Está bien, ponte todo lo erguida que puedas y yo me pondré tras de ti.

Me eché un poco de aceite en las manos y abríllanté la espalda de Clara suavemente. El aceite de croquetas servía perfectamente para el cometido. Berta debería replantearse su uso, mucho más económico que ese de aceites esenciales tan caro que pedía por internet.

—Ahí, ahí o sííí —gimió Clara.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Sigue, sigue, no pares.

Y no paré, pero ella tampoco paró de gemir de gusto mientras mis manos resbalaban hacendosas por su espalda. Empecé a sentirme incómoda.

—Dale, daleeeee, oooh..., qué bien, qué gusto —soltó incluso mordiéndose los labios. No podía verla, pero lo intuí por el tono sexual que estaba adquiriendo su voz—. Qué gusto, Marta. Así, así..., más, más... Más fuerte, más fuerte...

Pero ¿qué le pasaba? ¿Iba a estallar en un orgasmo o qué? Paré en seco. No quería seguir con aquello y esperar a verla convulsionar en el sofá presa del clímax. La sugestión mental es un arma de doble filo y su espalda se había convertido en una conexión directa con su botón del amor, tan necesitado de mimos.

—Ya está, Clara. ¿Te encuentras mejor? —Le di unas palmaditas en el lomo.

—Si me das un poquito más, te lo agradecería. —Y tanto que me lo iba a agradecer, pero no estaba por la labor de ser su Satisfayer.

—No, quiero descansar —le repliqué para zafarme de aquello—. Mañana si eso...

—Vale, gracias de todos modos —dijo conformada para mi alivio.

Al día siguiente me lo iba a recordar lo sabía. Había gozado como una enana y nadie renunciaría a una promesa así, pero para entonces ya tendría el iPod preparado con sus maravillosos auriculares y su estupendo volumen para hacerme la loca.

—Voy a ponerme el pijama —anuncié.

—Bien. ¿Vemos una película? —me gritó desde el salón, no era necesario, nuestro piso era pequeño y la puerta de mi cuarto se encontraba a un tiro de piedra del reposabrazos del sofá.

—Claro. Ve buscando en la parrilla.

—Me apetece helado —dijo.

—No hay. Decidimos que ya era hora de renunciar a los lácteos dañinos. —Durante mi duelo emocional habíamos ingerido cantidades industriales Chunky Monkey por cortesía de Ben&Jerry's del paki de la esquina.

—Hace más de una semana que no comemos y hoy lo necesito.

—¿Eso significa que baje a por dos tarrinas o no pararás de taladrarme la cabeza? —pregunté a sabiendas de la respuesta y de que acababa de ponerme mi pijama.

—Eso es.

—Está bien. Tienes suerte de que el paki no cierre nunca y de que yo sea una buena amiga.

Me puse el abrigo y cogí las llaves.

—¿Vas a bajar así?

—¿Así cómo?

—En pijama y abrigo de paño negro. Pareces una cosa mala.

—Voy al paki no a la Joy Eslava.

—Aun así recuerda que las oportunidades románticas están en cualquier parte.

—Sí, con Apu el de la chanclas, no te jode. El paki estará lleno de gente desolada como nosotras un viernes por la noche, no me preocupa mi indumentaria. —Cerré la puerta poniendo los ojos en blanco.

Cuando llegué había una cola tremenda, incluso alguno que otro en las mismas condiciones pijameras que yo. Y es que el Apu de las chanclas se alimentaba de rastros humanos; yo era feliz, pero un rastro sin duda.

Estaba en la cola, detrás de un par de adolescentes que cargaban dos bolsas de nachos y salsa mexicana en cantidades industriales cuando el móvil de la puerta sonó, alertando al Apu de la caja que un nuevo rastro había entrado en la tienda. No tenía otra cosa que hacer para entretenerme, mientras se me criogenizaban las manos con el helado, que calmar mi curiosidad mirando quién osaba como yo comprar con un incremento del veinte por ciento por falta de previsión. Así que giré el cuello provocándome un paro cardíaco que, lejos de matarme, me dejó la cara a conjunto con el pantalón de mi pijama, a cuadros.

¿Qué ñoquis hacía él aquí? Diego vivía a veinte minutos en metro de nuestro barrio y, que yo supiera, por el bien común había un paki por cada doscientos habitantes en Madrid.

¡Mierda, me había visto! ¿Y yo con esas pintas! Tenía que disimular, no podía encontrarme desconcertada o afectada por su presencia. Él ya no significaba nada para mí, no podía significar nada para mí. Deseé que pasara de mi presencia del mismo modo que había hecho durante esas tres semanas, pero sentí que se me acercaba por la espalda, mientras yo hacía un esfuerzo titánico por parecer indiferente.

—Hola, Marta —dijo sin más, con naturalidad, como quien no quiere la cosa.

—¡Hola! —Me hice la sorprendida y la fantástica con mi sonrisa de me importas una mierda

—¿Qué haces en esta tienda? Creía que la Carmena te había habilitado una en tu barrio.

—Tenía que comprar unas cosas.

—¿Y no tienen esas cosas en tu barrio?

—Está cerrado.

—¡Eso sí que me sorprende! Creía que por decreto ley todos los pakis trabajaban veinticuatro horas siete días a la semana.

—Vale, quizá no esté siendo del todo sincero y esté resultando un tanto patético. Pero he venido a verte.

—¿Y entras a una tienda a ver si me encuentras? —pregunté extrañada. Eso me había descolocado bastante—. Lo siento, pero ya no soy la misma Marta.

—No, no he entrado aquí a sabiendas de que te encontraría, pero aquí estás..., con helado... Sí parece la de siempre.

—¿Y eso te molesta? —dije fríamente.

—No me malinterpretes. No he entrado aquí con la esperanza de encontrarte aferrada al mostrador de la bollería. Tan solo te he visto entrar y he entrado yo.

—¿Y qué quieres?

—Te echo de menos, tenemos que hablar.

—¿Y has esperado tres semanas para decírmelo? ¿Te haces una idea de cuántos de estos me he comido esperando a que te dignaras a llamar después de haber ido a tu casa a suplicarte? — Levanté las tarrinas de helado que, por el sofocón que estaba sufriendo, debían parecer caldo de berberechos.

—Necesitaba tiempo para pensar, Marta.

—Pues eso mismo he estado haciendo yo. Pensar. Y he llegado a muchas conclusiones, tantas que no sé ni por dónde empezar.

—Sé que tenemos una conversación pendiente. Quizá podamos cenar mañana y decirnos todo eso que sentimos el uno por el otro.

—Pues Diego yo no siento ahora mismo nada por ti, salvo rabia —le repuse dura—. Me cargaste con una culpa que no tenía porque yo no había hecho nada malo. Puede que tomara malas decisiones, pero con respeto. Nunca hice eso que se te pasó por la cabeza. Fui a tu casa y me fui de allí sintiéndome un despojo, y lo menos que me apetece es tener una cita contigo para seguir echándonos en cara cosas que no van a llegar a ninguna parte. Soy como soy. O estás conmigo o sin mí, y después de haber superado lo nuestro, sinceramente no me apetece volver a empezar. Así que, si me disculpas, la cola avanza y he de pagar, me alegro de verte.

—Marta, yo...

—Hasta luego, Diego —lo corté de cuajo dejando el dinero sobre la caja y esquivándolo después para salir de la tienda lo más rápido posible, sin dejar de advertir la cara de descomposición que se le quedó. Pero no me daba ninguna pena. Yo lo había pasado fatal esas tres semanas y me merecía esa pequeña venganza. Lo malo es que no me supo nada bien. La victoria era ácida y escocía en la garganta.

Llegué al portal con el corazón a mil por hora y la sensación de haber metido la pata hasta el fondo una vez más. Aquello que estaba deseando con todas mis fuerzas semanas atrás se había producido. Pero era cierto que ya no era la misma y que me había decepcionado la forma en la que él había manejado nuestro distanciamiento y, sobre todo, que hubiera pensado siquiera que yo le hubiera sido infiel con Adrián. No necesitaba vivir a la sombra de aquello ni justificarme por algo que no había hecho. No necesitaba un cuento de hadas con final feliz, no era una princesa desvalida que se rendía a los pies de nadie a la primera de cambio, enajenada por el amor. El amor real no era así y esas semanas me habían hecho poner los pies en el suelo. Había llegado el momento de avanzar sola.

—¡Cómo has tardado! —dijo Clara en cuanto puse un pie en nuestro piso.

—Había mucha gente.

—Vaya careto traes, ni que hubieras visto un fantasma —bromeó, pero estaba en lo cierto, lo había visto. Era el fantasma de las semanas pasadas.

Endodoncia al corazón

Me comí aquel helado con tanta ansia viva, que una nuez más dura que una empanadilla de hormigón me partió una muela.

—¡Joder! —Me agarré el carillo.

—¿Qué te pasa?

—Mi muela buena, con la que destruyo los quicos gordos, se ha partido.

—Déjame ver. —Clara encendió la linterna de su móvil y me echó un vistazo rápido—. ¿Te duele?

—No, pero me raspa la lengua.

—Siento no poder ayudarte, pero conozco una clínica que abre los sábados por la mañana.

—Voy a demandar a los de Ben&Jerry's, mira que poner una nuez con cáscara. —Aquello era el karma o vete tú a saber qué ñoquis era.

—Ponte un algodón hasta mañana. A primera hora te conseguiré una cita.

—¿Y si me lo trago?

—Si te lo tragas no pasará nada, es una bolita minúscula.

Le hice caso, aunque llevar aquello en la boca para evitar el despelleje del lado derecho de mi lengua me había fastidiado el plan. Necesitaba seguir engullendo el calórico helado para paliar mi ansiedad y explotar sola y ajada en mi cama.

Diego había venido a buscarme, Diego me echaba de menos y yo simplemente lo había despachado de mi vida en un abrir y cerrar de ojos con toda la dignidad que podía aportarte un pijama de cuadros.

¿Se me había ido la pinza o qué? No, se me había ido la muela como castigo. Toda la fuerza ese día se me había ido por la boca, incluida mi muela.

—Creo que me voy a dormir —dije de mal humor.

—¿Va todo bien? Has estado muy rara desde que has vuelto del paki.

—Sí, solo estoy cansada —mentí. Iba a hacer de todo en esa cama menos pegar ojo, como por ejemplo autoasfixiarme con la almohada.

Tal como había vaticinado mi mente privilegiada, esa mañana el algodón había pasado a mejor vida y había sido destruido por mis jugos gástricos. Y a decir verdad, no me sentía muy bien, no sé si por la indigestión que hubiera podido provocar aquella bolita o el mal de amores que de nuevo azotaba fuerte mi fuero interno.

—Buenos días. —Clara estaba haciendo malabares con las muletas intentando colocar una cápsula de Nespresso en la maquinilla.

—Buenos días. Me he comido el algodón.

—Te has comido cosas peores —me dijo cerrando el compartimento y pulsando el botón—. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor. Necesito espabilarme.

—Tienes cita a las doce. Te paso la ubicación al WhatsApp.

—Por fin voy a probar esa anestesia que te pinchas.

—Tú sí que te pinchas. Ufff, tienes muy mala cara. —Como buena amiga que era, a pesar de su dificultosa movilidad, me tendió una taza de café—. ¿De verdad que no pasó nada cuando fuiste al paki? ¿No te encontrarías con el loco de Adrián?

—No, no fue con él.

—Ajá, así que sí pasó algo. Te conozco, sé que a la vuelta ya no estabas del mismo humor.

—Vi a Diego.

—¿Qué hacía en el paki de nuestro barrio? —Apoyó la muleta en la encimera y esperó con los brazos cruzados una respuesta.

—Venía a verme y me vio entrar.

—¿Y qué pasó? Si ha venido a buscarte es porque se ha dado cuenta de que te quiere, ¿no?

—No lo sé. No le di la oportunidad de hablar. Me marché diciéndole que no quería saber nada de él.

—¿Le dijiste eso? —Clara abrió mucho los ojos.

—No con esas palabras, pero sí.

—¿Y es lo que sientes?

—En ese momento así lo sentía, pero cuando volví a casa empecé a sentirme confundida. No sé si la he cagado o no.

—Bueno, lo has pasado mal..., y él ha estado ausente durante tres semanas. Es normal que estés confundida, pero la primera respuesta siempre es la más verdadera.

—¿Significa eso que realmente ya no le quiero?

—Significa que has pasado página.

—Supongo que sí.

—Anímate, recuerda las palabras de Emma Lloyd.

—Es una mierda de película y lo sabes. —Ladeé la cabeza. Emma Lloyd solo era un personaje de ficción, además de película rancia.

—Mierda o no, nos sirvieron sus consejos.

—Ella vuelve a buscar al hombre que rechazó, sus consejos estaban basados en la nada, es el argumento de la película.

—Vale, sí, pero Colin Firth estaba muy guapo y ambas decidimos que nos quedaríamos con él. Tal vez sea hora de retomar tu vida social y lanzarte a una aventura. —Sorbió de su taza y me dedicó una sonrisa maléfica.

—No vas a organizar nada, ¿me oyes? —Me la veía venir. Llevaba mucho tiempo inactiva y era peligroso.

—Tranquila, no lo haré, pero abre bien los ojos a las nuevas oportunidades.

—Deja de hablar como en esa película, te ha afectado al cerebro.

—Amor práctico, amiga, amor práctico —dijo alzando la taza y obligándome a brindar con café mañanero.

A las once salí por patas de nuestro piso caminito de la clínica dental. Coger el metro tras el incidente de la falda me causaba ansiedad, pero ese día llevaba unos pantalones altos y era preciso si no quería llegar con las piernas entumecidas, pues la clínica estaba donde Cristo perdió la zapatilla.

Aun así, llegué con el tiempo justo.

—Buenos días, tenía una cita a las doce.

—¿Me dice su nombre?

—Sí, Marta Guerrero.

La recepcionista consultó la pantalla y asintió.

—Enseguida la llamarán, Marta. Espere ahí. —Me señaló uno de los sillones de polipiel de la sala.

No había tenido tiempo ni de pasar de la primera página de la revista que había cogido, cuando una auxiliar salió a buscarme.

—Siéntese —me dijo dando unos golpes en el respaldo de aquel sillón de tortura—. El doctor vendrá en seguida —habló de nuevo, tras colocarme el babero.

—Vale.

La auxiliar me dejó sola un momento y me dediqué a curiosear todas las mangueras y artilugios de aquel sillón tan completo. Clara debía ser como el hombre orquesta cuando trabajaba.

No me corté un pelo, cogí uno de los mangos colgantes. La manguerita se estiró sin dificultad hacia mí y miré de frente aquella punta finita. ¿Para qué ñoquis servía aquello? Pulsé uno de los botoncitos de la parte superior y un chorro de aire frío me secó las córneas. Tuve que parpadear varias veces para hidratarme el ojo cuando por error pulsé de nuevo, aunque esta vez, aquello me hidrató a base de bien con agua a presión.

—Pero ¡qué cojo...! —refunfuñé en voz alta.

—Señorita Guerrero, tenga. —El doctor, o mejor dicho el guapo doctor, estaba divertido frente a mí tendiéndome una servilleta de papel.

—Lo siento, no debí tocar nada.

—No se preocupe —dijo con una sonrisa. Deduje que no era la primera vez que alguien hacía algo así—. Los niños suelen hacerlo. —¡Válgame el señor! Debía parecerle una adulta estúpida.

—Cuénteme, ¿en qué puedo ayudarla?

—Me he partido la muela de los quicos.

—¿De los quicos? —Me miró extrañado.

—Sí, supongo que tiene un nombre científico que obviamente desconozco, pero es con la que masco los quicos gordos, esos duritos y churruscados.

—Entiendo. Abra la boca. —Por arte de magia el sillón se reclinó y vi cómo el doctorcito se acercaba a mí con un espejo y un ganchito. Entonces pude advertir con todo lujo de detalles que tenía unos fantásticos ojos rasgados de color avellana y una tez muy limpia, apenas sin poros.

—Ajá, reconstrucción de la cuarenta y seis.

—*Guengo veintiogo.*

—¿Perdón? —Sacó el espejo de mi boca.

—Que tengo veintiocho, no cuarenta y seis. —Aquello me preocupaba. ¿De verdad daba la impresión de ser una casi cincuentona?

—Me refería a la muela. Su muela de los quicos es la cuarenta y ocho en el dentograma —dijo divertido.

—Ah, vale, lo siento. Prosiga doctor. —Volví a abrir la boca para acabar cuanto antes con aquel bochorno.

—Voy a echarle un poquito de aire en la muela. Dígame si le duele.

—*Gui, me guele.*

—Le haremos una radiografía. Es posible que haya que hacer una endodoncia. —No sabía a qué se refería con eso, pero sonaba a operación de la leche.

—¿Tengo algo malo? —pregunté con el labio temblón.

—No, no se asuste. La rotura ha podido llegar al nervio. Por decirlo de una forma que usted pueda entender —vale, le estaba pareciendo una paleta—, hay que matar el nervio para que no le

duela antes de reconstruir la muela.

—Lo siento, nunca he venido a un dentista, aunque vivo con uno.

—¿Y cómo ha sido eso de venir aquí si tiene el remedio en casa? —Me sonrió. Como era de esperar tenía una dentadura perfecta.

—Se ha roto una pierna, no puede trabajar.

—Entiendo, en ese caso, no se preocupe. Está usted en buenas manos. —Posó la palma de la suya sobre mi hombro, supongo que para infundirme confianza, pero solo consiguió ponerme más nerviosa. Ese matasanos estaba de toma pan y moja.

Me hicieron todo lo que quisieron, o necesitaron para empezar aquella endodoncia.

—¿Me va a doler, doctor Castro?

—Por favor, llámame Alberto. Tenemos casi la misma edad. Y no, no te va a doler, porque voy a ponerte anestesia.

—Bien, Alberto —dije intentando relajarme. Cerré los ojos para no ver cómo avanzaba con aquella aguja larga y amenazante.

Me pusieron un dique, que aisló mi bocacha de toda aquella operación, e intenté no prestar atención a todos aquellos desagradables ruidos pensando en otra cosa.

—Bien, Marta, ya hemos terminado —dijo quitándose los guantes—. Has sido una paciente excelente. Te he hecho la endodoncia y he reconstruido la muela. Se suele esperar una semana para que todo se asiente, pero creo que ha ido muy bien y no te dará problemas.

—Gracias... Alberto. —Me costaba dirigirme a él por su nombre de pila, la salubridad de mis dientes dependía de aquella eminencia médica—. Me salvas de un fin de semana a base de calditos. Me gusta mucho comer, o más bien lo necesito como el respirar.

—¿Te gusta la buena comida?

—Yo no la llamaría así, mi amiga Clara dice que como muchas porquerías.

—No hay nada como una buena hamburguesa, ¿verdad? —me dijo secándose las manos mientras yo cogía mi bolso.

—Supongo que sí. De nuevo gracias.

—Marta, ¿te parecería inapropiado que te invitara a comer una esta noche?

—¿A mí?! —Nunca había pensado que mis piñates pudieran enamorar a nadie, pero debía tener unas muelas muy sexis.

—¿Tú eres Marta, no?

—Sí, pero...

—Lo siento, ha sido un impulso. Olvídalo. —Debió de sentirse muy ridículo y rechazado.

—No, no, me parece bien. Es muy halagador por tu parte, pero he de consultar mi agenda. La enfermera tiene mi teléfono, llámame luego y te confirmo.

—Lo haré —me aseguró con una pícaro sonrisa.

Salí con el corazón acelerado de aquella consulta con unos cuantos euros menos en la cuenta bancaria y una posible cita que no esperaba en mi agenda imaginaria.

Necesitaba hablar con mi amiga antes de tomar una decisión al respecto, sobre todo por el código deontológico del que Clara me había hablado y que ella se había saltado a la torera en muchas ocasiones, no solo con pacientes, también con colegas.

Llegué a casa corriendo desde la salida del metro, toqueteando con la lengua mi reluciente muela nueva.

—¿Has ido a la consulta de Alberto Castro o a correr los San Fermínos? —me preguntó al verme intentando recobrar el aliento.

—Tu colega... —mi respiración continuaba acelerada —, me ha pedido una cita —conseguí

decir.

—Venga, no me vaciles, ¿el tío bueno que revoluciona a todas en los congresos? Yo incluida.

—¡Sí, el mismo! Y no sé qué hacer.

—¿Qué no sabes qué hacer? ¿Qué no sabes qué hacer? —repitió como si rechazarlo fuera comparable a matar un perro—. Pues decir que sí. Eso es lo que deberías hacer.

—Pero Diego... Y el código...

—Da Vinci, no te jode, Marta. Ayer tuviste la oportunidad con Diego y la rechazaste. Es el destino y ya me gustaría a mí estar en tu pellejo.

—No creo en esas cosas y me siento mal por ello.

—Solo es una cita. No tienes que hacer nada que no te apetezca. Es Alberto Castro, si no lo haces perderé toda la esperanza en el ser humano y las leyes del amor. —Se posó las manos sobre el pecho de forma dramática.

—Estás un poco bipolar..., y sí... Estoy convencida de que la anestesia os funde un poco el cerebro. ¿Crees que es ético pedir una cita a una paciente después de cobrarle trescientos sesenta euros?

—Ético o no, nadie va a enterarse. Siempre os podríais haber conocido en otra parte.

—Eso es cierto —consideré—. Pero aún no le he dicho que sí. Me llamará luego para que le dé una respuesta.

—Y espero que sea que sí. Hemos quedado que la vida sigue, Marta. Me defraudarás si no lo haces.

—¿Me estás amenazando? —Clara me dejaba alucinada a veces. La falta de oxígeno le estaba afectando demasiado y por el bien de su estabilidad mental debían quitarle la escayola cuanto antes.

—No, te estoy insuflando dosis de realidad. Date un respiro y disfruta de esa cita con un tío de toma pan y moja.

—Tienes razón, debería aceptar.

—Y lo harás, o te juro que desenrosco la pera de la ducha. Sé que has vuelto con ella.

—Está bien, lo haré. Me vendrá bien salir.

—Esa es mi chica —dijo acariciándome el cogote como a Flash—. Debe ser él. —Clara estiró el cuello y miró en la dirección de mi bolso—. Corre, coge el teléfono. Anda *wasi*, ve.

¿Qué ñoquis era aquello de *wasi*, mi nuevo nombre de perro?

—No es él, es Berta. Disculpa —dije marchándome a mi habitación para conseguir algo de intimidad.

—Hola.

—Hola, querida. Quizá te pilló en mal momento, pero necesitaba hablar contigo.

—Claro, Berta, lo que sea.

—No tienes que venir a trabajar ni nada de eso —rio al otro lado del teléfono—. Necesito un consejo. —La noté nerviosa.

—Soy toda oídos. —No sabía cuándo mi jefa y yo habíamos intimado tanto para pedirme consejos a mí.

—Adrián me ha llamado para salir otra vez y estoy hecha un lío. No sé qué hacer. —Vale, aquello sí que me pillaba por sorpresa, mi jefa quería que le aconsejara en asuntos románticos, pero pensándolo bien tampoco era tan extraño. Después de todo yo había sido la primera en saber lo de su cita con el rarito de Adrián, aunque ella no supiera hasta qué nivel.

—Pues haz lo que te dicte el corazón y, si en realidad no te apetece nada salir con él, no lo hagas, pero si tienes dudas es que en el fondo sí quieres —acerté a decirle, dejando a un lado el

hecho de que se trataba de un tío al que en ese momento no deseaba ni ver en pintura.

—Puede que tengas razón, pero hay algo que me dice que ese hombre no me conviene.

Y tenía razón. Adrián no convenía a nadie, no antes de solucionar todos los problemas que tenía en la cabezota que no le dejaban ser una persona normal, pues parecía tener el conocimiento justo para cruzar la calle sin que le atropellara un camión cisterna.

—Berta, de verdad, no sé qué decirte. Tan solo pienso que todo el mundo merece una segunda oportunidad.

Tan pronto dije esas palabras una bombilla gigante se encendió sobre mi cabeza, pues era justo lo contrario a lo que había hecho yo con Diego la noche anterior, a sabiendas de que él me había dado muchas oportunidades pese a que yo solía liarlas muy gordas.

—Tienes razón. Quizá esta vez la cosa vaya mejor. Pero es tan raro que me desconcierta, y una no está para esas cosas a mi edad. Yo solo quiero disfrutar.

—Te entiendo, pero puedes probar. No pierdes nada por ello.

—Gracias, Marta. Eres una buena chica.

—No se merecen. Nos vemos el lunes y me cuentas, ¿ok?

—Eso está hecho —dijo antes de colgar, pensando yo que aquello estaba *muy crudo* en realidad.

La vida sigue igual

Me gustaría poder contar que mi cita con Alberto Castro fue genial, que salí de aquel restaurante tex-mex al que fuimos a cenar burgers enamorada hasta las trancas y que desde esa noche mágica a la cálida luz de un foco estilo industrial dejamos de concebir la vida cada uno por su lado, pero no fue así.

Qué pena, sí, una pena muy grande. Porque Alberto era majo, majo, majo. Muy simpático, buena gente y con una planta que ya la quisieran los jardineros del Botánico, pero no encajamos. Poco teníamos en común, salvo una gran devoción por las hamburguesas con extra de queso y bacon. Alberto no era mi descosido ni yo su roto, y su clavo por muy prometedor que pudiera parecerme bajo esos vaqueros que le quedaban de infarto, no iba a lograr sacar el otro clavo que seguía clavado en mi corazón.

Yo a Diego lo llevaba muy adentro, debéis saberlo. Nuestra historia había comenzado como cualquier otra. Tal vez, su extraña filia por las mujeres extremadamente naturales era para estudiarla, pero a mí me había enamorado con ese detalle, ¿qué queréis que os diga? Así es. No es fácil en esta puta vida encontrar una persona que comprenda y acepte tu personalidad y no se asuste a la primera de cambio. Diego al final había terminado por salir espantado, pero yo es que era mucha yo. Había que tomarme o dejarme igual que en la canción de Mocedades.

Las dos semanas que transcurrieron tras nuestro encuentro en el paki estuve muy decaída, muchísimo, aunque eso solo podían notarlo las personas que realmente me conocían bien. En Madrid, Clara, y nadie más, quizá un poco Berta, que con su don de madres, me miraba a veces como lo hacía mamá y me preguntaba por mi estado de salud, amoroso, económico..., general, pero yo siempre le respondía que estaba bien. Pero no era verdad, ni un poco. No lo estaba. Creo que en mi vida había estado más triste, ni siquiera cuando perdí una ceja y me convertí en el chiste de Cerrato de Cabrales durante un buen tiempo.

Siempre he tratado de ser positiva y lo intentaba en ese momento con todo mi ser, le ponía buena cara a la vida, pero no podía evitar estar por dentro gruñona. Era como una careta de pon y quita. Salía de casa, me la ponía, entraba en casa, me la quitaba y enseñaba los dientes como un perro rabioso. La pobre de Clarita las pasó canutas, a su pata tiesa se le sumó su amiga la siesa. No sé ni cómo me aguantaba, pues no me aguantaba ni yo. Pero es que echaba tanto de menos a Diego.

Clara me había insistido en varias ocasiones en que le llamara, pero yo no me atrevía. Qué cagada la mía. Me había quedado a gusto soltándole en el paki aquello de que yo no sentía ya nada por él, salvo rabia. Muy de película de chica despechada, sí. Me quedó bien, pero me dejó mal cuerpo. Yo no valía como mujer despechada. Ser la chica despechada en mi historia era una grandísima mierda pinchada en un palo selfie.

—Habla con él, Marta —me dijo por enésima vez Clara esa tarde al llegar a casa. Era martes y en un par de días le iban a quitar la escayola. Mi amiga no veía la hora de poder usar sus dos extremidades inferiores con total libertad.

—No me atrevo. Además, no me ha llamado ni nada. Debe ser que pasa de mí.

—Volvió a por ti y le dijiste que pasabas de su cara.

—Fue un impulso —me justifiqué.

—Como muchas cosas de las que haces, Marta, y ahora esa impulsividad tuya debe llevarte de nuevo a él. Tienes que recuperarlo. Estáis hechos el uno para el otro, hasta un ciego se daría cuenta.

—No me veo con fuerzas como para hacer eso, debo asumir que la he cagado y seguir adelante. Si algo es para mí lo será, eso es lo que siempre me dice mi madre.

—Lo que quieras, pero no quiero que te arrepientas luego de no haber luchado un poquito más.

Y quizá estaba en lo cierto, pero me sentía derrotada y no me apetecía que me partieran el corazón otra vez cuando seguía tan pachuchito.

Otros en cambio, a esas alturas estaban viviendo un romance casi de película. Pues sí. Paradojas de la vida, mi recién terminada relación con Adrián, la misma que había provocado mi ruptura con Diego, había propiciado que Adrián sí encontrase el amor junto a mi jefa, aconsejada por í (que no se os olvide). Así que por lo menos mi dolor no era todo en balde, aunque saberlo no me consolaba ni un poquito.

La cocina infernal

Ese jueves llegué pronto a casa, le había pedido a Berta salir dos horas antes para poder organizarme antes de que llegase Clara. Me había obligado a animarme y quería darle una sorpresa para celebrar que le habían quitado la escayola. Iba a preparar una cena por todo lo alto. El despliegue de manjares iba a ser tal que se iba a quedar con la boca abierta, menos mal que era dentista y podía presumir de bocacha.

Flash me recibió al galope y con la lengua loca, me dio como mil lametazos en las manos, desesperado por salir a la calle y yo complaciente lo saqué a pasear para que evacuara todo lo que el pobre llevaba dentro.

Clara no llegaría hasta pasadas las ocho. Me había comentado que tenía que ir a la clínica a entregar los papeles del alta y que luego tenía que estar presente en una reunión de personal, así que tenía tres horas por delante para preparar el menú.

Había ojeado un viejo libro de recetas que venía con la casa, bondad del casero, y había decidido hacer algo asado con frutas, que siempre salía bueno, y de postre una tarta tatin. Nunca había cocinado nada por el estilo, pero no podía ser tan complicado, solo seguir los pasos, que no eran muchos.

Entré en el supermercado y fui abasteciendo la cesta de cosas ricas. Era la Caperucita del Lidl. Solomillo de cerdo, ciruelas, cebollitas francesas, vino blanco, varios tarritos de especias, una ensalada preparada, una tabla de quesos que tenía muy buena pinta, huevos, harina, azúcar y manzanas. En ese momento los momentos angustiosos que había vivido un mes antes a causa de mi solvencia fantasma me parecían lejanos. La mente a veces es muy prodigiosa en el arte de olvidar las cosas chungas. No era el caso de la ruptura con Diego, ya sabéis que eso seguía sobrevolando mi cabeza y me acechaba como un ave de rapiña, enturbiando esa felicidad que me brindaba tener dinerito-dinerito en mi cuenta corriente.

A las seis de la tarde estaba lista para empezar, tenía todos los ingredientes sobre la encimera y el libro de cocina abierto delante para ir consultándolo. Me abrí una cerveza fresquita y le di un buen traguito para ir entrando en materia.

Aquello estaba chupado, primero salpimentar el cerdo y luego marcarlo en la sartén. Muy bien. Encendí el fuego y puse la sartén encima con una nuez de mantequilla. Luego eché los solomillos y los fui marcando uno a uno con un cuchillo: corazón, cruz, asterisco y arroba, que era muy actual. Qué monos me habían quedado, pensé mientras los escuchaba repiquetear, a mi amiga le iba a encantar el detalle.

Los dejé dorándose y me dediqué a pelar las manzanas. Teníamos un pelador de esos, así que lo usé y me quedaron perfectas también, peladas y relucientes.

La masa de la tarta era harina de otro costal, mejor dicho imposible. Había que prepararla en un bol mezclando bien todos los ingredientes. Me puse manos a la obra tarareando la cancioncilla esa que me había enseñado mamá cuando era pequeña y que siempre cantaba ella cuando freía torrijas:

—*Siempre que vienes a casa, me pillas en la cocina* —le eché un vistazo al solomillo y consideré que todavía no estaba lo suficientemente dorado. Le di un trago a la cerveza y seguí cantando—: *Embadurnada de harina, con las manos en la masa. ¡Niña, que yo hice un cursillo! Dame pepinillo, que yo lo untaré* —De esa parte no me acordaba bien así que fui improvisando — *con tus perjúmenes, mujer. Son los que me suliveyan.* —¡Qué bien me estaba quedando la masa, parecía de profesional—. Toma, Flash. —Le lancé al aire una piel de manzana y de un bote se la zampó sin masticarla—. Eres el perro saco —le dije riendo.

Aquella actividad me estaba sentando de maravilla. Era una buena terapia eso de cocinar. Le di la vuelta a los solomillos. Vaya, se habían quedado un poco negros, pero daba igual, luego tendría cuidado de servirlos del lado bueno y arreglado. Pero ese lado no tenía marquitas, así que le hice unas marcas nuevas con el cuchillo escribiendo las iniciales de las dos con letras góticas. Precioso.

Monté la tarta con las manzanas y la embadurné bien con caramelo líquido, así me ahorraba el tener que caramelizarla, que parecía un paso bastante complicado, además eso me ahorraba tiempo. Después aparté la sartén del fuego, pues el solomillo estaba más que dorado y encendí el horno por primera vez en mi vida. Siempre lo evitaba, pues me parecía un artefacto peligroso y tiraba de microondas, que era girar la rueda y esperar solo unos minutos.

Consulté la hora en el reloj y vi que se me había hecho un poco tarde. Clara no tardaría mucho en llegar. Tenía que darme prisa y todavía no había ni empezado la salsa de ciruelas.

Encendí de nuevo el fuego y corté las cebollitas, bastante desiguales, pero eso cuando estuvieran en la sartén ni se notaría, además así era más artesanal. Nada como la comida casera.

Según el libro tenía que rehogar la cebolla con las ciruelas a fuego lento para que soltasen el jugo, pero eso iba a ser muy lento y no podía permitirme perder todo ese tiempo, así que puse el fuego al máximo para que se hiciera antes.

Vale, ahora tenía que picar cilantro. Me puse a ello. ¡Joder, joder! Me hice un tajo gordísimo. Chorreaba sangre que mareaba y todo. Me envolví el dedo con papel de cocina y leí el siguiente paso en el dichoso libro: «Cuando la cebolla esté doradita añadir el vino blanco y flamear».

¿Flamear? ¿Qué ñoquis era Flamear? ¿Y cuánto vino tenía que echar? Miré angustiada la sartén, pensando que tendría que consultar en internet esa información.

La cebolla no estaba doradida, estaba medio carbonizada. Cogí el vino y le eché un buen chorro para ver si así se disimulaba un poco. Pero no. Tenía una pinta bastante asquerosa. Esperaba que supiera mejor de lo que parecía.

Dejé aquello burbujeando y me fui al baño a curarme el dedo. Y de paso que estaba allí aproveché para quitarme unos cuantos pelillos de las cejas mientras me terminaba la cerveza, hice pis, canté frente al espejo.

—*Cuando te miro, morena, de dentro del alma un grito se escaapaaaa, para decirte muy fuerte: ¡guapa, guapa y guapa! Y es que tu cara...*

Me estaba viniendo muy arribita, cuando escuché a Flash ladrando como un poseso. Salí del baño de prisa, encontrándome tal humareda en el pasillo que por poco no se veía el final. Me asomé a la cocina y vi una llamarada gigante que iba desde la sartén al extractor. Alarma. Me puse nerviosa, miré horrorizada a todos lados, evaluando las posibilidades de apagar el incendio. Mientras lo pensaba la llama avanzó hacia la otra sartén donde los solomillos marcados se prendieron como la pólvora y empezó una reacción en cadena. Se encendió el paquete de harina, luego la bolsa de ensalada y así todo cuanto había sobre la encimera. Me quedé paralizada, acojonadísima sin saber qué hacer.

Cuando empecé a toser dificultosamente, reaccioné por fin y salí disparada sin mirar atrás. En

la puerta estaba Flash dando saltos nervioso perdido. Abrí y él corrió escaleras abajo. Yo empecé a aporrear la puerta de la señora Lourdes. Abrió asustada, en batín y pantuflas de ir por casa, y le pedí acelerada que saliera huyendo a la voz de «¡Fuego, fuego!».

El resto de vecinos tardaron poco en congregarse en la calle. Alguno había llamado a Emergencias y minutos después comenzamos a escuchar las sirenas a toda mecha acercándose. Se armó un buen revuelo mientras los bomberos hacían sus funciones. Cada vez había más gente apiñada tras el cordón de seguridad que había colocado la policía local para cercar la zona. Yo lo miraba todo acongojada, abrazada a Flash que no paraba de removerse alterado de ver tanto movimiento a su alrededor. Esta vez sí la había liado parda. Muy bien, Martita, eres una máster en desastres, me felicité sarcástica.

La señora Lourdes me apretaba la mano sollozando. De momento desconocíamos el alcance de los daños. Los bomberos subían y bajaban, trabajaban coordinados con órdenes precisas. Habían metido la manguera por nuestra ventana del salón y no quise pensar mucho en el estado que tendría el piso cuando terminase aquel infierno. Cerré los ojos y recé por tercera vez en mi vida (la primera fue cuando lo de la ceja y la segunda cuando me rompí el brazo saltando de un escenario).

En esas estaba cuando escuché la voz de Clara entre el murmullo del gentío. Gritaba como una loca.

—Dios mío, mi casa. Marta. Mis cosas. Mi peerrooo.

Flash al oírla se me escapó de los brazos y salió corriendo en su dirección. Ella había conseguido hacerse un hueco y colocarse en primera línea de los mirones congregados.

—¡Flash, ¿dónde está Marta?

El perro ladró en mi dirección. Me estremecí. De nuevo la había fastidiado y Clara no se andaría con chiquitas cuando se enterase de que aquel apocalipsis había sido por mi culpa.

—Déjenme pasar —gritó a la gente aportándola de su camino para llegar hasta mí—. Es mi casa y mi amiga. Paso, paso.

—Antes de que digas nada. Ha sido un accidente —murmuré cuando la tuve enfrente con los ojos echando chispas.

—¿Estás bien? —Clara se me echó encima llorando.

—Sí, estoy bien. ¿No estás enfadada conmigo?

—No, ¿por qué? —Por lo que fuera, todavía no había atado cabos.

—Ha sido por mi culpa. El incendio.

—Tranquila —me calmó, besándome la mejilla—. ¿Ha sido cosa tuya? —suspiró y yo asentí—. De acuerdo, vale, un poco enfadada, pero lo importante es que estás bien y Flash también.

—Mira la que he liado por querer prepararte una cena especial.

—¿Lo has hecho por mí? —Aquello la ablandó más.

—Quería celebrar que te quitaban la escayola. Mira qué bien andas.

—Bueno, no tanto. Parezco Mariano Mariano, pero lo importante es que dentro de poco podré llevar mis tacones, tras la rehabilitación y según me vaya viendo cómo voy.

Levantamos la mirada para mirar nuestra ventana. Los bomberos parecía que se habían hecho con el incendio.

—¿Crees que podremos volver a casa? —me preguntó preocupada.

—Lo dudo mucho. Cuando salí la cocina era un infierno.

—Dios mío, Marta. —Me abrazó—. Qué mal lo debes haber pasado.

—Ha sido horrible.

—Pobrecita.

—Joder, me siento fatal. ¿Dónde vamos a vivir?

La señora Lourdes, que nos estaba escuchando, intervino:

—Podéis quedaros en mi casa. Tengo una habitación libre.

Las dos la miramos agradecidas.

—¿De verdad? —dije yo.

—Claro, así me hacéis compañía y cuidaré de *Flax* cuando estéis trabajando u os vayáis de marcha por las noches.

—Muchas gracias, señora Lourdes. Es usted un ángel. —Clara le dio un beso sonoro en la mejilla, abrazándola.

—Así es todo más fácil. El traslado de vuestras cosas y podréis estar al tanto del arreglo de vuestro piso.

—Le pagaremos —le aseguré.

—Oh, no, chiquilla, no lo hago por dinero —replicó ofendida.

—Pues lo haremos todo. Limpiar, comprar, cocinar...

—No —me cortó levantando la mano en alto—. Cocinar no, por favor —añadió y, pese a estar en un momento tan dramático, aquellas palabras consiguieron arrancarnos unas carcajadas a las tres.

Toda la verdad de nuestra miseria y compañía

Me pedí el viernes libre para poder organizar el traslado de las cosas que íbamos a necesitar, hablar con nuestro casero y explicarle lo sucedido y encargarme de atender a los del seguro que vendrían a peritar los daños. La cocina había quedado destrozada y habría que reformarla entera, algo que tampoco le iba a venir nada mal, pues su última reforma debía datar de la Segunda República Española. Por suerte el incendio no se había propagado más allá y el resto del piso solo necesitaba una buena pintura y una limpieza a fondo. Clara se marchó al trabajo y yo me quedé al frente del cotarro con Flash.

Me hacía gracia la señora Lourdes. Hablaba con el perro como si fuera ruso o algo así, con un raro acento que me hacía reír.

—No es *Flax*, es Flash —le dije después de desayunar.

—Pues eso he dicho yo, *Flax*.

—Con ese, no con equis —le indiqué remarcando bien la diferencia entre las dos consonantes.

—¿Y qué más da? Él me entiende. ¿Verdad, *Flax*? Erres un *perrrrruito* muy guapo —dijo acariciándole el caborro. Flash estaba encantado con nuestro cambio de residencia. Ahora tenía a su disposición a una adoradora canina todo el santo día.

—Voy al piso a por la ropa y otras cosas —le dije.

—Muy bien, cariño, yo me quedo aquí con *Flax*.

Hacia tiempo que nadie me llamaba *cariño*. Aquello, como mil cosas que me pasaban al cabo del día, me trajo a la mente a Diego. ¿Qué sería de él? ¿Estaría pensando en mí? ¿Me habría olvidado ya? ¿Debía llamarlo y tratar de recuperarlo? No sé, tal vez no estaba todo perdido.

Por supuesto no lo hice. Tenía como mil cosas por solucionar ese día.

El lunes volví al trabajo y les conté a Berta y a las chicas lo que había pasado en mi casa el viernes.

—Eres un peligro, Marta. ¡Marta, Peligro Andante! —dijo Sofía riendo.

—Menos mal que no es al volante. Pero sí, lo soy —dije tristemente—. Pero afortunadamente tiene arreglo. Esta semana empezarán con la reforma y en menos de un mes podremos volver a casa y estrenar cocina —añadí animándome.

—Viéndolo así, ¿verdad?

—Yo creo que tú lo que querías es que el casero os cambiara la cocina, ¿verdad? —Catalina me guiñó el ojo.

—No, mujer, fue un accidente. Sin querer —me defendí compungida.

—Bueno, ya pasó, ¿eh? Seguro que fue terrible estar allí —intervino Berta, acariciándome mimosa la mano.

Asentí y la miré con gratitud. Berta se había convertido en muy poco tiempo en una especie de madre para mí. Siempre tenía buenos consejos y palabras alentadoras, y era una suerte contar con ella. Daba gracias cada día por haber entrado en el centro a preguntar por el puesto vacante.

Mi vida había dado tantos giros desde entonces que incluso estaba mareada y no conseguía encontrar el rumbo. Antes no tenía dinero ni novio, pero no tenerlo no me provocaba ansiedad ni una tristeza infinita, solo no lo tenía, pero ya lo tendría, ¿verdad? Aquello no me quitaba el sueño. Ahora, en cambio, tenía dinero y no tenía novio, pero la sensación era muy distinta, lo había tenido y lo había perdido, y la sensación de pérdida era abrumadora, agobiante, incomprensible desde la lógica, porque me producía una desazón que siempre estaba presente y me llevaba a pensar que no tener más a Diego en mi vida iba a consumirme de algún modo. A decir verdad, había perdido ya varios kilos y empezaba a parecer una politoxicómana en rehabilitación. Mi aspecto era un tanto deprimente, pero no tenía ganas de arreglarme más de lo justo para salir a la calle.

Debía hacer algo, pero todavía no sabía el qué. La opción de llamarlo y hablar con él estaba ahí, sobre la mesa, tentándome y sacándome la lengua, pero la verdad es que me daba un pánico terrible descubrir que él hubiera ya pasado página. Maldita incertidumbre.

Ese día en el centro de masajes pasó como todos los anteriores. Fluían las horas sin contratiempos. Parecía que había nacido para ese trabajo. Se me daba bien, y así pasaron tres días más y por fin llegó el viernes.

Los viernes de un tiempo a esta parte me producían una extraña sensación agrídulce por varios motivos. Seguían siendo geniales en el sentido de que me esperaban por delante dos días libres para holgazanear hasta altas horas. Sin embargo, cuando más tiempo libre tenía, el vacío de Diego se hacía más grande. Parecía llenarme las horas y lo echaba más aún en falta, y aquello me dolía. Dolía mucho.

Por otra parte, los viernes era el día que Adrián venía al centro. Lo suyo con Berta parecía ir viento en popa. La jefa estaba feliz como una perdiz. Se le veía en la mirada que estaba enamorada y derrochaba alegría por todos los poros. Me alegraba por ella, la verdad. Un roto para un descosido, siempre se ha dicho, y así era con ellos. Habían terminado encajando y se encontraban sentido el uno al otro. No sabía hasta qué punto sabría Berta de la terrible historia de Adrián, pero tampoco me importaba. Era su relación y sus secretos.

Adrián entró por la puerta unos veinte minutos antes de su cita. ¿Si ahora podía darle Berta los masajes en casa por qué ñoquis seguía viniendo?, me pregunté esta vez, tras saludarlo con un conciso: «Buenos días, señor Expósito».

Él me respondió con un asentimiento leve de cabeza y tomó asiento. Sin embargo, en esa ocasión no cogió una revista y se dedicó a mirarme desde el diván de terciopelo, mientras yo simulaba estar muy concentrada en mis cosas. Me ponía nerviosa saberme observada, y más por él. Pero yo, como si nada, a lo mío.

Estaba cambiado. Su gesto serio de antaño se había relajado y casi podía apreciarse un atisbo de sonrisa en la curva de sus labios. Vestía más informal, suponía que Berta algo tenía que ver en ese aspecto. El nuevo Adrián me gustaba más (no en sentido romántico).

—¿Marta, estás bien? —me preguntó. Hacía tiempo que no teníamos conversación salvo los saludos de rigor en el centro, así que me pilló por sorpresa. Di un respingo.

Levanté la vista y lo miré. No sonreí, porque no me salía con él.

—Sí —respondí y volví a agachar la cabeza, dando por zanjado aquel conato de charla entre los dos.

—Tienes mala cara —insistió y se puso en pie, luego se acercó—. Sé lo que ha pasado con tu casa. Berta me lo contó. Si necesitas cualquier cosa.

—No necesito nada. Estoy bien. Me apañé bien sola —le repuse seca.

—Puedes contar conmigo.

—Ya sé que puedo contar contigo —le dije duramente—. Más de lo que quería contar.

—No quiero que las cosas se queden así. Déjame explicarte.

—Es que ya no quiero tus malditas explicaciones, puedes metértelas por el culo. Pasa de mí. ¿No ves que yo paso de ti? Toma mi ejemplo. —Bajé de nuevo la mirada para centrarla en la agenda de Berta.

—Marta... —me pidió posando la mano sobre la mía.

Se la aparté bruscamente y le dediqué mi mirada más homicida.

—Que me dejes, coño. ¿Estás sordo o qué?

—Querías que te explicase y ahora estoy preparado para hacerlo. Ya puedo hablar de ello. Estoy mejor, mucho mejor —me dijo inquieto.

—Me alegro por ti.

—Marta, lo de besarte...

¡Qué pesado! No quería hablar de eso ahora y nunca. Ya se lo había dejado claro, así que lo corté por lo sano:

—Lo de besarme fue un error. ¿Qué coño tienes en esa cabeza de loco?

—Tenemos que hablar, pero no aquí, otro día

—No tenemos que hablar de nada.

—Te lo ruego. Necesito aclarar las cosas. Me siento mal.

—Me da igual cómo te sientas. Es tu problema no el mío.

—¿Qué está pasando aquí? —Ambos volvimos los rostros mirando perplejos a Berta. Estaba a unos pocos metros. Su cara era todo un poema de Lorca. El más trágico y doloroso.

—No es lo que piensas. —Adrián fue el primero en hablar soltando la tan manida respuesta.

—Nunca es lo que uno piensa, ¿verdad? —Berta estaba confundida y nos miraba a los dos como si fuésemos un par de excrementos de pájaro sobre un parabrisas.

—Berta, es verdad. No es lo que piensas.

—¿Y qué estoy pensando? —nos cuestionó con ojos de ida. De pronto había dado un cambio radical, en plan el doctor Jekyll y el señor Hyde. La buena de Berta se había esfumado y había hecho acto de presencia su siniestra hermana gemela.

—¿Que estamos liados o lo hemos estado? —me aventuré yo con la boca pequeña.

—¿Cómo he sido tan tonta y no me di cuenta?! Qué casualidad, ¿verdad? Demasiada. —Ella por supuesto se tomó mi insinuación como una afirmación.

—No eres tonta, Berta. Es que no hay nada que ver. Adrián y yo no tenemos nada. Solo éramos amigos. Pero ya ni eso.

—¿Adrián? —ironizó, montándose una película mental errónea de por qué yo lo había llamado por su nombre de pila—. ¿Por qué la besaste? —le inquirió directamente.

—Sé que te debo una disculpa y tal vez una explicación. No tengo ni he tenido ninguna intención con Marta, nunca. Tienes que saberlo. Estoy contigo y solo quiero estar contigo. Mírame, Berta, soy un hombre nuevo gracias a ti. Tú me has salvado..., sin embargo, eso se lo debo a Marta, en gran parte. Fue ella quien me abrió los ojos, porque estaba ciego. No veía y no quería ver... Y yo antes..., yo solo quería aclarar las cosas con ella. Porque me duele que estemos así, distantes, y ver que sufre, y me siento culpable.

—¿Aclarar el qué? —preguntó Berta rubicunda.

—Lo del beso. ¿Por qué la besé? —dijo él.

—Ya he dicho que no quiero saberlo —repuse yo cruzándome de brazos.

—Pero yo sí quiero saberlo —dijo Berta—. Me siento como un títere. No sé, ¿esto —balanceó las manos entre Adrián y ella— fue un especie de plan tramado entre los dos? ¿Vamos a consolar

a la pobre Berta?

—Al contrario —respondí yo deprisa—. Yo solo quería que Adrián estuviera bien y pensé que tú eras la persona ideal para conseguir que así fuera.

—Ya. —Ella asintió repetidas veces con el gesto torcido sin dar crédito a mis palabras.

—¿Y vosotros desde cuándo sois *amigos*?

—Tampoco éramos amigos, amigos, estábamos en ello, pero él me besó y..., se acabó. Lo juró, Berta.

—Volvemos al beso —masculló Berta con sarcasmo—. Adrián, ¿por qué la besaste? ¿Y cuándo fue eso exactamente, antes o después de besarme a mí?

—Antes, mi amor —respondió Adrián desesperado. Casi podía palpase la súplica en su tono de voz.

—Te juro que yo no quería que aquello pasara. No tuve nada que ver, no soy como Amanda. Nunca hubiera puesto en peligro mi trabajo o mi relación contigo. —Sentí miedo de que me echara a la calle ahora que había encontrado mi lugar en el mundo laboral, y que Berta, a la que consideraba mi amiga, se sintiera traicionada.

—No sé si fiarme de vosotros. Adrián tú lo sabes, tú sabes lo mal que me sentí cuando Amanda me hizo aquello.

—Lo sé, mi amor, y te juro que no es lo que piensas.

—¿Por qué te afectó tanto lo de Amanda? Solo era un cliente, ¿no? —pregunté intrigada por lo que había dicho y cómo lo había dicho, intuía que había algo más que desconocía sobre la exrecepcionista que se había visto de patitas en la calle por liarse con quien no debía en el camilla de Berta.

—Era un cliente, sí, pero un cliente con el que *yo* había empezado a mantener una relación en secreto. Las chicas ni siquiera lo sabían. Me sentí humillada por segunda vez en mi vida. Primero fue mi marido y después, cuando le vuelvo a dar una oportunidad al amor, él se dedica a dejarse hacer... —bajó la cabeza incapaz de pronunciar aquella práctica sexual—, esas cosas por mi empleada.

—Lo siento, sabía lo que había pasado con Amanda, pero no que tú tuvieras una relación con ese cliente. Lo siento, de verdad, pero esto no tiene nada que ver. Es muy distinto —le aseguré a la vez que Adrián asentía.

—Solo estábamos empezando, pero me sentí muy vejada. En mi propio centro, o sea... Fue muy rastrero y me hizo sentir como una completa imbécil. Y ahora vosotros... —Sollozó.

Adrián cogió sus manos y le hizo levantar la cara hacia él.

—Berta, mírame. Necesito que confíes en mí, ¿vale? Lo necesito y también que lo hagas tú. —Adrián se dirigió a mí—. Mi vida desde que aparecisteis, las dos, era un infierno, una espiral de autodestrucción que paliaba a base de somníferos y masajes puntuales los viernes. Masajes que conseguían destensarme, y ahora sé que no solo por su acción terapéutica, sino por ti, Berta. Sin saberlo adquirí la necesidad de tenerte cerca, de verte con asiduidad, y que con tus manos me calmaras.

—Todo eso es muy bonito, pero ¿qué tengo yo que ver con todo eso? —Sus palabras podían consolar a Berta, pero no a mí.

—Sé que te debo una explicación y, dadas las circunstancias, te la voy a dar, os la voy a dar —dijo mirando de nuevo a Berta—. Aquel día, cuando vine al centro y me encontré a Marta por primera vez en la recepción, el corazón me dio un vuelco.

—No es lo que me pareció, déjame decirte que fuiste bastante seco —comenté, esperando la resolución de aquello.

—No te creas todo lo que veas, Marta. Hay cosas que se nos escapan de la vista o que simplemente son inexplicables. Como la primera vez que te vi. Siempre he sido un hombre sensato, de esos que no creen en el más allá ni en supercherías, pero ahí estabas tú, para demostrarme en ese momento que tal vez estaba equivocado. —Berta y yo nos miramos, no entendíamos nada de aquello—. Tú, Marta, eras la viva imagen de Andrea, mi mujer.

—Entiendo que pueda guardar cierto parecido con ella, pero no lo soy —dije.

—Eso ya lo sé, sé que solo tenéis un parecido bastante razonable, pero para un hombre que lo ha perdido todo, para un hombre que no quiere asumir que su mujer no va a volver, es más que una razón para querer tener a esa persona cerca. —Adrián metió las manos en el bolsillo y sacó su cartera. La abrió y nos mostró una foto.

—¿Puedo verla? —Tan solo asintió y me la tendió—. No sé qué decir. —El parecido entre Andrea y yo era asombroso y, si no fuera porque esa mujer estaba a los pies de la Torre Eiffel y yo nunca había pisado París, podría incluso haber pensado que era yo.

—Es del último viaje que hicimos juntos.

—¿Por qué no me lo contaste, por qué no me hablaste de eso? —preguntó Berta que ahora sostenía la foto con las manos temblorosas.

—Porque aún sigo siendo un capullo con mucho que pulir, por eso te necesito, Berta. Necesito tu comprensión, tus risas, las ganas que le pones a todo... Y tus manos, esas benditas manos que han sabido transmitirme tantas cosas buenas.

—Oh, Adrián. —Berta, conmovida, se abrazó a él—. Todo hubiera sido más fácil si me lo hubieras dicho desde un principio. Te hubiera comprendido y las cosas habrían sido de otra manera.

—Lo sé, pero no quería quedar como un loco, como un creyente de cosas raras, no quería que te alejaras de mí porque estar contigo suponía un alivio. Es muy difícil perder al amor de tu vida, es muy difícil saber que no vas a volver a ver sus caras y mucho más si piensas que todo fue por tu culpa y que no hiciste lo suficiente por retenerlas.

—Entiendo lo que dices —intervine conmovida— y, aunque no se parezca ni de lejos, sé lo que es perder cosas que amas de verdad por primera vez. —Así me sentía yo, estúpida y paralizada por el miedo de no volver a encontrar a alguien como Diego, porque podía vivir sin él, pero no quería.

—Berta, ¿aún quieres seguir formando parte de la vida de este desastre de hombre? —Adrián envolvió con sus manos las mejillas de Berta y la hizo mirarlo fijamente.

—Sí, sí quiero, pero prométeme que no volverás a ocultarme algo así.

—Te lo prometo. —Adrián la besó de una forma tan sincera y tierna que sentí envidia por ellos.

Allí parada, contemplando aquella escena, comprendí que ese hombre y sus locuras me habían hecho descubrir una parte de mí que también me negaba a aceptar.

Yo también era un desastre, sí, pero siempre habría alguien que frenara mis despistes, mis pocas ganas de mover el panderero y comer comida basura, que me curase las heridas que me hiciera en el camino y me regañara si me pasaba de la raya, y esa persona, la única persona capaz de conseguir eso, ya había aparecido en mi vida y no quería, por nada del mundo, aceptar que no volvería a verlo.

Explota, explótame, explotó ...

—Pero ¿tú te has visto las pintas? —me cuestionó Clara mientras yo hacía los últimos ensayos con el vestuario puesto antes de salir de casa.

—Sí, me las he visto, pero es lo propio. Tiene que parecer de verdad.

—Lo único que parece de verdad es que te has vuelto majareta. Llevas todo el potorro marcado con ese mono ajustado.

—Son modas de la época. Además, cállate ya que me desconcentras. —Estaba haciendo la coreografía del final y estaba pensando en cambiar unos pasos.

—¿No puedes hacer cosas más normales?

—No —negué con la cabeza mientras le daba a la pierna arriba y abajo—. No soy una persona normal. Soy lo que ves y esto tengo que hacerlo así, porque tengo que demostrar quién soy yo de verdad. Lo que se gana estando cerca de mí o lo que se pierde si no lo estoy.

—¿De verdad crees que es la mejor manera?

—Sí, creo que este giro queda mejor así.

—El giro no, tontaina, la forma en la que vas a hacer esto. Es un poco...

—¡Es como yo soy y me gusta! —protesté concienzuda.

—Está bien, está bien. —Clara levantó las manos para calmarme—. ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe en tu gran debut?

—Estoy segura. Es algo a lo que debo enfrentarme yo sola. Pero, por tu padre, reza y dame fuerzas para que me salga bien.

Locura o no, estaba decidida a hacerlo. Tenía que hacerlo. Y, si solo iba a suponer una humillación pública delante de desconocidos, estaba más que dispuesta a afrontarlo, pues no era ni de lejos la cosa más absurda que había hecho en mi vida o me quedaba por hacer. Marta Guerrero era lo que era y seguiría siéndolo hasta el final de su vida sola o acompañada.

Me recoliqué aquel mono rojo hecho de tela acrílica, seguramente sin haber pasado ni un solo control de calidad europeo, y con el abrigo puesto salí a la calle a darlo todo con el viejo radiocasete de teclas gordas de la señora Lourdes. Era casi idéntico al que yo tenía en Cerrato de Cabrales en mis tiempos locos y me llenó de nostalgia cuando se ofreció a prestármelo, pues según ella las cosas cuanto más auténticas mejor.

Había estado toda la semana ensayando por las noches de forma incansable en el salón de mi vecina. Ella en sus tiempos mozos había dado algunas clases de baile y muy gustosa me había ido guiando como una auténtica profesional. Además, me contó innumerables historias suyas vividas en la movida madrileña y su implicación como corista en un grupo de barrio llamado Alerta Social. Esa señora era, aparte de un encanto, una cajita de sorpresas, qué pena que estuviera tan sola. Nos había recibido en su vida con los brazos abiertos e instalado en la que fue la habitación de su hijo, al que no veía desde hacía una eternidad, pues llevaba más de veinte años afincado en Manila. Allí había hecho su vida, casándose con una filipina que no se parecía en nada a la Preysler y le había dado un par de nietos que no había visto en persona más que una vez.

Me dirigí a la parada de metro con la *rajinfli* medio dormida por la presión y traté de recordar el nombre del lugar adonde me dirigía. Con los nervios había perdido la memoria a corto plazo y, aunque lo había tratado de memorizar entrando en su web, había estado más pendiente de repasar los horarios y clases para no confundirme de día ni de hora.

—¡Reto48! —exclamé en voz alta cuando me vino a la cabeza. Yo y mi manía de no apuntar nada.

—Lo tuyo sí que es un reto de armario —me dijo un tipo que pasó por mi lado mirándome de arriba abajo.

Pasé de su malintencionado comentario y estudié el mapa de rutas para ver cuántas paradas tenía desde Tirso de Molina hasta allí. Al menos treinta minutos de metro me esperaban de aquella guisa, pero, si había sobrevivido al incidente de la falda, eso era una pastillita de clorato.

Ya subida en el vagón, sentí la mirada de la gente pegada a mi persona con Superglú del extrafuerte. Debía parecer una payasa que volvía de darse la fiesta de su vida con radiocasete incluido, o tal vez tan solo miraban aquel armatoste intentando adivinar qué era. Había llovido mucho desde que se inventaron y apostaba a que muchos jóvenes no habían visto uno de cerca en la vida, pero como las meigas, haberlas haylas, y además pesaba un huevo y parte del otro.

—¿Vas a una fiesta de disfraces? —Una niña pequeña, a la que no le daba ningún miedo mi peluca de los chinos, me tiró del abrigo.

—Más o menos, ¿y tú?

—Vamos al rastro, ¿a ti te gusta ir al rastro? —me preguntó con aquella vocecilla.

—¿Cómo te llamas?

—Ana, me llamo Ana.

—Pues Ana, la verdad es que el rastro me encanta, siempre me ha gustado ser auténtica y comprar cosas con historia, sobre todo ropa.

—Vamos a buscar unos libros. Mi madre dice que la gente que se compra esa ropa es una cochina.

—Ana, no molestes a esta señora —le dijo su madre tirando de ella y obligándola a mirar al otro lado.

No sabía qué me había dolido más, que la inocente Ana pensara que era una cochinita o que su madre me hubiera llamado señora. El caso era que nada iba a destrozar mis ánimos, que buena falta me hacían.

Intenté concentrarme en ensayar mentalmente los pasos del baile y en las palabras que iba a pronunciar después de mi actuación. Tomé aire varias veces intentado infundirme calma antes de que la voz robótica del metro me indicara el fin del trayecto.

Tuve que cogermelo de la barandilla de las escaleras de subida a la calle, de pronto me sentía algo mareada por el cague que me daba hacer aquello, pero tenía que hacerlo, me lo debía a mí misma. Tenía que superar mis miedos y enfrentarme a las cosas de forma estoica para quedarme a gusto y de paso llevarme el premio a casa.

—Vamos, que tú puedes —me dije antes de emprender la marcha a la calle Velázquez, donde haría mi gran actuación.

El sol brillaba fuerte, aunque el viento aún se sentía helado cuando te golpeaba la cara. La primavera se iba abriendo paso con calma, toda la calma que necesitaba yo en esos momentos cuando vi frente a mí la fachada de caravista marrón de la que colgaba el gran cartel de Reto48.

Nunca había entendido el afán de la gente por pasar un domingo encerrado entre cuatro paredes sudando la gota gorda, pero así era, y allí estaban, porque el gimnasio abría el día del señor, exponiendo su fuerza de voluntad al mundo, subidos a las cintas frente a un gran ventanal, ajenos

al gran momento que iban a vivir, protagonizado por una servidora y su radiocasete, y que seguramente les pondría las pulsaciones a mil creyendo que mi numerito acabaría con una explosión que nos inmolaría a todos.

Pero no iba a ser así ni muchos menos, yo era una loca incorregible, pero de buen corazón y amor al prójimo, pero más amor sentía por el hombre al que iba a intentar recuperar esa mañana a golpe de pasos desenfrenados de los años ochenta. A él le encantaban esas cosas, a mí menos, pero mi máxima era hacerlo feliz y que viera la entrega que estaba dispuesta a poner en reconquistarlo. Cuando habíamos estado juntos, casi toda la atención recaía en mí y en mis innumerables meteduras de pata, y Diego se merecía eso y mucho más y, si tenía que cortarme el pelo a lo Almodóvar en su época musical con McNamara, lo haría.

—Vamos allá, Martita —me dije decidida y mis pies echaron a andar para acceder en aquel templo de culto al cuerpo.

Cuando entré, mi gozo se fue un poco al pozo. La música sonaba a todo volumen e iba a ser imposible que los altavoces de mi radiocasete retro compitieran con la potencia de aquellos bafles.

—¿Perdona? ¿Eres socia? —Una chica mascando chicle, con el pelo más rojo que Pumuki, me habló desde la recepción.

—Eeeeh... no. Pero he venido a dar una clase —mentí con aplomo.

—Mi jefe no me ha dicho nada.

—¿No te ha dicho nada de la clase especial de bailes tonificantes? Vaya, qué raro. Tal vez es que no estás atenta a las cosas que se te dicen o te has quedado sorda por el volumen de la música en este gimnasio. No me gustaría tener que llamarlo y decirle que me he sentido muy incómoda por tu falta de conocimiento, ¿acaso no me reconoces?

—Lo siento, es posible que no me haya enterado bien, pero no lo llames, estoy de prueba y necesito este trabajo y aún no conozco a todos los profesores. —Sentí una pena tremenda por haberla engañado, esa chica era la yo de hacía unos meses.

—No lo haré, pero tienes que hacer una cosa por mí.

—Lo que sea, señorita...

—Carrà, Raffaella Carrà.

—Ahora que lo dices, tu nombre sí me suena.

—Menos mal, estaba empezando a preocuparme —dije inquieta por si haber suplantado la identidad de la gran diva de la canción italiana me fuera a descubrir.

—¿Y cuál es ese favor?

—Que quites esta música infernal y dejes que use mi radiocasete.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—Vale —dijo con desgana mascando el chicle.

—¿Dónde está Diego Fernández dando la clase?

—Es esa puerta de enfrente, pero aún no ha terminado.

—Tengo que entrar, es parte de la clase especial. Cuando te haga la señal, corta la música, ¿entendido?

—Entendido —dijo encogiéndose de hombros.

El mono se me había movido de sitio y me estaba estrujando como una bayeta el colgajo de mi chimichurri, pero no tenía tiempo de entrar al baño a recolocarlo. La recepcionista podría darse cuenta de un momento a otro de mi engaño y sacarme de allí a golpe de toalla.

Era hora de actuar y rápido, aunque sintiera que iba a perder uno de mis labios menores.

Me puse frente a la puerta con el brazo en alto y, cuando me sentí lista, le hice el gesto a la chica del pelo rojo para que la música se cortara de golpe. Abrí la puerta e irrumpí en la sala como un toro de Miura, bragado y de porte recio. Le di al *play* y los primeros acordes de *Explota mi corazón* envolvieron el ambiente, el show daba comienzo.

Aaaaaahaah, en el amor todo es empezar.

Aaaaaahaah, en el amor todo es empezar.

Cuerpo a la derecha, sacudida de cabeza. Cuerpo a la izquierda, quiebro de nuca.

Si él te lleva a un sitio oscuro que no te asuste la oscuridad.

Pues casi nunca se está seguro si es por amor o por algo más.

Vale, esa parte de la canción era un poco ofensiva si se quería reconquistar a alguien, pero yo toda digna hice pasos sensuales hacia el frente de la clase y moví los brazos arriba y abajo, dejándolos caer con gracia.

Aaaaaahaah, en el amor todo es empezar.

Aaaaaahaah, en el amor todo es empezar.

Pata a la derecha, pata a la izquierda y mirada fija al frente. Mirada que se me quedó clavada en Diego que, frente a mí, alucinado por supuesto, observaba, junto a sus alumnos, todo mi despliegue de movimientos como en una clase de psicomotricidad avanzada.

Y en pos de la entrega que le estaba poniendo al asunto, con la raja menor al borde de la gangrena, le lancé un beso mientras Raffaella decía aquello de: «Si tú notaras que es un tormento y no se acaba de decidir, para ayudarle es el momento de que enseguida le des el sí».

Estaba tan arriba que insté a la gente a bailar conmigo el estribillo. ¿Quién no había imitando a la Carrà cantando aquella canción moviendo la cabeza del suelo al cielo? Era bastante liberador y una autentica gozada.

Explota, explota, me, explotó...

Explota, explota, mi corazón.

Explota, explota, me, explotó...

Explota, explota, mi corazón.

Una, dos, tres y hasta cinco personas enajenadas se unieron a mí a peligro de desnucarse vivos.

Qué entrega, qué pasión, ya no había nervios y estaba feliz de estar haciendo aquello, ¿por qué? Pues simplemente porque sí, porque prefería mil veces que Diego me declarara chalada y *non grata*, a no haberlo intentado de aquella forma tan divertida. Así era yo y un poco, en el fondo, Diego.

«Live, live, live, lai, qué desastre si tú te vas», dijo por fin Raffaella tras el bis del estribillo. Y, dejando a media clase bailando tras de mí como en una verbena, me acerqué, con los pelos de la peluca pegados a mi boca por el sudor, y me paré frente a Diego sacando pecho.

—Estás loca, ¿lo sabías? —me dijo con una sonrisa que me alivió mucho.

—Sí, pero tú también lo sabes. —Me quité la peluca, me estaba matando.

—¿Qué pretendes con todo esto?

—Ya lo ha dicho Raffaella, que no me explote el corazón por no tenerte cerca.

—Nadie muere por amor de esa forma.

—Ya lo sé, pero mi vida es un desastre si tú te vas... Y sé que vas a decirme que ya era un desastre antes. Pero contigo mis locuras me parecían menos graves. Tú me calmabas, me intentabas comprender y me sentía un poco menos estúpida, porque que me quisieras ya era todo un logro para mí.

—¿Por qué hablas en pasado? —Me cogió la mano y sentí que mi mundo se tornaba de nuevo de un rosa intenso.

—Porque ya no sé si me quieres.

—Marta Guerrero, hay algo que no sabes. —El corazón se me paró en ese preciso instante. Iba a decirme con suavidad y cariño que había otra persona mucho mejor y menos complicada que yo, y que lo nuestro no era posible.

—Dime lo que sea. He venido hasta aquí para encontrar respuestas. —Tragué saliva, tenía que ser fuerte y aceptar mi derrota.

—No sabes que detrás de toda esa personalidad tuya, capaz de arrasar un bosque entero en una mañana de picnic —un bosque no sabía, pero una cocina, sí, y él aún no estaba enterado—, hay una mujer muy difícil de olvidar. Y yo también debo disculparme por dudar de ti. Sé que no debí hacerlo, que debo confiar en las personas y que lo que haya vivido en el pasado no puede condicionarme toda la vida.

—Nunca te haría una cosa así, te quiero demasiado como para dañarte de ese modo —le dije con un hilillo de voz que anunciaba que las lágrimas estaban a puntito de salir de mis ojos.

—Has sido muy valiente para hacer esto delante de esta gente —me dijo al oído.

—Ya lo sé. Pero yo creo que todos estos están un poquito más locos que yo, mira que venir al gimnasio un domingo —le respondí por lo bajini.

—Eres incorregible, Marta, e imprevisible, pero precisamente eso es lo que me enamora de ti. Le das sentido a todo.

—Oye, ¿vais a besaros ya? Tengo clase de *bodypump* en diez minutos —nos gritó una mujer entre el público, que con el corazón en un puño observaba nuestra escena romántica.

—Diego, si no la besas tú, lo haré yo. Se lo ha ganado —se vino arriba un mazas que me había acompañado gustoso durante el baile.

—Que sepas que si no es consentido lleva multa —le advertí sin mirarlo. Mis ojos estaban pegados en el rostro de Diego, llenándose de lágrimas de emoción.

—¿Quieres que te bese? —me preguntó él cogiéndome la carita entre sus fuertes manos.

—Ahora y siempre.

Y así fue como nos fundimos en el mejor beso que nos habíamos dado nunca, acompañados por un mar de aplausos y vítores. Alguien volvió a darle al *play* y el radiocasete de la señora Lourdes le puso banda sonora a ese apoteósico momento, sonando casualmente *Mujer fotonovela*, de mi querido e idolatrado Iván.

Flipante.

¿Destino, causalidad? Quién sabe, pero de lo que yo sí estaba segura era de que el amor verdadero cree, se entiende, es leal, es fuerte y nunca jamás se rinde. Y yo no me iba a rendir, por algo era guerrero de apellido.

FIN